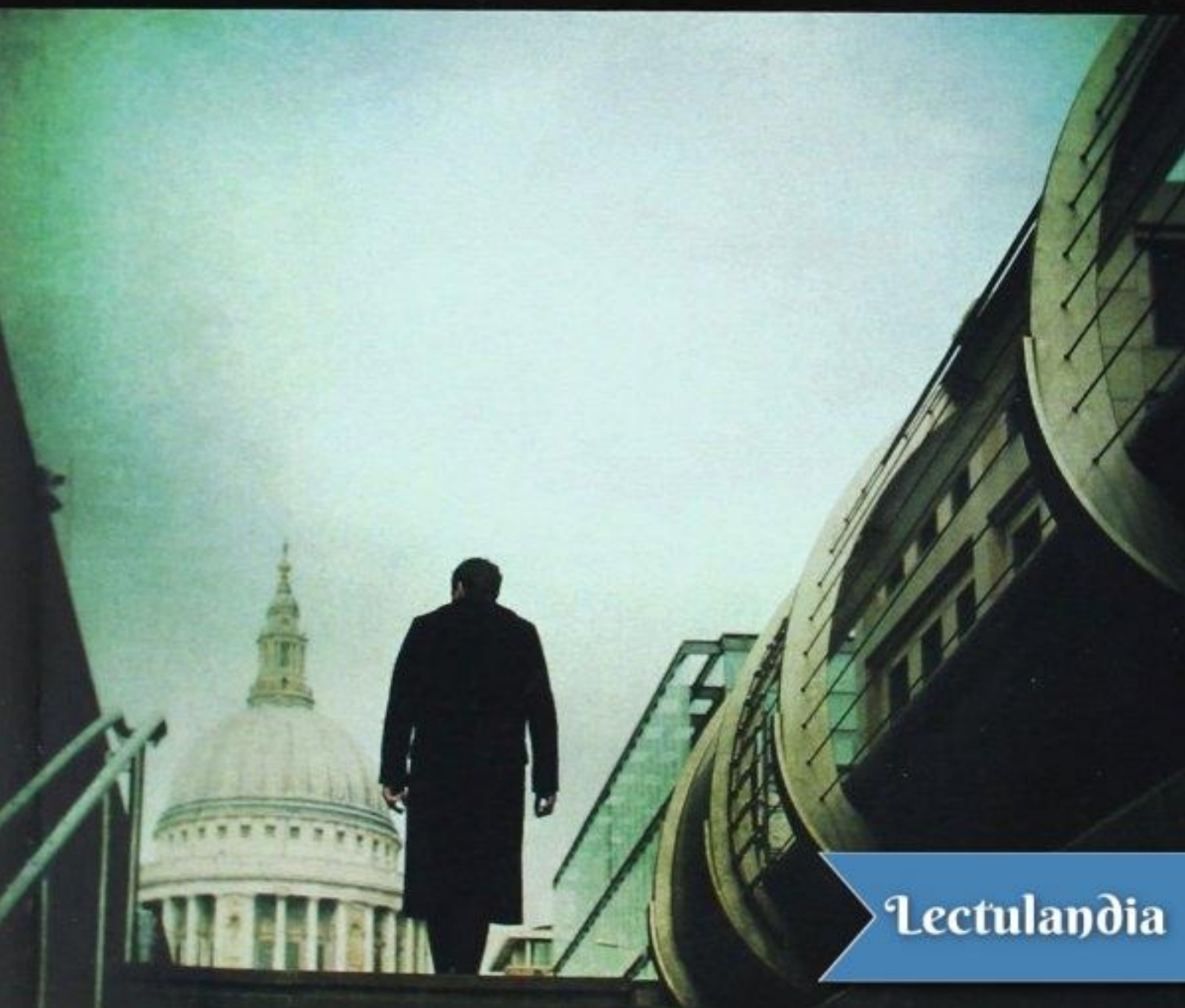


CHARLES CUMMING

El sexto hombre



Lectulandia

Uno de los casos de espionaje más impactantes en Inglaterra durante la Guerra Fría fue el de «los cinco de Cambridge», un grupo de jóvenes reclutados como espías por la Unión Soviética cuando estudiaban en el Trinity College. Entre ellos estaban el célebre Kim Philby, Guy Burgess y el futuro historiador del arte y responsable de la pinacoteca de la reina Anthony Blunt.

Pero ¿hubo un sexto miembro en ese círculo de espías? Sam Gaddis, académico con problemas económicos, recibe la petición de ayuda de una amiga periodista que cree que sí. Él ve en esta investigación la posibilidad de dar un giro positivo a su vida, pero cuando la periodista muere, aparentemente de un ataque al corazón, empieza a ser consciente de que pisa terreno resbaladizo. Porque aunque la Guerra Fría acabó hace ya décadas, quienes entonces movían los hilos siguen teniendo mucho poder y siguen siendo muy peligrosos...

Uno de los mejores *thrillers* de espionaje escritos en los últimos años, que parte de una hipótesis fascinante —la posible existencia de un sexto miembro del Círculo de Cambridge— para crear una trama llena de giros inesperados.

Lectulandia

Charles Cumming

El sexto hombre

ePub r1.0

Titivillus 10.05.16

Título original: *The Trinity Six*
Charles Cumming, 2011
Traducción: Antonio Rivas González

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hermana Alex. A sus hijos: Lucy, Edward y Sophie y en recuerdo de
Simon Pilkington (1938-2009)

Una nota sobre los cinco de Cambridge

Moscú reclutó como agentes del NKVD a Kim Philby, Anthony Blunt, Guy Burgess, Donald Maclean y John Cairncross en los años treinta, mientras estudiaban en el Trinity Hall y el Trinity College, en Cambridge. Este grupo fue conocido como Los Cinco de Cambridge.

Burgess acabaría trabajando para la BBC y el Foreign Office. Maclean, hijo de un destacado miembro del parlamento por el Partido Liberal, se unió también al Foreign Office y fue secretario general de la embajada británica en Washington DC entre 1944 y 1948. Philby se convirtió en agente del Servicio Secreto de Inteligencia (más conocido como MI6). Blunt, un experto de fama mundial en la obra pictórica de Nicolas Poussin, trabajó para el MI5 hasta 1945, año en que accedió al cargo de conservador de la colección de pinturas reales inglesas. John Cairncross trabajó como analista en la Escuela de Códigos y Claves de Bletchley Park durante la Segunda Guerra Mundial. Los cinco entregaron una cantidad inmensa de documentos secretos a sus supervisores del NKVD.

En mayo de 1951, Burgess y Maclean desertaron; embarcaron en un transbordador en Southampton (Inglaterra) y marcharon a la Unión Soviética. Su desaparición provocó un escándalo internacional. Blunt y Philby les habían advertido que el MI5 estaba a punto de descubrir a Maclean. Cuatro años después, Philby convocó una conferencia de prensa y negó ser el «tercer hombre». Harold Macmillan, el secretario del Foreign Office, lo exoneró en la Cámara de los Comunes. Philby siguió proporcionando información al MI6, pero siete años más tarde, mientras trabajaba como periodista en el Líbano, embarcó en un carguero soviético y desapareció con rumbo a Moscú. A consecuencia de aquella traición, los servicios de inteligencia británicos sufrieron un golpe del que hoy día aún no se ha recuperado.

En 1952 se identificó a Cairncross como espía soviético; sin embargo, el gobierno británico ocultó su participación en el Círculo de Cambridge. En 1964, Blunt firmó una confesión completa a cambio de inmunidad. En 1979, Margaret Thatcher reconoció ante la Cámara de los Comunes que sir Anthony Blunt, considerado un pilar del *establishment* británico, había sido espía soviético durante más de treinta años. El MI5 y el MI6 tuvieron que enfrentarse a un nuevo descrédito.

Guy Burgess falleció en Moscú en 1963, a consecuencia de su alcoholismo. Maclean, que trabajó para el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, murió en 1983. Aquel mismo año, Blunt, a quien le había sido retirado el título nobiliario, fallecía en su residencia londinense. Cinco años más tarde, Kim Philby recibió un funeral de Estado con todos los honores a cargo de las autoridades soviéticas. Cairncross falleció en 1995 tras haber vivido en Italia, Tailandia y Francia, y cinco años después de que el desertor soviético Oleg Gordievsky confirmase que se trataba del «quinto hombre».

El reclutamiento de los espías de Cambridge se considera la «penetración» más

exitosa realizada por una agencia de inteligencia extranjera en toda la historia del espionaje. En Rusia, a los agentes del Trinity College se los conoció sencillamente como Los Cinco Magníficos.

CHARLES CUMMING,
Londres, 2010

Jamás se debe capturar a un espía, ¿saben? Hay que descubrirlo, y a continuación, controlarlo, pero nunca hay que atraparlo. Un espía capturado causa muchísimos problemas más.

HAROLD MACMILLAN

1

—El muerto no estaba muerto. Estaba vivo, pero no estaba vivo. Esa era la situación.

El celador, Calvin Somers, se paró al borde del camino de sirga y miró hacia atrás a lo largo del canal. Era un individuo delgado, tan testarudo y caprichoso como un crío. Gaddis se detuvo a su lado.

—Continúa —le dijo.

—Fue en el invierno de 1992, en febrero, en una noche de lunes como otra cualquiera. —Somers sacó una manzana del bolsillo del abrigo, le dio un bocado y masticó mientras recordaba—. El paciente se llamaba Edward Crane. En la ficha decía que tenía setenta y seis años, pero no había forma de saber qué era cierto y qué no. A mí me daba la impresión de que andaría por los sesenta y algo. —Echaron a andar de nuevo, dejando huellas en el barro con sus botas negras—. Estaba claro que ellos preferían que lo ingresaran de noche, cuando había menos gente y el personal de día había acabado su turno.

—¿A quién se refiere con «ellos»? —preguntó Gaddis.

—A los agentes secretos. —Un pato alzó el vuelo en el canal; unas gotas de sus alas salpicaron las aguas cuando giró en dirección al sol—. Trajeron a Crane en camilla, inconsciente, justo después de las diez de la noche del día tres. Yo estaba listo para recibirlo. Siempre estoy listo. Se saltaron la admisión y lo llevaron directamente a una habitación privada alejada de la sala general. En la ficha medica decía que no tenía parientes e incluía la orden de no reanimar en caso de parada cardíaca. Nada fuera de lo corriente. Para nosotros no era más que otro anciano con cáncer de páncreas en fase terminal. Le quedarían unas horas: fallo hepático mortal. Al menos aquella era la historia que el MI6 quería vender, y nos pagó por ello.

Somers arrojó la manzana a medio comer hacia una botella de plástico que flotaba en el canal. Falló el tiro por un metro.

—En cuanto metí a Crane en la habitación —prosiguió— lo enganché a unos goteros de solución salina y dextrosa. Una bolsa de amikacina que no iba a ninguna parte. Incluso le puse un catéter. Todo tenía que verse impecable por si algún miembro del personal asomaba la nariz por la puerta.

—Y ¿alguien la asomó? ¿Vieron a Crane?

Somers se rascó el cuello.

—No. A eso de las dos de la madrugada, Meisner mandó llamar a un cura. Todo era parte del plan. El padre Brook. No sospeché nada. Llegó, le dio la extremaunción y se fue. Poco después apareció Henderson y soltó su discurso.

—¿Qué discurso?

Somers se detuvo. No acostumbraba a mirar a los ojos, pero en aquella ocasión lo hizo y habló con tono grandilocuente. Gaddis lo interpretó como un intento de imitar el educado acento de Henderson.

—«A partir de este instante, Edward Crane está muerto a todos los efectos.

Quisiera agradecerles sus esfuerzos hasta este punto, pero aún queda mucho por hacer».

Un hombre en una bicicleta oxidada se acercaba hacia ellos por el camino, avanzando lentamente en el atardecer.

—Todos estábamos allí —dijo Somers—. Waldemar, Meisner, Forman. Meisner estaba muy nervioso, parecía a punto de vomitar. Waldemar no hablaba mucho inglés y no parecía entender realmente en qué se había metido. Probablemente no pensaba más que en el dinero. Eso hacía yo también. En 1992 veinte mil libras era un montón de dinero para un celador de veintiocho años. ¿Sabes cuánto nos pagaban los *tories*?

Gaddis no contestó. No le apetecía meterse en una conversación sobre lo mal pagado que estaba el personal sanitario. Quería saber cómo acababa la historia.

—Bueno, la cosa es que en un momento dado, Henderson sacó del bolsillo del abrigo una lista y la fue repasando. Primero se dirigió a Meisner y le preguntó si había rellenado el certificado de defunción. Meisner dijo que sí y cogió el bolígrafo que llevaba encajado tras la oreja, como si aquello lo demostrase. Henderson me ordenó que fuera a la habitación de Crane y lo amortajase. «No hace falta que lo lave», me dijo. Por algún motivo, a Waldemar, a quien llamábamos Wally, aquello le pareció terriblemente divertido y no pudo contener la risa. Nos quedamos mirándolo. Entonces, Henderson le dijo que se controlase, y después le ordenó preparar una camilla para llevar al anciano a la ambulancia. Recuerdo que Henderson no habló con Forman hasta que los demás nos marchamos, así que no me pregunte qué le dijo a ella. Posiblemente que se hiciera con la etiqueta de algún cadáver del depósito, algún vagabundo de Praed Street sin identificación ni historial. De lo contrario no se habrían podido salir con la suya. Necesitaban otro cadáver.

—Muy útil —dijo Gaddis, creyendo que debía hacer algún comentario—. Esto es muy útil.

—Bueno, profesor, uno consigue lo que paga, ¿no? —Somers sonrió con arrogancia—. La parte complicada era que también teníamos que atender a otros pacientes. Era una noche de lunes normal. No todo podía interrumpirse sin más por el hecho de que el MI6 estuviese allí. Meisner era el doctor de guardia, así que tenía que andar todo el tiempo arriba y abajo por el hospital. Creo que hubo una ocasión en que lo perdí de vista durante casi hora y media. Wally tenía trabajo por todas partes. Yo también, y además debía mantener al resto del personal de enfermería alejado de la habitación de Crane, por si a alguien le daba por cotillear. —El camino se estrechó frente a una barcaza y los dos hombres se vieron obligados a avanzar uno detrás del otro—. Al final todo fue como un reloj. Meisner consiguió el certificado. Yo amortajé a Crane, dejando un pequeño agujero en la tela para que pudiera respirar. Wally lo llevó a la ambulancia. Y hacia las seis de la mañana, el anciano desapareció rumbo a su nueva vida.

—Su nueva vida... —musitó Gaddis. Alzó la mirada hacia el cielo que se oscurecía, y se preguntó, no por primera vez, si alguna vez llegaría a poner sus ojos

en Edward Anthony Crane—. Y ¿eso es todo?

—Casi. —En la ya escasa luz, Somers se limpió la nariz—. Ocho días después estaba leyendo el *Times* y me tropecé con la necrológica de un tal «Edward Crane». No era muy larga. Estaba encajada a la derecha y abajo de la página, en la sección «Recordatorios», al lado de un político francés que la había pifiado en Suez. Describían a Crane como un «hábil diplomático de carrera». Nacido en 1916, con estudios en Marlborough College y luego en el Trinity, en Cambridge. Había ocupado puestos en Moscú, Buenos Aires y Berlín. Nunca se había casado y no tenía hijos. Fallecido en el hospital de St. Mary, en Paddington, después de «una larga batalla contra el cáncer».

Empezó a lloviznar. Gaddis cruzó la puerta de una verja y echó a andar hacia un pub. Somers se pasó una mano por la cabeza.

—Y eso fue lo que ocurrió, profesor —dijo—. Edward Crane estaba muerto, pero no estaba muerto. Edward Crane estaba vivo, pero no estaba vivo. Esa era la situación.

El pub estaba abarrotado.

Gaddis fue hasta la barra y pidió dos pintas de Stella Artois, una bolsa de cacahuets y un doble de Famous Grouse. Se había quedado sin efectivo por culpa de Somers y tuvo que pagar al camarero con la tarjeta de débito. Rebuscó en la chaqueta y dio con el trozo de papel arrugado donde tenía apuntadas sus contraseñas y el PIN, y tecleó el número mientras el encargado mascullaba entre dientes. Antes de que Somers saliera de los aseos, Gaddis se bebió el whisky de un trago y fue hasta una mesa vacía al fondo del pub. Desde allí podía contemplar a un grupo de fumadores temblorosos por el frío apiñados en el exterior, e intentó convencerse de que había tomado una buena decisión al dejar el tabaco.

—Le he pedido una Stella —le dijo a Somers cuando este se acercó a la mesa. Por un momento pareció que el otro hombre no se iba a sentar, pero Gaddis empujó la pinta hacia él y añadió—: Y unos cacahuets.

Acababan de dar las seis. West Hyde en una noche de martes. Trajes, secretarias, gente de las zonas residenciales. En la máquina de discos sonaba Andy Williams. En la esquina más lejana de la sala, al lado de una diana de dardos, un cartel naranja clavado con chinchetas anunciaba: MIÉRCOLES: NOCHE DE CURRY. Gaddis se quitó la chaqueta de pana y la dejó doblada en el brazo de la silla que tenía al lado.

—Bueno, y ¿qué pasó después?

Sabía que a Somers le encantaba aquella parte: hacerse con el papel central, jugar a ser Garganta Profunda. El celador (celador jefe; no había duda de que habría insistido en el detalle) volvió a sonreír con suficiencia y bebió un buen trago de su pinta. Algo en el ambiente cálido del pub le había ayudado a recuperar su acostumbrada autocomplacencia; era como si Somers se recriminase el haberse

mostrado demasiado abierto junto al canal. Al fin y al cabo, era él quien tenía la información que buscaba Gaddis. El profesor había pagado tres mil libras por ella. Para él era puro oro.

—¿Qué pasó... después?

—Eso mismo, Calvin. Después...

Somers se recostó en la silla.

—No gran cosa. —Pareció insatisfecho con su propia respuesta y la elaboró para darle más efecto—: Seguí a la ambulancia con la mirada hasta que dobló la esquina de la oficina de Correos, me fumé un pitillo y volví a entrar en el hospital. Subí al ascensor, fui a la habitación de Crane, la ordené, tiré las bolsas de las intravenosas y llevé la ficha médica al registro de pacientes. Probablemente pueda echarle un vistazo, si quiere. Por lo que al hospital respecta, un enfermo de cáncer de setenta y seis años ingresó a causa de un fallo hepático y murió durante la noche. Ocurre todo el tiempo. Llegó un nuevo día y un nuevo turno. Hora de pasar a otra cosa.

—¿Y Crane?

—¿Qué pasa con Crane?

—¿Nunca volvió a saber de él?

La expresión de Somers fue la de quien escucha una pregunta idiota. Aquel era el problema con los intelectuales: eran así de estúpidos.

—¿Por qué iba a volver a saber de él? —Bebió un buen trago y miró al techo. A Gaddis le entraron ganas de darle un puñetazo—. Supongo que le dieron una identidad nueva. Supongo que vivió felizmente otros diez años y murió pacíficamente en su cama. ¿Quién sabe?

Dos fumadores, uno que entraba y otro que salía, se cruzaron ante la mesa. Gaddis tuvo que mover una pierna para dejarles pasar.

—¿Y nunca habló de ello? ¿Nadie le hizo preguntas? ¿Nadie, aparte de Charlotte, le ha venido con el tema en más de diez años?

—Así ha sido.

Gaddis se olió que era mentira, pero sabía que no tenía sentido presionar. Somers era de los que enmudecían cuando los atrapaban en una contradicción.

—¿Crane llegó a hablar? —preguntó entonces—. ¿Qué tipo de hombre era? ¿Qué aspecto tenía?

Somers se echó a reír.

—No hace esto a menudo, ¿eh, profesor? Aquello era cierto. Sam Gaddis no acostumbraba a encontrarse con celadores en pubs en las afueras de Londres para tratar de sacarles información sobre la muerte fingida de diplomáticos de setenta y seis años, orquestada por individuos que habían pagado veinte mil libras a cambio de un silencio de por vida. Era un divorciado de cuarenta y tres años, profesor universitario adjunto de Historia de Rusia. Pushkin, Stalin, Gorbachov, eran su terreno habitual. Pero aquel comentario colmó su paciencia.

—¿Y lo hace usted muy a menudo, Calvin? —replicó para poner a Somers en su

sitio.

Funcionó. En el entrecejo de Somers apareció un leve fruncimiento de pánico, que el celador intentó ocultar sin éxito. Buscó refugio en los cacahuetes y se manchó los dedos de sal al pelearse con la bolsa.

—Mire —dijo—, Crane no habló en absoluto. Antes de ingresarlo le habían dado un calmante que lo había dejado inconsciente. Tenía el pelo canoso, y se lo habían afeitado para que pareciera un paciente de quimioterapia, pero tenía la piel demasiado sana para alguien con su supuesta enfermedad. Pesaría unos setenta kilos. Entre uno setenta y cinco y uno ochenta de estatura. No sé de qué color tendría los ojos, nunca los abrió. ¿Le sirve?

Gaddis no respondió de inmediato. No hacía falta. Dejó que el silencio hablase por él.

—¿Y Henderson? —dijo finalmente.

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué tipo de hombre era? ¿Qué aspecto tenía? Lo único que me ha contado hasta ahora es que llevaba un largo abrigo negro y que hablaba como una mala imitación de David Niven.

Somers giró la cabeza y se quedó mirando a la esquina más alejada de la sala.

—¿Charlotte no se lo dijo?

—¿Decirme qué?

Somers parpadeó rápidamente y dijo:

—Páseme ese periódico.

En la mesa de al lado, sobre un pequeño charco de cerveza, había un ejemplar húmedo del *Times* que alguien se había dejado allí. Una joven negra estaba escuchando algo en un iPod de color rosa; Gaddis le preguntó si podía coger el periódico y la joven asintió sonriendo. Gaddis lo alisó y se lo pasó a Somers por encima de la mesa.

—¿Ha oído hablar de la comisión de investigación Leighton? —preguntó.

Esa comisión investigó ciertos temas de la política del gobierno durante la guerra de Afganistán. Gaddis había oído hablar de ella, y había leído columnas de opinión y visto reportajes en Channel Four News.

—Continúe.

Somers buscó la página cinco del periódico.

—¿Ve a este tipo?

Extendió el periódico en la mesa y lo giró ciento ochenta grados. Con un dedo estrecho y con la uña mordida, el celador señaló la fotografía de un hombre que se inclinaba para entrar en un Rover gubernamental en una calle de Londres bastante transitada. Un hombre bien entrado en la mediana edad rodeado por una horda de periodistas. Gaddis leyó el pie de foto: «Sir John Brennan abandona Whitehall tras declarar ante la comisión».

Dentro de la foto más grande había un recuadro con la foto formal de Brennan

para el Foreign Office. Gaddis levantó la mirada, y Somers se dio cuenta de que había atado cabos.

—¿Henderson es John Brennan? ¿Está seguro?

—Tan seguro como de que estoy aquí sentado mirándolo. —Somers vació su pinta—. El tipo que hace dieciséis años me pagó veinte mil libras para ocultarlo todo no era un agente secreto cualquiera. El tipo que en 1992 se hacía llamar Douglas Henderson ahora es el jefe del MI6.

2

Había recorrido un largo camino desde Daunt Books, en Holland Park Avenue, hasta aquel septiembre en un pub de los suburbios, en West Hyde.

Un mes antes, Gaddis había estado promocionando su último libro (*Zares*, un análisis comparativo entre Pedro el Grande y el actual presidente de Rusia, Sergei Platov) en una céntrica librería de Londres. Su editor, copropietario del discreto sello editorial que le había pagado la muy generosa suma de 4.750 libras por el manuscrito, no había acudido a la presentación. Un periodista solitario que trabajaba a prueba para el *Evening Standard* había asomado la nariz por la puerta de la librería a las seis y veinticinco, había echado mano a una copa de Sauvignon Blanc a temperatura ambiente y, tras constatar que tenía más posibilidades de dar con una historia en el piso de arriba del autobús 16, se había marchado a los diez minutos. Ningún historiador célebre, ningún editor literario y ningún representante de la BBC habían respondido a las invitaciones que la chica de relaciones públicas insistía en haber enviado («por correo urgente») la segunda semana de julio. Un aviso aislado en el *Independent* del sábado era el responsable de la presencia de una matrona de tez pálida que había recorrido «todo el camino desde Hampstead porque me encantó de verdad su libro sobre Bulgakov», y de un tal Colin, un antiguo estudiante de Sam que afirmaba haber pasado todo el año anterior «recorriendo Kazajistán y leyendo a Hermann Hesse». Los otros asistentes eran el personal de la tienda, el encargado y el responsable de la caja registradora; alrededor de una docena de colegas y estudiantes del UCL, el University College de Londres; su vecina, Kath, marcadamente hipersexual y que siempre abría la puerta en salto de cama, y la periodista Charlotte Berg, una buena amiga de Sam.

¿Le preocupaba a Gaddis el hecho de que, muy probablemente, su nuevo libro desaparecería sin dejar huella? Sí y no. Aunque era una persona políticamente activa, no se hacía ilusiones sobre la posibilidad de que un libro aislado provocase un cambio en la actitud hacia Sergei Platov. La prensa londinense se limitaría a dedicar a *Zares* una reseña cortés, y en Moscú lo despacharían como propaganda occidental. Había tardado tres años en escribirlo, y quizá vendiera como mucho mil ejemplares en tapa dura. Mucho tiempo atrás, Gaddis había tomado la decisión de escribir únicamente por el placer de escribir. Esperar algo más era abrirle la puerta a la frustración. Si al público le gustaban sus libros, se alegraría. Si no, qué le iba a hacer. La gente tenía mejores cosas en que gastar el dinero que ganaba con su esfuerzo. Él no buscaba la fama, y no sentía un interés especial por el lucro; lo que le importaba era la calidad de su trabajo. Y se sentía orgulloso de *Zares*. Se trataba en esencia de un ataque muy documentado al régimen de Platov; un ataque que había intentado condensar lo más sucintamente posible en el resumen de setecientas cincuenta palabras para el *Guardian* publicado tres días antes.

Aquella había sido toda la campaña publicitaria hasta aquel momento. Gaddis no

sentía ningún interés en especial por cultivar una imagen pública. Por ejemplo, cuatro años antes había publicado una biografía de Trotsky, y las críticas en *Radio 4* habían sido entusiastas. Un productor de televisión joven y con iniciativa le había invitado a hacer una prueba para una serie de programas sobre grandes figuras revolucionarias. Gaddis lo había rechazado. ¿Por qué? Sencillamente, en aquel momento le pareció que implicaría pasar demasiado tiempo lejos de su hija Min, un bebé por entonces, y abandonar a sus estudiantes en el UCL. Sus amigos y sus compañeros de trabajo pensaban que había dejado escapar una buena oportunidad. ¿Qué sentido tenía ser un profesor de renombre en la Gran Bretaña del siglo XXI si uno no salía en el canal 4 de la BBC? «Piensa en los contactos —le decían—. Piensa en el dinero». Con sus rasgos peculiares pero atractivos, Gaddis poseía un aspecto más que adecuado para la televisión, pero apreciaba demasiado su privacidad y no quería hacer a un lado una carrera que amaba a cambio de lo que describía como «el dudoso placer de verme la cara en la tele». Ciertamente había buena parte de testarudez en aquella decisión, pero el doctor Sam Gaddis se veía a sí mismo, en primer lugar y ante todo, como un profesor. Creía en la idea de que si un joven era lo bastante afortunado para leer los libros adecuados en el momento adecuado y con la guía del profesor adecuado, su vida cambiaría para siempre.

—¿Qué pasa entonces con Sergei Platov? —comenzó. El encargado de Daunt Books, seguro de que ningún paseante curioso más ocuparía alguna de las treinta sillas que había dispuesto en la librería, le había pedido que empezase la presentación—. ¿Es un santo o un pecador? ¿Es culpable de crímenes de guerra en Chechenia y de autorizar personalmente el asesinato de periodistas críticos con su régimen, o es un estadista que ha restaurado el poderío de la Madre Rusia, rescatando al país de la decadencia y la corrupción?

Para Gaddis, esa pregunta era retórica. Platov era una mancha en el carácter ruso; prácticamente un sociópata que en menos de diez años había destruido cualquier posibilidad de crear una Rusia democrática. Antiguo espía del KGB, había dado luz verde al asesinato de ciudadanos rusos en el extranjero, chantajeado a los países de Europa del Este con el suministro de gas y alentado el asesinato de periodistas y activistas de los derechos humanos que habían tenido el valor de criticar su régimen. Uno de aquellos periodistas, Katarina Tikhonov, había sido una buena amiga de Gaddis. Habían mantenido una correspondencia a lo largo de quince años y se encontraban cada vez que Sam visitaba Moscú. Tres años atrás la habían matado a tiros en el ascensor del edificio donde vivía. Ningún sospechoso había sido detenido en relación con el asesinato, un detalle realmente anómalo que Sam había sacado a la luz en su nuevo libro.

Echó un vistazo a sus notas.

—La historia nos dice que Sergei Platov es un superviviente, y viene de una familia de supervivientes.

—¿Qué quiere decir? —La matrona de Hampstead estaba sentada en primera fila

y ya empezaba a hacer preguntas. Gaddis la obsequió con una sonrisa paciente que tuvo el útil efecto de hacer que se sintiera avergonzada por haberlo interrumpido.

—Quiero decir que su familia sobrevivió a las peores tragedias de la Rusia del siglo xx. El abuelo de Platov trabajó como cocinero de Stalin y vivió para contarlo. En sí mismo, eso fue un milagro. Su padre fue uno de los cuatro supervivientes de una unidad de veintiocho hombres que fue traicionada en Kingisepp, en 1941. Los alemanes persiguieron a Sergei Spiridonovich Platov campo a través, y este pudo evitar su captura sumergiéndose en un estanque y respirando por un junco hueco. Sean Connery usó el mismo truco en *Doctor No*.

Alguien rio. Se oía el rumor del tráfico en Holland Park Avenue. Sam Gaddis contempló un mar de rostros atentos que asentían.

—¿Saben algo del asedio de Leningrado? —preguntó. No había tenido la intención de hablar de eso, no aquella noche, pero era un tema sobre el que había disertado muchas veces en el UCL, y engancharía al público de Daunt Books. Vio que el encargado, de pie, cerca de la entrada, asentía con la cabeza, aparentemente entusiasmado—. Estamos en el invierno de 1942. Veinte grados bajo cero por las noches. Tres millones, de los cuales uno eran mujeres y niños, en una ciudad rodeada por las tropas alemanas. —La matrona tragó saliva—. Hay tan poca comida que la gente muere a un ritmo de cinco mil por día. Las bombas incendiarias alemanas han destruido todas las reservas de harina de Leningrado. Los incendios en los Almacenes Badaiev han hecho que el azúcar se funda e impregne el suelo, y la gente está tan hambrienta que está dispuesta a cavar en la tierra helada para sacar el azúcar y venderlo en el mercado negro. El primer metro de tierra se vende a cien rublos el vaso, y el siguiente, a cincuenta.

Sonó una campana y el ruido del tráfico aumentó súbitamente. Por la puerta abierta de la librería entró una joven: pelo negro hasta los hombros, botas de cuero hasta la rodilla por encima de los pantalones vaqueros, y una figura que el profesor de universidad divorciado de cuarenta y tres años con tres copas de Sauvignon Blanc encima capta y se apresura a fotografiar con la mirada en mitad de la presentación de su propio libro. La mujer le dijo algo en voz baja al encargado, cruzó por un instante la mirada con Sam y se sentó en una silla del fondo.

Gaddis deseó haber llevado el material de apoyo. Su conferencia anual en el UCL sobre el asedio de Leningrado era un éxito de asistencia. Un clásico. Uno de los pocos acontecimientos al que todos y cada uno de los estudiantes de Historia de Rusia se sentían a la vez obligados a acudir, y con entusiasmo. Gaddis siempre empezaba de pie ante una mesa en la que había dispuesto un tercio de un rancio pan blanco cortado en rebanadas, medio kilo de carne picada, un cuenco de copos de avena, una taza minúscula de aceite de girasol y tres galletas dietéticas.

—Esto —le decía al auditorio abarrotado— es todo lo que tienen para comer en los próximos treinta días. Es todo lo que un ciudadano adulto de Leningrado podía conseguir mediante su cartilla de racionamiento en los primeros años de la Segunda

Guerra Mundial. Yo diría que pone nuestra dieta de después de Navidades en perspectiva, ¿verdad? —La conferencia tenía lugar en las primeras semanas del año, y el chiste siempre arrancaba al público un satisfactorio murmullo de risas—. Pero disfrútenlo mientras puedan. —Miradas de confusión en la primera fila. Plato a plato, cuenco a cuenco, el doctor Gaddis tiraba la comida al suelo hasta que lo único que quedaba ante él en la mesa eran diez rebanadas de pan blanco rancio—. Para cuando las cosas empezaron a ponerse realmente duras en el asedio, el pan era más o menos el único sustento, y su valor nutritivo era nulo. Los habitantes de Leningrado no tenían acceso a pan de molde como el de Hovis o el de Mother's Pride. Este pan —cogía una rebanada y la rompía en migajas, como un chiquillo que echa pan a los patos— está hecho en su mayor parte de serrín barrido del suelo. Si alguien era lo bastante afortunado para trabajar en una fábrica, conseguía doscientos cincuenta gramos a la semana. ¿Cuánto son doscientos cincuenta gramos? —En aquel momento, Gaddis tomaba seis rebanadas y se las pasaba a un estudiante en la primera fila—. Es más o menos eso. Pero quien no trabajaba en una fábrica —retiraba tres rebanadas— solo recibía ciento veinticinco gramos.

»Y les aconsejo que no sean jóvenes —proseguía imitando ahora a Neil Kinnock, un político del pasado que la mayoría de los estudiantes eran demasiado jóvenes para recordar—. Les aconsejo que no enfermen. Les aconsejo que no lleguen a ancianos en el Leningrado de 1942. Porque en esos casos... —En aquel punto, tomaba las últimas tres rebanadas de pan y las tiraba al suelo—. En esos casos, lo más probable sería que se muriesen de hambre. —Dejaba que aquel pensamiento calara en la audiencia antes de asestar el *coup de grâce*—. Y tampoco sean profesores. No sean intelectuales. —Otra oleada de risas—. Al camarada Stalin no le gustaba la gente como nosotros. Por lo que a él respectaba, los profesores e intelectuales podían morir de hambre.

La hermosa mujer de las botas hasta la rodilla lo observaba con gran atención. Llegado a aquel punto, en el UCL, Gaddis solía pedir un voluntario. Le pedía que se descalzara y colocaba sus zapatos en la mesa dispuesta en la sala de conferencias. También le gustaba sacar de un bolsillo de su chaqueta hierbas y trozos de corteza. Y si el departamento de seguridad e higiene se lo hubiera permitido llevaría incluso una rata y un perro muertos. Aquello fue, después de todo, lo que permitió sobrevivir a los habitantes de Leningrado hasta que los alemanes aflojaron el cerco: hierba y cortezas; zapatos de cuero hervidos para sacar de ellos cualquier sustento; la carne de alimañas y de perros. También se extendió el canibalismo. Los niños desaparecían. Los cadáveres congelados de las calles perdían miembros misteriosamente. Los pasteles de carne del mercado negro del Leningrado asolado por la guerra podían contener cualquier cosa, desde carne de caballo a carne humana.

Pero aquella noche se limitó a lo simple. Aquella noche el doctor Gaddis habló de cómo la tía y un primo hermano de Platov sobrevivieron tres años en un campo de concentración alemán en la región báltica. Contó que, en cierta ocasión, la madre de

Platov se desmayó a causa del hambre y se despertó cuando un grupo de hombres la llevaba al cementerio al suponer que había muerto. Hacia las ocho en punto leyó un extracto del nuevo libro, unos párrafos sobre los primeros años de Platov en el KGB, y a las ocho y cuarto la gente aplaudió y Gaddis contestó a sus preguntas, intentando dejar sentada la idea de que Rusia estaba retrocediendo hacia el totalitarismo. Y durante todo el tiempo, se preguntó cómo podría convencer a la chica de las botas altas para que se uniera al grupo que iría a cenar.

Al final no necesitó hacer nada. Cuando los asistentes a la presentación empezaron a dispersarse, ella se le acercó en el bar improvisado y le tendió la mano.

—Me llamo Holly Levette.

—Hola, yo soy Sam. —La mano de la joven era delgada y cálida, y tenía los dedos llenos de anillos. Rondaría los veintiocho años y tenía grandes ojos azules—. Usted es la que llegó tarde.

La joven dibujó una sonrisa que parecía de auténtica disculpa. Tenía en la mejilla derecha una pequeña cicatriz, sobre el pómulos. A Gaddis le gustó.

—Lo siento, el metro no iba muy bien. Espero no haber interrumpido demasiado.

Se apartaron del bar.

—En absoluto. —Sam intentaba adivinar a qué se dedicaría. Algo relacionado con el arte, algo creativo—. ¿Nos hemos visto antes?

—No, no. Leí su artículo en el *Guardian* y me enteré de que hablaba aquí esta noche. Tengo algo que puede interesarle.

Se encontraban en una pequeña zona despejada en la sección de viajes. Por el rabillo del ojo, Gaddis percibió a alguien que trataba de llamar su atención.

—¿Algo de qué tipo?

—Bueno... Mi madre ha muerto hace poco.

—Lo lamento.

No daba la impresión de que Holly Levette necesitara que la consolasen.

—Se llamaba Katya Levette. Antes de morir estaba trabajando en un libro sobre la historia del KGB. Disponía de un montón de información sobre los servicios de inteligencia británicos y rusos. No quiero que su esfuerzo se desperdicie, todo su trabajo, todas las entrevistas... Me pregunto si le interesaría echar un vistazo a su investigación y ver si hay algo de valor.

Por supuesto, podía tratarse de una trampa. Una fuente maliciosa del MI6 o del FSB, el sucesor del KGB, en busca de un historiador británico de nivel intermedio al que poder usar con fines propagandísticos. Pero ¿por qué acudir a la librería en persona? ¿Por qué no limitarse a telefonarle al UCL o enviarle un correo electrónico a su sitio web? La probabilidad de que se tratara de una trampa era remota. Si los agentes secretos querían un escándalo, si querían titulares, habrían ido a por Beevor o a por Sebag Montefiore; a por Andrew o a por West. Además, Gaddis sería capaz de determinar en cinco minutos si los documentos eran auténticos. Había pasado media vida en los museos de Londres, Moscú y San Petersburgo. Era un ciudadano de los

archivos históricos.

—Por supuesto, les echaré un vistazo. Ha sido muy amable al pensar en mí. ¿Dónde están los documentos?

—En mi piso, en Chelsea.

De repente, el tono de la conversación cambió. De repente, Holly Levette estaba observando al doctor Sam Gaddis de la forma en que las estudiantes maliciosas observaban a veces a los profesores cuarentones, solteros y atractivos cuando no planean nada bueno. Como si su piso en Chelsea prometiese algo más que unos simples documentos sobre el KGB que empezaban a acumular polvo.

—Su piso en Chelsea... —repitió Sam. Bebió un trago de vino y captó el perfume de la joven—. Posiblemente debería apuntar su número.

Ella sonreía, disfrutando del juego, haciendo promesas indefinidas con sus grandes ojos azules. Holly Levette sacó una tarjeta de un bolsillo de sus ajustados vaqueros y la puso en la mano de Sam.

—¿Por qué no me llama cuando no esté tan ocupado? —sugirió—. Podríamos quedar para que venga a recoger los documentos.

—Buena idea. —Gaddis miró la tarjeta. En ella no había nada más que un nombre y un número de teléfono—. Y ¿dice que su madre estaba investigando la historia de los servicios de inteligencia soviéticos?

—El KGB, sí.

Una pausa. Tenía tantas preguntas que no fue capaz de decir nada. Si empezaba, no se podrían detener. Un compañero del UCL apareció al lado de Gaddis y estudió con descaro el profundo escote de Holly. Gaddis no se molestó en hacer las presentaciones.

—Debo irme —dijo Holly, tocándole el brazo y dando un paso atrás—. Me ha encantado conocerle. Su charla ha sido fantástica.

Gaddis volvió a estrecharle la mano llena de anillos.

—La llamaré —dijo—. Y, definitivamente, le tomo la palabra sobre su oferta.

—¿Qué oferta? —preguntó su compañero.

—Oh, una de la mejor clase —respondió Holly Levette—. La mejor clase.

3

Dos días más tarde, en la lluviosa mañana de un domingo de agosto, Gaddis marcó el número escrito en la tarjeta y quedó en ir a Chelsea a recoger las cajas. Cinco minutos después de cruzar la puerta del piso en Tite Street estaba en la cama con Holly Levette. No se marchó hasta las ocho en punto de aquella tarde, con el maletero del coche hundido bajo el peso de las cajas y la cabeza y el cuerpo doloridos tras el impacto carnal con una mujer que, incluso después de todo lo que habían compartido, seguía siendo una desconocida para él: un enigma.

El piso de Holly parecía un solar después de un bombardeo: un campo cubierto por todas partes de periódicos, libros, ejemplares atrasados del *New Yorker*, copas de vino medio vacías y ceniceros desbordados por numerosas colillas y paquetes arrugados de tabaco. En el fregadero de la cocina se apilaban tres días de platos sucios, y Gaddis no había visto en su vida más mantas y ropas amontonadas en sillas que en aquel dormitorio. Le recordó a su propio hogar, que en los años transcurridos desde que Natasha lo había abandonado se había convertido en el laberinto de libros, menús de comida para llevar y cajas de películas, muy propio de un piso de soltero. Había contratado a una asistente bielorrusa, pero la mujer era casi artrítica y se pasaba la mayor parte del tiempo charlando con él en la cocina sobre la vida en la Minsk poscomunista.

Holly fue a buscar el material sobre el KGB al sótano del bloque de pisos, donde Katya Levette había llenado hasta los topes un trastero con docenas de cajas sin etiquetar. Localizar los archivos y llevarlos al coche de Gaddis les llevó a ambos más de una hora. Incluso entonces, Holly dijo que no podía estar segura de que hubieran recogido todo el material.

—Pero es un principio, ¿verdad? —añadió—. Te servirá para ponerte en marcha.

—¿De dónde sacó tu madre todo esto? —preguntó Sam.

La cantidad de material almacenada en el trastero indicaba que Katya Levette había estado extremadamente bien relacionada con el mundo del espionaje, o que era una recolectora impenitente de información inútil de segunda mano. Gaddis la había buscado en Google, pero la mayor parte de los artículos que encontró con su nombre fueron reseñas literarias o perfiles hagiográficos de personajes de no muy alto rango del mundo de los negocios en el Reino Unido y en Estados Unidos. La mujer no había sido nunca miembro de la redacción de ninguna publicación conocida.

—Mamá era amiga de muchos exconsejeros políticos rusos aquí, en Londres —explicó Holly—. Oligarcas y ex KGB. Probablemente conocerás a la mayoría.

—No en persona.

—Y tuvo un novio, una vez. Alguien que estaba en el MI6. Creo que la mayor parte del material viene de él.

—¿Quieres decir que se lo pasó?

Holly asintió y apartó la mirada. Ocultaba algo, pero Gaddis no la conocía lo

bastante para insistir pidiendo más información. Había captado algunos indicios de que la relación entre madre e hija no había sido exactamente cordial. La verdad ya saldría a la luz cuando fuese el momento.

Condujo hasta su casa y dejó las cajas, quince en total, en el suelo de la habitación de Min, prometiéndose en silencio que las estudiaría en pocos días. Y habría vuelto a telefonar a Holly casi de inmediato de no haberse encontrado con una desagradable sorpresa en el correo del lunes.

Tenía dos cartas.

La primera llegó en un sobre de un inquietante color marrón con la etiqueta: SERVICIO DE ADUANAS E IMPUESTOS DE SU MAJESTAD / PRIVADO, y le exigía un pago de impuestos atrasados. Un pago de 21.248 libras, para ser exactos, que eran aproximadamente 21.248 libras más de lo que Gaddis tenía en el banco. La carta advertía que, de no abonar íntegramente aquella cantidad para mediados de octubre, se tomarían medidas legales. Entre tanto, el interés de la deuda se acumulaba a un ritmo del 6,5 por ciento.

La otra carta mostraba la letra inconfundible de su ex, rematada con un sello español y una mancha en la esquina inferior izquierda del sobre que supuso que sería de una taza de café con leche.

La carta estaba escrita a máquina.

Querido Sam:

Siento tener que escribirte así en vez de telefonar, pero Sergio y Nick me han aconsejado que es mejor que lleve este asunto formalmente.

Sergio era el abogado de su ex. Nick era el novio que se había echado en Barcelona. A Gaddis no le caía especialmente bien ninguno de los dos.

El caso es que N y yo andamos desesperadamente mal de dinero por culpa del restaurante, y yo necesito ayuda con el pago del colegio. Sé que has sido ya más que generoso, pero no puedo hacerme cargo de la mitad que me corresponde de los pagos de este trimestre y el siguiente. ¿Podrías ayudar de algún modo? A Min le encanta esta escuela y ya se defiende muy bien en catalán y en castellano. Lo último que querríamos cualquiera de los dos sería sacarla de allí y separarla de sus amigos. La otra escuela está a kilómetros de aquí y es horrible por toda una serie de motivos que son demasiado deprimentes para explicar. He oído hablar de acoso escolar, de racismo hacia una chica hindú, e incluso de que el personal ha ocultado un accidente en el patio. Ya te puedes hacer una idea.

¿Podrías escribirme y decirme qué opinas? Siento tener que pedirte ayuda porque siempre hemos estado de acuerdo en ir a medias. Pero no tengo alternativa. Estamos hablando de una cantidad en torno a los cinco mil euros. Te prometo que te lo devolveré cuando el restaurante empiece a dar beneficios.

Espero que todo vaya bien en Londres y en el UCL, etc. Da recuerdos a todo el mundo.

Hasta luego,

Natasha

Sam Gaddis no era un hombre propenso al pánico, pero tampoco era el tipo de hombre que tiene a mano veinticinco mil libras para hacer frente de improviso a unos impuestos y a unos pagos atrasados de un colegio privado. Ya cargaba con dos

préstamos de veinte mil libras cada uno que había tenido que solicitar para pagar las deudas acumuladas a consecuencia del divorcio, cuyos pagos mensuales, incluyendo los intereses, ascendían a ochocientas libras, que se sumaban a una hipoteca de ciento noventa mil.

Fue en metro al UCL y quedó para comer con su agente. Era la única solución. Tendría que superar aquella crisis trabajando. Tendría que escribir.

Sam se reunió con su agente dos días después, en un restaurante de High Street Kensington exorbitantemente caro, en el que la única clientela, aparte de ellos, eran amas de casa de Holland Park aburridas acompañadas de sus amantes, de la mitad de su edad, y un anciano hombre de negocios griego que tardó casi una hora en comer un simple plato de *risotto*.

Robert Paterson, director para el Reino Unido de Dippel, Gordon y Kahla, Agentes Literarios desde 1968, tenía clientes más importantes que el doctor Samuel Gaddis, como estrellas de series de televisión, por ejemplo, que le proporcionaban comisiones del quince por ciento por autobiografías que generaban cantidades de hasta seis cifras. Pero no habría preferido pasar tres horas en un carísimo restaurante londinense con ninguno de aquellos.

—¿Dijiste que tenías problemas económicos? —dijo cuando pidieron la segunda botella de vino. A Paterson le faltaban tres años para jubilarse, y era el único miembro superviviente de la generación que aún creía en la dignidad de una comida acompañada de tres Martinis—. ¿Impuestos?

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre es por impuestos en esta época del año. —Paterson hizo un gesto de complicidad mientras atacaba un chuletón—. La mayoría de mis clientes tienen menos idea de cómo llevar sus finanzas que *Campeón*, el caballo maravilla. Algunos de ellos me llaman tres veces a la semana. «¿Cómo van mis derechos en el extranjero? ¿Cuándo cobraré la edición de bolsillo?». Ya no soy un agente literario, ahora soy un consejero económico personal.

Gaddis le dirigió una sonrisa torcida.

—Y ¿qué consejo financiero me darías?

—Depende de cuánto necesites.

—Veintidós mil para las arcas de Su Majestad, a pagar el martes pasado. Cuatro mil para el colegio de Min, que probablemente subirán a diez o veinte mil en los próximos años, a menos que el novio de Natasha descubra de repente que pasar tres días a la semana en los Pirineos perfeccionando su esquí fuera de pista no ayuda a que su restaurante en Barcelona sea un éxito. Están tirando euros a paladas al Mediterráneo...

—¿El UCL no es suficiente?

Gaddis le dio las gracias al camarero, que acababa de llenarle la copa de vino.

—Tengo cuarenta y tres años. Mi sueldo no subirá mucho más a menos que consiga una cátedra. Solo la hipoteca me cuesta ya un tercio de lo que gano. Descartando que me dedique a robar primeras ediciones de *Orgullo y prejuicio* de la Biblioteca de Londres, no veo que vaya a acumular dinero en un futuro próximo.

—Así que necesitas otro contrato. —Paterson se limpió la comisura de los labios con la servilleta.

—Sí, necesito otro contrato, Bob.

—¿Cuánto te conseguí la última vez?

—Un poco menos de cinco mil.

Paterson pareció ligeramente avergonzado por haber negociado un trato así de raquítrico. Era un individuo tan orondo que necesitaba dejar un espacio de un par de palmos entre la silla y la mesa. Cruzó los brazos de forma que reposaron en la cima de su inmensa barriga. Parecía un Buda trajeado en Savile Row.

—Entonces ¿de cuánto estamos hablando? ¿Treinta mil libras de adelanto?

Una gotita de salsa cayó en la camisa de Paterson. Gaddis asintió, y el agente dejó escapar un suspiro teatral.

—Bueno, si quieres conseguir esa cantidad rápidamente tendrás que escribir un libro estrictamente comercial, antes de doce meses casi con toda seguridad, y probablemente tendrás que usar un pseudónimo para producir el impacto de un escritor novel. Es la única forma de conseguírte un cheque jugoso en el mercado actual. Una comparativa histórica entre Sergei Platov y Pedro el Grande, que Dios te bendiga, no será bastante... Te lo digo con la mejor intención, Sam. A nadie le importa realmente que se estén cargando periodistas en Rusia. El lector medio no tiene la menor idea de quién es Pedro el Grande. ¿Juega en el Liverpool? ¿Cayó en la final de un concurso de talentos? Ya ves el problema.

Gaddis asintió. Veía el problema. Lo malo era que no tenía las cualidades necesarias para crear un *bestseller* en doce meses. Había tardado más de un año en investigar y preparar alguna de sus conferencias en el UCL. Durante un instante increíble, mientras Paterson sacaba unas gafas de media luna, se las ponía y estudiaba la carta de postres, Sam consideró realmente la posibilidad de tener que hacer horas extra como taxista para reunir el dinero.

Entonces recordó a Holly Levette.

—¿Qué hay del KGB?

—¿Qué hay del KGB? —Paterson levantó la mirada de la carta y miró a ambos lados del restaurante, exagerando cómicamente—. ¿Están aquí?

Gaddis sonrió. Un chiquillo pasó junto a la mesa y desapareció por la escalera que llevaba al baño.

—¿Qué tal una historia de los servicios de espionaje en la Rusia soviética? —dijo—. ¿Algo con espías?

—¿Una serie de novelas?

—Si lo prefieres.

Paterson lo miró por encima de las gafas. Parecía un padre repentinamente desconfiado ante un hijo díscolo.

—Lo cierto es que no te acabo de ver como novelista, Sam —dijo—. Lo tuyo no es la ficción. Tardarías mucho en terminar el manuscrito. Deberías pensar en una obra de no ficción que pudiera desarrollarse luego como una serie televisiva, un documental contigo ante la cámara. Si quieres ganar dinero de verdad, tienes que empezar a pensar en serio en tu imagen. Hoy día, ser un profesor trasnochado no tiene mucho futuro. Mira a Schama. Tienes que ser multitarea. Siempre he dicho que serías ideal para la televisión.

Gaddis ocultó sus pensamientos tras la copa de vino. Quizás era el momento. Min estaba en Barcelona. Estaba absolutamente en la ruina. ¿Qué iba a perder por asomar la cara en la televisión?

—Adelante. Dame tu punto de vista desde dentro del mercado.

Paterson lo complació encantado.

—Veamos. Cuando se trata de libros sobre Rusia, ni hablar de Chechenia. A nadie le importa una higa. —Se interrumpió para dirigirle un «solo una pizca de tiramisú, solo una pizca» al camarero—. Lo mismo puede decirse de Yeltsin, de Gorbachov y lo mismo del excelentísimo señor Ego Rampante, el añorado Alexander Solzhenitsyn. Está todo agotado y muerto. Ya has escrito sobre Platov, Chernóbil es agua pasada, así que... Sí, bien puedes dedicarte a los espías. Pero necesitaremos paraguas envenenados, planes secretos del KGB para liquidar a Reagan o a Thatcher, pruebas irrefutables de que Lee Harvey Oswald era el hijo secreto de Rudolf Nuréyev y Svetlana Stalin. Estoy hablando de la portada del *Daily Mail*. Estoy hablando de primicias.

El hombre de negocios griego había tirado por fin la toalla ante el plato de *risotto*. Gaddis se sentía a la vez halagado y desconcertado por el hecho de que Paterson lo creyese capaz de escribir una historia de esa categoría. También le preocupaba que las cajas de Holly Levette no contuvieran más que basura irrelevante de segunda mano procedente de fuentes dudosas del submundo ruso. Pero en aquel momento, aquellas cajas era lo único que tenía para trabajar.

—Me pondré a ello —dijo.

—Bien. —Paterson observó la llegada del tiramisú dejando escapar un silbido de anticipación—. Y ahora, ¿hay alguna forma de que te convenza para tomar un café?

Ocho horas más tarde, Gaddis fue a cenar a casa de Charlotte Berg, en Hampstead. Berg fue su compañera de piso en Cambridge y, durante un breve período, su novia, antes de que él se casara. Había sido corresponsal de guerra y ocultaba las secuelas que le habían dejado Bosnia, Ruanda y Cisjordania bajo una capa de campechanía y un levemente desgastado glamur. Charlotte, ante el pollo asado que había preparado su esposo, Paul, empezó a contar detalles sobre su último trabajo: un reportaje realizado por cuenta propia que pretendía colocarle al *Sunday Times* y que, según ella, sería el mayor escándalo político de la década.

—Tengo una primicia a la vista —dijo.

Gaddis cayó en la cuenta de que era la segunda vez ese día que oía aquella palabra.

—¿Qué clase de primicia?

—Bueno, no sería una primicia si te lo cuento, ¿verdad?

Solían jugar a aquel juego. Charlotte y Sam eran rivales de ese modo en que, a menudo, dos buenos amigos se vigilan uno a otro competitiva y discretamente. Se trataba de una rivalidad profesional, intelectual, y que casi nunca se tomaban muy en serio.

—¿Qué recuerdas de Melita Norwood? —preguntó Charlotte.

Sam miró a Paul, que dedicaba toda su atención a rebañar salsa con un trozo de pan. A Norwood la conocían como La Abuela Espía; fue descubierta en 1999 y se había dedicado a pasar secretos nucleares británicos a la Unión Soviética en los años cuarenta y cincuenta.

—Sé que la ocultaron bajo una alfombra. Espió para Stalin y logró adelantar el programa nuclear soviético alrededor de cinco años, pero el gobierno británico de entonces, que no quería cargar con la publicidad negativa de llevar a juicio por traición a una anciana, la permitió morir pacíficamente en su lecho. ¿Por...?

Charlotte hizo a un lado el plato. Era una mujer muy desinhibida, propensa a gesticular y de grandes apetitos: por el tabaco, por la bebida, por la información. Paul era el único hombre que había conocido capaz de ser tolerante con sus numerosas contradicciones.

—Que le den a Melita Norwood —dijo. Tomó por equivocación la copa de vino de Sam y vació casi todo su contenido.

—Como quieras.

—¿Qué hay de Roger Hollis? —preguntó entonces.

—¿Qué pasa con él?

—¿Crees que era un traidor?

Sir Roger Hollis era una zona gris en la historia de los servicios de inteligencia británicos. Chapman Pincher, un periodista, había publicado en 1981 un *bestseller* titulado *Su oficio es la traición*, en el que sostenía que Hollis, antiguo jefe del MI5,

había sido un espía del KGB. Gaddis había leído el libro cuando era un muchacho. Recordaba la portada de color rojo vivo con la sombra de una hoz atravesada. Su padre se lo pidió prestado en unas vacaciones junto al mar en Sussex.

—Si te digo la verdad, hace muchísimo tiempo que no pienso en Hollis —respondió Sam—. Jamás se demostró la acusación de Pincher. ¿Estás trabajando en eso? ¿Esa es la primicia? ¿Hay alguna conexión entre Hollis y Norwood? Se sabe que ella trabajaba junto a un espía del KGB de nombre clave HUNT, que nunca lograron identificar. ¿Hollis era HUNT?

Charlotte se echó a reír. Le encantaba hurgar en el almacén de conocimientos de Gaddis.

—Que le den a Hollis —dijo con el mismo tono procaz con el que había descartado a Norwood. Gaddis estaba desconcertado.

—¿Por qué no paras de decir eso?

—Porque los dos son poca cosa. Jugadores de muy bajo nivel. Peces chicos, comparados con lo que me he encontrado.

—¿Y has encontrado...? —preguntó Paul.

Charlotte apuró la que debía de ser su novena o décima copa de vino.

—¿Qué diríais si os cuento que había un sexto espía de Cambridge que jamás fue desenmascarado? Un coetáneo de Burgess y Maclean, de Blunt, Philby y Cairncross... que todavía sigue vivo.

Al principio, Gaddis no fue capaz de dilucidar exactamente qué le estaba diciendo Charlotte; también se había bebido como mínimo una botella de Côtes du Rhône. ¿Era Hollis un espía del Círculo de Cambridge? ¿Fue Norwood el sexto miembro del Círculo de los Cinco? Charlotte no podía estar trabajando en serio en semejante disparate. Pero era un invitado en su casa y estaba disfrutando de su hospitalidad, de modo que se guardó para sí sus dudas.

—Diría que lo que tienes a la vista es una fortuna.

—Esto no tiene que ver con el dinero, Sam. —No había nada recriminatorio en el tono de Charlotte. Se trataba simplemente de la franqueza que la caracterizaba—. Tiene que ver con la historia. Estoy hablando de un espía legendario del KGB, de nombre en clave ATILA, que se matriculó en los años treinta en el Trinity College, en Cambridge. Un hombre tan peligroso e influyente como Maclean y Philby. Un topo en el corazón de la infraestructura política y de espionaje británica, cuya traición ha sido ocultada intencionadamente por el gobierno durante más de cincuenta años.

—Joder... —Gaddis intentó ocultar su escepticismo. Era muy poco plausible que un sexto miembro del círculo del Trinity hubiera podido evitar que lo detectaran. Durante décadas, cada espía, cada estudioso y cada periodista con el más leve interés en aquel mundo secreto habían estado a la caza de ese sexto hombre. Después de 1945, cualquier desertor soviético podría haber hecho saltar la tapadera de ATILA de un plumazo. En última instancia, Cairncross o Blunt lo habrían delatado al ser descubiertos—. ¿De dónde has sacado esa información? ¿Cómo es posible que

Mitrokhin no mencionase a ATILA?

Vasili Mitrokhin era un comandante del KGB que pasó al MI6 información detallada sobre las operaciones de la inteligencia rusa después de la caída de la Unión Soviética. Aquellos documentos se publicaron en Gran Bretaña en 1992.

—Todos piensan que en el libro de Mitrokhin aparece al completo la historia del espionaje soviético. —Charlotte encendió un cigarrillo con aire de completa satisfacción—. Pero hay una tonelada de material al que no puso las manos encima. Incluido esto.

Paul dejó a un lado el cuchillo y el tenedor. El marido de Charlotte era un tipo alto, paciente e impasible hasta el punto de parecer retraído. Un miembro de éxito de la City, el distrito financiero (de ahí la casa de cinco habitaciones valorada en siete cifras en Hampstead), que amaba a Charlotte entre otras cosas porque le permitía permanecer en segundo plano y mantener la privacidad que se había esforzado duramente en proteger. Era tan inescrutable que Sam era incapaz de adivinar si lo consideraba una amenaza para su matrimonio o un amigo apreciado. Resultó sorprendente que se uniera a la discusión con un:

—Veamos, ¿cuál es tu fuente?

Charlotte se inclinó hacia delante, sumergiéndose en la nube conspiratoria creada por el humo del cigarrillo, y miró alternativamente a los dos hombres. Su marido era la única persona a la que podía confiar aquella información. Gaddis era un amigo leal, por supuesto, discreto y de gran tacto. Pero también tenía una vena de malicia que hacía que fuera extremadamente arriesgado compartir con él un secreto como aquel.

—Esto no sale de aquí, ¿de acuerdo? —dijo finalmente, para que Gaddis fuera consciente de lo que significaba para ella.

Sam sintió una punzada de envidia al verla tan convencida de que había dado con algo grande.

—Por supuesto. Ni una palabra.

—¿Puedo decírselo a Polly? —musitó Paul, apoyando una mano en la espalda de Charlotte a la vez que se levantaba para recoger los platos. Polly era un labrador negro y artrítico que, en ausencia de hijos, era su compañía más querida.

—Esto es serio —dijo Charlotte—. He jurado mantener el secreto. Pero es tan alucinante que no puedo contenerme.

Gaddis sintió la emoción del historiador ante la perspectiva de lo que fuera que Charlotte hubiera descubierto. El sexto hombre. ¿De verdad era posible?

—Adelante —dijo.

—Empezaré por el principio. —Charlotte se llenó otra copa de vino. Paul cruzó la mirada con Sam y frunció el ceño imperceptiblemente. Charlotte era casi una alcohólica: una botella de vino en la comida, dos en la cena; ginebra a las seis; un par de copas de Laphroaig a última hora de la noche. Nada de aquello parecía afectar su comportamiento, salvo por un leve aumento de decibelios en su tono de voz, pero era

evidente que el alcohol le estaba haciendo mella: la vejez prematura, el sobrepeso, las ojeras—. Hace cosa de un mes recibí una carta de un tipo llamado Thomas Neame. Dijo ser el confidente de un diplomático británico que había pasado toda su carrera, desde la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de los ochenta, trabajando como espía del KGB. Hice algunas averiguaciones, descubrí que Thomas era lo que decía ser y me reuní con él.

—¿Adónde fuiste? —Paul hacía caso omiso de las idas y venidas de su esposa. A menudo desaparecía durante semanas enteras mientras rastreaba una historia en Irak, o en California, o en Moscú.

—Ese es el secreto número uno —replicó Charlotte—. No puedo decir dónde vive Thomas Neame, ni siquiera a ti.

—La confianza entre marido y mujer es algo maravilloso —dijo Gaddis—. ¿Qué edad tiene ese tipo?

—Noventa y uno. —Charlotte bebió otro trago. Su piel parecía más oscura en la discreta iluminación de la cocina, y sus labios habían adquirido un llamativo rojo rubí por el pintalabios y el vino—. Pero no aparentaba más de setenta y cinco. No os querría ver echándole un pulso. Muy duro, en forma, un escocés de la generación que pasó la guerra, capaz de fumar cuarenta cigarrillos al día y seguir siendo capaz de coronar el monte Ben Nevis antes de desayunar.

—No como una que conozco —dijo Paul con retintín, mirando el cigarrillo que sostenía su esposa. Los años como corresponsal en el extranjero habían debilitado lo que antaño había sido una constitución de hierro en vez de endurecerla. Aquello le preocupaba, y también a Gaddis, pero no tenían más posibilidades de cambiar el estilo de vida de Charlotte que de subir a la luna en bicicleta.

—¿Cómo sabe el tal Neame que su amigo era un espía? —preguntó Gaddis—. ¿Por qué no lo había desvelado antes?

Su teléfono sonó antes de que Charlotte pudiera responder. Gaddis lo sacó del bolsillo de la chaqueta y miró la pantalla. Era un mensaje de texto de Holly Levette.

«¿Vienes esta noche?».

Lo invadieron dos impulsos contradictorios: despachar su copa lo más deprisa posible y subir a un taxi rumbo a Tite Street, o sincerarse con Charlotte y contarle que él también estaba buscando una historia con gancho.

—¿Conoces a esta mujer? —Sostuvo el teléfono como si hubiera una fotografía de Holly en la pantalla—. Holly Levette.

—Me suena.

—Su madre se llamaba Katya. Estaba trabajando en una historia del KGB cuando...

—¡Katya Levette! —Charlotte fingió horrorizarse. Después sacudió la cabeza y añadió—: Conocida habitualmente como la peor escritorcilla del mundo.

—¿Y eso?

Charlotte hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—No merece la pena entrar en detalles. Me crucé con ella alguna vez. No paraba de repetirme lo maravillosa que yo era, pero estaba claro que buscaba un *quid pro quo*. Creo que su hija me mandó un correo electrónico después de que muriera, contándome lo mucho que Katya admiraba algo que escribí sobre Chechenia. Después me ofreció un montón de basura antigua, supuestos documentos de investigación.

—Un montón de basura antigua... —repitió Gaddis con un deje de desesperación.

—Bueno, basura no. —Charlotte pareció avergonzada—. En realidad le dije que fuera a verte a ti. Que se lo diera a un historiador de verdad.

—Vaya, gracias.

—¿Estáis en contacto?

Gaddis asintió.

—Pero no me dijo que yo fuera un segundo plato. Dijo que le había encantado mi artículo sobre Sergei Platov en el *Guardian*.

Paul ahogó una risilla.

—Los halagos te llevan a todas partes.

Gaddis se llenó un vaso de vino. Les explicó, omitiendo el lujurioso fin de semana en Chelsea, que Holly había ido a Daunt Books y le había ofrecido material sobre el KGB.

—Una hermosa joven aparece así, dispuesta a entregarte varios cientos de documentos sobre los servicios de inteligencia soviéticos, y no miras exactamente hacia otro lado. ¿Cómo iba a saber que era una chalada?

—Así que es guapa, ¿eh? —preguntó Charlotte, animada por aquella oportunidad para pincharlo—. No lo habías dicho.

—Es realmente muy guapa.

—¿Y fue a la presentación? ¿Cómo es que no me encontré con ella?

—Posiblemente porque antes la mandaste a paseo —señaló Paul.

Charlotte se echó a reír y rascó de la mesa una gota de cera de una vela.

—Y ahora te manda un mensaje a las diez y media de la noche. ¿Hay algo que no nos estás contando, doctor Gaddis? ¿Tienes que contarle a la señorita Levette un cuento antes de que se duerma?

Gaddis sacó un Camel de la cajetilla abierta.

—Tienes suerte —dijo, cambiando de tema—. Ahora mismo sería capaz de vender a mis nietos por esa historia tuya de Cambridge.

Encendió el cigarrillo con la vela. Paul frunció el ceño y sacudió la mano delante de su cara.

—Por Dios, tú también, no...

—¿Por la historia del sexto hombre? ¿Por qué? —preguntó Charlotte.

—Problemas económicos. —Gaddis extendió las manos—. Nada nuevo.

Era vergonzoso en cierto modo estar en la ruina a los cuarenta y tres. ¿Cómo habían llegado las cosas a aquel punto? Dio una profunda calada al cigarrillo y luego

expulsó el humo hacia el techo. Charlotte frunció el ceño.

—¿La pensión? ¿La dulce Natasha está resultando ser menos dulce de lo que creíamos?

Paul se puso a llenar la cafetera con agua y se reservó los comentarios.

—Impuestos. El colegio de Min. Deudas —respondió Gaddis—. Tengo que reunir unas veinticinco mil. Hoy he comido con mi agente, y me ha dicho que mi única esperanza de salir de esta situación es escribir deprisa un libro sobre espías soviéticos. Ni siquiera tengo que publicarlo con mi nombre. Así que un sexto hombre de Cambridge sería una historia perfecta. De hecho, te la voy a robar. Te enterraré bajo el parquet para quedarme con ella.

Charlotte pareció sinceramente preocupada.

—No tienes que robarla —replicó—. ¿Por qué no escribimos el libro a medias? Quizás incluso podamos usar alguno de los archivos mágicos de Katya. —Paul sonrió—. En serio, voy a sacar la historia de Cambridge en exclusiva, pero después alguien querrá un libro. Tú serías perfecto. Yo no tengo paciencia para sentarme y escribir doscientas mil palabras sobre un tema que ya he tratado. Querré pasar a otra cosa. Pero tú puedes presentar a ATILA en su contexto, añadirle salsa y sabor. No hay nadie que sepa de Rusia más que tú.

Gaddis se negó de inmediato. No le parecía bien columpiarse en el éxito de Charlotte. Además, estaba borracha, y la bebida le hacía prometer cosas que quizás, al día siguiente, no estaría dispuesta a mantener. Pero ella insistió:

—Consúltalo con la almohada —le dijo—. Aprovecha mientras duermes con Holly Levette. —Paul llevó el café—. Me encantaría trabajar contigo, sería un honor. Y al parecer te serviría para evitar una situación muy fea.

Gaddis volvió a guardar el móvil en el bolsillo de la chaqueta y cogió la mano de Charlotte.

—Es una idea —dijo—. Nada más. Y es increíblemente amable por tu parte. Pero ya hablaremos mañana.

—No, vamos a hablar ahora. —Charlotte no iba a permitir que el orgullo y las buenas maneras le echaran a perder una buena idea. Polly, con sus patas combadas por la artritis, entró en la cocina con pasos vacilantes y se recostó a sus pies. Charlotte se inclinó y le metió un trozo de pan en la boca—. ¿Crees que es una buena idea, Pol? Yo creo que es una buena idea —le dijo con un tonillo infantil.

—Vale, vale. —Gaddis levantó las manos en gesto de rendición—. Lo pensaré.

Charlotte pareció aliviada.

—Gracias a Dios. Para que luego digan de mirarle los dientes a un caballo regalado... —Se levantó y buscó tres tazas para el café.

—¿Dices que se supone que ATILA está muerto? —La pregunta fue la primera señal visible de que Gaddis estaba dispuesto a investigar el tema.

—Sí. Pero ese tipo, Neame, es bastante evasivo. Dice que hace más de diez años que no ve a Crane. No sé si creerlo.

—¿Crane? ¿Se llama así?

—Edward Anthony Crane. Escribió todo en un documento que Neame afirma haber destruido en parte. Dice que el documento revela además algo que «sacudirá Londres y Moscú hasta los cimientos».

—¿Aún más que el hecho de que nuestro gobierno haya ocultado la existencia de un sexto espía de Cambridge?

—Aún más, sí.

Gaddis la miró, miró a Paul, y se preguntó si Charlotte no sería víctima de un timo. Aquello era demasiado bueno para ser cierto pero, al mismo tiempo, era imposible descartarlo sin más.

—¿Y no ha dado ningún detalle de cuál sería tal escándalo?

Charlotte sacudió la cabeza.

—No. Todavía no. Pero Thomas fue el confesor de Crane. Su mejor amigo. Lo sabe todo. Y está dispuesto a cantar como un ruiseñor antes de estirar la pata.

—No mezclemos metáforas —dijo Paul.

—Tendrían aproximadamente la misma edad —prosiguió Charlotte—. Noventa, noventa y uno. Compañeros en Cambridge. ¿Qué posibilidades hay de que los dos sigan vivos?

—Pocas —respondió Gaddis.

Alexander Grek llevaba cinco horas vigilando el hogar de los Berg. Había visto volver del trabajo a Paul con dos bolsas repletas de ultramarinos de Waitrose, a las 18.45. A las 19.12, mientras fumaba un cigarrillo, había visto a Charlotte en la ventana del primer piso, recién salida de darse una ducha o un baño, cuando cerró las cortinas después de envolverse en una toalla. Justo después de las ocho en punto, un varón blanco no identificado, de poco más de cuarenta años, con el pelo alborotado y llevando dos botellas de vino tinto, había entrado en la casa. Grek supuso que había ido a cenar.

El varón no identificado abandonó el edificio a las 23.21. Medía aproximadamente un metro ochenta, pesaría alrededor de ochenta kilos, vestía una chaqueta de pana y cargaba de un hombro una mochila de cuero. Aquel hombre estrechó la mano a Paul en la puerta de la casa y después dio un beso y un abrazo a su esposa, Charlotte. Aunque Grek tenía una cámara con teleobjetivo en el asiento de al lado del conductor no pudo hacer una foto del rostro del visitante, pues este caminó de espaldas desde la puerta principal hasta la calle, sin interrumpir la conversación con sus anfitriones. Cuando llegó a la acera, el sujeto echó a andar hacia Hamstead High Street, alejándose del vehículo de Grek.

Este decidió estirar las piernas. Siguió al sujeto por Pilgrim's Lane y lo vio parar un taxi enfrente de una librería de la cadena Waterstone. El taxi se dirigió hacia el sur. Grek encendió un cigarrillo y caminó de regreso a su coche. A mitad de camino sujetó el cigarrillo entre los labios y orinó al pie de un castaño, ocultándose tras un contenedor cubierto con una lona.

Tiempo atrás había llegado a la conclusión de que los asesinatos se podían clasificar en tres categorías. Podían ser políticos, podían ser militares y podían tener un carácter moral. A Alexander Grek no le preocupaba la moral convencional. Su trabajo era o político o militar, y habitualmente de carácter defensivo. El plan de aquella noche, por ejemplo, tenía el loable objetivo de evitar que su gobierno sufriera serios problemas. Grek no era un asesino en el sentido clásico. No actuaba solo por contrato. Cuando era joven recibió entrenamiento a cargo de los servicios de inteligencia de su país, conocido comúnmente como el FSB y, después de retirarse en 1996, había puesto en marcha con gran éxito una pequeña compañía de seguridad con oficinas en Londres y San Petersburgo. En sus circunstancias, un hombre aprende mucho sobre el oficio de matar. Aun así, Grek se consideraba a sí mismo, en primer lugar y ante todo, un animal político. La investigación sobre ATILA era una amenaza para el Estado. La amenaza debía ser eliminada. Sencillamente, cumplía su deber patriótico.

Dejó la botella de agua mineral medio vacía, se caló un gorro de lana, salió del vehículo y cruzó la calle. Pilgrim's Lane estaba desierta. Grek se dirigió al lado este de la casa y forzó la sencilla cerradura de la puerta de madera que daba al jardín. La

noche anterior había aceitado las bisagras, y la puerta se abrió silenciosamente. Entró en un pasaje estrecho ocupado por una bicicleta, algunas herramientas de jardinería y varios botes oxidados de pintura. Miró hacia la casa, para comprobar que no había luces encendidas en las plantas altas, y después atravesó el jardín.

De día, Charlotte Berg trabajaba en un cobertizo del jardín convertido en despacho. Usaba un ordenador portátil que se llevaba a casa por la noche. En el cobertizo había una impresora a color barata, un anticuado teléfono con fax, unos cuantos archivadores, una vieja silla de madera y un par de fotografías con valor sentimental. Le había explicado a Paul que era mejor dejar sin cerrar el cobertizo en vez de ponerle un candado, pues podría darle a un ladrón la impresión de que en su despacho habría algo que mereciera la pena robar. Grek abrió la puerta del cobertizo, entró y la cerró tras él.

El fluoroacetato de sodio es un polvillo blanco extraído de un pesticida. Inodoro y barato, se emplea habitualmente para controlar las plagas de ratas en el alcantarillado. Grek tenía diez miligramos en estado líquido en una ampolla que sacó de un bolsillo de su chaqueta. La minúscula cámara de vigilancia que había instalado en la lámpara colocada encima de la mesa de Berg le había mostrado una pequeña botella de Evian llena a medias, al lado de la impresora. Grek la cogió, vertió en el agua el líquido incoloro de la ampolla y cerró el tapón. La luz de luna que entraba en el cobertizo le bastó para retirar la cámara sin necesidad de encender una linterna. También retiró el dispositivo de escucha colocado bajo la mesa. Se guardó ambos aparatos y los cables que los acompañaban en el bolsillo de la chaqueta. Una vez que hubo acabado, echó una ojeada a los papeles que había en la mesa: una factura de teléfono, un recibo por la compra de artículos de pintar, una copia del segundo tomo de *El archivo Mitrokhin*. Nada que pareciera tener relación con ATILA.

Oyó un ruido en el exterior. Algo a tres o cuatro metros del cobertizo. Grek se arrodilló rápidamente. Oyó el ruido por segunda vez y lo identificó como un animal, posiblemente un zorro. Polly, el perro de los Berg, no tenía acceso al jardín por las noches, y seguramente estaría dormido en la casa.

Grek se levantó lentamente. Abrió la puerta del cobertizo y volvió a cruzar el jardín. Abandonó las sombras de la casa, miró a ambos lados de la calle y cruzó Pilgrim's Lane después de asegurarse de que nadie lo observaba. Abrió el coche, vació los bolsillos en el asiento del copiloto y se marchó en dirección a Hampstead High Street.

Gaddis se encontraba en su despacho en el UCL cuando recibió la llamada. El identificador mostraba: «Número desconocido».

—¿Sam? Soy Paul.

—Pareces alterado. ¿Va todo bien?

—Es Charlotte. —Su voz tenía un extraño tono. Incluso en aquel momento tan terrible, se las arreglaba para mantener la dignidad—. Siento que tengas que enterarte por mí. Ha tenido un ataque al corazón esta mañana. Se ha ido...

Gaddis había tenido tres conversaciones como aquella en toda su vida. Cuando tenía dieciséis años, su hermano mayor había muerto en un accidente de coche en Suramérica. En Cambridge, un buen amigo suyo se había ahorcado en la víspera de los exámenes finales. Y justo antes de cumplir los cuarenta recibió la noticia de la muerte de Katarina Tikhonov en su piso de Moscú, víctima de un asesinato por encargo aprobado tácitamente por Sergei Platov. Recordaba con claridad absoluta cada conversación, cada ocasión, y sus diferentes reacciones. Se descubrió respondiendo. «¿Cómo? ¿Un ataque al corazón?», porque necesitaba las palabras para ahogar la sensación de vértigo a causa de la impresión.

—Sí —se limitó a responder Paul. Y a continuación, casi de inmediato, porque aquella era solo una de la docena de llamadas que tendría que hacer le dijo—: No puedo decirte nada más de momento.

—Sí, por supuesto. Lo siento mucho, Paul.

—También lo siento por ti.

Gaddis se agachó lentamente hasta quedar acurrucado en el suelo, con la extraña y vívida sensación de que se le tensaba la piel, como si su cuerpo quisiera escapar de sí mismo. Al principio, la noticia le pareció sin sentido, pero después fue encajando en una lógica sombría. Charlotte bebía demasiado. Charlotte fumaba demasiado. El corazón de Charlotte no había aguantado más. Se levantó y se apoyó en la mesa. Le preocupaba la idea de que algún estudiante u otro profesor pudiera llamar a la puerta y entrar. La cerró por dentro y se acercó a la ventana en busca de aire fresco. Se peleó con el cerrojo hasta que consiguió abrirla bruscamente. El ruido de unas obras cercanas irrumpió en el pequeño y abarrotado cuarto. Y Sam se sintió avergonzado, pues a los pocos minutos de asimilar la noticia de Paul se encontró pensando en Edward Crane. Sin Charlotte sería imposible coescribir el libro. Tendría que encontrar otra fuente de ingresos. Otra forma de pagar las deudas. Se sentía totalmente abandonado.

Aparentemente, Charlotte había ido a su despacho, escrito algunos correos y leído el *Guardian online*. En algún momento, probablemente entre las diez y las once, había regresado a la casa para prepararse unas tostadas, llevando consigo la papelera del despacho. Paul la había encontrado en el suelo de la cocina, con Polly gimiendo a su lado y las tostadas asomando de la tostadora. No se había practicado una autopsia.

Los médicos y el forense estaban de acuerdo en que Charlotte había sufrido un ataque cardíaco masivo como resultado de una debilidad coronaria genética combinada con su poco sano estilo de vida.

En los días siguientes, Gaddis ayudó a Paul a organizar el funeral. Escribió un texto de despedida de Charlotte a petición de la familia y preparó el guion de la ceremonia, que mandó imprimir en una pequeña imprenta de Belsize Park. Tener tareas concretas en las que ocupar los pensamientos le ayudaba a aligerar la constante sensación de desespero. Sentía que servía de apoyo a Paul, quien se había replegado en sí mismo de una forma casi impenetrable. La mente de Sam recorría una y otra vez más de veinte años de recuerdos: los primeros años de su amistad con Charlotte, en Cambridge; su breve enredo amoroso; el lapso de los ocho años del matrimonio entre Sam y Natasha, y la tensión acumulada durante mucho tiempo entre las dos mujeres. Sam se dio cuenta de que en su vida ya no había nadie, y ciertamente ninguna mujer, con quien tuviera una amistad comparable. En los últimos diez años, su grupo de amigos se había ido dispersando, bien por las exigencias de los hijos o por la presencia de parejas hacia las que Sam no sentía ninguna afinidad. Era parte del paso a la edad madura. Charlotte era una de las pocas amistades prolongadas que había sobrevivido a aquel período y que seguía siendo un vínculo con su pasado.

El funeral tuvo lugar ocho días después de la muerte. El velatorio se realizó en la casa de Hampstead. Para entonces, el tiempo había embotado en parte el dolor de Sam, que fue capaz de mostrar una fachada de cortesía y fortaleza, y actuar prácticamente como anfitrión en ausencia de Paul, quien se pasó casi toda la tarde encerrado en su habitación.

—No puedo enfrentarme a ellos, ¿sabes? —había dicho, y Gaddis se dio cuenta de que no había nada que pudiera decir para consolarlo. A veces es mejor dejar que la gente pase el duelo a solas. Polly estaba con él, y sobre la cama había esparcido una docena de fotografías de Charlotte—. ¿Tú estás bien? —le preguntó a Gaddis—. ¿Te las arreglas ahí abajo?

—Sobreviviremos —respondió Gaddis, tranquilizándolo con la mirada—. Todo va bien.

A la seis en punto apenas quedaba media docena de personas. Los compañeros de oficio que habían conocido a Charlotte durante su estancia en *The Times* habían vuelto a sus despachos hacía bastante rato, pues el cierre de la edición matinal no podía esperar. Diversos conocidos de todos los rincones de su vida habían aparecido para presentar sus respetos y se habían dispersado a lo largo de la tarde. Cuando Paul bajó, solo quedaban algunos familiares cercanos.

Gaddis había dejado de fumar por un breve período a principios de año, pero retomó el hábito tras la muerte de Charlotte. Veinte al día. La vida, como acababa de demostrar ella, era indiscutiblemente demasiado corta. Sam sonrió ante aquel

pensamiento mientras encendía un Camel en un extremo del jardín. Se dio cuenta de que era la primera vez que estaba a solas en las últimas doce horas. Un par de empleados del *catering*, un adolescente y una joven, ambos vestidos de negro, recogían vasos de los alféizares de las ventanas de la fachada. Polly los observaba tumbada en la hierba y rascándose una oreja con una pata artrítica.

A la luz decreciente del atardecer, Gaddis abrió la puerta del despacho de Charlotte y entró en el cobertizo donde su amiga había estado trabajando la mañana de su muerte. El cobertizo estaba como ella lo dejó: el portátil reposaba en la mesa, la impresora había escupido algunas hojas, su ejemplar de *El archivo Mitrokhin* estaba abierto en el suelo. Sam se sentó ante la mesa. Estaba fisgoneando, no cabía duda, aunque fingiría ante sí mismo y ante cualquiera que asomase por allí que estaba empapándose del espíritu de Charlotte. Pero la realidad era así de mezquina: estaba buscando a Edward Crane.

Recogió el documento de la impresora. Era un artículo de la *New York Review of Books* sobre John Updike. Miró al suelo. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Fotografías? ¿Cedés? Hojeó una agenda que había en la mesa, e incluso pensó en husmear en el teléfono móvil. Respirando entrecortadamente, se asomó por la ventana del cobertizo para asegurarse de que nadie lo interrumpiría, y abrió la agenda por las primeras páginas. Miró los días previos a la muerte de Charlotte, pero lo único que encontró fue la palabra *Cena* garabateada en la página del día que él había ido a cenar. La última noche que la había visto con vida.

—¿Qué estás haciendo?

Paul estaba en la puerta y lo miraba con incredulidad.

Gaddis cerró la agenda de golpe y la dejó en la mesa.

—Solo intento acercarme a ella —musitó—. Encontrarle algo de sentido a todo.

—¿Leyendo en su agenda?

Sam se levantó.

—No sé por qué he mirado. —Supuso que Paul lo adivinaba—. Simplemente, acabé aquí. No sé qué diablos estoy haciendo.

—Yo tampoco.

Cruzaron la mirada. Paul estaba tan cansado, tan tenso, que se limitó a sacudir la cabeza y acercarse a Sam. Recolocó los objetos de la mesa en un intento de reclamar como propio el despacho de su esposa.

—Vamos dentro —dijo—. Volvamos a la casa.

Una vez en ella, fue como si el incidente hubiera quedado olvidado. Pero a Sam le pesaba profundamente. Sentía la vergüenza que siente un hombre honrado cuando, inexplicablemente, se decepciona a sí mismo. ¿Por qué se había permitido aquel comportamiento? Curiosamente, fue Paul el que los sacó de aquel punto muerto al que habían llegado: dos días más tarde, telefoneó a Sam y lo invitó a cenar en su casa. Sam empezó a disculparse por lo que había ocurrido en cuanto cruzó la puerta. Paul descartó el tema con un gesto de la mano y le guio a la cocina, donde se estaba

calentando en el horno una lasaña casera que había preparado un vecino muy considerado. Llenó dos copas de vino y se sentó a la mesa.

—He estado pensando en el texto que leíste en el funeral —dijo—. En una parte en concreto.

Aquello hizo que Gaddis se sintiera incómodo. En su discurso había sido honesto en lo relativo a los defectos de Charlotte, a lo implacable que fue en los primeros años de su carrera, a su costumbre de abandonar a los amigos que no conseguían estar a la altura. Paul le había pedido una copia, y era posible que se hubiera ofendido.

—¿Qué parte?

Paul cogió el texto, y empezó a leer en voz alta:

—«Durante nuestra vida, si somos afortunados, a veces conocemos a gente excepcional. A veces, si somos más afortunados todavía, esas personas acaban siendo amigos nuestros». —Paul se interrumpió y se aclaró la garganta antes de proseguir—. «Charlotte no fue solo una de las personas más excepcionales que he conocido jamás. También fue mi amiga más querida. La envidiaba y la admiraba. Pensaba que era irresponsable, pero también que era valiente. Dostoievski escribió: “Si quieres que te respeten los demás, lo principal es que te respetes tú mismo. Solo a través de tu propio respeto harás que otros lleguen a respetarte”. No puedo pensar en nadie a quien se apliquen mejor esas palabras que Charlotte Berg. Y la Muerte sigue llevándose primero a los mejores».

Gaddis le puso una mano en el hombro a Paul.

—Tenías toda la razón ahí —dijo este—. Solo quería decirte que tus palabras me han ayudado mucho.

—Me alegro.

—También pensé en lo que hacías en su despacho. Intenté imaginar qué habría hecho Charlotte. —Gaddis empezó a replicar, pero Paul lo interrumpió—. Creo que ella habría hecho lo mismo. O, al menos, habría sabido comprender por qué estabas allí. Fuiste a su despacho para ver el lugar donde había estado aquella mañana. Para sentirte cercano a ella, como dijiste. Algo te trajo a la mente a Edward Crane, y te distrajiste con la posibilidad de echar un vistazo a su investigación. Había sido un día muy largo y estabas cansado.

—Estaba espiando —dijo Gaddis con brusquedad. Lo conmovía el detalle de que Paul intentase encontrar una forma de disculparlo, pero no quería escurrir el bulto—. Me estaba despidiendo del libro sobre Cambridge. Sabía que todo había acabado y me estaba autocompadeciendo.

—¿Qué quieres decir con eso de que todo ha acabado? ¿Por qué?

La respuesta parecía tan evidente que Gaddis no se molestó en contestar. Paul fue hasta el horno y comprobó la lasaña. Parecía más relajado que dos días antes. Había tenido el lujo de estar a solas con su pesar. Se volvió hacia Sam.

—¿Por qué no sigues con el tema? ¿Por qué no consultas la investigación de Charlotte e intentas convertirla en un libro?

Gaddis no supo qué responder. Paul notó su confusión e intentó convencerle.

—No quiero que su trabajo se desperdicie. Ella quería escribir un libro a medias contigo. Habría querido que continuases.

—No soy un periodista de investigación, Paul. Soy un ratón de archivos.

—¿Qué diferencia hay? A veces entrevistas a gente, ¿no? Eres capaz de seguir un rastro desde A hasta B. Sabes usar un teléfono, Internet, las bibliotecas públicas. ¿Tanto te iba a costar?

Gaddis empezó a sacar de la chaqueta un paquete de cigarrillos, pero se trataba de un acto reflejo que se apresuró a interrumpir, temeroso de parecer descortés.

—Adelante, fuma.

—Gracias, ¿sabes?, voy a dejarlo.

—Escúchame. —Paul apagó el horno y sacó la lasaña—. No voy a aceptar un «no» por respuesta. Ven a casa la próxima vez que tengas una tarde libre. Echa un vistazo a la investigación de Charlotte, a ver qué puedes sacar en claro. Si crees que había dado con algo, si crees que puedes seguir la pista de ese espía de Cambridge, escribe el libro y pon el nombre de Charlotte junto al tuyo. —Hizo un gesto con una mano—. Tienes mi bendición, doctor. Adelante.

Gaddis no se hizo de rogar demasiado. Le había llegado una carta de su contable insistiéndole en la extraordinaria factura por impuestos. El fin de semana anterior había hablado por teléfono con Natasha, que estaba preocupada porque Min tuviera que dejar el colegio si no pagaban antes de Navidad. Gaddis necesitaba un anticipo cuanto antes, y no tuvo más alternativa que ponerse a trabajar en el libro sobre Cambridge y redactar una propuesta para Paterson.

Paul le había dejado un juego de llaves con el encargado de una tienda en Hampstead, y a última hora de la mañana del lunes, Gaddis entró en la casa. Se preparó una taza de café en la cocina, recogió el portátil de Charlotte y salió al jardín. Fue al cobertizo y cerró la puerta tras él. En una esquina del techo había una telaraña. Tuvo la impresión de que aún podía oler el perfume de Charlotte, lo que le hizo sentirse incómodo. Había garabatos hechos con bolígrafo en una de las paredes, y postales y recortes de periódico clavados en un tablero de corcho manchado y carcomido.

Se sentó, cruzó los brazos en la mesa y le invadió la sensación de ser un intruso. Se preguntó si no debería marcharse y olvidarse de todo aquel asunto. ¿Estaba honrando el recuerdo de Charlotte o asegurándose un dinero rápido?

Un poco de ambas cosas, admitió. Un poco de ambas cosas.

Enchufó el portátil en una toma de la pared, lo abrió y lo encendió. Conectó también el teléfono móvil, y cayó de inmediato en la cuenta de que habría mensajes de texto y de voz de amigos y compañeros de oficio que aún no se habían enterado de la muerte de Charlotte. Y, en efecto, el teléfono empezó a sonar en cuanto se encendió: había tres mensajes de texto de personas que Gaddis no conocía. Apuntó los números en un recorte de periódico y supo que antes de que acabase aquel día tendría que telefonarlos y decirles que Charlotte Berg había fallecido.

En el portátil había muchísimos archivos, muchísimas carpetas y fotografías, y Sam se sintió abrumado al principio. ¿Por dónde empezar? Pensó en su ordenador en el UCL, en los miles de correos electrónicos, notas de investigaciones y fotografías. Si alguien accedía a ellos podría formarse una imagen prácticamente completa de su vida personal y profesional. ¿Cómo podría alguien abrirse camino a través de todo ello?

Hizo doble clic en todos los documentos del escritorio, uno a uno. Ninguno de ellos parecía estar relacionado con la investigación de Cambridge. En un intento de simplificar la tarea, hizo una búsqueda en todo el disco duro de los nombres «Edward Crane» y «Thomas Neame», pero no aparecieron resultados relevantes. Lo intentó con «Philby», «Blunt», «Maclean», «Burgess» y «Cairncross» con la misma ausencia de éxito. Era evidente que no existía un borrador de la historia, ni transcripciones de entrevistas, ni notas. Era como si los hubieran borrado.

Al mediodía, Gaddis se sentía tan frustrado que envió un mensaje de texto a Paul

preguntándole: «¿C usaba algún otro ordenador?», al que Paul respondió: «No, que yo sepa». Ninguno de los correos electrónicos tenía relación con la historia. También resultó infructuosa la búsqueda de «Cambridge», «Neame» y «Crane» en el Outlook. Sam llegó a la conclusión de que Charlotte guardaba en la cabeza la mayor parte de la investigación.

Hacia las dos en punto encontró un pequeño archivador alfabetizado en la esquina más alejada del despacho. Lo abrió y empezó a rebuscar entre los documentos privados de Charlotte: movimientos bancarios, detalles de un plan de pensiones, cartas de sus contables. Tendría que darle aquello a Paul, responsable de ejecutar el testamento. En otro archivador había recortes de periódico y artículos de revistas firmados por Charlotte desde principios de los años noventa, el mundo de Clinton y Lewinsky, Ruanda y Timothy McVeigh, un mundo que ya había quedado atrás.

Finalmente dio con algo que podría ponerle sobre la pista de Thomas Neame, estaba seguro: una grabadora digital Sony guardada en el bolsillo interior del abrigo que Charlotte había dejado colgado detrás de la puerta del despacho. Gaddis la encendió, pero solo encontró una vieja entrevista sobre Afganistán. Era como si la investigación sobre Cambridge nunca hubiera existido. ¿Habría decidido a propósito no escribir nada? Era lo único que podía explicar la ausencia absoluta de documentos.

Para cuando dieron las tres, Gaddis se sentía hambriento y había perdido la calma. Sacó un cajón de la mesa y se lo llevó a la cocina. Metió un plato de chili con carne precocinado en el microondas y se lo comió mientras revisaba el cajón, lleno hasta los topes de facturas del gas, tiras de paracetamol a medio consumir, libretas de cheques y gomas elásticas. Un caos. Le recordó el piso de Holly, y le envió un mensaje que ella no contestó.

Al final, mientras rebañaba los restos del chili con un trozo de pan duro, descubrió un sobre con recibos de gastos fechados en los dos meses anteriores a la muerte de Charlotte. Apartó el plato a un lado y los volcó en la mesa: habría unos treinta o cuarenta. Tanto le habría dado estar contemplando granos de arroz. ¿De qué modo le iba a guiar a Edward Crane un recibo de caja de la librería papelería WH Smith? «Eres un idiota», se dijo a sí mismo en un susurro, y volvió a meter los recibos en el sobre. Sacó una cerveza de la nevera de Paul, bebió directamente de la botella y le dio vueltas a la idea de salir al jardín a fumar un cigarrillo. Lo había dejado veinticuatro horas antes. ¿Le iba a producir cáncer un paquete más? ¿Un banco quebraría por cinco libras menos? No.

Vació la botella, cogió las llaves de Paul de la mesa de la cocina y se dirigió a la puerta delantera. Compraría un paquete de Camel, su marca habitual, en Hampstead High Street, y cuando la acabase lo dejaría definitivamente. No tenía sentido pasar un día tan ajetreado en casa de Charlotte sin el apoyo de algo de tabaco. Era contraproducente.

Abrió la puerta con una mano mientras con la otra jugueteaba en el bolsillo con un mechero y algo de calderilla. Una ráfaga de viento penetró en la casa y empujó por

el pasillo unos cuantos sobres de publicidad. Gaddis se fijó en que detrás de la puerta colgaba de un gancho uno de los bolsos de Charlotte. Volvió a cerrar, cogió el bolso y abrió el cierre metálico. En el interior encontró una cartera repleta de tarjetas de crédito y billetes. La cogió y la sostuvo en la mano. Aquel objeto, entre las muchas posesiones de Charlotte que había tocado aquel día, fue el que desencadenó su pena. Le recorrió el cuerpo una oleada de tristeza, y tuvo que detenerse un instante para recuperarse. En la cartera había ciento veinte libras en efectivo, un carnet de prensa y unos cuantos recibos más. Se preguntó si habrían cancelado las tarjetas, y si debería hacerlo él mismo y evitarle el problema a Paul. Había una tarjeta de transportes, una Oyster Card, visible tras una cubierta de plástico, quizá para poder pasar la cartera por el tornó automatizado sin necesidad de sacar la tarjeta. Gaddis sabía, gracias a las diatribas de un colega del UCL obsesionado hasta rozar la paranoia con la «sociedad vigilada», que era posible ir a cualquier estación del metro londinense y obtener un listado computerizado de los últimos diez viajes realizados con la tarjeta. Aquello le dio una idea: si podía descubrir dónde había ido Charlotte en los últimos días de su vida, quizá fuera capaz de relacionar esa información con detalles de las facturas de teléfono o los recibos. Aquello podría darle una posibilidad de encontrar un vínculo con Thomas Neame.

Hizo cola tras un mochilero alemán en la estación de Hampstead, y cuando llegó su turno colocó la Oyster en el lector de la máquina de billetes. Lo que vio lo dejó intrigado. Cinco viajes idénticos, ida y vuelta, en los últimos quince días, desde la estación de Finchley Road, que estaba a unos quince minutos a pie desde la casa de Charlotte, a la de Rickmansworth, en los suburbios del noroeste de Londres. Se acercó a un mapa del metro y estudió la ruta al norte: era un viaje directo por la línea Metropolitan. Unos cuarenta minutos a lo sumo. De algún modo, aquel pequeño éxito como detective aficionado bastó para convencerlo de no comprar los cigarrillos, y Gaddis regresó a la casa con renovada determinación.

Sacó los recibos del sobre por segunda vez y los extendió en la mesa de la cocina: WH Smith, Daunt Books, Transport for London. Se dio cuenta de que había algo escrito detrás de dos recibos, ambos del mismo pub de Chorleywood. Era la letra de Charlotte: «Comida C Somers». Las fechas coincidían con los días en que había viajado al norte desde Finchley. Gaddis sabía que Chorleywood y Rickmansworth distaban apenas unos tres kilómetros. Salió de la casa, regresó al portátil y ejecutó una búsqueda con «Somers». Ningún resultado. El mismo agujero negro de pistas falsas y callejones sin salida en el que había malgastado toda la mañana.

Se preguntó si Charlotte habría hecho alguna llamada a un fijo en la zona de Rickmansworth. Tecleó en Google «código de Rickmansworth» y apuntó el número: 01923. Chorleywood tenía el mismo prefijo. Después cotejó aquel resultado con la factura de teléfono detallada que había encontrado en la mesa mientras tomaba un café casi cinco horas antes. Y en efecto: en las tres semanas en que había ido en metro desde Finchley, Charlotte había realizado media docena de llamadas al mismo

número en el 01923. Gaddis sacó su teléfono del bolsillo del abrigo y marcó.

Le respondió una voz con un tono de aburrimiento hasta el punto de la desesperación. Una mujer.

—Hospital Mount Vernon.

—¿Hola? —respondió Gaddis. No estaba seguro de haber oído bien las palabras de la mujer y quería que se lo repitiera.

—Sí —le contestó ella con impaciencia—. Hospital Mount Vernon.

Gaddis anotó el nombre.

—Gracias. Sí. Estoy buscando a un paciente, Thomas Neame. ¿Podría hablar con él?

La línea quedó en silencio. Gaddis supuso que lo estaban remitiendo a otra parte del hospital. Se preguntó qué diablos iba a decir si Neame respondía. No se había parado a pensarlo. Ni siquiera podía estar seguro de que el anciano supiera lo que le había pasado a Charlotte. Tendría que explicarle lo del ataque al corazón y después, de algún modo, su interés en Edward Crane.

—¿Señor? —La recepcionista de nuevo. Su tono de voz era ligeramente menos hostil—. No tenemos ningún paciente con ese nombre.

No tenía mucho sentido pedirle que comprobase si tenía «Neame» correctamente escrito. Y tampoco podía preguntar por Somers. La recepcionista se olería que había gato encerrado. Gaddis se limitó a darle las gracias y colgar. Después llamó a Paul al trabajo.

—¿Tienes algún pariente que trabaje en el hospital Mount Vernon, en Rickmansworth?

—¿Cómo dices?

—Rickmansworth. Chorleywood. Los suburbios de Hertford-Hertfordshire.

—No he estado allí en mi vida.

—¿Y Charlotte? ¿Tenía por allí algún pariente o algún amigo a quien fuera a visitar?

—No, que yo sepa.

Evidentemente, Somers era la clave. Pero ¿era un paciente o un miembro del personal? Gaddis volvió a marcar el número del Mount Vernon usando el teléfono de la casa, y le contestó otra recepcionista.

—¿Podría hablar con el doctor Somers, por favor?

—¿Doctor Somers? —repitió recalcando «doctor».

Otro fallo. Somers sería un paciente, un bedel, un celador.

—Lo siento...

—¿Se refiere a Calvin?

El nombre de pila fue un golpe de suerte.

—Sí.

—Calvin no es un doctor.

—Por supuesto. ¿He dicho eso? Estaba distrai...

—Es celador en jefe en Michael Sobel. —Gaddis escribió «Michael Sobel» a toda prisa—. Su próximo turno no comienza hasta mañana por la mañana. ¿Desea algo más? ¿Quiere dejarle un mensaje?

—No, no es necesario.

Gaddis colgó el auricular. Hizo una búsqueda en Google en el ordenador de Charlotte. Michael Sobel era el nombre de un nuevo centro de tratamiento del cáncer en el hospital Mount Vernon. Iría allí a la mañana siguiente, durante el turno de Somers. Si daba con él, quizá pudiera descubrir por qué fue Charlotte a comer con él varias veces en los días previos a su muerte. Como mínimo, aquello lo llevaría un paso más cerca de Edward Crane.

El hospital Mount Vernon estaba a solo media hora en automóvil desde el piso de Gaddis, pero fue en metro para recrear, sobre todo por motivos sentimentales, el trayecto en la línea Metropolitan desde Finchley Road hasta Rickmansworth que Charlotte había recorrido en su última semana de vida.

Aquellos eran los suburbios de su infancia: casas de ladrillo rojo construidas después de la guerra, sin ningún atributo especial, con jardines del tamaño justo para echar un partido de *swingball* o de críquet francés. Gaddis recordaba a su padre empuñando una raqueta y poniendo casi en órbita una pelota de tenis en una calurosa tarde de verano: un punto amarillo que desaparecía en dirección al sol. El tren pasaba a través de Harrow, Pinner, Northwood Hills, las anodinas calles y parques del extrarradio de Londres donde apenas lucía el sol. El hospital, lejos de ser el edificio nuevo y reluciente del siglo XXI que Gaddis había imaginado, era una mansión neogótica de aspecto vagamente siniestro, con tejado a dos aguas y vistas a la campiña de Hertfordshire. Parecía la clase de sitio en el que habría pasado la convalecencia un soldado después de la Segunda Guerra Mundial. Gaddis podía imaginarse a enfermeras de uniforme almidonado que cuidaban a hombres en silla de ruedas, veteranos y visitantes dispersos por la amplia extensión de césped cual invitados a una fiesta en un jardín.

Gaddis cogió un taxi en la estación de Rickmansworth. Se bajó ante la recepción principal del hospital, ubicada en un edificio moderno construido a unos cientos de metros al este de la mansión. Siguió los carteles indicadores hasta el centro Michael Sobel y deambuló por la planta baja hasta que una doctora, no mucho mayor que la mayoría de sus estudiantes, se dio cuenta de que Gaddis se había perdido, le dirigió una sonrisa de circunstancias y le preguntó si podía ayudarle en algo.

—Busco a uno de los celadores. Calvin. —Supuso que usar el nombre de pila de Somers crearía un efecto de familiaridad—. ¿Está por aquí?

La doctora llevaba un estetoscopio colgado del cuello como si estuviera preparada para pasar un *casting* de una serie de médicos. Dirigió una mirada atenta a los zapatos de Sam. Gaddis nunca había dado mucha importancia a su aspecto, y se preguntó qué se figuraba la gente que podía adivinar estudiando el calzado de un desconocido. Aquel día llevaba unos zapatos de gamuza desgastados. ¿Sería algo bueno o malo a ojos de aquella atractiva doctora de veinticinco años?

—¿Calvin? Claro —le respondió ella. Su expresión se volvió de repente más cordial y natural, como si Sam hubiera aprobado algún tipo de examen—. Lo vi por aquí esta mañana. Su despacho está en la segunda planta, justo después de Patología. ¿Sabe dónde es?

—Es la primera vez que vengo —respondió Gaddis. No se le daba bien mentir, y carecía de sentido engañarla.

La doctora le explicó cómo llegar, sin dejar de tocar el estetoscopio. Dos minutos más tarde, Gaddis llamaba a la desconchada puerta del despacho de Somers.

—Pase.

La voz era atiplada y sonaba extrañamente ahogada. Gaddis le asoció una edad y un aspecto antes de hacer girar el pomo. Y acertó: Calvin Somers andaba por la mitad de los cuarenta, era de complexión ligera y tenía la expresión testaruda y a la defensiva de alguien que se ha pasado la mayor parte de su vida luchando contra una inseguridad aplastante. Vestía un uniforme de celador de color verde claro, y peinaba con gomina su pelo negro, que ya le empezaba a ralear. Sam Gaddis era bueno juzgando a la gente, y Calvin Somers le cayó mal en cuanto le puso la vista encima.

—¿El señor Somers?

—¿Quién quiere saberlo?

Tal cual una frase sacada de una serie estadounidense de segunda de policías. Gaddis estuvo a punto de echarse a reír.

—Fui amigo de Charlotte Berg —dijo—. Me llamo Sam Gaddis. Soy profesor de universidad. Me preguntaba si podríamos charlar un rato.

Mientras hablaba había cerrado la puerta tras él. Somers pareció agradecer la privacidad. La mención de Charlotte lo había pillado por sorpresa. Quizás existía en su relación con ella algún factor vergonzoso que estaba ansioso por ocultar.

—¿«Fue»? —Somers había captado el tiempo verbal. Se sentó más erguido, pero no se levantó para estrechar la mano de Gaddis, como si el hacerlo pudiera minar la idea que tenía de su autoridad innata. Gaddis se dio cuenta de que Somers hacía girar nerviosamente un bolígrafo sobre la mesa con la mano derecha.

—Me temo que tengo malas noticias —dijo.

—¿Y son?

Somers actuaba con una confianza artificiosa, con altanería incluso. Gaddis observó su rostro con atención.

—Charlotte sufrió un ataque al corazón. Repentino. La semana pasada. Creo que usted fue una de las últimas personas que la vio con vida.

—¿Ella qué...?

Fue una reacción de fastidio más que de sorpresa. Somers miraba a Gaddis de la forma en que uno miraría a la persona que lo acaba de despedir.

—Está muerta —se obligó a repetir Gaddis con tranquilidad, aunque la insensibilidad del celador lo había enojado—. Y era amiga mía.

Somers se levantó, cruzó el pequeño despacho pasando por delante de Gaddis y comprobó que la puerta estaba bien cerrada. Un hombre con secretos. Dejaba a su paso un olor extraño: una mezcla de loción para el afeitado barata y desinfectante de hospital.

—Y ha venido a darme las tres mil, ¿no?

El comentario pilló a Gaddis completamente por sorpresa. ¿A santo de qué le debería Charlotte tres mil libras a aquel cretino? Frunció el ceño.

—¿De qué habla? —dijo, a la vez que retrocedía ligeramente, con incredulidad.

—Le estoy preguntando si me ha traído las tres mil. —Somers se sentó en el borde de la mesa de despacho—. Ha dicho que era amigo suyo, y evidentemente ella le habló del acuerdo que teníamos, o de lo contrario no estaría aquí. ¿Trabajaban juntos en la historia?

—¿Qué historia? —Fue una réplica instintiva, una forma de proteger su primicia, pero Gaddis se dio cuenta de que era una táctica incorrecta. Somers le dirigió una mirada de pocos amigos, y luego una sonrisa que dejó a la vista una dentadura sorprendentemente blanca.

—Creo que es mejor que no se haga el inocente —dijo con sorna. Se resbalaron de la mesa un par de hojas de papel, lo que estropeó el efecto dramático del comentario. Somers se inclinó por reflejo y los atrapó al vuelo mientras caían.

—Nadie se hace el inocente, Calvin. Intento tener claro quién es usted y qué relación tenía con mi amiga. Si lo tranquiliza, puedo decirle que soy profesor de Historia de Rusia en el UCL. En otras palabras: no soy un periodista. No soy parte interesada. Y no soy una amenaza para usted.

—¿Quién ha hablado de amenazas?

Somers había vuelto a sentarse e hizo girar la silla relajadamente, en un intento de recuperar el control. Gaddis se dio cuenta de que aquel tipo amargado y hostil debía de haberse sentido amenazado la mayor parte de su vida adulta. La gente como Calvin Somers no podía permitirse mostrar inseguridad ni por un instante.

Hacía calor en el despacho; la calefacción central se hacía notar gracias a un radiador que había bajo una ventana cerrada. Gaddis se quitó la chaqueta y la colgó de la puerta.

—Empecemos de nuevo —dijo. Estaba acostumbrado a mantener conversaciones incómodas en cuartos atestados. Estudiantes que se quejaban. Estudiantes que gritaban. En su despacho del UCL, cada semana le obsequiaba con una nueva crisis: enfermedades, desgracias, apuros económicos. Tanto estudiantes como colegas se presentaban con sus problemas ante Sam Gaddis.

—¿Por qué le debía dinero Charlotte? —preguntó. Habló en voz baja, intentando que sus palabras no tuvieran connotaciones de ningún tipo—. ¿Y por qué no le había pagado ya?

Una risa corta. No surgida del vientre sino de la garganta. Somers sacudió la cabeza.

—Le diré qué haremos, profesor. Escupa el dinero y le daré explicaciones. Consiga tres mil libras en las próximas seis horas y le diré lo que su amiga Charlotte quería que le dijera. Si no le parece bien, le pediré amablemente que se largue de una puta vez de mi despacho. No estoy seguro de que me guste que vengan desconocidos a mi trabajo y...

—De acuerdo. —Gaddis enfrió el ataque levantando una mano en gesto conciliador. Fue un momento de considerable autocontrol por su parte, porque lo que

le apetecía era coger a Somers por las estrechas solapas de su uniforme de celador y lanzarlo contra el radiador. Habría preferido arrancarle por la fuerza a aquel parásito un mínimo gesto de respeto hacia Charlotte, pero necesitaba ganarse a Calvin Somers. El celador era la conexión con Neame, sin él, se podía despedir de Edward Crane—. Conseguiré el dinero —añadió, sin tener la menor idea de dónde podría sacar tres mil libras antes de la noche.

—¿De verdad? —Somers casi pareció dulcificarse ante aquella perspectiva.

—Claro. No podré sacar hoy más de mil usando las tarjetas, pero si acepta un cheque como garantía de buena fe, estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo.

Somers pareció sorprendido, pero Gaddis se dio cuenta de que la promesa de pagar de inmediato lo había desarmado. El celador estaba dispuesto a hablar por los codos.

—Termino mi turno a última hora de la tarde —dijo. Su antagonismo anterior se había esfumado—. ¿Sabe dónde está el lago Batchworth?

Gaddis dijo que no.

—Está en una zona ajardinada junto al canal Grand Union. Siga las señales hasta Three Rivers District Council y dará con él. —Gaddis se sorprendió ante la rapidez con que Somers organizaba la entrega del dinero—. Reúnase conmigo en el aparcamiento a las cinco en punto. Si tiene el dinero, hablaré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Gaddis, aunque habían cerrado el trato tan deprisa que se preguntó si Somers no le estaría intentado estafar. ¿Por qué no le había pagado Charlotte? ¿Valía tanto la información que poseía? Era posible que Somers tuviera cómplices y aquello no fuera más que un timo. Era bastante probable que Gaddis regresase a Rickmansworth, sacara una buena suma del banco, se la diese a Calvin Somers y lo único que recibiese a cambio fuera la afirmación de que la Tierra era redonda y que la semana tenía siete días—. Pero ¿qué me garantiza que tiene la información que estoy buscando?

Somers hizo una pausa. Cogió un bolígrafo y dio con él unos cuantos golpecitos en la mesa. Alguien pasó por delante de la puerta del despacho silbando la melodía de una serie televisiva.

—Oh, tengo la información que busca —respondió—. Verá, sé lo del hospital de St. Mary, en Paddington. Sé lo que hizo aquel simpático agente del MI6 con el señor Edward Crane.

MIÉRCOLES: NOCHE DE CURRY.

Gaddis tenía la mirada fija en el cartel clavado con chinchetas en la pared del pub de West Hyde. En la máquina de discos sonaba una canción que no reconoció, una cacofonía antimelódica ejecutada mediante *software*. Somers había vuelto a ir al baño. Era su segunda visita en menos de media hora. ¿Estaría nervioso, o los cacahuets le habían sentado mal? En cualquier caso, a Gaddis le traía sin cuidado.

Siete horas antes, llevado por la determinación de averiguar qué sabía Somers, había llamado a un taxi y había ido desde el hospital Mount Vernon a un centro comercial que había a poco menos de cinco kilómetros. Usando tres tarjetas distintas sacó mil libras de un cajero automático, lo que superó el saldo de su cuenta, y cargó cuatrocientas libras más en su Visa, ya en números rojos. Y, para su vergüenza, tuvo que redondear con cien libras de una cuenta a nombre de Min que contenía el dinero que le habían ingresado sus abuelos como regalo de bautizo. Aquello fue como tocar fondo, y se prometió que le volvería a ingresar las quinientas libras en cuanto recibiera el anticipo por el libro.

Tal como habían acordado, Somers lo esperaba en el aparcamiento. Gaddis le entregó el efectivo y un pagaré por valor de dos mil libras. Después acompañó a Somers durante un húmedo e instructivo paseo por la ribera del Grand Union Canal.

En aquel momento esto era lo que sabía: En febrero de 1992, sir John Brennan, el actual jefe de los servicios secretos, había sobornado a cuatro personas para simular la muerte de Edward Anthony Crane, un antiguo diplomático del Foreign Office lo bastante destacado como para merecer una esquela (aunque falsa) en el *Times*. Era casi seguro que, en la actualidad, Crane vivía bajo una identidad falsa en alguna versión estilo Foreign Office del programa de protección de testigos; solo Brennan y algunos miembros privilegiados del MI6 sabían qué había sido de él.

—Entonces ¿quién cree que era? —le preguntó a Somers—. ¿Por qué cree que era necesario hacerlo pasar por muerto?

—A mí que me registren.

Gaddis había planteado sus preguntas en un intento de averiguar qué había descubierto Somers sobre la identidad de Crane, si es que había descubierto algo.

—¿Nunca investigó? ¿No volvió a ver a Brennan?

—Ya hemos hablado de eso. —Somers vació su pinta. Durante su visita al baño había aprovechado para echarse el pelo hacia atrás con ayuda de un poco de agua; por ello, tenía el cuello de la camisa un poco mojado y arrugado—. Como ya le he dicho, lo único que sé es que el MI6 organizó la muerte ficticia de alguien. Deduzco que tuvo que tratarse de alguien importante, ¿de acuerdo? Verá, profesor, llevo quince años de celador. He conocido a muchos otros de mi oficio. Y cuando nos reunimos, por ejemplo en la fiesta de Navidad o en alguna de despedida, es sorprendente lo

poco habitual que es que alguien diga que le han pedido fingir un fallecimiento. No es algo que nos enseñen en los cursos de formación. De hecho, la partida de Edward Crane del planeta Tierra es algo que solo ha ocurrido una vez en la larga y distinguida historia del Servicio Nacional de Salud británico.

—¿Otra cerveza? —Lejos de irritarlo, aquel discurso convenció a Gaddis de que Somers no sabía nada de la relación entre Crane y los espías de Cambridge.

—¿Cómo?

—Que si quiere otra cerveza, Calvin. Invito yo.

Somers miró su reloj. La correa estaba gastada, y la muñeca pecosa que rodeaba era delgada y de piel blanca.

—No. Me tengo que ir. —Gaddis se quedó mirándolo con los ojos entrecerrados. Era un truco que empleaba con estudiantes particularmente testarudos, y obtuvo el efecto deseado. Somers adoptó de inmediato una actitud servil y añadió—: A menos, por supuesto, que no haya quedado satisfecho por lo que ha conseguido a cambio de su dinero.

Gaddis se inclinó ligeramente a un lado.

—Una pregunta más.

—Dígame.

Otros dos fumadores pasaron junto a la mesa y desaparecieron en el exterior. Por la puerta abierta entró un golpe de aire helado.

—¿Cómo conoció a Charlotte? ¿Dónde la vio?

—Oh, esa es fácil.

—¿Qué quiere decir?

—Un tipo llamado Neame me la mandó.

—Y ¿sabría decirme cómo puedo dar con él?

Daba la impresión de que Thomas Neame no quería que lo encontrasen. No estaba en la guía telefónica. No había rastro de él en Internet. Charlotte no le había contado nada de él, y mucho menos por dónde andaba. Lo único que Gaddis sabía era que Neame era un viejo amigo de Crane, el de más confianza («su confesor», lo había llamado Charlotte), y estaba dispuesto a contarle todo sobre el trabajo que Crane había hecho para el KGB. De «noventa y uno... aparentando setenta y cinco» y aún con muy buena salud. ¿Cómo lo había expresado Charlotte? «Muy duro, en forma, un escocés de la generación que pasó la guerra, capaz de fumar cuarenta cigarrillos al día y seguir siendo capaz de coronar el monte Ben Nevis antes de desayunar».

¿Por qué habría mencionado el Ben Nevis? ¿Ocultaba aquello una pista? ¿Viviría en Escocia? A Gaddis se le ocurrió aquello una noche, después de acostarse, pero la idea llegó y se fue tan rápido como un coche pasando bajo su ventana. Después de todo, ¿qué iba a hacer en ese caso? ¿Subir al tren nocturno a Fort William y empezar a llamar a todas las puertas? Sería una pérdida de tiempo.

Dedicó varios días a estudiar los archivos que le había dado Holly Levette, pero no encontró ninguna mención a Neame. Después de una búsqueda infructuosa tras otra se sentía como si estuviera esperando en una cola que no había avanzado durante horas. Gaddis no tenía contactos en la policía, ni amigos en Hacienda ni, desde luego, dinero para contratar a un investigador profesional que pudiera escarbar en el pasado de Neame. Ni siquiera sabía dónde había ido a la escuela. Y en el fondo de su mente persistía el pensamiento humillante de que le había dado tres mil libras a Calvin Somers por lo que no era más que una anécdota de las que se cuentan en una cena festiva.

Por suerte, Gaddis no era depresivo ni derrotista por naturaleza. Cuatro días después de su charla con Somers en el pub decidió abandonar la búsqueda de Neame y concentrarse en Edward Crane. Desde luego, era posible que estuviera buscando a alguien que ya no existía, pero aquella perspectiva no lo incomodaba. Los historiadores se especializan en gente muerta. Sam Gaddis había pasado toda su carrera dando vida a gente con la que nunca se había encontrado, a rostros que nunca había visto, a nombres que solo había leído en los libros. Era un especialista en reconstruir. Sabía cómo organizar los fragmentos de la existencia de un desconocido, cómo abrirse camino entre archivos, cómo cribar el flujo de la Historia para obtener una pepita de información valiosa.

Lo primero que hizo fue visitar la hemeroteca de la British Library, en Colindale, localizar la falsa necrológica de Crane y sacar una copia de ella del ejemplar microfilmado del *Times* de 1992. No había fotografías, pero el texto encajaba con los datos que le había dado Somers junto al canal: Crane había estudiado en Marlborough y en el Trinity College; el Foreign Office, a lo largo de veinte años, lo había destinado a Rusia, Argentina y Alemania; no estaba casado ni tenía hijos. El resto de

la información biográfica era bastante superficial, pero Gaddis estaba seguro de que alguno de los detalles le sería útil más adelante. Según la necrológica, Crane había sido destinado a Grecia en 1938, y después de la guerra pasó unos años en Italia. Se daba a entender que su madre había sido una dama de la alta sociedad bastante hermosa, que se había casado dos veces y su primer marido, el padre de Crane, había sido un funcionario de rango medio en la India que posteriormente fue encarcelado por desfalco. En los años sesenta, en Argentina, Crane fue el secretario de un diplomático británico del que el redactor de la necrológica (quizá tomándose licencias poéticas) insinuaba que había sido amante de Eva Perón. Tras retirarse del Foreign Office, Crane había formado parte del consejo de dirección de diversas empresas importantes, incluyendo una famosa petrolera británica y un banco alemán, con oficinas en Berlín, donde tenía su despacho.

Dos días después, Gaddis condujo el breve trayecto desde su casa, en Shepherd's Bush, al Archivo Nacional de Kew, donde se almacenaban los registros oficiales del gobierno. En el mostrador de información presentó una solicitud del historial de Crane durante la guerra, y después introdujo el nombre en la base de datos informática. La búsqueda presentó más de quinientos resultados, la mayoría relativos a Edward Cranes de los siglos XVIII y XIX. Gaddis lo intentó con «Thomas», «Tommy» y «Tom Neame», pero solo encontró el registro de condecoraciones de un Thomas Neame que había sido soldado raso en el Welsh Regiment y el Army Service Corps entre 1914 y 1920. Era de otra generación. Otro callejón sin salida.

Al final tuvo suerte. Un empleado del archivo lo envió a los listados del Foreign Office, unos gruesos volúmenes de tapa dura forrados en cuero color burdeos que contenían información biográfica básica de los empleados del Foreign Office. Gaddis sacó el volumen etiquetado como «1947» y empezó a buscar informes de servicio con el apellido «Crane». Lo que encontró casi lo hizo derrumbarse de alivio. Allí, por fin, encontró pruebas concretas de la existencia de ATILA.

CRANE, EDWARD ANTHONY

Nacido el 10 de diciembre de 1916. Estudió en Marlborough College y Trinity Hall, Cambridge. Nombrado tercer secretario del Foreign Office, 11 de octubre de 1937, toma de posesión, 17 de octubre de 1937. Destinado a Atenas, 21 de agosto de 1938. Destinado a la sede del Foreign Office, 5 de junio de 1940. Ascendido a vicesecretario, 15 de noviembre de 1942. Destinado a París, 2 de noviembre de 1944. Ascendido a secretario en funciones, 7 de enero de 1945.

Regresó a los estantes y sacó el volumen de 1965, el último disponible antes de que los archivos del Foreign Office pasaran a almacenarse informáticamente. Para entonces, Crane había prestado servicio por todo el mundo pero, tal como confirmaba la necrológica, nunca había ascendido a embajador. Gaddis se preguntó por qué. ¿Tendría que ver con el hecho de que nunca se hubiera casado? ¿Sería homosexual, y por consiguiente, teniendo en cuenta la época, lo habrían considerado poco de fiar? ¿O quizá el gobierno, después de los casos de Burgess y Maclean, desconfiase de los lazos de Crane con la Rusia soviética?

Charlotte le había dicho que en el Círculo de los Cinco conocían a Crane, de modo que buscó el tomo correspondiente a 1953. Cuando dio con lo que buscaba, sintió aquel zumbido particular al que se había vuelto adicto hacía más de veinte años: la emoción de la historia cobrando vida bajo sus dedos.

BURGESS, GUY FRANCIS DE MONCY

Nacido el 16 de abril de 1911. Estudió en Eton y Trinity Hall, Cambridge. Ingresado en la Rama B del Foreign Service, 1 de octu-Cambridge. Ingresado en la Rama B del Foreign Service, 1 de octu-. Ingresado en la Rama B del Foreign Service, 1 de octubre de 1947, y nombrado oficial de grado 4 con efecto retroactivo desde 1 de enero de 1947. Destinado a Washington como vicesecretario, 7 de agosto de 1950. Suspendido del servicio, 1 de junio de 1951. Nombramiento finalizado el 1 de junio de 1952, con efecto retroactivo desde el 1 de junio de 1951.

Donald Maclean aparecía en el mismo tomo.

MACLEAN, DONALD DUART

Nacido el 25 de mayo de 1913. Estudió en Gresham's School, Holt y Trinity Hall, Cambridge. Casado en 1940 con Melinda Marling. Nombrado tercer secretario del Foreign Office y el Servicio Diplomático, 11 de octubre de 1935, y destinado al Foreign Office, 15 de octubre de 1935. Destinado a París, 24 de septiembre de 1938. Destinado a la sede del Foreign Office, 18 de junio de 1940.

El último dato atrajo la atención de Gaddis. También habían enviado a Crane de vuelta a Londres en junio de 1940. ¿Habría trabajado con Maclean? ¿Fueron amigos?

La ficha continuaba:

Ascendido a vicesecretario, 15 de octubre de 1940. Destinado a Washington, 2 de mayo de 1944. Ascendido a secretario en funciones, 27 de diciembre de 1944. Ascendido a oficial del Foreign Service de grado 6, 25 de octubre de 1948, y destinado como consejero en El Cairo, 7 de noviembre de 1948. Destinado a la sede del Foreign Office y nombrado jefe del Departamento de Estados Unidos, 6 de noviembre de 1950. Suspendido del servicio, 1 de junio de 1951. Nombramiento finalizado el 1 de junio de 1952, con efecto retroactivo desde el 1 de junio de 1951.

Las mismas palabras. «Nombramiento finalizado». «Suspendido del servicio». Burgess y Maclean escaparon de Inglaterra en 1951. Dos de las estrellas más brillantes de Su Majestad huyeron a Moscú a bordo de un transbordador que cruzaba el Canal en una fría mañana de primavera, después de que Kim Philby y Anthony Blunt, sus compañeros de traición, los alertasen de que el MI5 había descubierto que eran agentes del KGB.

Gaddis buscó el nombre de Philby en la «P» del archivo de informes de servicio. Nada. Sacó el listado de 1942 del Foreign Office y encontró el mismo vacío. Tampoco se mencionaba a Philby en el volumen de 1960. ¿Por qué no lo habían incluido? ¿Acaso disfrutaban de anonimato los agentes del MI6? Gaddis revisó todos los tomos desde 1940 a 1959 y no encontró ninguna referencia a Philby. Pero se tropezó con una anomalía: la ficha de Edward Crane estaba ausente entre 1946 y 1952, el período en el que la necrológica del *Times* lo situaba en Italia. ¿Se habría unido al MI6 durante aquel período? ¿O es que se había tomado un largo período sabático después de la guerra? Muchas preguntas. Demasiadas, si Gaddis era sincero

consigo mismo. La investigación de una historia de aquella escala, para hacer justicia al proyecto de Charlotte, lo ocuparía años, no meses. Algunos historiadores habían dedicado su vida a la búsqueda del sexto hombre, y ninguno había tenido éxito. Si pudiera seguirle la pista a algún empleado superviviente del Foreign Office que hubiera conocido a Crane... Tenía que existir alguien que hubiera formado parte de la misma delegación o participado en una conferencia en la que Crane estuviera presente, ¿no?

Cerca de mediodía, Gaddis bajó las escaleras, comió un insípido bocadillo de queso en la cafetería del Archivo Nacional y se sentó ante un terminal de Internet público. Le quedaba una línea de investigación: un compañero del UCL le había contado que los diplomáticos veteranos a veces depositaban sus documentos y su correspondencia privada en el archivo del Churchill College, en Cambridge. Quizá pudiera encontrar alguna referencia cruzada entre Crane y, por ejemplo, un embajador británico en Argentina retirado, o un secretario en Berlín. En el exterior se oían los graznidos de las gaviotas mientras introducía «Churchill College, Cambridge» en Google. Seleccionó el servidor Janus de Cambridge y en él tecleó «Edward Crane» en la casilla de búsqueda. Aparecieron tres entradas, ninguna de las cuales hacía una referencia explícita de Crane. Cuando escribió «Thomas Neame», el servidor no le ofreció ningún resultado.

Era muy frustrante. Salió al aparcamiento, encontró un paquete de Camel olvidado en la guantera del coche y abandonó su último intento de dejar de fumar. El cigarrillo no le sirvió de mucho para mejorar su humor, y finalmente condujo de vuelta a Shepherd's Bush bajo una llovizna otoñal. Era como si hubieran borrado metódica y deliberadamente cualquier mención a Crane o a Neame. ¿Por qué, si no, costaba tanto seguirles la pista? Nunca antes había avanzado tan despacio en las primeras etapas de un proyecto. Atascado en el tráfico de la M4, tomó la decisión de ir a Moscú y aproximarse a Crane desde el lado ruso. Si ATILA fue un valioso agente del KGB, como había afirmado Charlotte, habría un archivo sobre Edward Crane en los archivos de la inteligencia soviética.

Que las autoridades rusas le permitieran acceder o no a los archivos después de la publicación de *Zares* era otro asunto.

La actividad de un profesor universitario londinense anónimo que llevase a cabo una investigación en el Archivo Nacional de Kew no habría despertado, en condiciones normales, el interés del jefe de los servicios secretos. Pero Edward Crane no era un espía corriente. Cuando Gaddis presentó su solicitud de acceso al historial de Crane durante la guerra, desde Kew se envió un aviso de alerta automático al despacho privado de sir John Brennan, en el cuartel general del MI6. Cuando, a continuación, Gaddis tecleó «Edward Crane», y pocos minutos después «Thomas Neame» en el buscador de un ordenador público, un segundo mensaje automático disparó una alarma en Vauxhall Cross. Antes de que hubiera pasado una hora, la secretaria de Brennan había dejado un informe en la mesa de aquel.

PERSONAL PARA C / GOV86ALERT / 11-1545-09

Samuel Gaddis, doctor en Historia de Rusia en el UCL, Departamento de Estudios Eslavos y de Europa del Este (DEEEE), ha presentado una solicitud formal durante la mañana en AN/KEW. Objeto: historial de Edward Crane durante la Segunda Guerra Mundial.

La alerta indica que un civil, que se cree que se trata del mismo Gaddis, realizó más tarde búsquedas en Google, independientemente pero relacionadas, en un ordenador público en AN/KEW, de los nombres «Edward Crane» y «Thomas Neame».

Al término de la jornada, sir John Brennan había descubierto, gracias a un tercer mensaje automático, que Gaddis también había buscado a Crane y a Neame a través del servidor Janus en el Churchill College, en Cambridge. Se preguntó quién le habría dado el soplo. La existencia de la operación de ocultamiento ATILA la conocía menos de media docena de personas en todo el planeta. ¿Qué habría ocurrido para que una de ellas se fuera de la lengua?

Buscó en su escritorio el teléfono de Neame y marcó el número de su habitación privada en la residencia de ancianos de Winchester. Habían pasado seis meses desde la última vez que Brennan había dedicado algún pensamiento a Edward Crane, y años desde que utilizó el alias de Henderson. Thomas Neame hasta podría estar muerto.

El teléfono sonó nueve veces. Brennan estaba a punto de colgar cuando el anciano contestó a la llamada.

—Dos uno uno siete —dijo con voz seca y cascada.

—¿El señor Neame? Aquí Douglas Henderson. Lo llamo desde Londres.

—¡Buen Dios! Douglas. ¿Cuánto tiempo hace...?

Su acento seguía siendo tan nítido y preciso como en las emisiones por radio durante su juventud.

—Por aquí, bien, Tom. ¿Y tú? ¿Cómo te va?

—Oh, para mis años no me puedo quejar. Tirando. ¿A qué debo el placer?

—Negocios, me temo.

—Como siempre, ¿verdad?

Brennan detectó un ligero cambio de tono en la voz de Neame. La calidez había

desaparecido.

—¿Has hablado con alguien, Tom? —le preguntó—. ¿Has tenido alguna visita? ¿O has estado rondando por Internet?

Neame fingió ignorancia.

—¿Por dónde? —Tenía noventa y un años y podía pasar perfectamente por un ignorante de las nuevas tecnologías, pero Brennan recordaba muy bien lo mucho que le gustaba hacerse el despistado.

—Internet, Tom. Estoy seguro de que has oído hablar de ella. Tim Berners-Lee. La World Wide Web. Acercándonos a todos. Separándonos a todos aún más...

—Oh, esa Internet. Sí. ¿Qué pasa con ella?

—Voy a dejarme de rodeos. —Brennan dirigió la mirada a las aguas grises del Támesis; los barcos navegaban hacia otro invierno—. ¿Has estado en contacto con alguien últimamente en relación con nuestro viejo amigo el señor Crane?

Un largo silencio. Brennan no fue capaz de discernir si Neame se había ofendido por la pregunta o si, sencillamente, estaba sopesando su respuesta. Hubo un momento en que por el sonido al teléfono pareció que se había quedado dormido.

Pero el anciano acabó por contestar:

—¿Eddie? Buen Dios, no. No he pensado en él en los últimos veinte años.

—No ha pasado tanto tiempo —replicó rápidamente Brennan—. Un profesor universitario llamado Samuel Gaddis ha estado haciendo preguntas. Sobre ti. Sobre él. Dando vueltas por Kew, solicitando los historiales de la guerra, cosas así.

—Ya era hora.

Brennan se quedó cortado.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir exactamente lo que te parece que quiero decir. Quiero decir que era una simple cuestión de tiempo que alguien empezase a hurgar. No podíais guardar para siempre un secreto como ese.

—Lo hemos guardado bastante bien los últimos cincuenta años.

Neame no contestó, y Brennan decidió arriesgarse.

—Así que ¿le estás ayudando a hurgar? ¿Estás arrojando luz sobre el pasado de Eddie por algún motivo? Lo siento, pero tengo que preguntarlo. —A él mismo le sorprendió haber dejado caer la acusación tan directamente.

—No seas ridículo, maldita sea. Me duele todo el cuerpo. Necesito ayuda para meterme en la bañera. Si quiero dar un paseo por el pasillo, necesito que una enfermera me lleve de la mano. Apenas puedo recordar mi propio nombre. —Esas palabras sonaron sinceras, pero viniendo de Thomas Neame, Brennan no sabía si creerlas—. Sabes que hice voto de silencio en lo relativo a Eddie. Si alguien aparece y llama a mi puerta, sé lo que tengo que hacer. Y si ese tipo, Gaddis, se las apaña milagrosamente para relacionarme con él, tengo formas y medios para hacerle perder la pista, créeme.

Aquello último, al menos, era cierto.

—Me alegro de oírlo.

—¿Eso es todo, Douglas?

—Eso es todo.

—Bien. Entonces te agradeceré que me dejes en paz.

Brennan era, por naturaleza y por las características de su oficio, un hombre de recursos, perspicaz e imperturbable. No dejó que los modales bruscos de Neame lo alterasen. Tres pisos más abajo había una gran oficina llena de espías desocupados y aburridos: jóvenes brillantes y ambiciosos que aguardaban con ansiedad su primer destino en el extranjero y veteranos cuyo idealismo se había quebrado ya hacía mucho tiempo a causa de demasiadas asignaciones en lugares dejados de la mano de Dios y que ahora eran las reliquias del desvanecido Imperio. Al colgar el teléfono se dio cuenta de que necesitaría a una mujer atractiva. No había alternativa, ni se podían negar las implicaciones del sexo. No se podía esquivar una verdad fundamental de la naturaleza humana: los profesores solteros eran tan vulnerables a las mujeres hermosas como a un aumento de sueldo. Brennan ya sabía que Gaddis era divorciado. También sabía, después de echar una ojeada a su tráfico telefónico y de Internet, que hacía poco que había estado viendo a una mujer llamada Holly Levette que apenas tenía la mitad de su edad. Si tenía que elegir entre pasar una tarde con un hombre agradable e inteligente y una mujer agradable e inteligente, el doctor Samuel Gaddis optaría casi con toda seguridad por la segunda.

Se le ocurrió un nombre casi de inmediato. Tanya Acocella había pasado dos años como estudiante de posgrado en la London School of Economics, antes de unirse a los servicios secretos, y dominaba el lenguaje académico. Hablaba ruso con fluidez y se había revelado como un miembro imaginativo del centro del MI6 en Teherán, donde había representado un papel crucial en la desertión de un veterano del ejército iraní. Tras su regreso a Londres, Tanya se había comprometido con su novio de toda la vida, para decepción de unos cuantos machos alfa de los servicios secretos, y tenía prevista una baja de cuatro meses para después de su boda, que tendría lugar aquel verano. Tener que enfrentar su ingenio contra un intelectual del calibre de Gaddis sería un desafío del que disfrutaría.

Ordenó que la llamaran. Tres minutos más tarde, Acocella estaba en el ascensor con paredes de espejo que la llevaba a la quinta planta. El hecho de que no sintiera la tentación de comprobar su aspecto en el reflejo era un buen indicador de su nivel de confianza en sí misma.

—Entre, Tanya. Siéntese.

Intercambiaron cortesías durante unos instantes. Brennan no necesitaba tranquilizar a un agente con el historial de Acocella.

—Quiero que aparque CHESAPEAKE durante unas semanas. —CHESAPEAKE era una operación de evaluación de un diplomático ruso en Washington con vistas a su reclutamiento. Tanya dirigía la trama londinense de la operación—. He encontrado una tarea adecuada a sus capacidades.

Tanya asintió.

—Por supuesto.

Brennan se levantó y caminó hasta una estantería. Era muy consciente de que los miembros del personal que acudían a su despacho se comportaban de la forma más impecable posible. Era una de las desventajas de su posición: un exceso de rígida cortesía. Aun así, se abstuvo de ofrecerle una copa. Un poco de pose jerárquica no hacía daño a nadie.

—Hace mucho tiempo —empezó a explicar— aprendí que el espionaje no trata de los puntos fuertes de la naturaleza humana; cosas como la convicción, la ideología, el sentido del deber, la lealtad a la patria... El espionaje trata de las debilidades: la codicia, el estatus, el sexo. Es el vergonzoso secreto de nuestro secreto oficio.

Tanya tuvo la impresión de que se esperaba de ella que mostrase su acuerdo con aquella teoría, por lo que respondió: «Cierto», y fijó la mirada en la corbata de Brennan. El veterano agente tenía en el Servicio cierta reputación de pomposidad decadente.

—Quiero que descubra todo lo que pueda de un hombre llamado Samuel Gaddis. Es un doctor en Historia de Rusia en el UCL. Departamento de Estudios Eslavos y de Europa del Este. Acérquese a él, hágase su amiga, gánese su confianza. Gaddis ha estado escarbando en un secreto de la Guerra Fría que el Servicio preferiría mantener bien guardado.

—¿Qué clase de secreto?

Habría querido hacer otras preguntas: «¿Cuánto debo acercarme?». «Amiga suya ¿hasta qué punto?». «¿El doctor Gaddis está casado?». Pero conocía la naturaleza de las operaciones como aquella. No le pedirían ni esperaban de ella que hiciera nada que pudiera comprometer su relación con su prometido.

—Hace mucho tiempo, el Servicio reclutó a un caballero llamado Edward Crane, que a partir de entonces trabajó para nosotros de diversas formas. —Brennan, de pie junto a la estantería, acarició con un dedo el lomo de un libro de sir Winston Churchill. No intentó reducir el dramatismo de lo que estaba a punto de decir—. Crane se graduó en el Trinity College, en Cambridge, en los años treinta. —Miró a Tanya a los ojos y aguardó a que ella atara cabos—. Blunt, Philby, Burgess y Maclean lo conocían. Trabajó con John Cairncross. ¿Me sigue?

Tanya tuvo un momento de auténtica sorpresa, que rápidamente se transformó en un sentimiento de profunda satisfacción. ¿Cuánta gente sabía lo que acababa de decirle Brennan? La identidad del sexto hombre era el secreto de la Guerra Fría más cuidadosamente guardado.

—El nombre clave de Crane era ATILA. Se las arregló para permanecer en el anonimato, en buena parte porque fue capaz de mantener a la gente lejos de su rastro, y en buena parte porque Mitrokhin no tenía ningún registro de sus operaciones. —Mientras Brennan hablaba, Tanya tenía la impresión de que se reservaba alguna información esencial—. Se puso el punto de mira sobre Victor Rothschild. Sobre

Tom Driberg. Por Dios, en un momento dado se llegó a sospechar incluso del puñetero Roger Hollis. Pero nadie identificó a Crane. Hasta ahora. —Brennan se giró hacia un ventanal en la pared norte de su despacho—. El doctor Gaddis sigue la pista a un caballero llamado Thomas Neame, un nonagenario que vive actualmente en una residencia cerca de Winchester. Neame, por motivos que no puedo divulgar, sabe más o menos todo lo que hay que saber sobre el trabajo de Crane para los rusos. En este expediente tiene la información básica. —Le tendió a Acocella un sobre de color manila; ella lo dejó en su regazo—. No hace falta decir que se trata de una operación confidencial. Me informará directa y exclusivamente a mí. Le he adjuntado el nombre de un agente del departamento de Cheltenham del GCHQ, el Cuartel General de Comunicaciones, que la ayudará con... toda la información que necesite. —Ambos hicieron una pausa para asimilar el eufemismo—. No dispongo de efectivos para dedicar a tareas de vigilancia, así que trabajará en solitario a menos que se den circunstancias excepcionales. ¿Alguna pregunta?

Tanya tenía experiencia suficiente para no pisar en falso. Dijo lo mejor que podía decir para que Brennan quedase convencido de su profesionalidad:

—Creo que será mejor que lea primero el expediente, señor.

—Bien. —Pareció satisfecho—. Échele un vistazo y vuelva con un plan de ataque.

Tanya se levantó y se colocó el sobre bajo el brazo.

—Solo un detalle, señor.

Brennan se disponía a abrirle la puerta, pero se detuvo a mitad de camino.

—¿Sí?

—¿Qué quiso decir con «la codicia, el estatus, el sexo»? ¿Debo entender que son debilidades particulares de Gaddis?

Brennan cerró la mano en torno al picaporte.

—¿Quién sabe? —replicó—. Eso deberá averiguarlo usted.

Hay cosas tan evidentes que pueden avergonzar con su simplicidad.

Durante el fin de semana, Gaddis había estado trabajando en casa, preparando una charla para el próximo trimestre en el UCL y arreglando una tubería que goteaba en el baño, y en un momento dado tuvo que buscar en un portátil antiguo un correo electrónico que le había enviado un colega unos años antes. Mientras repasaba la atestada bandeja de entrada, tropezó con varios mensajes que Charlotte le había enviado desde una dirección de Hotmail que Paul no conocía: bergotte965@hotmail.com. Charlotte había creado la cuenta en una época difícil de su matrimonio para poder comunicarse en privado con sus tres amigos más cercanos, uno de los cuales era Gaddis. Fue un «momento eureka», la solución que había tenido todo el tiempo ante sus narices. Había pasado más de una semana desde que Gaddis desperdiciara un día entero en Hamstead rebuscando en el despacho de Charlotte. No se le había ocurrido en ningún momento que ella podría haber estado usando esa dirección de Hotmail para comunicarse con Thomas Neame.

Necesitaba la contraseña, por supuesto, pero era un problema de fácil solución. Gaddis introdujo en el cuestionario de seguridad el apellido de soltera de la madre de Charlotte y su fecha de nacimiento, y le enviaron de inmediato los detalles de la cuenta a su correo de Outlook. Antes de que pasaran cinco minutos, Gaddis estaba contemplando los mensajes.

Fue como si una hilera de farolas iluminase una autopista a oscuras. Tenía ante los ojos una lista de los principales implicados en la operación del hospital de St. Mary. Había mensajes de Benedict Meisner, mensajes con el asunto «Lucy Forman», y abundantes intercambios con Calvin Somers. Gaddis estaba seguro de haber dado con la llave que le abriría las puertas a la investigación de Charlotte. Todo estaba ahí. Todo lo que necesitaba para encontrar a Neame.

Empezó con la correspondencia de Meisner, pero no tardó en darse cuenta de que era un callejón sin salida legal y factual. Meisner trabajaba como doctor homeopático en Berlín, negaba conocer a Calvin Somers y haber tenido cualquier tipo de participación en la falsa muerte de Edward Crane.

Como le he señalado repetidas veces, cualquier insinuación de que me vi implicado en un comportamiento profesional incorrecto como el que describe es absurda y una difamación. Si continúa por ese camino no dudaré en dar instrucciones a mis abogados para que emprendan acciones contra usted y contra cualquier periódico o revista que se atreva a publicar esas disparatadas alegaciones.

Gaddis pasó al mensaje con el asunto «Lucy Forman». Era un correo de la hermana de Forman, y daba a entender que Forman había muerto en un accidente de tráfico en diciembre del 2001. En un segundo mensaje, la hermana confirmaba que, en efecto, Forman había estado trabajando en Londres en febrero de 1992, en el invierno de la presunta muerte de Crane.

Cuando estaba acabando con la correspondencia entre Charlotte y Somers, la mayor parte de la cual se reducía a concretar citas en West Hyde y en Chorleywood, se dio cuenta de que había un mensaje nuevo en la bandeja de entrada de Hotmail, dirigido a bergotte965@hotmail.com y enviado por «Tom Gandalf». En el asunto solo ponía «Miércoles». Probablemente se trataría de correo basura, pero lo abrió.

tomgandalf@hushmail.com le ha enviado un mail seguro a través de Hushmail. Para leerlo, visite la siguiente página web...

A continuación aparecía un enlace. A Gaddis le preocupó por un instante la idea de que podría descargar un virus en el ordenador, pero la coincidencia entre el nombre «Tom» y la naturaleza clandestina del mensaje lo convencieron de que el remitente era Neame.

Hizo clic en el enlace y fue a parar a la página de un servicio de correo cifrado.

Su mensaje está protegido mediante una pregunta y una respuesta creadas por el remitente. Debe responder correctamente la pregunta, palabra por palabra, para recibir el mensaje. Tiene un límite de cinco respuestas incorrectas.

Pregunta: ¿Quién aparecía en la foto que le enseñé en nuestra última reunión?

Gaddis probó a escribir en la casilla de respuesta «Crane», y a continuación «Edward Crane», pero el sistema rechazó ambas suposiciones. ¿Qué le habría enseñado Neame a Charlotte? ¿Una fotografía de sir John Brennan? ¿Una de Maclean y Philby? Joder, por lo que sabía bien podía tratarse de una foto del monstruo del lago Ness nadando hacia Fort William y escalando el Ben Nevis antes del desayuno. Si no daba con la respuesta, volvería a alejarse de Neame y de Edward Crane.

Su entusiasmo inicial al descubrir la cuenta de Hotmail se había evaporado en menos de una hora: Forman estaba muerto, Somers había contado todo lo que podía contar y no cabía ninguna duda de que Meisner le cerraría la puerta en las narices si lo visitaba en Berlín.

De vuelta a la casilla de salida. Gaddis *redux*. Charlotte había guardado toda la historia en su cabeza.

Gaddis miró la mesa. Había apuntado el precio de un vuelo económico al aeropuerto de Sheremetyevo al dorso de un informe del banco. Su única esperanza era que ocurriese un milagro en Moscú.

Los milagros pueden presentarse de muchas formas. Aquel en concreto llegó el domingo, ya avanzada la noche, mientras Holly Levette hacía la cena en su piso de Tite Street. Gaddis estaba tumbado en el sofá, leyendo el periódico y bebiendo una copa de vino tinto. En la mesilla que tenía ante él estaba el portátil de Holly.

—¿Te importa que mire mi correo? —le preguntó alzando la voz hacia la cocina.

—Adelante.

Con la copa de vino en una mano, Gaddis se conectó a su cuenta del UCL y revisó los mensajes. Tenía uno desde España, de Natasha, otro de un colega de Washington y una circular enviada por un pariente lejano que vivía en Virginia y que intentaba convencer a los amigos y a la familia de que compraran la edición de bolsillo de su último libro. Gaddis echó un vistazo a la carpeta de *spam* («Conviértase en un Máster del Universo con una enorme espada entre las piernas»), y entre el montón de basura ofreciendo educación superior y Viagra, descubrió un mensaje especial. Apenas pudo creer a sus ojos.

tomgandalf@hushmail.com le ha enviado un mail seguro a través de Hushmail. Para leerlo, visite la siguiente página web...

Seguido del mismo enlace que había visto en la cuenta de Hotmail de Charlotte. Gaddis miró hacia la puerta de la cocina, esperando que Holly apareciera en la sala con dos cuencos humeantes de espaguetis. Hizo clic en el enlace y, como la vez anterior, llegó a la página de correo cifrado.

Su mensaje está protegido mediante una pregunta y una respuesta creadas por el remitente. Debe responder correctamente la pregunta, palabra por palabra, para recibir el mensaje. Tiene un límite de cinco respuestas incorrectas.

Pregunta: ¿Cómo se llamaba el doctor del hospital St. Mary, en Paddington, en 1992?

Gaddis se apresuró a teclear la respuesta.

Benedict Meisner

Respuesta incorrecta. Le quedaban cuatro intentos.

Lo intentó con «Ben Meisner» y maldijo entre dientes cuando el sistema le rechazó de nuevo la respuesta. A la tercera fue la vencida: Gaddis bebió un trago de vino, tecléo «Dr Benedict Meisner» y murmuró «Vamos, vamos...» al pulsar «Return».

Fue como oír el clic de la cerradura de una caja fuerte: la puerta se abrió. Ante Gaddis apareció un mensaje privado:

Estimado doctor Gaddis:

Conocí muy bien a Eddie Crane. De hecho, fue mi mejor amigo durante más de cincuenta años. Por

razones que le resultarán evidentes, no es el tipo de información que suelo divulgar.

Si desea contactar conmigo, le sugiero que se presente en la librería Waterstone de High Street, en Winchester, a las once de la mañana del lunes. Si eso le resulta inconveniente, NO RESPONDA directamente este mensaje. Envíe un mensaje en blanco con el asunto «Libro» a la siguiente dirección: parrot1684@mac.com

Si le es posible acudir a Winchester, sea tan amable de llevar con usted un ejemplar del *International Herald Tribune*. Cuando entre en la librería, suba a la planta de arriba. El objeto es que yo pueda reconocerlo con facilidad. Eddie me enseñó un par de trucos del oficio.

Atentamente,

THOMAS NEAME

Gaddis se quedó estupefacto. ¿Cómo sabía Neame que estaba investigando la muerte de Crane? Holly gritó desde la cocina «¡La comida está lista!», lo que casi le hizo saltar del asiento. Se apresuró a leer el texto por segunda vez. Era consciente de que probablemente debería eliminar del ordenador todo rastro del mensaje, pero no sabía cómo limpiar rápidamente el historial del navegador.

De la cocina le llegó el sonido de una cerilla al prender. Holly estaba encendiendo velas. No muy seguro de qué hacer, se limitó a salir de su cuenta de correo y apagar el ordenador. Holly asomó la cabeza por la puerta justo cuando cerraba la tapa del portátil.

—Me gustaría comer los espaguetis esta noche, ¿sabes? —le dijo.

—Claro. —Gaddis se levantó. Tenía la cabeza llena de preguntas y una copa vacía en la mano—. ¿Conoces Winchester?

Winchester era tal como Holly se la había descrito: una pequeña ciudad catedralicia acomodada, limpia, a una hora al sur de Londres, con calles de sentido único y monumentos y placas conmemorativas de Alfredo el Grande casi en cada esquina.

Gaddis llegó con una hora de antelación. No había dormido bien y salió del piso de Holly a las ocho en punto por miedo a retrasarse en algún atasco o, peor todavía, a que su viejísimo Volkswagen Golf lo dejara tirado en la M3. En Fulham Road compró un ejemplar del *Herald Tribune*, intuyendo que quizá le fuera difícil encontrarlo en los quioscos de Winchester, y condujo un poco demasiado deprisa, con un capuchino sujeto entre los muslos y *Blonde on Blonde* en el reproductor de cedés. Desayunó en Winchester, unos huevos escalfados en un pretendido café francés en el centro de la villa, después de comprobar que la librería Waterstone no había abierto aún. Tenía algo para leer: el último número de *Private Eye* y una fotocopia de un artículo de *Prospect* sobre Moscú, pero no pudo concentrarse en ninguno de los dos. El ejemplar del *Herald Tribune* descansaba intacto en el interior de la cartera de cuero que tenía a los pies. La camarera, húngara, atractiva y rubia teñida, se aburría y se detuvo a charlar con él en un inglés imperfecto; le contó que estaba haciendo un curso de diseño y tecnología. Gaddis agradeció la distracción.

La mañana fue transcurriendo con una lentitud tectónica. A las diez y media, Gaddis se dirigió a la librería, entró y rondó distraídamente por la planta baja con el único objeto de observar a todo aquel que cruzase la puerta, a la espera de descubrir a algún hombre de noventa y un años. Por la fuerza de la costumbre buscó alguna obra suya y descubrió un único ejemplar de *Zares* en tapa dura, colocado alfabéticamente en la sección de Historia. En condiciones normales se habría presentado a alguno de los empleados y se habría ofrecido a firmarlo, pero en aquel caso parecía oportuno mantener un mínimo de anonimato.

Subió la escalera cinco minutos antes de las once. Se sorprendió al descubrir que la planta de arriba no era de un tamaño similar a la de abajo, sino una habitación pequeña y bien iluminada, no mayor que la cocina de su casa, con estanterías llenas de guías de viajes y manuales de autoayuda en todas las paredes. Sólo había un cliente, una joven con rastas teñidas, de no más de dieciocho o diecinueve años, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y hojeando un ejemplar de *Sureste Asiático para mochileros*. Levantó la mirada cuando Gaddis apareció al final de la escalera y le dirigió una sonrisa de saludo. Gaddis respondió con un asentimiento y sacó de la cartera el ejemplar del *Herald Tribune*, dispuesto a identificarse. Se lo puso bajo el brazo asegurándose de que el título quedaba a la vista. Aquello le hizo sentirse un poco incómodo y avergonzado, y sacó un libro al azar de la estantería que tenía delante para intentar que su comportamiento pareciera menos extraño.

Se encontró con un ejemplar de *Los hombres son de Marte y las mujeres de Venus* entre las manos. Se dio cuenta de que la joven de las rastas se quedaba mirándolo

mientras intentaba sujetar el periódico con el codo izquierdo a la vez que hojeaba las páginas del libro. Pasó un minuto. Dos. Empezó a dolerle el brazo y notó que se ruborizaba involuntariamente. ¿Qué pensaría de él Neame si lo veía con aquel libro? Volvió a dejarlo en la estantería y cambió de mano el periódico. Se sentía como si estuviera en mitad de un escenario enorme, abrumado por un público de miles de personas. ¿Neame se acercaría a él en presencia de la joven? ¿Le haría algún gesto para que lo siguiera? Era como representar una obra que no había ensayado jamás.

A las once en punto apareció en la escalera otro cliente, un joven de veintitantos con la cabeza afeitada. La expectación de Gaddis había ido en aumento al oír los pasos subiendo la escalera, pero se le disipó con rapidez. El recién llegado vestía unos vaqueros desgastados, unas Adidas y una camiseta azul del Chelsea con el nombre «LAMPARD» impreso en la espalda. Parecía difícil que tuviera relación con Neame. Pasó ante Gaddis sin cruzar la mirada con él y fue directamente a una pila de saldos que había al otro extremo. Gaddis pensó que debía seguir disimulando y cogió otro libro del estante de autoayuda tras volver a colocarse el *Herald Tribune* bajo el brazo. Aquel otro se titulaba *¿Quién se ha llevado mi queso?: Una manera sorprendente de afrontar el cambio en el trabajo y en la vida privada*, y Gaddis se apresuró a sustituirlo por un ejemplar de bolsillo de *El último libro de autoayuda que vas a necesitar*, lo que al menos le arrancó una sonrisa.

¿Qué le habría pasado a Neame? Echó un vistazo a la escalera pero lo único que vio fueron los carteles promocionales, una lámpara temblorosa y la moqueta color beis desgastada por los años de uso. Tras cinco largos minutos, la joven de las rastas se levantó del suelo, colocó la guía en la estantería y bajó la escalera. Lampard era ahora la única compañía que tenía Gaddis.

Todo sucedió con rapidez. En cuanto desapareció la joven, Lampard se giró y se dirigió directamente hacia Gaddis, que se dispuso a apartarse para dejarle pasar pero vio con consternación que el hombre se sacaba del bolsillo de atrás un trozo de papel y se lo tendía.

—Se te ha caído esto, tío —murmuró con un cerrado acento *cockney*. Gaddis cogió el papel en un estado de desconcertada euforia. Antes de que pudiera responder, Lampard ya había bajado la mitad de la escalera y solo dejaba tras él una nube de mal olor y un vago recuerdo de una cara pálida y desnutrida.

Gaddis desplegó el papel. Contenía un breve mensaje garabateado con trazos vacilantes:

Vaya a la catedral. Gire a la derecha según sale de Waterstone, y a la izquierda en Southgate Street. En el pub Exchange gire a la izquierda y entre en St. Clement Street. Otra vez a la izquierda en Blinkers. Gire a la derecha en High Street, vaya hasta el monumento y de nuevo a la derecha.

Siga hasta la tienda de empanadas. Tome un expreso en el café Monde. No se siente junto a la ventana ni en las mesas exteriores. Cuando salga, vaya por la avenida hasta la catedral. Siéntese en el ala derecha de la nave, hacia la mitad.

Gaddis relejó las instrucciones una vez más. Había visto las suficientes películas de

espías para darse cuenta de que Neame quería asegurarse de que nadie lo seguía desde Waterstone hasta la catedral. Estaba claro que Lampard no era más que un agente a sueldo, un facilitador. Un anciano de noventa y un años no sería capaz de llevar a cabo ninguna medida de contravigilancia, ni querría exponerse en público antes de comprobar que Gaddis era de fiar. Todo parecía lógico y sencillo, pero sintió cierta incomodidad, no muy diferente al miedo de infringir la ley, cuando se dirigió a la salida y dobló a la derecha por la calle peatonal. En Southgate Street repasó por segunda vez el mensaje, desplegando el papel de un modo que estaba seguro de que llamaría la atención. Intentó memorizar el contenido, pero se vio obligado a consultarlo una vez más en Blinkers, que resultó ser una pequeña peluquería en una calle estrecha. Unos gorriones picoteaban por el suelo, y una madre primeriza empujaba un carrito. Cuando salió de St. Clement Street vio la entrada de Waterstone a unos metros por delante de él, y se dio cuenta, sintiéndose avergonzado, de que las indicaciones de Lampard se habían limitado a hacerle trazar un círculo.

Siguió andando calle abajo según indicaban las instrucciones, y se preguntó cuántas miradas lo estarían observando. En el lado derecho de la calle vio un pequeño monumento de piedra de unos cuatro metros de altura. Al lado había una tienda de empanadas, y dedujo que aquel era el monumento indicado en la nota. De la tienda salía un olor a cebolla y curry. Gaddis se descubrió en un callejón estrecho que daba a otra calle peatonal. Unos metros a su izquierda distinguió claramente la cristalera del café Monde. No le apetecía un café, pues ya se había tomado cuatro tazas en otras tantas horas, pero pidió un expresso de todas formas y se sentó al fondo de la cafetería, preguntándose cuánto tiempo debería tardar en tomárselo. Se sentía inquieto y mangoneado, pero estaba dispuesto a seguir las instrucciones de la nota de Lampard, convencido de que le garantizarían un encuentro con Neame.

Esperó un minuto y se bebió el café, pagó y salió. Cuando se acercaba a la cafetería había divisado la catedral. Cruzó las puertas de un pequeño parque cortado por una avenida de tres carriles y se dirigió a la fachada sur. En el exterior había grupos de estudiantes (franceses de programas de intercambio, norteamericanos con anoraks) que se agolpaban bajo un viento desapacible. Gaddis hizo cola y pagó cinco libras por la entrada a la catedral. Caminó bajo los ecos del amplio techo abovedado, pasando entre varias filas de bancos de madera, y se sentó en el ala derecha de la gran nave. Dejó la cartera en el suelo, puso el teléfono en silencio y miró a su alrededor buscando a Neame. Junto al asiento en que estaba había un viejo radiador, y tamborileó con los dedos en su superficie de hierro mientras esperaba. Eran casi las once y media.

No llevaba más de un minuto en aquel lugar cuando oyó un ruido a su espalda: el sonido de un bastón al golpear el suelo de piedra. Gaddis se giró y vio a un anciano con un traje de tweed que cruzaba la nave y se acercaba a él. Pareció ver la luz cuando levantó la mirada para saludarlo: aquel hombre se parecía tanto a la descripción de Thomas Neame que había hecho Charlotte que a Gaddis no le quedó

la menor duda sobre su identidad. Empezó a ponerse en pie, como muestra de respeto, pero el anciano le hizo un gesto brusco con el extremo del bastón que tuvo el efecto de empujarlo de vuelta a su asiento.

Neame recorrió el banco y se sentó junto a Gaddis. No mostró ninguna señal aparente de incomodidad, pero jadeaba ligeramente. No ofreció su mano a Gaddis ni lo miró a los ojos. Se quedó mirando fijamente hacia delante, como si se dispusiera a rezar.

—No será usted uno de esos universitarios marxistas, ¿verdad?

Gaddis detectó la sombra de una sonrisa en el perfil señorial de Neame.

—De nacimiento y de crianza —replicó.

—Qué lástima. —El anciano agitó una mano ante la cara, como si algo en su línea de visión lo hubiera distraído. Tenía la espalda encorvada, y la piel de su cara y de su cuello era oscura, y le colgaba, pero parecía bastante robusto para tener noventa y un años—. Discúlpeme por haberle hecho dar tantas vueltas —dijo con un tono definitivamente dominante y de clase alta—. Como comprenderá, tengo que ser extremadamente cauto a la hora de dejarme ver con alguien.

—Por supuesto, señor Neame.

—Llámeme Tom.

Neame dejó el bastón atravesado sobre los tres asientos que tenía al lado. Gaddis le miró las manos. No dejaba de moverlas, como si estuviera oprimiendo en la palma una pelota de ejercicios para reforzar las muñecas. La piel casi transparente de sus nudillos se veía tan tensa como el pergamino.

—No creo que me hayan seguido —dijo Gaddis—. Las instrucciones de su socio fueron bien claras.

Neame frunció el ceño. No se giró para mirarlo.

—¿Mi qué?

—Su amigo de la librería. Su socio, Lampard. El de la camiseta del Chelsea.

Neame mantuvo un silencio breve pero infinitamente condescendiente antes de responder.

—Entiendo —dijo. Empezó a girarse lentamente, como una estatua con tortícolis, y Gaddis vio la preocupación en el rostro arrugado del anciano. Parecía como si le preocupase haber sobrestimado la inteligencia de su interlocutor—. Mi amigo se llama Peter.

—¿Pariente suyo? ¿Un nieto?

Gaddis no tenía ni idea de por qué había hecho aquella pregunta. No le interesaba especialmente la respuesta.

—No. —En algún lugar, alguien empujaba un carrito por el suelo de piedra de la catedral. El chirrido de las ruedecillas levantaba ecos en la nave—. Ha seguido las instrucciones tal como se le pedía.

Gaddis no supo discernir si aquello era una pregunta o una afirmación. Decidió cambiar de tema.

—Tengo muchas preguntas, como se puede imaginar.

—Yo también —replicó Neame. Giró el rostro hacia el altar lejano. Se había creado cierta tensión entre ambos, una atmósfera de irritación que Gaddis no había previsto. Sintió que la diferencia de edades era un abismo que tendría que esforzarse para cruzar, como si fuera un chiquillo en presencia de su abuelo. Neame seguía moviendo las manos, probablemente le aliviaba la artritis—. ¿Cómo supo de Eddie?

—Charlotte me habló de él. Era una de mis mejores amigas.

Neame carraspeó.

—Sí. Quiero que sepa que sentí muchísimo enterarme de su fallecimiento. — Parecía sincero—. Una muchacha encantadora. Muy inteligente.

—Gracias. Y lo era, sí. —Gaddis aprovechó que la atmósfera entre ambos se había suavizado para averiguar más sobre la relación entre el anciano y Charlotte—. Me dijo que se había encontrado con usted varias veces.

La única respuesta fue un asentimiento. Neame miró entonces la cartera y le preguntó si estaba grabando la conversación.

—No, a menos que usted lo desee.

—Preferiría que no. —De nuevo, la respuesta fue seca y breve. Estaba claro que Neame no quería dejar la menor duda de quién mandaba.

Hizo un gesto de dolor cuando algo parecido a un latigazo le cruzó los hombros encorvados, pero se apresuró a ocultar su incomodidad y sacudió imperceptiblemente la cabeza. Gaddis reconoció el estoicismo resignado de la generación que pasó la guerra. Era idéntico al que mostraban su abuelo y su abuela. Nada de alharacas. Nada de quejas. Eran supervivientes.

—Charlotte me visitó en tres ocasiones —prosiguió Neame—. Vivo en una residencia que no está muy lejos de aquí. La Meredith. Nos encontramos dos veces en pubs para hablar de Eddie, y una en mi habitación. De hecho, esa última ocasión fue bastante divertida. Tuvo que fingir que era mi nieta. —Gaddis se imaginó a Charlotte ejecutando aquella pantomima y no pudo evitar una sonrisa. Era el tipo de artimaña que a ella le encantaba—. Debo decir que me quedé estupefacto al enterarme de que había muerto.

—Eso nos pasó a todos.

—¿Cree que hubo algo turbio?

Las implicaciones de aquella pregunta y la tranquilidad con que el anciano la había planteado pillaron por sorpresa a Gaddis.

—No, en absoluto. ¿Usted sí?

Neame suspiró profundamente. A Gaddis le pareció bastante teatral.

—Bueno, ¿cómo voy a saberlo? Pero usted estuvo allí. Es usted quien sigue el rastro de esta historia. Y supongo que quiere que le hable de Eddie.

—Usted se puso en contacto conmigo —replicó Gaddis, algo irritado por los modales de Neame—. Usted escribió los mensajes. Usted envió a Peter. No tengo la menor idea de cómo sabe que continuó donde se interrumpió Charlotte. Lo más que

puedo suponer es que ella le contó que pensábamos escribir un libro a medias.

—Correcto. —dijo Neame. A Gaddis no se le pasó por la cabeza que pudiera estar mintiendo. El carrito volvía a desplazarse por algún suelo de piedra lejano, y los chirridos de las ruedas espesaron la atmósfera entre ambos—. Supongo que sabe lo del hospital de St. Mary.

—Sé lo del hospital de St. Mary.

Gaddis conocía ese terreno. El anciano se giró para mirarlo, y un leve aroma a lavanda flotó en el aire. Tenía los dientes de un color gris amarillento, sus ojos azules eran tan limpios y profundos como el cristal coloreado de las vidrieras.

—Entonces sabrá que la muerte de Eddie fue un montaje. Sabrá que el Foreign Office orquestó todo aquello para protegerlo.

—¿Protegerlo de qué?

—¿O de quién? —Neame acarició la empuñadura del bastón. La respuesta a aquello parecía ser un misterio para él, tanto como para Gaddis—. Lo único que sé es que Eddie quiso despedirse. Me dijo lo que iba a ocurrir. Sabía que probablemente sería la última vez que nos viésemos.

—¿Y fue así?

Neame dejó escapar otro de sus largos y pesarosos suspiros.

—Oh, probablemente ya esté muerto. La mayoría lo están a mi edad.

Gaddis acogió aquel comentario con una sonrisa torcida, pero sintió la punzada de decepción que ya le resultaba familiar. Un espía de Cambridge muerto no le resultaba tan valioso como un espía de Cambridge vivo y coleando. A causa de la frustración, más que del sentido común, decidió tantear hasta dónde llegaban los conocimientos de Neame.

—¿Así que no sabe con certeza si Edward Crane ha muerto?

Neame se inclinó levemente hacia atrás, alzó el rostro y miró hacia los lejanos techos. Al cabo de unos segundos estuvo claro que no tenía intención de contestar. Gaddis probó con otra pregunta:

—¿Lo conocía desde su infancia?

—Desde mis días en el Trinity. No se le puede considerar la infancia. Le contaré algo: Eddie me envió un documento cosa de un año antes de la operación en el hospital de St. Mary. Una especie de autobiografía abreviada, podríamos decir. Episodios memorables de la vida de un maestro de espías.

Aquello espabiló a Gaddis. Por fin hablaban de algo concreto. Una oleada de satisfacción lo invadió, la sensación de que por fin empezaban a encajar las piezas. Charlotte había mencionado aquel documento, pero Gaddis no quería que Neame supiera hasta dónde estaba informado.

—Joder... —exclamó, olvidando por un instante que estaba sentado en la nave de una catedral del siglo XIII. Neame sonrió.

—Este es un lugar de culto, doctor Gaddis. Cuide su lenguaje.

—Tomo nota. —Era la primera broma que compartían, y Gaddis intentó de nuevo

aprovechar el cambio de humor de Neame—. ¿Qué fue de ese documento? ¿Lo conserva aún? ¿Ha intentado publicarlo?

—¡Publicarlo, dice!

—¿Qué tiene de ridículo?

Neame tosió, y pareció sufrir de nuevo una breve ráfaga de dolor en el pecho.

—No sea estúpido. A Eddie le habría dado un ataque.

—¿Por qué?

—Porque era un animal de costumbres. Y su principal costumbre era defender su privacidad. Me entregó sus memorias con el compromiso tácito de que no las divulgaría.

—¿De verdad cree eso?

Por la expresión de Neame, parecía que nadie había puesto en duda su juicio en los últimos cuarenta años. Gaddis lo intentó de otra manera.

—Si escribió el relato de su vida y se lo envió a usted, quizá deseaba subconscientemente que la historia saliera a la luz.

—¿Subconscientemente? —Neame hizo que la palabra sonase totalmente absurda.

—Deduzco por su reacción que no es exactamente freudiano.

Del labio inferior del anciano cayó un hilillo de saliva, y se lo limpió con un pañuelo blanco cuidadosamente doblado. Aquello pareció irritarlo y avergonzarlo a la vez, las pequeñas humillaciones de la edad avanzada. Volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo del pantalón de *tweed* y dirigió la mirada al altar.

—Mire, he organizado este encuentro con usted porque he tomado la decisión de hacer que se sepa la verdad sobre Eddie Crane, quien creo que fue un héroe nacional.

—Un héroe... —repitió Gaddis con voz neutra.

—Así es. Y no lo que ahora se entiende por ser un héroe. En la actualidad, un joven se deja un dedo en Afganistán y lo condecoran con la Cruz Victoria. Es una estupidez. Hablo del heroísmo auténtico, no jugarse solo una extremidad o incluso la vida, sino la reputación. —Neame volvió a toser por el esfuerzo por dejar claro su punto de vista—. Pero me gustaría contar la historia a mi manera y a mi propio ritmo. No puedo traicionar la confianza de Eddie entregando su manuscrito al mejor postor. Quiero controlar el flujo de información. Quiero tratar con alguien en quien pueda confiar.

A Gaddis le habría gustado decir «puede confiar en mí», pero se lo pensó mejor. Sabía que se estaba ganando lentamente el respeto de Neame, paso a paso, y no quería echarlo a perder con un comentario descuidado.

—El manuscrito me llegó acompañado de cierta información sobre las nuevas circunstancias de Eddie —prosiguió Neame—. Y con instrucciones. —Al igual que unos días antes junto al canal, a Gaddis le habría gustado tomar notas, pero se veía obligado a confiar en su memoria—. Eddie me dijo que vivía plácidamente en Escocia con una nueva identidad, protegido por sus antiguos superiores del Foreign

Office. Me explicó que no gozaba exactamente de buena salud y que no creía que nos pudiéramos volver a ver. «Estos son algunos recuerdos privados de una vida poco corriente —escribió—. Los he puesto por escrito para mi satisfacción personal». Cosas así. No sé si hizo copias, aunque lo dudo mucho. Como le he dicho, a Eddie le gustaba mantener su privacidad. Pero creo en la historia, doctor Gaddis. Y creo que Eddie sabía eso sobre mí. Y creo que el mundo tiene derecho a saber lo que ese hombre hizo por su país.

—¿Por Rusia?

Neame reprimió una sonrisa cómplice, y sus ojos volvieron a quedar a la luz. Era notable la forma en que mostraban tanta vivacidad, tantos pensamientos e ideas, teniendo en cuenta que pertenecían a un hombre que ya había entrado en su décima década.

—No por Rusia, doctor Gaddis. Por Inglaterra.

—No entiendo.

—Oh, ya le quedará claro —dijo Neame, poniéndole en la rodilla una mano ligera como una pluma. Aquella confianza repentina resultaba sorprendente—. ¿Qué tal si empezamos desandando el camino del gato?

—¿Desandando el camino del gato?

—Es una vieja expresión de espionaje. —Neame se dio cuenta de que Gaddis se había quedado confundido—. Seguir los pasos de alguien. Desmontar un rompecabezas para poder volver a montarlo. —Se volvió a sonar con el pañuelo cuidadosamente doblado—. Quizá lo mejor sea que nos situemos en el invierno de 1933.

—Lo que le parezca mejor.

Neame se recostó en el banco y se dispuso a comenzar, pero perdió el equilibrio. Gaddis tuvo que sostenerle para que se mantuviera erguido, y notó la aspereza de la tela de la chaqueta de Neame cuando se la ajustó en la espalda encorvada. Cuando el anciano se sintió cómodo por fin, cruzó los brazos ante el pecho y echó una ojeada al pasillo de la nave.

—¿Qué sabe del período de Eddie en Cambridge? ¿Qué ha sido capaz de descubrir?

—Muy poco.

Neame frunció los labios. Quizá se estaba preguntando por dónde empezar.

—Eddie y yo fuimos a Cambridge al mismo tiempo —dijo—. Nos conocimos en nuestro primer día. Ambos teníamos dieciocho años, y los dos procedíamos de un entorno parecido.

—¿Qué clase de entorno?

Neame respondió rápidamente.

—Como el suyo, imagino, doctor. Clase media con pretensiones. ¿Qué importancia tiene?

Gaddis estuvo a punto de recalcar que había sido Neame y no él quien había sacado a colación la clase social, pero se contuvo. Era mejor pasar por alto los pequeños desaires. Eran tan solo un indicio de la frustración que sentía el anciano a causa de sus achaques, no críticas que tuviera que tomarse en serio.

—¿Puede decirme algo sobre la familia de Crane? —preguntó. Tras él, cerca de la entrada principal de la nave, unos veinte turistas se agrupaban escuchando con atención las explicaciones del guía—. ¿Cómo se conocieron él y usted?

—Oh, no fue nada extraño. —El tono de Neame parecía implicar que Gaddis era el único visitante en la catedral de Winchester que no conocía aquella historia—. Ambos adorábamos los crucigramas y los juegos de palabras. Una vez me encontré con Eddie en la sala común. Tenía un ejemplar del *London Illustrated* y estaba atascado con una palabra, y lo ayudé. ¿Le gustaría saber cuál era?

Gaddis se dio cuenta de que Neame iba a decírselo de todas formas, así que asintió.

—«Muchos años atrás».

—¿Cuántas letras?

—Tres.

A Gaddis se le daban bien los crucigramas, y adivinó la palabra en el tiempo que le llevó a Neame echar un vistazo al reloj.

—«Era».

—Muy bien, doctor. Muy bien. —Neame parecía impresionado, pero la agitación de sus manos traicionaba su irritación. Era como si la agilidad de la mente de Gaddis amenazara su superioridad intelectual—. Bueno, después de eso nos hicimos amigos. El padre de Eddie había muerto en la guerra, igual que el mío. Había rumores, que nunca se confirmaron, de que el señor Crane se había quitado él mismo la vida. Quizá quiera investigar eso, hablar con algún historiador militar. Ver qué saca en claro.

—Lo haré —dijo Gaddis.

—Susan, la madre de Eddie, se casó de nuevo, con un hombre al que Eddie detestaba. —Neame tensó los labios, pero la piel bajo su barbilla colgaba flojamente—. Por algún motivo no logro recordar cómo se llamaba. Nunca lo conocí. Pero era una comadreja desde cualquier punto de vista.

—Un poco como el padre de Philby.

Gaddis no había pretendido traer a colación tan pronto a otros miembros del Circulo de Cambridge, pero le agradó el efecto de su comentario. Neame asintió mostrando su acuerdo.

—Exactamente. Ambos eran unos monstruos. El padre de Kim era un charlatán de proporciones épicas. Se convirtió al Islam, aunque le cueste creerlo, e incluso adoptó el nombre de Abdullah y se casó con una esclava saudí. Se rumoreaba que trabajó como espía para la monarquía saudita.

—Algo de eso he oído —dijo Gaddis—. *Cherchez le père*.

Neame captó las implicaciones del comentario y volvió a asentir.

—Así es. Todos los integrantes de la célula del Trinity tuvieron, en mayor o menor grado, una relación complicada con sus padres, y a veces inexistente. El de Guy murió cuando este era muy joven, y lo mismo pasó con el de Anthony. Y con el de Maclean. En cuando al de sir Donald... ¿cómo lo llaman ahora? ¿«Un padre ausente»? —Neame pronunció la frase con el mismo tono despectivo que había usado con la palabra «subconscientemente»—. Era un presbiteriano estricto, además. Más interesado en su carrera política que en el bienestar de su propio hijo. A juzgar por mi experiencia, todos los hombres están en guerra con sus padres en mayor o menor grado. ¿Está de acuerdo, doctor?

Gaddis no era muy dado a las confidencias familiares, así que optó por bromear.

—Al final va ser usted un freudiano, Tom.

Neame no reaccionó. Gaddis se dio cuenta de que cambiaba de humor casi como un niño pequeño.

—Hábleme del Cambridge de aquella época —dijo para esquivar aquel instante embarazoso—. ¿Qué impresión le causó el lugar?

La pregunta pareció animar al anciano, porque giró el rostro hacia él y le sonrió

con aquellos ojos azules.

—Bueno, por supuesto, se han dicho muchas tonterías sobre aquella época. Si hacemos caso a algunos «expertos», nos pasábamos el día comiendo bocadillos de pepino, paseando en barca por el río Cam y cantando «Jerusalén» a coro. Pero créame, la vida era más dura. Por supuesto, no faltaban unos cuantos estudiantes muy privilegiados de familias adineradas, pero no todo era *Retorno a Brideshead* y picnics en el prado.

—Por supuesto. —Gaddis se preguntó por qué Neame sentía la necesidad de dejar claro todo aquello.

—Una cosa era absolutamente cierta: en los años previos a la guerra, Oxford y Cambridge estaban infestados de comunistas. Cualquier hombre que se respetara a sí mismo, o cualquier mujer para el caso, con el más mínimo sentido de justicia social se mostraba profundamente escéptico ante el rumbo que estaba tomando el capitalismo en Occidente. No había pasado mucho tiempo desde la Gran Depresión, téngalo en cuenta. El desempleo alcanzaba los tres millones. Añada a la mezcla al Encantador Adolf y obtendrá un clima de angustia y temor que no ha vuelto a alcanzarse desde entonces.

—Prosiga —dijo Gaddis. Pensaba guardarse la expresión «el Encantador Adolf» para alguna conferencia.

—La cosa era sencilla. —Neame se tocó el perfecto nudo Windsor de la corbata de lana. Más o menos hacia la mitad había una mancha en la tela—. Todos nos enamoramos del experimento ruso. Unos más que otros.

—¿Se refiere a Eddie?

—Eddie, desde luego. Pero todos mis conocidos estaban interesados en Marx. Ser comunista en 1933 era tan poco especial como ponerle mostaza al rosbif. Estábamos en todas partes. Uno no podía moverse sin tropezar con algún interesado en derribar el sistema.

—¿Gente como Burgess y Maclean? ¿Cómo Philby y Blunt?

Neame lo miró de reojo, y a Gaddis le preocupó la idea de que el anciano empezara con digresiones sobre pequeños juegos de poder. En el extremo del banco en que estaban sentados se detuvieron dos turistas con pantalones de chándal, riñoneras abultadas y Nikons de mil euros que apuntaron al techo. Hablaban entre ellos en voz bastante alta, en alemán, y Neame esperó hasta que se alejaron pasillo adelante antes de proseguir.

—Por supuesto —dijo—. Guy y Anthony destacaban especialmente en el Partido. A Donald se le daba bien protestar. Siempre era el primero en acudir a las barricadas, siempre el primero cuando había una oportunidad para disentir.

—¿Y Crane no?

Neame hizo una pausa. Parecía preocupado por ofrecer un relato preciso del comportamiento de su amigo en aquella época. Tan preciso como le fuera posible después de que hubieran transcurrido setenta años.

—Eddie era más sutil —dijo finalmente—. No se hacía notar.

—¿Qué quiere decir?

—Blunt lo conocía, evidentemente, porque Crane asistía a las clases de francés de Anthony, pero no se mostraba activo. No entró en el círculo de Maurice Dobb, por ejemplo, que fue el responsable de que Guy se acercara al Partido. Tampoco se unió oficialmente a los comunistas.

Aquello dejó estupefacto a Gaddis, entre otras cosas porque la pertenencia al Partido era un requisito imprescindible para trabajar para el NKVD, el brazo del espionaje soviético que operaba en el Reino Unido por aquel entonces.

—Parece sorprendido, doctor.

El dolor golpeó de nuevo la espalda de Neame, interrumpiendo sus palabras. El anciano se inclinó hacia delante lentamente, con expresión crispada.

—¿Se encuentra bien? —Gaddis sentía que debía asegurarse de que el anciano estaba en condiciones de seguir, aunque odiaba la idea de que aquello obligase a interrumpir la conversación. Habían tardado una eternidad en llegar a aquel punto, y quizá no volvieran a encontrarse. Tenía que intentar obtener el máximo de información posible.

—Estoy bien —le aseguró Neame, haciendo un gesto decidido con la mano. Gaddis se dio cuenta de que había vuelto a cerrar el puño, luchando contra la artritis—. Mire, le aseguro que intenté muchas veces convencer a Eddie de que se afiliase al Partido. Lo intentamos muchos.

—Pero sin éxito.

—Sin éxito. —La voz de Neame se suavizó, casi como si le remordiera algo. Pero de repente volvió a sonar con energía, animada por la necesidad de defender a Crane y presentar sus argumentos con más fuerza—. Retrospectivamente llegué a la conclusión de que había más de una forma de despellejar a un gato. Uno no necesita estar afiliado al Partido Laborista para votar a un candidato laborista. Uno puede tener ideas de derechas sin suscribirse al *Daily Mail*. ¿Me sigue?

—Le sigo.

—Eddie era sutil. No le interesaba exhibirse. Jugaba a largo plazo, podríamos decir. Pero ¿actuaba así porque no quería que quedase documentado nada que pudiera comprometer su futuro en el servicio público, o porque era un joven tímido al que le faltaba la confianza en sí mismo que sí poseían sus compañeros de célula más famosos?

—¿Usted qué cree?

Neame meditó la respuesta, y se tomó su tiempo. Pasó casi un minuto antes de que respondiera.

—Creo que había una buena dosis de lo segundo. Personalmente, creo que a Eddie no le interesaba demasiado unirse al Foreign Office, ni ambicionaba hacer carrera en el gobierno. Tenga en cuenta que solo tenía dieciocho años y casi acababa de dejar la escuela. No era como Kim, que armaba un espectáculo por cualquier cosa.

Cielos, por lo que recuerdo, Kim se apuntó a la CUSS a los treinta segundos de pisar Cambridge.

—¿La CUSS?

—Cambridge University Socialist Society, el grupo socialista de la Universidad de Cambridge. Lo suyo era tan exagerado que los sóviets llegaron a preguntarse si no se trataría de un infiltrado.

—¿Y Burgess?

La mención de aquel nombre tuvo un efecto curioso en Neame, que casi pareció melancólico. El anciano bajó la mirada hacia su regazo y unió las manos entrelazando los dedos. A lo lejos se oyó la risa de una joven.

—Guy es un elemento central en todo esto —dijo en voz baja—. Causó un gran impacto en todo el mundo, no solo en Eddie. De hecho, Eddie lo menciona a menudo en sus memorias. Yo mismo he recordado muchas veces mis conversaciones con Guy.

Las memorias. Gaddis se preguntó cómo podría ponerles la mano encima. La reticencia de Neame a entregar aquellos documentos, que no solo validarían a ATILA sino que incrementarían radicalmente la calidad y la importancia histórica de su propio libro, se le antojaba un giro cruel del destino. Había algo narcisista en Neame. Estaba ansioso por representar su papel en el asunto, pero a la vez parecía disfrutar provocando a Gaddis, tentándolo con la autobiografía de Crane. Cada vez parecía más evidente que la información aparecería a cuentagotas, posiblemente a lo largo de varias semanas. Y Gaddis no tenía ningún control sobre ello.

—¿Usted también estuvo implicado en el escenario político? —preguntó—. ¿También estudiaba francés? ¿Se veía con Eddie?

Neame cortó la serie de preguntas con un suspiro dolorido, y Gaddis se dio cuenta de que iba muy rápido. Tenía que aprender a dejar que la historia avanzase a su propio ritmo. Neame iba a seguir manipulándolo, eso estaba claro; pero si Gaddis era paciente, al final obtendría una imagen completa de los años de Crane en Cambridge.

—En el Trinity, estuve más cerca de Eddie y de Guy que de ningún otro. Durante la guerra perdí el contacto con Burgess aunque, por supuesto, estaba al tanto de sus andanzas. Lo más interesante es que él y Eddie eran completamente opuestos en muchos sentidos. Eddie era reservado, disciplinado y realista. Guy se pasaba el día borracho, vestía ropa sucia y vivía en sus ideales. Pero era un orador maravilloso. Tenía un dominio del lenguaje...

—Algo he oído —dijo Gaddis. Algo en el tono de Neame, cierto deje de lamento, le hizo preguntarse si él y Burgess no habrían sido amantes. El siguiente comentario del anciano no mitigó aquella sospecha.

—Guy era también incorregiblemente promiscuo. Lo que Kim era para las mujeres, Guy lo fue para los muchachos. Y no dirigía su atención solo a los estudiantes jóvenes de Cambridge. También le gustaban los tipos duros. Camioneros. Obreros. Nunca tenía bastante.

—¿Cree que tuvo relaciones con Eddie?

Para el caso, Gaddis bien podría haber preguntado directamente si Neame era gay.

—¿Qué diablos quiere decir?

—¿Eddie era homosexual? No tuvo hijos y nunca se casó. Me pregunto si tuvo alguna relación romántica con Blunt o con Burgess. —Se moría de ganas de añadir «o contigo, Tom», pero le faltó valor.

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa? —Neame parecía más avergonzado que enfadado, como si Gaddis hubiera cruzado una línea indecente.

—Una de las biografías de Blunt propone la teoría de que la sexualidad de este pudo influir en su disposición a traicionar a su país. La homosexualidad era ilegal en Gran Bretaña en los años treinta. Por consiguiente, un homosexual se consideraba, por definición, un criminal de acuerdo a la ley.

Neame alisó la tela de sus pantalones y mantuvo la mirada fija en su regazo.

—Me parece un poco traído por los pelos. —Intentó salirse por la tangente con una anécdota—. Eddie y yo entramos cuando Guy estaba en tercer curso. Nos hechizó de inmediato a ambos. Fue Guy, por ejemplo, quien organizó la huelga de camareros. ¿Lo sabía?

—No —mintió Gaddis. Quería conocer la versión de Neame.

—En realidad fue algo bastante simple. En aquella época, la mayor parte del personal laboral del Trinity no cobraba sueldo alguno durante las vacaciones. Guy creía, no sin cierta razón, que aquello era indignante, y con la ayuda de Eddie los convenció para que se pusieran en huelga.

—¿Cómo lo consiguieron?

A Neame pareció molestarle la interrupción.

—Porque Guy y Eddie, cada uno a su manera, poseían un don de gentes absolutamente maravilloso. Guy podría decirle que el Sol no saldría a la mañana siguiente y usted lo creería. Eddie era igual. Había algunos reticentes entre los camareros y el personal de las cocinas, pero no solo los convenció de que la huelga era lo que más les convenía, sino de que no corrían peligro de perder su trabajo. Era algo que no podía garantizar, por supuesto, pero así era él: si Eddie le decía algo, usted lo creía. Todo aquel asunto fue una de las raras ocasiones en que asomó la cabeza por encima del parapeto. Poca gente supo lo esencial que fue en la organización de aquello.

—Entonces ¿quién sabía toda la verdad? ¿Burgess? ¿Blunt?

—Blunt, desde luego. Él y Guy eran inseparables, y por lo que sé, andaban todo el tiempo a la caza de nuevos miembros. No me cabe la menor duda de que ellos informaron a su enlace del NKVD de que Eddie estaba hecho de la pasta adecuada.

—¿Eso fue lo único que hizo falta? Tenía entendido que, para los rusos, la pertenencia al Partido era un requisito indispensable.

—Si usted lo dice.

Gaddis volvió a insistir.

—En el documento, ¿Eddie habla de cómo lo reclutaron? ¿Aclara algo sobre el

tema?

Le pareció mejor referirse a las memorias como «el documento». No quería darle a Neame la impresión de que estaba en posesión de un material que tenía un valor incalculable para él.

—Verá, aquí es donde la cosa se pone interesante. Los sóviets fueron muy inteligentes en este caso, y ese es probablemente el motivo de que Eddie pudiera sobrevivir tanto tiempo sin que lo detectasen. —Otro grupo de turistas, japoneses en aquella ocasión, pasó junto al banco—. Guy le habló de Eddie a un caballero llamado Arnold Deutsch. ¿Le suena el nombre?

Gaddis había oído hablar de él, desde luego. Deutsch, conocido con el nombre clave de OTTO, fue el responsable del reclutamiento del Círculo de los Cinco.

—Sí, claro.

—Bien. Deutsch reclutó a Eddie, pero sin decírselo ni a Burgess ni a Blunt.

—No comprendo.

—A Moscú le preocupaba que la red empezara a ser demasiado grande. Tenían a Kim, a Anthony, a Guy, a Donald y a John. Bastaba con que uno de ellos cediese para que los británicos desmantelasen la célula al completo. Así que a Eddie lo dejaron por su cuenta. Andando el tiempo, Cairncross llegó a ser «consciente» de que Crane era un miembro activo, pero ninguno de los otros, ni siquiera Guy, tuvo la menor idea. Eddie recibió el nombre clave de ATILA. Deutsch le dijo a Burgess que lo había tanteado y que no le interesaba trabajar para el Partido, y ahí quedó la cosa. Todos siguieron a lo suyo.

Gaddis pasó la mano por el radiador de hierro forjado que estaba al lado de su asiento. Intentaba calcular las implicaciones de lo que Neame le acababa de contar. Desandar el camino del gato.

—Tiene sentido... —musitó, pero Neame lo interrumpió.

—Tal como fueron las cosas, al final los sóviets le hicieron un favor al MI5.

—¿Y eso?

El anciano pareció regodearse con algún pensamiento privado. Estaba claro que disfrutaba jugando con el ansia de información de Gaddis.

—Bueno, esa es otra parte de la historia —dijo con voz suave—. Si se lo cuento me estaría adelantando a los acontecimientos.

—Adelántese.

Neame sonrió.

—Primero lo de Oxford.

—¿Oxford?

—¿No lo sabía, doctor? —Neame se giró en el asiento, primero a la izquierda, luego a la derecha, comprobando que nadie los observaba. Gaddis presintió que estaba a punto de aflorar otro secreto—. Los rusos enviaron a Eddie a Oxford.

Justo antes de las seis en punto, Calvin Somers salió del centro Michael Sobel por la puerta de servicio y caminó a la pálida luz del atardecer en dirección al brezal de Batchworth. En las noches de otoño prefería caminar por algún sendero estrecho rodeado de maleza de los que cruzaban el bosque y luego atravesar la zona de descampado de las afueras de Harefield, donde vivía en un piso de un solo dormitorio en el centro de la ciudad. Ya había mediado septiembre, y no le quedaban muchas oportunidades de ir y volver andando al trabajo antes de que retrasaran los relojes, fuera noche cerrada y se viera obligado a usar el coche. Aún vestía el uniforme de celador bajo el chaquetón de lana; prefería asearse al llegar a casa en vez de usar las impersonales duchas del hospital Mount Vernon.

Un enfermo de cáncer de treinta y cuatro años había muerto en el hospital hacía tres horas, pero Somers no pensaba en él, ni en el dolor de los parientes del enfermo, ni en la estudiante de medicina que había gritado cuando vio que la madre del fallecido se deshacía en lágrimas en el aparcamiento justo después de comer. Estaba pensando en la caja de chardonnay Wolf Blass que iba a terminarse aquella noche y en los platos precocinados para microondas que guardaba en el frigorífico. ¿Qué le apetecería cenar? ¿Un curry? ¿Pastel de pescado? En aquellos días, las muertes en el hospital parecían solaparse unas con otras, y era algo que admitiría sin problemas ante cualquiera que le preguntase, incluidos los miembros del personal que lo veían de forma muy distinta. Uno olvidaba quién era quién, quién padecía qué, qué familiar correspondía a qué paciente. Quizás empezaba a cansarse de aquel trabajo. Quizá Calvin Somers empezaba a hartarse de los enfermos.

Estaba a punto de cruzar la carretera para dirigirse al brezal cuando oyó un ruido a su espalda, procedente del aparcamiento noroeste. Se giró y vio que un hombre salía de un Mercedes Clase C de color azul oscuro con lunas tintadas. Durante un breve instante, Somers pensó en echar a correr, porque el pánico le había golpeado el pecho como una descarga eléctrica. Pero echar a correr era una idea estúpida. Uno no huye de alguien como Alexander Grek. Grek puede encontrarte. Grek sabe dónde vives. Lo mejor sería, decidió Somers, hacer lo que hacía siempre cuando no se sentía seguro. Se mostró agresivo.

—¿Me está siguiendo?

—¿Señor Somers?

—Sabe quién soy. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha venido a mi trabajo? Creí que habíamos terminado de hacer negocios. Me aseguró que habíamos term...

Grek lo interrumpió.

—Por favor, deténgase, señor Somers. —Tenía una voz profunda, casi de barítono, con una cierta tonalidad musical, un cierto encanto aterrador. Vestía un traje gris oscuro, una camisa impecablemente blanca con el cuello abotonado y una corbata azul marino—. ¿Le importa que lo acompañe? —Hablaba en un inglés

preciso y cortés, pero no era más que la capa de barniz que camuflaba una crueldad implacable—. Se dirige a su casa, ¿no? ¿Sigue siempre este camino?

Somers volvió a sentir el pánico, la descarga en su pecho. Y supo que lo habían descubierto. ¿Por qué, si no, había aparecido allí Grek? Tenían que haber descubierto lo del profesor y lo de Charlotte Berg. ¿Por qué había sido tan codicioso? El FSB le había pagado veinte mil libras por el asunto del hospital St. Mary. Solo le habían puesto una condición: que nunca volviese a hablar con nadie sobre Edward Anthony Crane. Pero desde entonces había cobrado dos veces más por la misma información. No había sido capaz de contenerse. Y ahora, Alexander Grek había venido a averiguar por qué.

—Me ha estado siguiendo —dijo, pero su voz lo traicionó: tartamudeó dos veces al pronunciar «siguiendo».

—No, no —replicó Grek, sonriéndole como si fuera un viejo amigo—. Solo tenemos un par de preguntas que nos gustaría que nos respondiese. Levantó los dedos índice y medio como si dibujara la «V» de victoria—. Dos.

Somers abrió la cremallera de su chaquetón. De repente sentía mucho calor.

—¿Qué le parece que caminemos mientras charlamos? —sugirió el ruso. Somers aceptó, en buena parte porque no quería que alguien del hospital lo viera con Grek. Cruzaron la carretera y echaron a andar por un sendero estrecho en el bosque. Se veían obligados a avanzar en fila, y Somers aceleró el paso, desesperado por llegar a campo abierto. Grek se mantuvo en todo momento a no más de tres metros por detrás, pero apenas hacía ruido al pisar la tierra húmeda con sus zapatos de quinientos dólares.

—Entonces ¿qué quiere saber? —preguntó Somers. Se había quitado el chaquetón y lo llevaba en el brazo. La camiseta que llevaba bajo el uniforme estaba empapada de sudor.

Grek se detuvo. Seguían en el sendero, rodeados por todas partes de hierba y árboles retorcidos. Somers se detuvo y se giró bajo la pálida luz del sol que se filtraba entre las ramas.

—Quiero preguntarle por Waldemar.

Somers no entendió al principio de qué estaba hablando Grek, pues el ruso había pronunciado el nombre del conserje polaco del hospital de St. Mary con toda su habilidad para pronunciar las lenguas eslavas, lo que despojó a «Waldemar» de cualquier consonante que Somers pudiera identificar. Pero entonces ató cabos y decidió ganar tiempo.

—¿Waldemar? ¿El conserje? ¿Qué pasa con él?

—No lo encontramos. —A juzgar por su tono de voz relajado, Grek podría haber estado hablando de un reloj perdido—. Tenemos ciertos problemas para dar con él.

Somers se echó a reír.

—Creía que ustedes eran espías. Eso no habla muy bien de su capacidad, ¿no? No habla muy bien de su, esto... inteligencia. —Por supuesto, sabía que era un error

provocar así a alguien como Grek, pero no podía evitarlo. Siempre se comportaba así cuando tenía las cartas en contra: se mostraba gallito y sarcástico, combatía el fuego con fuego.

—Quizás —respondió Grek, y Somers no pudo adivinar a qué se refería. ¿Quizá qué?

Volvió a sentir el deseo de abandonar el sendero. Se daba cuenta de que Grek podría golpearle en cualquier momento. Calvin Somers sentía un miedo intenso a la violencia física, y sabía que no sería capaz de defenderse si el ruso lo atacaba. Se giró y vio que a menos de cincuenta metros había un campo de labranza. Si siguieran caminando...

—Entonces ¿no sabe dónde podemos encontrar a Waldemar? —prosiguió Grek—. ¿No ha vuelto a tener contacto con él en el período transcurrido?

—¿En el... qué? —Somers se echó a reír de nuevo, optando por burlarse del vocabulario elegido por Grek.

—Ya me ha entendido, Calvin.

Oír su nombre de pila le revolvió el estómago. Para controlar el miedo, se giró y echó a andar hacia el campo, rezando porque Grek lo siguiera. No tuvo esa suerte.

—¿Qué hay de Benedict Meisner? —gritó el ruso a su espalda, y Somers se vio obligado a detenerse, girar y desandar el camino. Se sentía como si hubiera caído en una tela de araña.

—¿Qué pasa con él? —empezó a hablar más deprisa—. ¿Podemos seguir, por favor? Tengo ganas de llegar a casa. ¿Podemos caminar hacia...?

—Seguiremos hablando aquí. —Grek hizo un gesto hacia el aparcamiento—. No quiero alejarme mucho del coche. ¿Dónde está Meisner, por favor?

Somers rio de nuevo y se preguntó por qué Grek lo interrogaba sobre gente a la que no había visto desde hacía más de diez años. ¿Qué se suponía que iba a contestar? No era amigo de Meisner, no era amigo de Waldemar, y nunca lo había sido. Lo único que tenían en común era su participación en el asunto de Crane.

—Escuche, no tengo ni puta idea —dijo, y lamentó de inmediato su vocabulario al darse cuenta de que la mirada de Grek se volvió más fría.

—Ya veo. —Eran unos ojos estrechos, de color castaño claro, y en aquella mirada, Somers podía contemplar toda su traición—. Eso es interesante. Tampoco hemos tenido éxito en localizar al propio señor Crane.

Somers tuvo la impresión de que lo habían estado sacudiendo de un lado a otro, como si al ruso no le importasen realmente las respuestas a las preguntas que le hacía y solo pretendiese hacer que se sintiera incómodo. ¿Sería alguna táctica habitual de los espías? ¿Por qué creía Grek que Crane podía estar vivo todavía?

—¿Por qué insiste en decirme lo malo que es en su trabajo? —dijo—. No lo entiendo. Yo no ando por ahí diciéndole nada a la gente si meto la pata en el hospital. Lo único que parece interesado en decirme, lo que ha dicho en los últimos diez minutos, es lo mal que le va en su investigación.

Grek hizo algo bastante normal, pero que tuvo un efecto inquietante. Escupió en el suelo. Después metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un cigarrillo. No de un paquete, sino de una elegante pitillera de plata. Se puso el cigarrillo en los labios, encendió un Zippo golpeándolo contra el muslo y sostuvo la mirada de Somers mientras acercaba la llama al cigarro. Ya no era el agente trajeado del FSB que se desplazaba en un coche con chófer y usaba zapatos de quinientos dólares. En sus movimientos, en la inmovilidad de sus ojos, se podían descubrir los restos del matón de San Petersburgo que fue antaño.

—Una pitillera —dijo Somers; tenía la garganta seca y sus palabras fueron casi inaudibles—. Ya no se ven a menudo.

Grek cerró el Zippo. Clic.

—No, no se ven. —Entonces, tan lentamente como si estuviera clavando un cuchillo entre las costillas de Somers, añadió—: ¿Ha hablado de Edward Crane con alguien más, Calvin? Quiero decir, además de Charlotte Berg...

Somers se quedó sin respiración al asimilar las palabras del ruso. Sabían lo de Charlotte. Y, joder, en ese caso probablemente sabían también lo del profesor. Por segunda vez en pocos minutos tuvo la impresión de que sus piernas no iban a sostenerle. Maldijo su propia estupidez y su cobardía.

—¿Qué? —respondió intentando ganar tiempo—. ¿Quién es Charlotte Berg?

Grek exhaló una bocanada de humo que flotó limpiamente sobre el sendero, hasta que un golpe de viento la dispersó.

—Por favor —dijo—, los dos somos gente de mundo, señor Somers. No me haga perder el tiempo.

—¿Han pinchado mi teléfono? ¿Se han metido en mi ordenador? ¿Cómo saben lo de Charlotte?

Aquello era una confesión. Si a Grek le hubiera quedado alguna duda sobre la naturaleza de la traición de Somers, aquello la habría despejado.

—Esto es Inglaterra —respondió, abarcando los alrededores con un gesto. Sonreía—. No es nuestra jurisdicción y no podemos pinchar teléfonos. —Una mosca se le posó en el brazo, pero Grek no le prestó atención—. Mis colegas han leído las transcripciones de su correspondencia electrónica con la señorita Berg. Son una violación directa de nuestro acuerdo.

—Y lo suyo es una violación directa de mis putos derechos humanos, al hacer que sus contactos metan las narices en mi ordenador. ¿Cómo se atreve?

Somers se sorprendió a sí mismo por la ferocidad de su respuesta, incluso dio un paso hacia Grek en un intento de imponerse. Pero ni sus palabras ni sus acciones parecieron tener el menor efecto.

—Tranquilícese, por favor. —El ruso dio otra calada al cigarrillo—. Díganos con quién más ha hablado.

¿«Díganos»? ¿Quién más andaría por medio? Somers nunca se había sentido más solo en la vida, pero Grek hablaba como si una docena de agentes del FSB siguieran

la conversación.

—¿De quiénes está hablando? Mire, no he hablado con nadie, ¿de acuerdo? Charlotte descubrió la historia por su cuenta, y acudió a mí porque alguien le dijo que yo estaba trabajando en el St. Mary aquella noche. Quizás ese alguien fue usted.

—Es poco probable. —dijo Grek tranquilamente. Miraba el cigarrillo mientras lo hacía girar entre los dedos.

Somers sabía que su intento de desviar la atención había sido muy flojo, y casi deseó que Grek lo llamara embustero a la cara. No podía soportar la falsa cortesía, aquella imitación de juego limpio. Oyó el ladrido de un perro en la lejanía y deseó que alguien, un paseante, un corredor, se acercara y los interrumpiera.

—¿Por qué es poco probable? —preguntó. Se apartó de Grek y echó a andar hacia el campo. El ruso tampoco lo siguió aquella vez y, de nuevo, Somers tuvo que dar media vuelta y retroceder.

—Deje de hacer teatro —le dijo Grek—. Pierde puntos. Hoy he venido a advertirle que si vuelve a hablar de Edward Crane con algún periodista, o con cualquiera, habrá consecuencias graves, de acuerdo con lo establecido en nuestro pacto. —Se dio cuenta de que Somers estaba a punto de decir algo y alzó una mano para detenerlo—. Ya basta —dijo. Tiró el cigarrillo y lo aplastó con la punta del zapato—. La próxima vez recibirá la visita de unos caballeros que serán bastante menos amables que yo. La próxima vez, por ejemplo, podrían pedirle que devuelva las veinte mil libras que le pagamos por su silencio. Su silencio, Calvin. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí —respondió Somers. Su bravuconería se había desvanecido. El alivio al comprender que lo habían perdonado y no tardaría en estar libre y en casa se la había llevado por delante—. Por supuesto que sí.

—Bien.

—Quiero asegurarle que no pretendía causar ningún problema...

Pero Alexander Grek le había dado la espalda y caminaba de vuelta a su Mercedes, dejando a Calvin Somers hablándole al espacio en el que había estado en pie; un espacio en el que habían empezado a zumbar los insectos en busca de semillas y polen. El celador sintió una burbuja de alivio en el estómago y fue casi a la carrera hasta el campo. El sudor de su espalda empezaba a enfriarse en el aire del atardecer, y tuvo que ponerse el chaquetón para entrar en calor.

El campo de labranza era una extensión de maíz a punto para la cosecha, y le puso de buen humor a la vez que le dio el tiempo y la confianza para pensar con más claridad. Estaba libre. Lo habían pillado, pero los rusos le habían dado una segunda oportunidad. Caminó por la linde del campo, envalentonado por aquel pensamiento, y no tardó en empezar a pensar en la copa de chardonnay Wolf Blass que se iba a beber. Quizás incluso compraría un paquete de cigarrillos (de diez, no de veinte) en el establecimiento que había junto a su piso. Se moría por un cigarrillo. Necesitaba algo con que calmar los nervios.

* * *

Diez minutos antes, tras esperar a que su jefe desapareciera de la vista, los dos agentes del FSB que habían acompañado a Alexander Grek al hospital Mount Vernon cerraron el Mercedes y cruzaron la carretera. El primero, un tipo llamado Karl Stieleke, se había dirigido trescientos metros al este antes de entrar en el bosque y acercarse dando un rodeo al camino en el que Grek y Somers habían estado hablando. El segundo, Nikolai Doronin, fue hacia el este desde el aparcamiento, hasta que llegó al final de un sendero polvoriento que circundaba el brezal. Stieleke se había puesto a esperar bajo un castaño mientras escuchaba el interrogatorio de Grek. En aquel momento seguía a Calvin Somers a la débil luz del crepúsculo mientras el celador caminaba por la linde del campo de maíz en dirección a su casa en Harefield.

Somers se dio cuenta de que lo seguían cuando llegó a una zona arbolada a unos setecientos metros del hospital. Tenía que cruzar el parque para llegar a su casa. No había atajos ni forma de rodearlo. Se giró y vio a un hombre bien entrado en la veintena vestido con vaqueros y un polo. Aquel tipo no iba con un perro, ni parecía alguien a quien le gustasen los paseos por el campo en las tardes de finales de verano. Estuvo casi seguro de que se trataba de un ruso.

Lo invadió el pánico. Sabía que había un acceso al parque y un sendero, pero estaba a cien metros como poco, así que intentó saltar la valla que rodeaba la arboleda. El chaquetón se le enganchó en el alambre de espino y se rasgó, y Somers maldijo entre dientes. Miró hacia atrás para comprobar si aún lo seguían, pero el ruso había desaparecido. Somers estaba en una zona de maleza densa, en la cual no había escondrijos y desde la que no podía llegar a las sendas de la arboleda sin herirse al cruzar el muro de arbustos espinosos. A todos los efectos, estaba atrapado. Con una curiosa sensación de vergüenza decidió volver a saltar la valla y regresar a campo abierto. Se dijo que estaría más seguro allí. Quizá se cruzara con alguien.

Se cruzó con Nikolai Doronin. Siguiendo las instrucciones que Stieleke le había dado por el móvil, había rodeado al trote el límite norte del campo de maíz y completado el movimiento envolvente al retroceder por el bosque en el que Somers había desaparecido. Somers lo vio al saltar de nuevo la valla mientras sostenía con cuidado el chaquetón, y estuvo a punto de saludarlo de puro alivio. Aquel hombre parecía alguien de la zona: tenía la cabeza afeitada y vestía un chándal y unas zapatillas de aspecto caro. En algún lugar habría probablemente un *bull mastiff* o un dóberman persiguiendo conejos.

Entonces, Somers miró a su derecha. El ruso había aparecido a su lado y saltó hacia él como un gato. Somers estaba en el suelo antes de darse cuenta de que el segundo hombre, el del chándal, también se había acercado y estaba junto a la valla. Preso de una desagradable e irremediable sensación de vergüenza, les dejó hacer. En cierto modo había estado esperando aquello, y aún tenía la vaga esperanza de que se

limitarían a darle una paliza, una especie de lección por cortesía del FSB. Unas patadas en el estómago, un golpe en la cabeza, quizá lucir en el trabajo un ojo morado durante un par de semanas.

Después de un minuto, más o menos, Calvin Somers supo que aquello no iba a detenerse. Sintió una calidez en la piel que era algo más que sudor, y se dio cuenta de que algo no iba bien en su vientre. Uno de los hombres había usado un cuchillo. Empezó a rogarles que se detuvieran y se odió a sí mismo por rogar, pero era todo lo que podía hacer. Era lo que había hecho siempre. ¿Le estaban registrando los bolsillos? ¿Uno de ellos vaciaba su mochila? Parecía como si solo siguiera allí uno de los hombres, el que había causado todo el daño. ¿Era así? Somers no podía enfocar la mirada. La sangre que le cubría el vientre había empezado a enfriarse, y pensó en el bosque. Si pudiera volver al bosque, quizás al camino. Si pudiera alejarse, todo aquello dejaría de ocurrir.

Pero aquello nunca se detendría. Somers supo que no volvería a levantarse. ¿Tenían la intención de llegar tan lejos? ¿Intentaban matarle?

Nunca tendría que haber hablado con Charlotte Berg. Lo supo en aquel momento, igual que supo que no volvería a casa. Y osciló en el límite de la conciencia, dándose cuenta, con tristeza, de que a ella también la habían matado aquellos hombres. ¿Cómo no se había dado cuenta de que Charlotte Berg no había muerto de un ataque al corazón?

Se preguntó si su amigo el profesor lo sabría. ¿Cómo se llamaba? Por algún motivo no era capaz de recordarlo. Se preguntó si debería enviarle un mensaje, hacerle saber de algún modo que habían matado a su amiga. Somers intentó coger su teléfono pero descubrió que había desaparecido.

Sam Gaddis. Eso era. Gaddis. Tenía que intentar llamarle. Tenía que intentar ponerse en contacto. Alguien debía advertirle a aquel tipo que se estaba metiendo en algo que iba a hacer que lo matasen.

A la salida de Winchester, Gaddis se encontró con diez kilómetros de retenciones en la M3. Aquello le proporcionó tiempo para asimilar todo lo que Neame le había contado sobre el año que Eddie Crane pasó en Oxford. Si aquello era cierto, se trataba de una historia asombrosa.

El verano en que Crane se graduó en Cambridge, Arnold Deutsch, su contacto con el NKVD, le dio instrucciones de que solicitara una plaza de posgrado en Oxford. Lo que Moscú deseaba era sencillo: Crane debía pasar un año observando a los comunistas que considerase que tenían el potencial para trabajar para la Unión Soviética. En otras palabras, llevaría a cabo la misma tarea que Burgess había realizado en Cambridge, con gran éxito, en la primera parte de la década que pasó en el Trinity.

El contacto de Crane en Oxford era Theodore Maly, un agente secreto soviético. Maly ya había tenido éxito al reclutar a Arthur Wynn, un antiguo estudiante del Trinity. Según Neame, ATILA y Wynn consiguieron infiltrarse en los círculos izquierdistas de Oxford y promovieron la creación de un círculo de siete espías como mínimo que, por lo que se supo, fueron tan eficaces como sus compañeros de Cambridge. Para Gaddis, aquello no era solo un gran avance en la historia de Crane. Se trataba de una inmensa primicia por derecho propio. La existencia de un Círculo de Oxford fue una de las mayores teorías conspiratorias aparecidas en los tiempos de la Guerra Fría. Y había encontrado las pruebas de que tal círculo había existido.

Pero aquello no era todo. Decir que Neame le había contado algo sorprendente sobre la identidad de uno de los miembros del Círculo de Oxford era quedarse corto. En las memorias de Crane existía, por lo visto, una críptica referencia a un estudiante de Historia Moderna procedente de Yorkshire llamado «James», que había llamado la atención de ATILA y al que, como consecuencia de ello, los soviéticos reclutaron en 1938. Los rusos dieron a aquel «James» el nombre en clave de AGINCOURT. Crane explicaba en sus memorias que AGINCOURT llegó a ocupar uno de los principales cargos de la nación. Gaddis estaba seguro de que Charlotte se refería a aquello cuando, en la cena en Hampstead tres semanas antes, había comentado que había desvelado un secreto que «sacudirá Londres y Moscú hasta los cimientos». Neame insistió en que no conocía la identidad de AGINCOURT, pero Gaddis estaba seguro de que, si dedicaba el tiempo suficiente, sería capaz de hacer encajar las piezas y sacar como mínimo una lista de los sospechosos más probables.

Su próxima cita con Neame tendría lugar dentro de tres días. Gaddis empleó ese tiempo en recopilar toda la información disponible sobre Arthur Wynn que fuese de dominio público. También dedicó su atención al Oxford de los años previos a la guerra. Peter Wright, un antiguo agente del MI5, había escrito en sus memorias, *Cazador de espías*, que existía la posibilidad de que hubiera existido un Círculo de Oxford, al que sospechaba que pertenecieron la profesora Jennifer Hart, el miembro

del parlamento Bernard Floud, un laborista, y el hermano de aquel, Peter. Según Neame, en las memorias de Crane aparecían aquellos tres nombres, y los identificaba como agentes soviéticos.

Lo que intrigaba más a Gaddis era que varios sospechosos de formar parte del Círculo de Oxford habían fallecido en circunstancias misteriosas. Uno de ellos, incluso, se había suicidado poco después de que lo interrogase el MI5. Aquello había obligado a los servicios secretos a interrumpir la investigación y a ocultar la existencia del Círculo de Oxford por miedo al escándalo. Pero la versión de los hechos dada por Peter Wright ¿era cierta, o se trataba de un astuto intento de crear una cortina de humo no solo para ocultar a ATILA y a Wynn, sino también a AGINCOURT?

Aquella noche, Gaddis fue con Holly al teatro Donmar Warehouse a ver una obra escrita por un amigo de ella de sus años en la universidad.

—¿Te aburres? —le dijo Holly en el intermedio—. Pareces distraído.

Tenía razón, claro. Gaddis no podía concentrarse en la obra. Quería marcharse, llevar a Holly a cenar y hablarle de Neame y de Lampard, de «James» y del Círculo de Oxford. Pero era imposible. No podía mezclarla en aquello. Para ser sinceros, tampoco sabía por qué Holly había acudido a Charlotte con los documentos de su madre. ¿Había sido una coincidencia o Katya Levette había estado implicada de algún modo en la conspiración de Crane? Las posibilidades se agolpaban en su mente.

El camarero del Donmar era un amigo de Holly, un actor sin trabajo llamado Piers cuya novia actuaba en la obra. Al finalizar, los cuatro fueron a cenar a Covent Garden, y Gaddis se dio cuenta de que disfrutaba de su compañía. En concreto, Piers era una persona de trato agradable que caía bien. Pero una parte de su mente se limitaba a dejar pasar el tiempo durante la cena, a la espera de volver a casa y lanzarse de nuevo a investigar. Convenció a Holly de que pasara la noche con él, pero al final la dejó durmiendo en la cama mientras él se metía en su despacho y buscaba información sobre AGINCOURT en Internet. Lo único que encontró fue una vieja teoría conspiratoria que afirmaba que Harold Wilson, un antiguo primer ministro británico, había trabajado para la Unión Soviética. ¿Le estaría haciendo perder el tiempo Neame?

El jueves por la mañana fue a Winchester y siguió las instrucciones que le había dado Neame después de que salieran de la catedral. Debía regresar a la librería Waterstone, subir a la planta de arriba y esperar a Peter. Bromearon sobre que aquella vez no haría falta que llevase una copia del *Herald Tribune*.

Peter apareció a las once de la mañana. En aquella ocasión llevaba una camiseta roja del Manchester United con el nombre «ROONEY» en la espalda. Estaban solos, y Gaddis se echó a reír al ver la camiseta. Peter le sonrió y le entregó una cajita y una hoja de papel con instrucciones.

—Es un GPS —explicó—. Ya está encendido. Apriete el botón verde y siga las

indicaciones. Su amigo lo espera en el pub.

Gaddis abrió la caja y encontró un pequeño aparato marca TomTom envuelto en plástico de burbujas. Las instrucciones del papel decían que tenía que seguir la ruta programada en el GPS, siguiendo un trayecto que lo llevaría a un pueblo en las afueras de Winchester. Peter iría tras él a una distancia razonable para asegurarse de que nadie lo seguía. Si en algún momento sospechaba que vigilaban a Gaddis, le enviaría un mensaje al móvil con la palabra «LONDRES», abortando la reunión.

Parecía un plan sencillo, y para entonces Gaddis ya se estaba acostumbrando a las excéntricas costumbres del mundo secreto y todo aquello ni lo sorprendió ni lo preocupó. Volvió al coche, dejó el TomTom en el asiento del copiloto, arrancó y pulsó el botón verde.

—Gire a la derecha al final de la calle.

La voz programada de Sean Connery lo sobresaltó. Otra de las bromas de Peter. A Gaddis empezaba a caerle bien. Se unió al tráfico de última hora de la mañana y pronto empezó a dar vueltas por las calles estrechas y las carreteras secundarias del sur de Hampshire, guiado por un actor que representaba a la perfección al comandante James Bond. Peter había programado el GPS con una serie de giros y bucles que a menudo llevaba a Gaddis a un cruce o una rotonda por la que había pasado cinco o diez minutos antes. La intención estaba bien clara: cualquier vehículo que lo siguiera no tardaría en ser descubierto. Gaddis mantuvo un ojo fijo en el retrovisor. Peter conducía un Toyota rojo, y solía verlo seis o siete coches por detrás de él. Empezó a reducir la velocidad a intervalos regulares para evitar que Peter lo perdiese.

Llevaba casi media hora circulando cuando le llegó un mensaje al móvil. Lo cogió y se asustó al ver que el mensaje provenía de un número oculto. Pero, para su alivio, se trataba tan solo de Peter indicándole que apagase el móvil, sin duda para evitar que alguien pudiera rastrearlo hasta el pub. Cinco minutos después, el GPS lo llevó hasta un aparcamiento ante una posada estilo imitación Tudor en el pueblo de Easton, a pocos kilómetros al norte de Winchester.

Neame estaba sentado en una mesa en la esquina del comedor, lo bastante alejado de las mesas vecinas para que pudieran hablar sin que los oyesen. Vestía el mismo traje de *tweed*, la misma corbata de lana y los mismos zapatos de cuero marrón que en su primer encuentro. Era casi como si hubiera ido directamente desde Winchester hasta allí y hubiera estado esperando en el pub desde entonces. Tenía ante él una pinta de lo que parecía cerveza auténtica, y parecía de buen humor.

—Ah, el buen doctor.

Neame se levantó.

—¿Viene aquí a menudo, Tom?

Gaddis le estrechó la mano. La piel del anciano era suave y algo húmeda. Había dejado el bastón apoyado en una esquina de la pared, detrás de su silla, y seguía desprendiendo aquel olor a lavanda que había flotado sobre los bancos de la catedral

de Winchester.

—Hay un túnel desde la residencia. Algunos lo llamamos la Gran Evasión. ¿Qué tal le ha ido con Peter?

Gaddis pensó en mencionar la camiseta de Rooney, pero decidió que sería mejor dejarlo.

—Es un bromista —dijo—. Mi guía turístico ha sido Sean Connery.

—Creo que no le entiendo.

Gaddis admitió para sus adentros que no había sido la mejor forma de empezar la entrevista, y pasó los siguientes tres minutos explicándole al anciano que se podían descargar voces de actores en los GPS desde Internet. Neame pareció totalmente confundido. Para el caso, el «buen doctor» podría haber estado hablando en suajili.

—La verdad es que no entiendo muy bien estas tecnologías modernas —dijo—. Peter es quien está al día. Tengo la suerte de que me ayude.

—¿Dónde dio con él? —preguntó Gaddis. No era muy habitual que un nonagenario residente en un asilo de ancianos tuviera a su disposición a un experto en contravigilancia.

—Secreto de Estado —respondió Neame, tocándose un lado de la nariz. Se mostraba relajado y bien dispuesto. Parecía haber descansado, y no aparentaba más de setenta y cinco años—. Digamos que Eddie nos puso en contacto antes de desaparecer.

Aquella respuesta parecía demasiado conveniente, pero Gaddis no tenía la menor intención de acusar de mentiroso al anciano. Era muy posible que los dos hombres siguieran en contacto y que Crane estuviera usando a Neame como intermediario para desvelar información según le conviniera. Del mismo modo, Crane podría haber contratado a Peter en el sector privado para extender ante su amigo una capa de protección adicional.

—Hablando de tecnología moderna —dijo Gaddis—, ¿le importa que le haga una foto?

Neame titubeó.

—En principio no, pero solo puede usarla para el libro. Antes de la publicación no debe mostrársela a nadie. Es algo absolutamente esencial, por mi seguridad.

—Lo entiendo —dijo Gaddis con una sonrisa.

Había sido un detalle algo cínico por su parte, entre otras cosas porque pensaba sacar la foto con la cámara del móvil, sin más. Nada de luces ni maquillaje; tan solo una foto del mejor amigo de Crane bebiendo una pinta en un pub inglés. Lo conmovió que el anciano se irguiera, se ajustara la chaqueta y se alisara el pelo. Después, le dirigió una mirada firme mientras Gaddis encuadraba la foto.

—No diga «queso».

La fotografía salió perfectamente, pero Gaddis tomó otro par por seguridad. Cada reunión con Neame podía ser la última, quizá no volviese a tener otra oportunidad.

—¿Podemos hablar un poco más de Oxford? —dijo después de guardar el

teléfono. Había pedido una pinta en el bar y llevaba una lista de preguntas que pensaba hacer antes de que Neame se cansara.

—Por supuesto.

—La identidad de AGINCOURT sigue intrigándome.

—Como a todos.

—En *Cazador de espías*, Peter Wright sugiere que...

Neame no le dejó ni acabar.

—Por Dios, Sam. No se tome en serio absolutamente nada de lo que cuenta ese hombre. Wright es un completo bocazas. Eddie no lo aguantaba. Siempre andaba malmetiendo a unos con otros. Estaba obsesionado con el dinero y con sus venganzas mezquinas. Si el gobierno hubiera manejado a Peter con un mínimo de sentido común, se habría perdido en el anonimato.

—Entonces ¿conocía bien a Wright?

Neame pareció desconcertado.

—¿Qué si yo lo conocía?

—Acaba de llamarlo «Peter». Como si tuviera trato de confianza.

Neame frunció el ceño y descartó aquella idea con un movimiento de la cabeza.

—Se equivoca.

Gaddis se preguntó si realmente se equivocaba en algo. Con Neame tenía siempre la sensación de que el anciano ocultaba algo, que disimulaba para proteger a Crane. Se preguntó si habrían trabajado juntos en el SIS.

—Entonces ¿dónde nos deja eso?

—¿«Nos»?

—Quiero decir que cómo puedo descubrir más cosas sobre el Círculo de Oxford.

—Bueno, en sus memorias Eddie no cuenta mucho más. Le he dicho todo lo que recuerdo.

La brusquedad de aquella respuesta puso a prueba la buena voluntad de Gaddis.

—¿Le importa que lo compruebe?

Neame sonrió.

—Paciencia. —dijo, y Gaddis sintió que su irritación crecía. Le costaba no mostrarse razonable y contemporalizador con alguien de edad tan avanzada, pero le habría gustado liberarse de la obligación de respetar a los mayores.

—¿Paciencia para qué?

—Le aseguro que no sé nada más de AGINCOURT, de verdad. Eddie dijo que ascendió bastante en el Partido Laborista en los sesenta y los setenta, pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿El Partido Laborista?

Neame alzó la mirada. Tenía retazos de piel descolorida bajo los ojos, y los años le habían marcado el rostro con manchas oscuras.

—Los laboristas, sí.

—Es algo que no me comentó en la catedral.

—¿Y?

—Es un detalle útil, eso es todo.

—Bueno, habría sido poco probable que se hubiera unido a los conservadores, ¿no? Hablamos de alguien salido de la clase trabajadora de Yorkshire, y de un comunista.

De repente, Neame pareció perder energía y pareció cansado, sin aliento: fue como contemplar la decadencia de una antigua gran mansión. Quizá como si quisiera borrar esa impresión se inclinó hacia el suelo, cogió una fina bolsa de plástico y la dejó en la mesa con gran esfuerzo.

—Quería entregarle algo —dijo, conteniendo un golpe de tos.

—¿Se encuentra bien, Tom?

—Estoy bien.

La sonrisa de Neame era casi paternal y afectuosa. Gaddis miró la bolsa y de repente, con una emoción cercana a la euforia, se dio cuenta de qué contenía.

—¿Es lo que creo que es?

Estaba convencido de que tenía ante él las memorias de Crane: algo en la forma en que estaban envueltas en el plástico, en lo ligera que parecía ser la bolsa cuando Neame la dejó en la mesa. Cuando volvió a mirarla distinguió la esquina grapada de lo que parecía ser un manuscrito. No era muy grueso, apenas unas páginas, pero sin duda era parte del premio que ansiaba.

—Digamos que es un acto de fe —dijo Neame, animando a Gaddis a abrir la bolsa—. También es una prueba de la debilidad de mi memoria. Me temo que he sido incapaz de recordar todos los detalles del comportamiento de ATILA durante la guerra.

—El comportamiento durante la guerra... —repitió mecánicamente Gaddis, tenía el manuscrito en las manos y toda su atención estaba concentrada en su contenido. Se sintió decepcionado al descubrir que eran tan solo tres páginas de notas garabateadas en folios bastante nuevos. La letra era idéntica a la de las notas que Peter le había entregado en Waterstone. En otras palabras: Edward Crane jamás había ni tocado esos papeles—. ¿Qué es esto?

—Un índice de la información que Eddie admite haber pasado a los soviéticos. — Neame miraba por encima de él, en dirección al bar—. Muestra hasta dónde alcanzó su traición.

Gaddis no lo entendía. Crane había seguido trabajando para el MI6 hasta los años ochenta. Había traicionado a su país durante casi cincuenta años. ¿Toda su traición cabía en aquellas tres escuetas páginas? De repente se sintió harto de preguntas y de callejones sin salida, harto de que lo engañasen. Le daba lo mismo si Neame se encontraba mal. Quería respuestas.

—Tom, creía que esto era...

—Sé lo que creía que era. —Volvía a tocarse el nudo de la corbata de lana, como si de algún modo aquel gesto le sirviera para mantener la discusión a un nivel digno

—. Eso es algo que no puedo entregarle todavía, pero ahora podrá hacerse una idea del material existente. Debería interesarle en gran medida.

Gaddis se sintió como un chiquillo descarriado al que un padre particularmente exigente hubiera encargado una tarea. Se fijó en la palabra «Bletchey» y leyó lo que Neame había escrito a continuación:

E trabajó brevemente en Bletchey en el 42

Acceso de primera mano a ULTRA/ conjuntamente con Carelian

Munición perforante + tanques Tigre (Kurskaia Douga)

—No acabo de entender esto —dijo Gaddis, y pasó la página. En la siguiente, Neame parecía haber transcrito un párrafo de las memorias.

Aquel invierno fuimos capaces, con la ayuda de Cairncross, de salvar la vida de miles de soldados soviéticos en el frente oriental. Fue en la época de la Operación Ciudadela. Gracias a los descryptadores fui capaz de pasarle a MANN información detallada sobre los movimientos de las tropas nazis, lo que permitió que el mando soviético pusiera a sus hombres a salvo a tiempo.

Gaddis sabía que MANN era el nombre clave de Theodore Maly en el NKVD.

Por supuesto, John y yo no sabíamos si nuestro esfuerzo tenía algún efecto, pero aquello no disminuía nuestra sensación de que el trabajo que hacíamos era de gran importancia para la causa.

—¿Qué causa? —musitó Gaddis para sí, intentando aún asimilar lo que estaba viendo. ¿Sería un extracto de las memorias? ¿Por qué se habría molestado Neame en copiarlo? ¿De qué le servía jugar a ese juego?

Neame se dio cuenta de su desconcierto, pero le hizo un gesto indicándole que siguiera leyendo.

En aquel período, Carelian consiguió también hacerse con una lista de los escuadrones de la Luftwaffe que operaban en el área de Kursk. Se puso enfermo y me pidió que le pasara la información a su contacto. Creo que, a consecuencia de aquello, se bombardearon quince aeródromos nazis y se destruyeron quinientos aviones. Fue un golpe maravilloso, y por él, John y yo recibimos la Orden de la Bandera Roja.

—Dios, ¿es verdad? ¿Condecoraron a Cairncross y a Crane?

Neame asintió.

—Eso es lo que pone.

Gaddis volvió a la primera página. Señaló una de las notas, la de «Munición perforante + tanques Tigre», y le pidió a Neame que se lo desarrollase.

—¿Qué se lo desarrolle? —El anciano se dio unos golpecitos con un dedo en una costra que tenía justo en la base del pelo—. Creo que Carelian era uno de los nombres con que los rusos conocían a Cairncross, ¿no?

Gaddis asintió.

—Bien. Eddie recordaba que los sóviets lograron desarrollar munición perforante capaz de destruir los tanques Tigre nazis, en la batalla de... —Parecía no saber cómo

pronunciar «Kurskaia Douga», de modo que Gaddis lo hizo por él—. Exacto. De nuevo dio a ULTRA todo el crédito por la información que permitió conseguirlo.

—Ya veo.

Gaddis fue a la última página. Neame había escrito en ella más notas.

1939. Asignado a contraespionaje soviético en el MI5. Pasa a MANN los nombres de desertores soviéticos en potencia. Aquellos diplomáticos fueron enviados de vuelta a Moscú.

Completo conocimiento de las actividades de contraespionaje en Londres y alrededores. Ídem de la infiltración del MI5 en el Partido Comunista.

Hablarle al Dr SG de las valijas diplomáticas.

1943. Guy y E en Casablanca en las reuniones clandestinas de Churchill y Roosevelt.

Pasa a MANN los planes del desembarco aliado en Sicilia y la invasión de la península italiana.

—Aquí dice que va a contarme algo sobre unas valijas diplomáticas.

Neame dio un trago a su pinta. Un par de hombres entraron en el pub. Uno de ellos parecía conocer a la dueña.

—¿Dónde? —dijo Neame por encima del ruido de la conversación de los recién llegados.

Gaddis se inclinó hacia delante y señaló la última página del manuscrito.

—Aquí, en «valijas diplomáticas», Tom.

—Que me registren.

¿Por qué se habría vuelto a quedar sin fuerzas justo cuando Gaddis lo necesitaba más alerta? ¿Estaría fingiendo, o de verdad la edad lo estaba derrotando?

—¿Le pido algo de comer?

—Se lo agradecería

Quizás era lo que necesitaba. Un poco de pan, una sopa para recuperar energías... La comida tardó diez minutos en llegar, tiempo que Neame dedicó a hablar del personal de la residencia. Le dijo a Gaddis que se aburría más de lo que podía soportar. Aquello explicaba sus repentinos cambios de humor, pensó Gaddis, y se pidió otra cerveza. Cuando trajeron la sopa, Neame tomó dos cucharadas y apartó el cuenco a un lado.

—¿Le he contado lo que le pasó a Eddie después de la guerra?

El efecto había sido instantáneo. Había revivido. Neame pareció recuperar su agilidad mental y física en cuestión de segundos. A Gaddis le recordó a un actor metiéndose en el papel: era desconcertante. Parecía haberse olvidado del manuscrito y de las valijas diplomáticas, y prefería hablar de las actividades de Crane después de la guerra, pero a Gaddis le parecía bien. «Que el viejo cuente la historia como prefiera y a su aire, mientras la cuente».

—No lo mencionó, no.

—¿Sabe, Sam?

—¿Qué?

Neame se inclinó hacia delante, y estuvo a punto de que le resbalaran sobre la mesa los codos parcheados de la chaqueta de *tweed*.

—Creo que Eddie sufrió lo que ahora llaman un colapso nervioso.

—¿De verdad?

Fue el turno de Gaddis de inclinarse en la silla. Tenía la impresión de estar representando una obra de teatro. Un par de veces, a altas horas de la noche, se había planteado la posibilidad de que Thomas Neame no fuera más que un fraude, un malicioso y anciano timador que contaba cuentos sobre un hombre llamado Eddie Crane que no había existido jamás. En aquel momento no estaba muy lejos de creerlo.

—La verdad es que perdimos el contacto. —Neame pareció deprimido—. Eddie fue a Italia en 1947, y no supe nada de él en los años siguientes. No nos vimos y no nos escribimos. Llegué a preguntarme si lo habrían matado.

Gaddis asintió, y se preguntó adónde querría llegar. ¿Qué parte de la historia iba a contar? En la mesa de al lado se sentaron dos ancianas y desplegaron las servilletas.

—Creo que hubo un novio por medio —añadió Neame. Aquel comentario pilló a Gaddis completamente por sorpresa—. De hecho, estoy seguro.

Así que la vida sexual de Crane ya no era un tema delicado. En la catedral, Neame se había cerrado ante la mención de un posible amante masculino, y sin embargo ahí estaba, sacando del armario a Crane a las primeras de cambio. Quizás había decidido que podía confiarle a Gaddis los detalles más delicados de la historia de su amigo. Aquel era el mejor escenario posible.

—Sabemos que Guy y Donald desertaron, ¿no? —prosiguió—. Un transbordador a Francia en 1951 y el Círculo de Cambridge parcialmente al descubierto.

Gaddis asintió. Sentía que sus nervios volvían a tensarse a manos de aquel maestro de manipuladores. Neame alargó el brazo hacia atrás instintivamente, en busca de su bastón, pero la mano le temblaba como si estuviera tanteando en la oscuridad.

—Existe un trasfondo —dijo—. Del colapso. Si quiere saber qué opino, creo que Eddie nunca asimiló por completo el pacto.

—¿Se refiere al pacto entre Hitler y Stalin? —Gaddis miró el cuenco de sopa, del que escapaban vapores con olor a curry. Deseó que la dueña del local lo retirase—. Es curioso que lo relacione. El pacto tuvo lugar en 1939, más de diez años antes.

—Sí, sí. —Neame parecía ser consciente de la contradicción. Al fin y al cabo, Crane había seguido trabajando para los sóviets mucho después de que Stalin se aliara con la Alemania nazi—. Todos los demás, Guy, Anthony, Kim, Donald y John, parecían haberse resignado a la existencia del tratado. Pero Eddie nunca pudo justificarlo. Sacudió por completo su fe en el sistema soviético. No era un hombre de grandes teorías, ni un intelectual como, por ejemplo, Guy y Anthony. No podía considerar un trato con Hitler como un mal necesario. Le pareció un acto oportunista y un completo rechazo a Marx.

—No fue el único que pensó así.

—No. —Neame se aferró a aquello. Miró a Gaddis como un viajero que

encuentra por fin a alguien dispuesto a escucharle—. Eddie llegó a lamentar profundamente su asociación con los sóviets. Se sentía orgulloso de algunos de sus logros, de algunas de las cosas de las que hemos hablado hoy —señaló los papeles de la mesa, y de repente a Gaddis le quedó clara su finalidad—, pero vio la dirección en que se movía Stalin y se dio cuenta de que había apostado por el caballo incorrecto.

—Entonces ¿por qué continuó? —preguntó Gaddis—. ¿Por qué siguió trabajando para los rusos durante toda su carrera?

—No lo hizo.

—¿Perdón?

—Eddie fue un agente doble, Sam. Es lo que quería decirle. ATILA fue el logro más importante del MI6 después de la guerra, y solo lo sabe un puñado de personas en todo el mundo. Eddie Crane pasó treinta años convenciendo a Moscú de que trabajaba para el KGB, pero durante todo ese tiempo trabajó para nosotros en secreto. ¿No es maravilloso? Fue un ejercicio de desinformación de proporciones épicas. Y por eso quiero que el mundo conozca la historia.

Tanya Acocella nunca había visto a Sam Gaddis, pero era como si lo conociese íntimamente.

Sabía, por ejemplo, que debía más de veinte mil libras a Hacienda, así como otras 33.459 por dos préstamos bancarios para los que había ofrecido su casa como garantía. Y había solicitado recientemente otro préstamo de veinte mil al NatWest, que lo había aprobado hacía poco tiempo.

También había conseguido una copia del acuerdo de divorcio, por lo que sabía que el matrimonio se había disuelto a causa de que Natasha, su esposa, había comenzado una relación con un restaurador sin éxito llamado Nick Miller apenas tres semanas antes de que el propio Gaddis empezase a verse con una de sus estudiantes de doctorado. Le pasaba a su ex una pensión mensual de dos mil libras mediante una orden de pago al Banco de Andalucía, y el pago de la hipoteca representaba otras novecientas al mes.

Tanya sabía que Sam Gaddis había descargado en el iTunes álbumes de Herbie Hancock, que compraba casi toda la ropa en Zara y en Massimo Dutti, que cenaba comida libanesa para llevar al menos dos veces a la semana y que alquilaba viejas películas de Howard Hawks en un videoclub de Brook Green. Había leído su libro sobre Sergei Platov y ya llevaba tres cuartas partes de la biografía de Mijail Bulgakov. Sabía que todos los miércoles por la mañana jugaba al *squash* en Ladbroke Grove, y al fútbol los domingos por la tarde, a las seis. Era bastante popular entre los estudiantes del UCL con los que Tanya había hablado, y gozaba de la admiración de sus colegas. Había perdido seis puntos del carnet de conducir por dos infracciones por exceso de velocidad, y hacía siete años que no pagaba el canon televisivo de la BBC. Lo habían atendido en las urgencias del hospital Charing Cross de Hammersmith a causa de una mandíbula dislocada y una nariz rota como consecuencia de una pelea el 5 de octubre de 1997. Durante un breve período, allá por la época del divorcio, le habían recetado Temazepam a causa del insomnio. Aparte de aquello, gozaba de una salud excelente y nunca había visto a un psicólogo. Tanya solicitó que interceptaran su correo, y había visto las postales que le escribió a Min, su hija de cinco años, que estaba en Barcelona. A todos los efectos era un padre cariñoso y responsable.

¿Qué más sabía sobre Sam Gaddis? Holly Levette, su pareja actual, era una actriz sin trabajo que pasaba mucho tiempo a solas y era propensa a arrebatos de melancolía que le ocultaba a Gaddis, porque se estaba tomando cada vez más en serio su relación con él (aquello lo había descubierto gracias a un correo electrónico que le había enviado a una amiga). Sam bebía, por término medio, una caja de vino y una botella de whisky al mes (una ojeada rápida a su cuenta *online* en Majestic Liquor Store se lo había confirmado). Pero lo que más interesaba a los servicios secretos era el tráfico de Internet más reciente. El historial de páginas visitadas que habían conseguido

gracias a una fuente en AOL resultaba alarmante, tanto por su contenido como por su volumen. Aquel fue el archivo que Tanya le llevó a sir John Brennan. El resto, en aquella etapa, no era más que información de contexto.

—Está muy interesado en Edward Crane —explicó, sentada en la misma silla del despacho de Brennan que había ocupado en su primera visita—. En Edward Crane y en Thomas Neame.

Brennan contempló por la ventana las aguas grises del Támesis.

—Creía que eso ya nos constaba.

Tanya no mostró ninguna irritación ante aquel desaire.

—Al parecer, el doctor Gaddis se acercó al tema gracias a una periodista llamada Charlotte Berg. La difunta Charlotte Berg, de hecho.

Brennan no apartó la mirada del río.

—¿Difunta?

—Falleció repentinamente hace pocas semanas.

—¿Cómo de repentinamente? —Se había girado para mirar a la mujer. Se olía algo.

—Un ataque al corazón. Tenía cuarenta y cinco años.

—¿Era algo corriente en su historial familiar?

—No lo sé, señor. Puedo comprobarlo.

—Compruébelo.

Tanya volvió a mirar sus notas.

—A juzgar por los mensajes de correo electrónico, parece que Gaddis está preparando una propuesta para un libro que su agente intentará colocar al mejor postor. Muy probablemente en forma de reportaje seriado. También ha investigado mucho sobre un antiguo nombre clave del KGB: AGINCOURT.

Aquello pareció tranquilizar a Brennan, que dejó escapar un gruñido de satisfacción.

—¿AGINCOURT? ¿De verdad intenta seguir esa pista inútil? Bien, que vaya por ahí. Si eso es todo lo que tiene para trabajar el doctor Gaddis, no tenemos ningún problema. —Suspiró profundamente—. Creí que los rusos le habían puesto el ojo encima... ¿Algo interesante en sus *cookies*?

Tanya se alisó la falda. No estaba segura de qué habría querido decir Brennan al mencionar a los rusos.

—Nada, señor. En las últimas semanas ha estado viendo a esa joven, Holly Levette. Parece que la relación se está volviendo seria. —Podría haber añadido que Gaddis y Holly cruzaban alrededor de quince mensajes de texto al día, algunos bastante graciosos, y casi todos en una escala que iba desde el coqueteo al erotismo directo. A veces, cuando los leía, se sentía como un padre espiando a un par de adolescentes enamorados—. Tiene deudas bastante serias, pero la mayoría se deben a su divorcio y a retrasos en el pago de impuestos recientes. Consume bastante alcohol, pero no parece consumir drogas, en ese aspecto no presenta puntos débiles.

—Por ahora —señaló Brennan.

Tanya se quitó un pelo que le había caído en la manga de la chaqueta. Era muy hábil juzgando el carácter, y estaba segura de que Sam Gaddis era uno de los buenos. Brennan nunca podría controlarle mediante algo tan burdo como el chantaje.

—Usted mencionó que el señor Neame estaba alojado en una residencia en Winchester —dijo. Brennan estaba escribiendo algo en el ordenador.

—Sí.

—Bueno, es que Gaddis fue allí la semana pasada.

Brennan levantó la mirada.

—¿Lo siguió?

—Me temo que no tuve la oportunidad, señor.

—¿Cree que fue a ver a Neame?

Tanya dejó a un lado el archivo.

—He de asumir que sí. No he descubierto ninguna comunicación entre ambos por correo electrónico o por teléfono.

—Joder —escupió Brennan—. ¿Qué es lo que pretende Tom ahora?

Tanya se dio cuenta de que era una pregunta retórica y no dijo nada. Había realizado una búsqueda de Neame en el ordenador central del MI6 y no había obtenido resultados. Aquello le pareció extraño, incluso obstruccionista; pero se dio cuenta de que si sacaba el tema ante Brennan solamente conseguiría irritarle todavía más.

—¿Dice que Gaddis ha estado buscando información sobre AGINCOURT?

—Sí, señor.

El Jefe sonrió. Recuperó la compostura. Conocía a Thomas Neame y sabía cómo funcionaba su mente.

—Entonces quizá no tengamos que preocuparnos. —Se giró hacia la ventana y apoyó las dos manos en el cristal—. Continúe tras Gaddis. Siga adelante. Creo que Tom está intentando que Gaddis pierda el rastro.

—Entonces ¿Crane no fue nunca el sexto espía de Cambridge?

Gaddis tuvo la impresión de que su libro se tambaleaba. Las semanas de pistas falsas culminaban en un callejón sin salida final en aquel pub de Hampshire de estilo imitación Tudor.

—¿Cómo dice?

—En nuestra reunión anterior me estuvo contando que Arnold Deutsch reclutó a Crane en el Trinity, que Crane fue amigo de Guy Burgess y que organizó para el NKVD una célula de espías en Oxford en los años treinta. Y ahora me dice que era un agente doble del MI6. ¿Qué era realmente?

—Las dos cosas.

Gaddis apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos, y miró fijamente a Neame. Estaba a punto de perder la calma. Tendría que encontrar otra forma de pagar el colegio de Min y los impuestos. Tendría que escribir un libro sobre oligarcas o grabar un jodido documental sobre Abramóvich para la BBC. El testimonio de Neame era tan poco fiable como el de Peter Wright.

—¿Qué quiere decir con eso, Tom?

Fue la primera vez que Gaddis levantó la voz. Neame apoyó el bastón en la pared y vació su pinta de un largo trago. La dueña del local se había llevado por fin el cuenco de sopa.

—Después de la guerra, Eddie sufrió una crisis de conciencia. —Neame habló lenta y secamente, pero sin animosidad; parecía comprender la frustración de Gaddis y quería tranquilizarle—. Lamentó profundamente su relación con los sóviets. A excepción de una parte de los informes recopilados para ULTRA, pensaba que no debería haber pasado información aliada a Moscú. Se daba cuenta del rumbo que estaba tomando Stalin y no le gustaba nada. Así que, en cuanto Guy y Donald desaparecieron en el 51, se entregó.

Gaddis sintió una punzada de esperanza: un circuito apagado volvía a reactivarse.

—Eddie tenía un buen amigo en el MI5, un tipo llamado Dick White. Estoy seguro de que habrá oído hablar de él. Subdirector de contraespionaje. Después ascendió a director general del Servicio, y después a jefe del MI6. Fue el niño mimado de los servicios de inteligencia británicos en la generación posterior a la guerra y, por consiguiente, justo el hombre que Eddie necesitaba. Le presentó su plan.

Al otro extremo del salón asomó un limpiaventanas trabajando en el exterior del pub. Pasaba de los veinte y llevaba encajados en las orejas cubiertas de *piercings* los auriculares de un iPod. Neame lo vio e hizo un gesto a la dueña del local, que se acercó a él con la deferencia de una cortesana que atendiera a un monarca enfermo.

—¿Sí, caballero? ¿Le puedo ayudar en algo?

Apoyó una mano en el hombro de Neame y Gaddis captó un atisbo de lo que sería su vida en la residencia de ancianos: la humillación de recibir el mismo trato que un

chiquillo por parte de cuidadores cargados de buenas intenciones.

—El limpiaventanas —dijo Neame—. ¿Es alguien de la zona?

La mujer miró al otro lado del salón. El hombre estaba limpiando una cristalera con una gamuza.

—¿Quién, Danny?

—Danny, sí. ¿Ha trabajado ya antes para usted?

Gaddis se dio cuenta de lo que estaba haciendo Neame. Quería verificar la personalidad del limpiaventanas. ¿Sería auténtico o un vigilante del MI5?

—Sí, caballero. Vive al final de la calle. Lleva años cuidando nuestras cristaleras. ¿Necesita a alguien para que limpie sus ventanas?

Neame le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Bueno, si usted lo recomienda, se lo agradeceré muchísimo. —Fue una actuación absolutamente convincente—. ¿Podría conseguirme su teléfono?

—Por supuesto, caballero.

La mujer se alejó, y Neame se quedó convencido de que no los estaban espionando.

—Como le iba diciendo —prosiguió como si no hubiera tenido lugar ninguna interrupción; no le dirigió a Gaddis ninguna mirada especial, ninguna sonrisa cómplice—, White era un buen amigo de Eddie desde la guerra. Eddie acudió a él y le contó lo que había hecho. Fue una conversación privada en el Reform Club. Y una confesión completa.

—¿Completa hasta qué punto?

—Le contó absolutamente todo lo que había hecho. Mencionó todos los nombres, todos los agentes, todos los enlaces soviéticos. Entregó a Wynn, entregó a Maly, entregó a Cairncross.

—Creí que Cairncross confesó en el 51.

—Eso dicen los libros de historia, y es lo que quieren que crea. Cairncross confesó, pero fue Eddie quien lo delató.

—¿Y Blunt y Philby?

—No, por desgracia. El NKVD mantuvo a ATILA al margen del Círculo de los Cinco, de modo que Eddie no supo que Kim trabajaba para Moscú. Creía que Anthony era un profesor de arte, por amor de Dios. Todos lo creíamos. Tan solo conocía a Guy, y por supuesto ya era demasiado tarde para alertar a Londres sobre Burgess y Maclean, ya estaban bebiendo vodka en la plaza Derjinsky. No, lo que Eddie conocía realmente bien era Oxford.

—Entonces ¿le pasó a White los nombres de su círculo? ¿Los hermanos Floud y Jennifer Hart? ¿Así los descubrieron?

—Conjeturas —musitó Neame, dirigiendo una mirada severa al limpiaventanas. Gaddis oyó el roce del paño contra el cristal—. Pero mencionó a Leo Long, a Victor Rothschild, a James Klugmann y a Michael Straight como posibles elementos problemáticos. Algunos de ellos quedaron libres de sospecha, otros, no. Straight había regresado a Estados Unidos y vivía como cualquier ciudadano responsable.

Diez años más tarde realizó ante el gobierno norteamericano una confesión similar que llevó a que descubrieran a Blunt.

—¿Y White lo aceptó? ¿No se limitó a meterlo entre rejas?

—Hay que tener en cuenta varios factores, Sam. White apreciaba sobremanera a Eddie, y podía entender por qué se había inclinado hacia el comunismo. Muchos lo entendíamos. Eran tiempos turbulentos. En muchos sentidos, la decisión de ayudar a Rusia se podía considerar noble, y solía tomarse de buena fe. Dick fue capaz de discriminar entre los diversos caracteres implicados. Donald, por ejemplo, odiaba profundamente a Estados Unidos. White se dio cuenta más tarde de que Kim era un sociópata. Por su parte, Anthony era un absoluto egoísta, y eso no era algo que se pudiera decir de Guy o de Cairncross. Como Eddie, había quienes trabajaban por pura ideología, que espían por convicción y no por una visión exagerada de su propia importancia. White sabía, además, que Eddie era un brillante agente de inteligencia. Y había que tener en cuenta que el país no podía permitirse otro escándalo de espionaje. Era muy posible que el gobierno hubiera caído si hubieran expuesto a Eddie justo después de la desertión de Burgess y Maclean. Así que a todo el mundo le interesaba que ATILA no saliera a la luz, y además era una oportunidad única para devolverle la pelota a Moscú. No subestime hasta qué punto se detestan el MI6 y los rusos. Es un odio ancestral.

—Se olvida de algo.

—¿De qué?

Gaddis se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de su silla.

—¿Por qué Crane no le dijo nada a White sobre AGINCOURT?

—¿De dónde saca que no le dijo nada?

Neame no se había esmerado mucho con aquella respuesta. Había algo ilógico en todo aquello.

—Si le hubiese contado algo, se habría desvelado la identidad de AGINCOURT y ahora lo sabríamos todo sobre él. Pero me dijo antes que Crane reclutó a alguien que acabó siendo un miembro destacado del Partido Laborista en los sesenta y los setenta. ¿Quién era? ¿Harold Wilson?

—Eso sí que causaría sensación —replicó Neame, como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza.

Gaddis se echó a reír ante tanto descaro.

—Un desertor soviético llamado Anatoli Golitsin dijo que Wilson fue agente del KGB en 1963. ¿Lo sabía?

Neame asintió. Fue la primera vez que Gaddis le vio mostrar inseguridad.

—El nombre de pila de Wilson era James —prosiguió Gaddis—. Nació en Yorkshire. Según *Cazador de espías*, el MI5 estaba convencido de que era un agente.

—Adelante, escriba la historia. —Neame alzó las manos histriónicamente y abrió mucho los ojos.

—Oh, vamos. Sabe lo que necesito de usted, Tom. ¿Eddie nombró a Wilson o no?

—Ya le he dicho que no tengo ni idea. Todo lo que le he contado se basa en una conversación que tuvo lugar hace diez años y en un documento que Eddie me pidió que destruyera. Mi área de conocimientos es ATILA. Lo único que sé con certeza es que el MI5 y el MI6 utilizaron a Edward Crane de diversas formas entre 1951 y finales de los ochenta, para pasar desinformación a Moscú y cosas por el estilo. Al averiguar qué querían saber los sóviets, Londres se hacía una idea de los huecos en la información del enemigo. Todo surgió de ahí.

—Todo surgió de ahí... —repitió Gaddis mordazmente. Estaba cansado de evasivas y pistas falsas. Estaba seguro de que AGINCOURT era una maniobra de despiste y que Neame le tomaba el pelo para divertirse. Aquella historia era demasiado vieja. La teoría conspiratoria relacionada con Wilson había quedado desacreditada en los años ochenta. En aquel momento expuso la teoría ante Neame. Su orgullo estaba en juego.

—Le diré lo que creo, Tom. Creo que AGINCOURT era Harold Wilson y que las memorias de Eddie no contienen ninguna información nueva sobre él. Creo que Wilson se enredó con los rusos en Oxford pero nunca se mojó a fondo. En otras palabras: lo ha mencionado para hacer que su historia suene más convincente, y no pensó que me iba a molestar en hacer comprobaciones. En base a todo ello, probablemente menos de la mitad de lo que me ha contado es cierto. ¿Crane fue el sexto hombre? ¿Fue un agente doble? ¿Thomas Neame fue su mejor amigo, o es más bien alguien a quien le gusta marear a historiadores metomentodos para entretenerse a la hora de comer?

Neame lo miraba fijamente sin mover un solo músculo. Gaddis lo vio de repente con el aspecto que habría tenido a los treinta años, a los cuarenta, con los ojos llameando de indignación. Probablemente era la primera vez en una generación que alguien se había atrevido a poner en duda su integridad.

—No confía en mí —dijo. Era más una afirmación que una pregunta.

—No confío en usted —respondió Gaddis llanamente.

Se produjo un largo silencio. Curiosamente, Gaddis se sintió aliviado. Había despejado la atmósfera. Había dicho lo que pensaba. Si Neame se levantaba, le estrechaba la mano y desaparecía caminando hacia el crepúsculo, Gaddis no se sentiría especialmente decepcionado. Era imposible escribir un libro como el que tenía en mente a partir de las declaraciones de un testigo poco fiable. Era mucho mejor ponerle fin a aquello en aquel momento antes que jugarse la reputación por una historia con demasiados cabos sueltos.

—*Mea culpa* —dijo de repente Neame. Su expresión se había transformado en una de contrición benévola, y alzó las temblorosas manos sobre la mesa para indicar que quería hablar con seriedad. Gaddis vio las líneas profundas que le cruzaban las palmas—. Tiene razón —añadió—. He ido demasiado lejos, muchacho. No debería haber insistido tanto en AGINCOURT. Confieso que me intrigaron las referencias que aparecen en las memorias de Eddie. Es cierto que tanteó a Wilson en Oxford,

pero Eddie afirma categóricamente que nunca fue un agente soviético. Solo quería que un experto comprobase por su cuenta todo el asunto. Han investigado a Wilson hasta la saciedad y nadie ha sido capaz de ponerle un dedo encima. —Gaddis no dijo nada. Disfrutaba viendo a Neame poner las cartas sobre la mesa—. También quería tantear su límite, Sam. Quería saber hasta dónde estaba dispuesto a tragar. Si le hubiera convencido de que Wilson era un agente soviético sin proporcionarle ninguna prueba que lo corroborase, ¿quién sabe de qué podrían convencerle otros más adelante? Necesito alguien en quien pueda confiar. Necesito a un hombre que no se entusiasme a la primera mención del NKVD. Lo que le he contado es solo el principio. En cierto modo, ha superado una prueba. Felicidades.

Gaddis se había quedado sin habla. Consiguió ofrecer una mirada que esperaba que fuera adecuadamente desdeñosa y se acercó al anciano.

—Mire, Tom, esto no es un juego. No hago esto para pasar el rato. No quiero perder el tiempo trasteando con GPS, mensajes cifrados y limpiaventanas solo para halagarlo. He venido porque estoy convencido de que Edward Crane fue el sexto espía de Cambridge y que usted es la clave para encontrarlo. Pero no me quedaré ni un minuto más si creo que me están manipulando. No me jugaré la reputación por un anciano al que le divierte ver a un intelectual persiguiéndose la cola. Así que o me convence de que existen esas memorias, de que Edward Crane fue el sexto hombre, o llama a Peter y le pide que lo lleve a su casa, porque habremos terminado.

—Oh, lo dudo mucho —dijo Neame con un deje de malicia.

Y Gaddis escuchó la voz de un hombre que había pasado la vida superando a otros en astucia, que siempre había estado un paso por delante de los demás. Miró los ojos azules del anciano y, de repente, con un escalofrío que le llegó hasta el tuétano, se le ocurrió la idea de que Thomas Neame y Edward Crane eran la misma persona. ¿Sería de verdad posible? Aquel pensamiento lo perturbó, y sintió cierta excitación. La idea le había sorprendido con la guardia baja. Intentó recobrar la compostura y mostrarse firme ante el comentario de Neame.

—Póngame a prueba —dijo.

Neame inspiró, y el dolor entre los hombros que lo había asaltado repetidamente en la catedral lo golpeó de nuevo. Con el rostro demudado, se llevó una mano al hombro, aferró la gruesa tela de la chaqueta y se masajeó el hueso. Gaddis se puso en pie instintivamente y se inclinó hacia el anciano, sujetándole por un brazo. ¿A quién estaba tocando, a Neame o a Edward Crane?

—¿Se encuentra bien?

Neame tenía la vista fija en la mesa y sopesaba sus opciones. Gaddis sintió que podía adivinarle el pensamiento. «¿Sigo con este hombre o me busco otra forma de dar salida a mi historia?». Pero de repente habló:

—Dick White ordenó realizar una investigación interna completa sobre Eddie, diseñada específicamente para liberarlo de cualquier vínculo sospechoso con el comunismo. —Estaba claro que Neame se había convencido de que la única forma de

persuadir a Gaddis de que no lo engañaba era seguir hablando—. El hecho de que Eddie nunca se hubiera afiliado al Partido fue de gran ayuda. Modificaron cuidadosamente los datos del año que pasó en Oxford. A partir de aquel momento, en los archivos no quedó mención alguna de su amistad con Burgess en el Trinity.

Gaddis se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que seguirle el juego.

—Pero aún así sigue siendo un milagro que se las arreglara para seguir tanto tiempo sin ser detectado... en ninguno de los dos lados del Telón de Acero. Los yanquis tuvieron que olerse algo. Y sin duda habría alguien que supiera de ATILA entre los soviéticos que desertaron a lo largo de los años. Golitsin, para empezar.

Aquello le hizo gracia a Neame.

—Por supuesto que los hubo. Pero es que no importaba. Golitsin les habló de Crane a los norteamericanos, y los yanquis vinieron hasta nosotros... bastante nerviosos, para decirlo suavemente. Les hablamos de la doble vida de ATILA, y el nombre de Eddie desapareció de las transcripciones de Golitsin. «Oh, ¿así que conoce a Crane? No lo diga muy alto». Fue sencillo.

«Vinieron hasta nosotros». «Nosotros». ¿Por qué se habría incluido Neame?

—Pero Golitsin llegó en 1961 —dijo Gaddis—. Eddie siguió en activo veinticinco años más. ¿No se olieron algo los sóviets cuando sus agentes en Occidente fueron descubiertos uno a uno? ¿Lonsdale? ¿Vassell? ¿Blake? No les pareció demasiada suerte que ATILA siguiera ahí, vivo y coleando y trabajando para la Madre Rusia?

Neame permaneció imperturbable.

—Mi querido muchacho, creo que esas preguntas debería hacérselas a algún miembro del KGB. Yo no tengo ni idea de qué estaban pensando. Imagino que los sóviets tenían miles de agentes por todo el mundo. Que les destaparan a un par en Europa no les iba a hacer dudar de una fuente que había estado trabajando para ellos desde antes de la guerra.

—Entonces, ¿por qué nunca salió a la luz la historia de Crane? Si los rusos siguieran creyendo que ATILA era uno de los suyos, les habría encantado pasárselo por la nariz a Londres.

—Ah. —A Neame pareció complacerle que Gaddis hubiera unido los puntos—. Mi teoría particular es que Moscú descubrió que ATILA era un agente doble poco después del colapso de la Unión Soviética.

—¿En el 91? ¿Tan tarde? ¿Por qué lo cree así?

—Piense en ello, Sam. Piense en la fecha.

Al cabo de unos segundos, Gaddis comprendió.

—Hospital de St. Mary... El MI6 fingió la muerte de Eddie a principios de 1992.

—Exactamente. Porque les preocupaba que el KGB fuese a por él.

—¿Eddie le contó eso?

—Por supuesto que me lo contó. Si tu mejor amigo te dice que el MI6 planea fingir su muerte, uno tiende a preguntar por qué. Eddie dijo que Moscú había

descubierto a ATILA y que estaban quitando de en medio sistemáticamente a cualquiera que tuviera relación con él.

Gaddis vio la lógica del asunto, pero había un detalle que seguía sin convencerlo.

—De acuerdo en cuanto a los rusos. Pero, por el mismo motivo, ¿por qué no lo hicieron público los británicos? Como dijo antes, ATILA fue uno de los éxitos más importantes de la Guerra Fría. ¿Por qué Londres no aprovechó la oportunidad de humillar a Moscú?

—Durante los años de la guerra Edward Crane fue un agente soviético. No era algo exactamente publicable, especialmente después del fiasco de Blunt. Además, comenzaba una nueva era en las relaciones anglo-rusas. ¿Por qué agitar la barca? Al MI6 le gusta mantener sus secretos. Su oficio es el espionaje, no las relaciones públicas. Lo único que Eddie quiso saber siempre fue quién lo había delatado. ¿Cómo lo descubrieron los rusos?

Por un momento, Gaddis creyó que Neame esperaba que supiera la respuesta, pero se dio cuenta de que iba a seguir hablando.

—Y hasta este punto llegué con su amiga, la señorita Berg —dijo. Su mirada se cruzó con la de Gaddis, y pareció que la muerte de Charlotte le dolía realmente—. Ella estaba buscando la respuesta a esa pregunta cuando murió.

—¿La encontró?

—Era su amiga, Sam. Usted dirá.

De nuevo los envolvió el silencio. Gaddis no podía librarse de la impresión de que Neame aún ocultaba algo.

—¿Tom?

—¿Sí?

—Parece que quiere decirme algo más. ¿Se trata de Charlotte?

Neame miró primero hacia el bar, y después a sus manos moteadas y temblorosas. El blanco de sus ojos tenía un aspecto cristalino, descentrado, como si luchara por enfocar la mirada.

—Hay una mujer en Moscú llamada Ludmilla Tretiak. Es la viuda de Fiodor Tretiak, el tercer y último contacto de ATILA en el KGB. Le sugerí a Charlotte que intentase localizarla.

—¿Dio con ella?

Neame volvió a mirar hacia el bar.

—No tengo ni idea. Ludmilla era una pista que Eddie quiso seguir antes de verse obligado a desaparecer. Lo único que hice fue mencionarle su nombre a Charlotte.

—¿Por qué?

—Tretiak fue asesinado en San Petersburgo en 1992.

—El mismo año en que Eddie fue a reunirse con el Sumo Hacedor en el Hospital de St. Mary.

—Precisamente. Aquello siempre me pareció demasiada coincidencia. Si Ludmilla sospecha que el KGB mató a su marido, quizá quiera hablar de ello con

alguien. Lo que significa que estará bajo vigilancia, incluso ahora. —Neame le dirigió a Gaddis una sonrisa resignada—. Si la busca, Sam, tome precauciones —le advirtió—. Eso es lo único que le digo. Asegúrese de que no la ven hablando con ningún historiador metomentodo.

Gaddis estaba seguro de haber visto en los papeles de Charlotte el nombre de Ludmilla Tretiak. En cuanto volvió a Londres llamó a Paul, fue directamente a la casa de Hampstead y rebuscó en el despacho. Y en menos de quince minutos encontró una entrada para Tretiak en la «T» de una de las agendas, con una dirección y un teléfono de Moscú. Aquella misma tarde, algo después, Paul recordó que Charlotte había reservado un vuelo a Rusia para seis días después de que sufriera el ataque al corazón, y telefoneó a Gaddis para decírselo. En la agenda, para aquella fecha, había escrito las iniciales FT/LT y el código SU581, que resultó ser el número de un vuelo de Aeroflot. Gaddis estaba seguro de que las dos mujeres se habían citado, aunque no encontró ni rastro de correo entre ambas en ninguna de las cuentas de Charlotte.

Le llevó cuarenta y ocho horas reservar un vuelo a Moscú y conseguir un visado de emergencia a través de su agencia de viajes habitual de Pembroke Square. Quedó claro que la publicación de *Zares* no había ocasionado ningún cambio en el estatus de Gaddis en la embajada rusa. Llegó al aeropuerto de Sheremetyevo a última hora de la tarde del lunes, soportó el caos habitual en el control de pasaportes y localizó su maleta en una esquina del área de equipajes a cincuenta metros de la cinta transportadora de Aeroflot que le habían indicado. Había podido arreglar que Victor, el chófer al que siempre recurría cuando iba a Moscú, lo recogiera fuera del aeropuerto, se introdujeron en el atasco permanente de una autopista de cinco carriles y se dirigieron al hotel Sovietski, envueltos en olor a cigarrillos y diésel.

A la mañana siguiente, después de desayunar una tortilla y dos tazas de café con regusto metálico, recorrió en el metro las tres estaciones que iban de Dinamo a Voikovskaia y al final salió a la calle a dos manzanas del piso de Ludmilla Tretiak. Siempre que andaba por el centro de Moscú, Gaddis sentía que tenía un recuerdo de casi cada edificio y cada calle por la que pasaba. Pero Voikovskaia estaba más allá del Anillo Ajardinado, una barriada gris y sombría de la que solo conocía el nombre. El piso de Tretiak estaba en la novena planta de una típica torre postsoviética de veinte pisos coloreada en tres tonos de beis. Se encontraba en una calle ajetreada llena de coches aparcados de cualquier manera y quioscos que vendían películas piratas y maquillaje barato. Antes se había asegurado de que Tretiak estaba en la ciudad, llamándola por teléfono desde una cabina en Shepherd's Bush y haciéndose pasar por un televendedor que ofrecía tarifas de banda ancha más económicas. Ella le había informado amablemente de que no usaba ordenadores y le deseó que tuviera un buen día.

Los residentes entraban y salían constantemente del edificio, y Gaddis pudo entrar sin llamar al telefonillo. Había decidido ir a la hora de comer, cuando era más probable que Tretiak estuviera en casa, y había escrito por adelantado una breve nota en ruso que pasó bajo la puerta dentro de un sobre cerrado.

Estimada Ludmilla Tretiak:

Le ruego que me disculpe que contacte con usted de este modo. Soy un historiador del University College, en Londres. También era un amigo de Charlotte Berg. Sé lo que le ocurrió a su esposo en San Petersburgo en 1992. Por motivos que estoy seguro que sabrá entender, no deseo hacerle correr ningún peligro llamándola por teléfono o incluso presentándome en persona en su casa.

Tengo información sobre los sucesos que llevaron a la muerte de su esposo. Si desea hablar de este tema, estaré lo que queda del día en el Coffee House que hay frente a este edificio. Llevo una camisa azul, y dejaré en la mesa un ejemplar de The Moscow Times. Si prefiere en cambio ponerse en contacto conmigo por correo electrónico, mi dirección está al final de esta página.

Respetuosamente,

Dr Samuel Gaddis

Metió el sobre bajo la puerta, llamó rápidamente dos veces al timbre, entró en el ascensor y descendió a la planta baja. Se preguntaba si le habría dado a la nota el tono adecuado. Por teléfono, Tretiak había sonado cortés y amable, pero no estaba seguro de qué edad tendría y quizá la carta le había quedado demasiado formal. Y ella, ¿se arriesgaría a encontrarse con un hombre que no conocía y en el que no tenía por qué confiar? Quizá pusiera la carta directamente en manos del FSB, lo que podría tener consecuencias catastróficas. Pero tenía que correr ese riesgo.

Al final resultó que no tendría por qué haberse preocupado. Veinte minutos después de que se sentara al fondo del Coffee House, Ludmilla Tretiak entró. Pareció reconocer a Gaddis de inmediato y se acercó a su mesa. Era más joven de lo que él había pensado, no tendría quizá más de cuarenta años, y parecía casi divertida cuando le estrechó la mano y se quitó el abrigo color verde botella ceñido por un fino cinturón de cuero.

—Le deseo salud —dijo Gaddis según la costumbre rusa—. Ha sido muy amable al venir.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Su carta me ha intrigado, doctor Gaddis.

Vestía unos vaqueros de diseño y una blusa granate que se ajustaba tan perfectamente a su esbelta figura que parecía hecha a medida. A Gaddis le recordó a cierta clase de mujeres casadas de las zonas más acomodadas de Kensington y Notting Hill, recién entradas dignamente en la mediana edad, bien manicuradas y mal alimentadas. Se preguntó si Ludmilla habría vuelto a casarse y le miró las manos en busca de un anillo que no encontró. ¿Habría tenido hijos con Tretiak? De ser así, ahora serían adolescentes y estarían estudiando.

—Le pido disculpas por tantos subterfugios —dijo—. Usó la palabra «uhlovka» para «subterfugio», y los ojos serenos de Tretiak destellaron por un instante, como reconociendo su competencia en el idioma.

—Seguramente le habrán advertido sobre mí —respondió ella.

¿Se trataba de la misma mujer con la que había hablado por teléfono desde la cabina en Londres? Tenía una voz suave, con un curioso tono juguetón. Gaddis intentó recordar cómo habían terminado la conversación, cómo le había colgado, pero la memoria le falló.

—Tengo entendido que se iba a encontrar con Charlotte en Moscú el mes pasado.

—Correcto. No volví a saber de ella. —Ludmilla se quitó los guantes de cuero y los dejó en la mesa. Tenía los dedos muy finos y las uñas mordidas—. En su nota dice que era amigo suyo. Era. Espero que esté bien.

—Siento tener que decirle que falleció repentinamente.

La reacción de Ludmilla le recordó a Gaddis la indiferencia de Holly hacia la muerte de su madre.

—Siento su pérdida —dijo sin ninguna inflexión.

Gaddis ansiaba un cigarrillo, pero se había vuelto a hacer el propósito de dejarlo. Todo había empezado en el vuelo en Aeroflot: estaba prohibido fumar a bordo, por supuesto, pero la tapicería del asiento estaba tan impregnada de nicotina que se planteó encender un cigarrillo en el baño.

—¿Le dijo Charlotte por qué quería hablar con usted?

—Por supuesto. —Una camarera con una camisa de color beis y un gran delantal marrón se acercó a ellos. Tretiak pidió un té con limón. Gaddis estaba cada vez más nervioso ante la calma casi glacial que mostraba la mujer—. Me dijo que era una periodista que conocía las circunstancias de la muerte de mi marido. De hecho, usó casi la misma frase que usted en su nota. «Sé lo que le ocurrió a su esposo en 1992». Ni más, ni menos. Solo eso.

Gaddis se dio cuenta de que ella esperaba una respuesta, de que tendría que explicarse, pero se sentía confuso ante los modales de Tretiak, llenos de confianza y extrañamente distantes al mismo tiempo.

—Quizá debería explicarle por qué he venido.

—Quizá debería.

De repente sonrió con un rictus extraño. ¿Se habría drogado antes de salir del piso? ¿O quizás había tomado un par de tragos de vodka? Algo había suavizado su ansiedad y le había calmado los nervios. Era como hablar con una muñeca.

—Soy profesor en el Departamento de Estudios Eslavos y de Europa del Este del UCL. Charlotte era amiga mía. Ella estaba investigando una historia relacionada con una operación del NKVD en el Reino Unido antes de la Segunda Guerra Mundial, en la que estaba envuelto un graduado de Cambridge llamado Edward Crane. Cuando Charlotte murió, yo seguí con la historia con la idea de escribir un libro. Mi principal fuente de información es un hombre llamado Thomas Neame, un ciudadano británico residente en Inglaterra. Y el señor Neame me habló de usted.

—Nunca he oído hablar de él. —En aquel momento llegó el té, en un vaso largo, y Tretiak le echó tres sobres de azúcar y lo removió. Los minúsculos gránulos giraron alrededor de la cuchara. Gaddis los observó mientras se disolvían, hipnotizado, y se preguntó cuánto sería conveniente revelar sobre ATILA.

—Al final de su carrera, Edward Crane vivió en Berlín. Su esposo era su contacto con el KGB.

Tretiak le dirigió una mirada que mostraba su absoluta indiferencia hacia el oficio de su marido.

—Yo no sé nada del trabajo de Fiodor —respondió—. Nos casamos cuando yo era muy joven. Mi marido era una estrella en alza en el Komitet Gosudarstvennoy Bezopasnosti. —Aquel era el nombre formal del KGB—. Tenía cuarenta y siete años cuando murió, y yo solo veintiséis. Teníamos un bebé, mi hijo Alexei. Nos quedamos solos y tuvimos que arreglárnoslas por nuestra cuenta. Pero todo va bien...

Una sombra pareció cruzar sus rasgos, como una grieta en la cubierta de su personalidad. El efecto de lo que fuera que se hubiera tomado se había disipado por un instante. Tretiak se esforzó por recuperar el aire de altivez inteligente y bebió un sorbo de té.

—¿Se encontró alguna vez con alguno de los informantes de su esposo? —preguntó Gaddis. Se escuchó a sí mismo y se sintió como el peor de los reporteros amarillistas. Aquella mujer era inestable, era evidente, y él no se comportaba mucho mejor que el reportero de un tabloide acosando a una viuda desconsolada.

—Por supuesto que no. ¿Cree que los agentes se iban a presentar en nuestro piso en Dresden? ¿Qué yo prepararía la comida mientras Fiodor hablaba de asuntos de espionaje en el cuarto de estar?

—¿Dresden? ¿Por qué en Dresden?

—Porque era donde vivíamos, doctor Gaddis. —Lo estaba mirando como una tía mira a un sobrino al que no aprecia especialmente—. Allí estaba nuestro piso.

Gaddis estaba desconcertado. Lo único que se le ocurrió fue que Fiodor Tretiak viajaba de Dresden a Berlín cada vez que necesitaba encontrarse con Crane. Estarían a una distancia de... ¿Cuánto? Un par de cientos de kilómetros. Alzó la mirada y vio que la viuda Tretiak seguía observándole. Sintió que estaba en el lado perdedor de aquella conversación. A menos que pudiera sacarle alguna información útil en los próximos minutos, aquel viaje a Moscú habría sido un desperdicio.

—Mire —dijo, intentando hacer acopio de todo el atractivo que pudiera reunir—. Por lo que sé del trabajo de inteligencia, que admito que no es demasiado, sé que las esposas juegan un papel importante en la tapadera de sus maridos. Conozco un caso famoso de un agente del MI6 cuya esposa le pasaba información a un coronel del KGB, que acabó desertando a Occidente.

—¿Sí? —La voz de Tretiak era como el trino de un pajarillo en la lejanía—. ¿Quién fue? —No parecía interesarle la respuesta.

—No importa. —Gaddis se armó de valor—. ¿Puedo preguntarle cómo murió su esposo?

Tretiak miró a un lado, vagamente sorprendida de que aquel extraño procedente de Inglaterra hubiera cruzado de repente una línea y entrado en una zona de su pasado dolorosa y privada. Gaddis se dio cuenta y pidió disculpas por su brusquedad.

—Está bien —dijo ella—. Si no estuviera preparada para hablar de esto, no habría bajado. Supe por su nota que este sería el tema de la conversación. Y como ya le he dicho, me intrigó.

Aquello parecía ir por buen camino. Gaddis la animó a seguir.

—Es bastante simple. Una noche volvía a casa, a nuestro piso en San Petersburgo, y tres hombres le dispararon.

—¿Tres? ¿Los identificaron? ¿Fueron a juicio?

Ella le devolvió una sonrisa resignada. Parecía resignada a todo.

—Claro que no. Eran gánsteres. Mafia, como los llaman ustedes. Fue una simple venganza contra un veterano del KGB.

Según Neame, a Tretiak lo había matado el propio KGB, pero la historia que conocía su viuda era completamente opuesta. Gaddis sospechó que la habían engañado. Lo más probable era que el KGB hubiera contratado a tres matones de San Petersburgo para hacer el trabajo sucio. Era la hipótesis más plausible: la frontera entre los servicios de espionaje soviéticos y el crimen organizado ruso era bastante difusa, por decirlo suavemente.

—¿Venganza por qué?

—¿Cómo voy a saberlo? —Tretiak se encogió de hombros y miró hacia la calle—. Como ya le he dicho, no estaba al tanto de los detalles del trabajo de mi marido.

Gaddis miró su té tibio, y bebió un sorbo únicamente por ocupar sus manos en algo. Tretiak miraba por la ventana, como una adolescente a la que su cita estuviera aburriendo.

—Es curioso —dijo Gaddis—. Lo que sé sobre su marido es bastante diferente.

—Usted dirá.

Gaddis bajó la voz en medio del ruido de la cafetería. De un estéreo roto brotaba música. Sonaba como si los altavoces burbujearan.

—Mire, sé que esto es difícil para usted. Sé que no tiene ningún motivo para confiar en mí...

—Doctor Gaddis...

Él siguió hablando sin dejar que lo interrumpiera.

—Pero esto es lo que sé: el agente con el que operaba su marido había trabajado para la inteligencia rusa durante casi cincuenta años. Su nombre clave en el KGB era ATILA. Fue durante décadas el principal agente de Moscú Central en Occidente... Pero era un agente doble.

Tretiak abrió la boca muy lentamente. Entre sus labios aparecieron hilillos de saliva que se estiraron como el pegamento.

—¿Cómo sabe eso?

—Me temo que no puedo decírselo.

—¿No puede decirme el origen de semejante acusación?

—Señora Tretiak, lo que intento decirle es que el KGB quiso ocultar la existencia de ATILA. Quisieron evitarse la vergüenza pública por haber sido engañados por el servicio secreto británico. Así que mataron a todos los que tuvieron contacto con ese agente. Mataron a su marido para silenciarlo.

—¿Cuál era el puesto de Crane en Berlín? —preguntó Tretiak. En torno a sus ojos aparecieron algunas arrugas: más grietas en la máscara. Gaddis recordó un detalle de

la necrológica del *Times*.

—Formaba parte del consejo de dirección de un banco de inversiones con oficinas en Berlín.

Tretiak maldijo entre dientes. Por primera vez, Gaddis captó el intenso aroma del alcohol.

—¿Por qué maldice? —preguntó.

—¿Que por qué maldigo? —Soltó una carcajada tan fuerte que algunos parroquianos se giraron—. Acabo de recordar que hace poco me han dicho que no hable de este asunto.

Gaddis no estaba seguro de haber entendido bien. ¿Por qué habría respondido entonces tan tranquilamente a su carta? ¿Por qué había bajado a la cafetería?

—¿Qué quiere decir?

—Fue el mes pasado, poco después de que Berg se pusiera en contacto conmigo. —Tretiak dijo «Berg» como si no tuviera energías para pronunciar el nombre completo—. Me visitó alguien del gobierno.

Gaddis sintió la amenaza retorciéndose en su vientre.

—¿Qué significa eso? ¿Vino a verle alguien de Belyi Dom?

Belyi Dom, la Casa Blanca, era la sede del gobierno en Moscú. Tretiak asintió. Parecía cansada, casi aburrida. Podría haber estado hablando de la visita del cartero o el fontanero.

—Aquel tipo me dijo que estaba allí por orden de Sergei Platov en persona.

—¿Platov? —Gaddis no podía dar crédito a sus oídos—. No entiendo, señora Tretiak. ¿Qué tiene que ver el presidente con usted? ¿Qué más dijo aquel hombre?

—Me dio instrucciones de no hablar con su amiga.

Gaddis tuvo la extraña sensación de estar mirando a través de la mujer a una dimensión de secretos y confusión que nunca sería capaz de atravesar. Estaba a punto de preguntar cómo sabía el Kremlin que Tretiak se había citado con Charlotte cuando él mismo adivinó la respuesta: habían visto el correo. Por Dios, posiblemente hasta habrían puesto micrófonos en casa de Charlotte. Por eso no había podido encontrar en su ordenador ningún rastro de la investigación sobre Crane. Los técnicos del FSB lo habrían limpiado todo. Observó a Tretiak al otro lado de la mesa, escuálida y rota, y encogiendo los hombros como una colegiala malhumorada. Tuvo ganas de cogerla por los hombros y sacudirla, de sacarla de aquella estupefacción drogada. Unas gotas de lluvia empezaron a golpear el ventanal de la cafetería al tiempo que la mujer se las arreglaba para sonreír débilmente. Gaddis intentó sacarle más información, pero ella permaneció absorta, como si no le interesasen los detalles.

—El agente me dijo que no hablase con nadie de Edward Crane. Que si alguien del Reino Unido o de Estados Unidos intentaba hablar conmigo de un agente con el nombre clave de ATILA, debía informarles inmediatamente.

Gaddis se apartó de la mesa por puro reflejo. Instinto de conservación. No creía que Tretiak lo hubiera llevado a una encerrona, estaba demasiado drogada para eso,

pero Moscú se había convertido en una amenaza para él. Una ciudad vetada. Recorrió la cafetería con la mirada. Cualquiera de los oficinistas, de los estudiantes, la pareja que se besaba en una esquina... podía ser unos agentes de vigilancia.

—No debió aceptar verme —dijo—. No es seguro para usted. Esto puede causarle problemas. Necesita aclararse.

—Quizás.

—Tiene que destruir la nota que le he dejado.

—Llévesela —dijo de inmediato, sacándola de un bolsillo.

—Y no hable de esto con nadie, ¿de acuerdo? Por su seguridad y por la mía. Piense en su hijo, señora Tretiak. Esta conversación nunca ha tenido lugar. ¿Comprende?

Ella asintió embotadamente. Gaddis, con sorpresa por su parte, le sujetó los brazos. Eran tan delgados que tuvo la impresión de que se romperían si girase las muñecas.

—Concéntrese, Ludmilla. —La miró a los ojos y se dio cuenta de que hubo un tiempo en que habría resultado increíblemente hermosa. Pero aquello había desaparecido. Tras la barra, la camarera cambió el cedé y miró en su dirección cuando él la soltó—. Olvide nuestra conversación. Olvide todo lo que le he dicho. Olvídese de Edward Crane, de ATILA, de la muerte de su esposo. Por su seguridad, ¿de acuerdo? Sea lista. Esto es mucho más peligroso de lo que yo pensaba.

Gaddis no le encontró sentido a la referencia a Dresden hasta que estuvo en algún punto por encima del mar del Norte, bebiendo un bloody mary en el vuelo de Aeroflot de regreso a Londres. El Primer Directorio del KGB había destinado en Dresden a Sergei Platov en 1985, cuando aún era un espía bisoño. Sin duda había trabajado con Tretiak. Era prácticamente seguro que sabía que ATILA operaba en Berlín.

Gaddis pasó la mayor parte del viaje intentando desentrañar lo que aquello implicaba. ¿Por qué interfería en el asunto ATILA el presidente de Rusia, más de quince años después de abandonar el KGB? ¿Era posible que Charlotte hubiera descubierto un escándalo capaz de arruinar la carrera y la reputación de Platov? El día que cenaron no había comentado nada al respecto. La amenaza de ATILA, tal como ella la veía, afectaba a los británicos, no al gobierno ruso. Quizá se trataba de que Platov, por lealtad al KGB, solo quería que la reputación de sus anteriores patronos no se viera afectada, y para ello se debía asegurar de que la historia de Crane no saliera a la luz.

Existía una posibilidad más inquietante, por supuesto: que Charlotte no hubiera muerto por causas naturales, sino que la hubieran matado por orden de Platov para garantizar su silencio. Atrapado entre un inquieto adolescente sentado junto al pasillo y un hombre de negocios estonio con sobrepeso que dormía en el asiento de la ventanilla, Gaddis se dedicó a picotear el *stroganoff* liofilizado y el trozo de pan duro que lo acompañaba. Tenía la boca seca y había perdido el apetito, horrorizado por la idea de que Charlotte hubiera sido la víctima más reciente de la obsesión psicótica del gobierno ruso por silenciar a los periodistas, tanto nacionales como extranjeros, que se negaban a ajustarse a los intereses gubernamentales. Solo el hecho de que a él no le hubieran molestado le hacía dudar de aquella hipótesis. Por otra parte, Ludmilla Tretiak seguía viva y coleando, si bien hasta las cejas de vodka y tranquilizantes. ¿Con quién más había hablado Charlotte? Thomas Neame. Pero el anciano seguía tranquilamente en Winchester. Y Calvin Somers, que por lo que Gaddis sabía continuaba trabajando como celador en el hospital Mount Vernon.

Cinco horas después, Gaddis entró en su casa y descubrió que habían intentado contactar con él del Archivo Nacional de Kew. Una tal Josephine Warner le había dejado un mensaje en el contestador, en el cual le informaba animadamente de que había encontrado una copia del testamento de Edward Crane. Aquello era lo último que Gaddis se esperaba (incluso se había olvidado de haber presentado la solicitud), pero le ayudó a centrar sus pensamientos. A la mañana siguiente condujo hasta Kew, con la intención de seguir luego hasta Winchester si conseguía que Peter le contestara al teléfono. Necesitaba hablar con Neame. Tom seguía siendo la única persona entre sus contactos que podría tener información sobre las actividades de Tretiak en Dresden.

Una vez en la primera planta del edificio del archivo, le preguntó a un empleado por Josephine Warner, y lo envió al mostrador de solicitudes de información. Allí se encontró a dos mujeres sentadas una al lado de otra en sillas de plástico rojo. Gaddis conocía de vista a una de ellas, una afrocaribeña llamada Dora que lo había ayudado alguna que otra vez en sus investigaciones. No conocía a la otra mujer. Tendría algo menos de treinta años, el pelo negro cortado a la altura de los hombros y una cara que solo cuando se fue acercando a ella se dio cuenta de que era hermosa, gracias a sus ojos oscuros de mirada tranquila y la luminosidad de su piel pálida.

—¿Josephine Warner?

—¿Sí?

—Soy Sam Gaddis. Ayer me dejó un mensaje en el contestador.

—Ah, sí. —Se levantó de inmediato, como impulsada por un muelle, y se dirigió a la fila de archivadores que tenía detrás. Gaddis le hizo un gesto a Dora, en respuesta a la sonrisa de reconocimiento de la mujer. Warner abrió un cajón, y sus dedos buscaron con agilidad entre varios documentos—. Aquí está —dijo casi para sí misma, sacó un sobre de color manila y se lo tendió a Gaddis.

—Muchísimas gracias por localizarlo —dijo él—. Me será de mucha ayuda.

—De nada, un placer.

Le habría gustado seguir hablando con ella, pero Josephine Warner miraba ya detrás de él, invitando a acercarse al siguiente solicitante. Gaddis se fue hasta una mesa de lectura en el extremo opuesto de la sala, sacó el testamento del sobre y empezó a leer.

Era relativamente breve y sencillo. Crane le había dejado casi todos sus bienes a un sobrino, Charles Crane, que ahora tendría sesenta y siete años, y vivía en Grecia. Gaddis apuntó su dirección en Atenas. Había hecho algunos donativos importantes para investigaciones sobre el cáncer y al fondo para viudas del SIS. Thomas Neame había sido el ejecutor del testamento, Crane le había dejado «el contenido de mi biblioteca». Firmaban como testigos cierta «señora Audrey Slight» y cierto «señor Richard Kenner». En el documento aparecían las direcciones de ambos, y Gaddis las apuntó también. Neame no le había dicho nada de haber sido el ejecutor del testamento de Crane ni de que hubiera heredado ningún libro, pero al menos ya estaba seguro de que eran dos individuos diferentes.

A eso de las once en punto, dos horas menos que en Atenas, Gaddis bajó las escaleras y llamó a información internacional desde una cabina del vestíbulo. El operador encontró el número de Charles Crane al cabo de un par de minutos, y Gaddis telefoneó desde su móvil. Un hombre contestó en griego.

—¿Embros?

La voz sonaba ligeramente desquiciada, con un acento griego algo forzado. Gaddis se hizo la imagen mental de un inglés entrado en años, con la piel quemada por el sol, vestido de lino y leyendo a Gibbon en los escalones del Partenón.

—¿Charles Crane?

—Al habla.

—Me llamo Sam Gaddis, soy profesor en Londres, en el UCL. Siento molestarle de improviso. Estoy investigando para escribir un libro sobre la historia del Foreign Office y querría saber si le importaría que le haga unas preguntas sobre su tío fallecido, Edward Crane.

—Buen Dios, Eddie. —Daba la impresión de que aquel sobrino que había sacado tan buena tajada de la generosidad de su difunto tío no había vuelto a pensar en él desde 1992—. Sí, claro. ¿Qué desea saber?

Gaddis le explicó que conocía la carrera de Crane en el cuerpo diplomático, limitándose estrictamente a lo que aparecía en la necrológica del *Times* y evitando cualquier mención a Cambridge, el MI6 o el NKVD. Para ir un poco más lejos, halagó al sobrino Crane diciéndole que su tío había representado un papel esencial, aunque desconocido para el público, en la victoria en la Guerra Fría.

—Vaya. ¿De verdad? Bueno, imagino que Eddie era todo un personaje.

Gaddis deseó haberse sentado en un lugar más confortable, porque Crane empezó a desgranar una serie de anécdotas casi sin sentido sobre la «misteriosa vida» de su tío. Quedó claro que ambos se habían visto «solo un puñado de veces» y que Charles se había quedado «absolutamente sorprendido» de ser el principal beneficiario de su testamento.

—Nunca se casó, claro —dijo. La sombra de esa oveja negra aún planeaba sobre el buen nombre de la familia Crane—. *Entre nous*, creo que era de la otra acera. Sin salir del armario, quizá, pero fue un rasgo de su juventud, si entiende a qué me refiero.

Gaddis respondió que sí, que entendía perfectamente a qué se refería.

—Se retiró bastante tarde. No tenía hijos de los que cuidar, ya ve. No era como el resto de nosotros. Lo único que tenía para pasar el tiempo era el Foreign Office.

Estaba claro que Crane no tenía la menor idea de que su tío había trabajado para el SIS. Por lo que a él respectaba, había sido simplemente un diplomático de nivel intermedio que había sido «destinado una o dos veces al extranjero».

—¿Le suena de algo el nombre de Audrey Slight?

—Me temo que no, señor Gaddis.

—Fue una de los testigos del testamento de su tío.

Aquello pareció despertar algún recuerdo.

—Oh, esa Audrey. Fue el ama de llaves de Eddie durante siglos. —Crane sonó como el concursante de un programa que adivina la respuesta correcta unos segundos tarde—. Creo que murió hace pocos años. Traté poco con ella. Mi principal contacto en los asuntos de la herencia fue Thomas Neame.

—¿Nunca habló con Richard Kenner?

—¿Quién?

—El otro testigo.

—No. Pero si no recuerdo mal, Kenner también pertenecía al Foreign Office. Era

compañero de Eddie. Quizá mereciera la pena que lo busque.

O lo más probable es que fuera otro callejón sin salida. Casi con toda seguridad, Kenner estaría muerto, o lo habrían borrado de los registros oficiales para proteger el anonimato de ATILA. Gaddis le preguntó a Crane sobre sus tratos con Neame, pero no descubrió nada que no supiera ya. Tan solo que el anciano era «muy inteligente», «irascible» y «a veces directamente borde».

—Entonces ¿lo conocía en persona?

—Solo lo vi una vez, en el despacho del abogado en Londres. Hablé con él por teléfono unas cuantas veces para arreglar los asuntos del piso en Bloomsbury y la casa de aquí, en Atenas. Mi tío tenía propiedades bastante valiosas.

Aquello era un dato nuevo, al menos, aunque Gaddis tenía aún poquísima información sobre la carrera de Crane después de la guerra. Entonces cayó en la cuenta de que no tenía ninguna fotografía de él, y aprovechó la oportunidad: quizás el sobrino tuviera alguna polaroid vieja perdida en un trastero.

—Me estaba preguntando... —dijo—. ¿No tendría por casualidad una foto de su tío? Me está costando dar con una. Cuando alguien muere sin hijos, ni muchos hermanos o parientes cercanos, hay muy poca gente que conserve fotos de él.

Crane se mostró muy comprensivo con el problema de Gaddis.

—Por supuesto —dijo—. Estoy seguro de que encontraré alguna por algún lado. Tiene que haber algo por aquí. Buscaré.

—Se lo agradecería muchísimo.

Gaddis le dio su dirección en el UCL, pidiéndole a Crane que le enviase allí la foto, y colgó. Justo después se preguntó si no habría sido mejor ofrecerse a ir a Grecia. Si Crane vivía en la antigua residencia de su tío, era posible que hubiera archivos, o cajas arrinconadas en el sótano, que podrían contener información útil para su investigación sobre ATILA. Dio por terminada la conversación, fue a la cafetería de la planta baja y pidió una taza de té.

En el aparcamiento, Gaddis se tropezó con Josephine Warner. La mujer abrió la puerta trasera de un Volkswagen negro y dejó una bolsa en el asiento de atrás. No habría visto a Gaddis si él no hubiera gritado «¡Hola!» al otro lado de una fila de coches. Estaba fumando un cigarrillo después de haber renunciado al último intento de dejarlo, y tiró la colilla al suelo.

—Hola..., doctor Gaddis, ¿no?

—Así es —respondió Sam. Se acercó a ella, echando un vistazo a su reloj—. ¿Ya se va a casa?

Para sus adentros deseó que así fuera. Peter seguía sin contestar al teléfono, y Gaddis había renunciado a la idea de ir a Winchester. Tenía otro cabo suelto entre manos y se sentía inquieto, y quizá pudiera invitarla a comer.

—No, a casa no —respondió ella—. Voy a Richmond a recoger a un compañero. Soy la nueva, así que me toca hacer los recados.

Lo miró con expresión evaluadora, y Gaddis estuvo seguro de detectar un levísimo rastro de invitación en los ojos de Warner. Entonces se acordó de Holly, y se preguntó por qué diablos estaba flirteando en un aparcamiento con una archivera de Kew. De ahí no podía salir nada bueno.

—Gracias de nuevo por el testamento —dijo, dando un paso atrás.

—¿Le ha servido de algo? —Ella avanzó un paso, instintivamente, siguiéndolo. Los golpeó una fría ráfaga de viento otoñal. Warner se apartó un mechón de pelo que le había caído ante la cara, y dijo—: He leído su biografía de Bulgakov. ¿Está escribiendo otro libro?

Gaddis se sorprendió. Antes, aquella mañana, ella le había parecido indiferente. Ni siquiera había dado alguna señal de que supiera quién era él.

—¿La leyó? ¿Y eso? ¿Se quedó colgada sin nada más que leer en el Transiberiano? ¿O quizá fue para matar el tiempo en la cárcel?

Warner sonrió y le dijo que el libro le había encantado, y Gaddis sintió la terrible y superficial emoción que le causaban los halagos de una mujer. Si era sincero consigo mismo tendría que admitir que desde que la vio por primera vez en el mostrador había deseado ir tras ella, tal como él y Natasha habían ido tras otros amantes durante su matrimonio. Se preguntó por qué lo habrían hecho. Aquel comportamiento había dañado irremediablemente su relación. Y aun así, parecía dispuesto a embarcarse en el mismo proceso con aquella mujer que no conocía, poniendo en peligro la prometedora situación a la que había llegado con Holly. Quizás aquella distracción apartaría a Crane y a Neame de sus pensamientos. Y en ese caso... sería mejor olvidarse. El libro era más importante. Pero descubrió que quería seguir charlando con aquella mujer, ver adónde los llevaba la conversación.

—Un antiguo novio me pasó *El maestro y Margarita* cuando estaba en Oxford —dijo Warner, apartándose un paso del Volkswagen. Apenas la separaba de Gaddis un

metro—. De hecho, creo que en su trabajo de curso plagió la mayor parte de su libro.

—Oxford tiene un buen departamento de ruso —dijo Gaddis, tomando nota de la mención de pasada a un antiguo amante—. No la vi nunca por allí.

—Acababa de empezar. A tiempo parcial. Me gradué en junio.

—¿Y no ha podido mantenerse alejada de archivos y bibliotecas?

—Algo así.

En los siguientes minutos tuvo lugar una conversación tan banal como predecible. Gaddis dijo que se dirigía a Shepherd's Bush, y Josephine Warner, aprovechando el pie que le daba, dejó caer que vivía «a la vuelta de la esquina», en Chiswick. Gaddis se las arregló para proponer tomar una copa alguna noche y Warner aceptó con entusiasmo y otra mirada invitadora. Le dio su número de teléfono y le pidió el de él. Era el primer baile, un paso en el camino que abría una posibilidad de seducción, y ambas partes representaron sus papeles con la perfección que daba la práctica.

Gaddis dejó que pasaran cuarenta y ocho horas antes de telefonarla para ir a tomar algo. Josephine pareció alegrarse de oírle, y propuso que fueran a cenar. Él sugirió un restaurante en Brackenbury Village y, tres noches después, estaban sentados en una mesa con velas dando cuenta de una botella de Givry. A Gaddis le sorprendió la franqueza de la conversación casi desde el primer momento.

—Digamos que mi vida amorosa es complicada —dijo Josephine antes incluso de que hubieran pedido la comida, y Gaddis se sintió obligado a confesar que él también había «estado viendo a alguien durante el último mes o así». Era evidente que se estaban tomando mutuamente las medidas. Gaddis no era de los que creen que es imposible la amistad platónica entre un hombre y una mujer, pero a la vez era lo bastante realista para darse cuenta de que él y Josephine no se habían citado solo por el placer de hablar de archivos históricos. Ella no dejó de flirtear discretamente toda la noche, y él le devolvió los flirteos, haciendo todo lo posible para que hubiera una segunda cita. Según fue avanzando la cena, empezó a pensar que aquello parecía demasiado bueno para ser cierto: ella era ingeniosa, divertida y aguda, y capaz de conversar con interés sobre aparentemente cualquier cosa, desde el críquet a Tolstói, de Seinfeld a Graham Greene. También era increíblemente atractiva, pero parecía carecer de vanidad, no era nada creída. De vez en cuando, como si captara la atracción que despertaba en Gaddis, se las arreglaba para recordarle que existía un novio más o menos permanente en algún lugar en el escenario de su vida, pero aquellos recordatorios solo sirvieron para convencer a Gaddis de que estaba buscando una forma de escapar de aquella relación.

—Me ha pedido dos veces que me case con él —dijo mientras enrollaba los espaguetis en el tenedor.

—¿Y sigues contestándole que no?

—Sigo diciéndole que necesito más tiempo.

Josephine le preguntó por qué había terminado su matrimonio, tema que él había evitado con Holly durante mucho tiempo, pero había algo en el espíritu franco y

confiado de Josephine que lo animó a desahogarse.

—No estábamos hechos para el matrimonio, ninguno de los dos —dijo—. Fue como meternos en una jaula, rodeados de límites que no estábamos preparados para respetar.

—¿Le fuiste infiel?

—Lo fuimos ambos —dijo, y agradeció que Josephine desviase el tema hacia Min.

—¿Dijiste que tu hija vive en Barcelona?

—Sí. Con su madre. Y el novio de ella, que hago todo lo posible por...

—¿Torturar?

Gaddis sonrió.

—Tolerar.

—Pero es complicado.

—Llegados a cierto punto, todo resulta complicado, ¿no crees?

Pidieron otra botella de vino y Gaddis habló de lo frustrado que se sentía por perderse los años de formación de Min. Dijo que intentaba ir a España «al menos una vez al mes», pero que era muy difícil que Min fuera a Londres porque todavía era muy pequeña para poder volar sin ir acompañada por un adulto. Comentó que de vez en cuando se encontraba alguno de sus juguetes debajo del sofá o un calcetín suelto al fondo del cesto de la ropa sucia. Habría añadido también que algunas noches se acurrucaba en la cama de Min y lloraba en la almohada, pero aquella era una confidencia más apropiada para una quinta o sexta cita. No tenía sentido echar a perder la imagen de hombre maduro y civilizado que intentaba proyectar.

Les trajeron el postre y finalmente empezaron a hablar de la investigación de Gaddis en Kew. Fue el único momento en la velada en que Gaddis se vio obligado a mentir descaradamente; dijo que estaba preparando una conferencia sobre las actividades del NKVD durante la Segunda Guerra Mundial. Lo que había descubierto sobre Edward Crane era un secreto que no podía compartir con nadie, y desde luego no se lo iba a revelar a Josephine Warner. Mencionó que su investigación quizá le obligase a ir a Berlín.

—Allí tengo un contacto con el que me gustaría hablar.

—¿Alguien que trabajó para los rusos durante la guerra?

—Así es.

Josephine alisó la servilleta que tenía en el regazo.

—Mi hermana vive en Berlín.

—¿De verdad?

—Sí. Se mudó allí hace dos años. Aún no la he visitado.

Gaddis levantó la mirada del plato. Se dio cuenta, con una mezcla de sorpresa y satisfacción, de que Josephine le estaba dando pie para que la invitara a ir a Alemania.

—Quizá debería hacerle una visita si va por allí —dijo de pasada.

—Es una buscalíos —replicó Josephine, y Gaddis estuvo seguro de haber visto en sus ojos un chispazo de celos.

Pero aquel fue el punto culminante de los flirteos de aquella velada. Para cuando dieron las once, Gaddis había pagado la cuenta, habían ido andando en dirección norte hacia Goldhawk Road, y allí cambió por completo el comportamiento de Josephine. En cuestión de segundos paró un taxi, quizá consciente de que ambos estaban un poco bebidos, se sentían ligeramente atraídos el uno al otro y, en otras circunstancias, podrían haber sucumbido fácilmente a unos cuantos jugueteos de última hora.

—Me lo he pasado muy bien —dijo, le dio a Gaddis un beso rápido en la mejilla y se metió en el taxi.

—Yo también —respondió él, un poco sorprendido por la rapidez con que Josephine había cortado por lo sano cualquier posibilidad romántica por aquella noche. Dedujo que regresaba a la «complicada» vida amorosa que había mencionado al principio de la cena.

—Me tengo que levantar a las cinco —dijo ella. Cuando el taxi arrancó en dirección a Chiswick, le hizo un gesto de despedida con la mano por la ventanilla trasera.

Gaddis había tenido antes citas como aquella, y se preguntó si volvería a verla. Josephine le había prometido buscar alguna foto de Edward Crane en Kew, pero aquella noche habían cruzado la línea entre lo personal y lo profesional, y sospechó que le pasaría la tarea a algún compañero para evitarse complicaciones innecesarias. O quizás estaba siendo demasiado pesimista, pero hubo algo en el comportamiento de Josephine mientras se alejaban del restaurante que parecía eliminar la posibilidad de una relación. A lo largo de la cena se había mostrado indudablemente seductora y había dejado caer indirectas que podían dar pie a otras citas: cine, comidas, incluso Berlín. Pero aquella ligereza desapareció en cuanto él pagó la cuenta. Una pena, porque le había caído bien.

Según iba andando hacia su casa a través de un entramado de calles residenciales poco iluminadas, Gaddis se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que una mujer le causó un efecto como el que le había causado Josephine Warner.

Dos días después, al principio del siguiente trimestre en el UCL, Gaddis estaba revisando el correo cuando se tropezó con un sobre de color manila de tamaño folio y matasellos griego.

En el interior encontró una nota de Charles Crane escrita a mano en un papel con monograma.

Fue una maravillosa sorpresa hablar con usted por teléfono ayer. He encontrado un par de fotografías del tío Eddie. Una es de cuando la guerra, y la otra se tomó en Berkshire, en casa de mi madre, a finales de los setenta, o quizás en 1980 o en 1981. Si no recuerdo mal, Eddie se acababa de retirar del Foreign Office y estaba a punto de ocupar su puesto en el consejo de dirección del Deutsche Bank, en Berlín Occidental.

¿Le importaría devolvérmelas a la dirección de arriba cuando ya no las necesite? Se lo agradeceré muchísimo.

Gaddis sacó las fotos, rompiendo un poco el sobre en su entusiasmo por verlas. Por fin iba a ponerle el ojo encima a Edward Crane.

La de la guerra era un retrato formal, en blanco y negro, de un soldado con uniforme. La habían montado en un ajado marco de cartón gris, e iba firmada y fechada, «1942», con tinta azul casi ilegible. Crane tenía poco más de treinta años, la expresión sombría y el pelo muy negro cuidadosamente peinado con raya a un lado y engominado. No era el rostro que Gaddis esperaba. En su imaginación, Crane era menos imponente físicamente, alguien delgado y de aire astuto, quizás incluso ligeramente amanerado. Aquel Crane era un tipo duro, fornido, de aire agresivo. Costaba pensar que el hombre de la fotografía poseyera la perspicacia suficiente para engañar a los servicios de inteligencia a ambos lados del Telón de Acero durante más de cincuenta años. Y ¿por qué de uniforme? En la época en que se habría hecho la foto, Crane debería de estar trabajando en el MI5, en el contraespionaje, pasándole a Theodore Maly nombres de desertores soviéticos en potencia. Gaddis llegó a la conclusión de que quizás usaba el uniforme cuando era el ayudante de Cairncross en Bletchley.

La segunda fotografía era una polaroid tomada de cerca en un jardín inglés en un día soleado y húmedo. Seguía llevando el pelo cuidadosamente acicalado, pero más ralo y blanco como la tiza. Le recordó a las fotografías del viejo W. H. Auden: la piel de la cara era curtida y morena, y le colgaba en el cuello. Calvin Somers había dicho que su piel parecía demasiado sana para alguien que sufría de cáncer de páncreas terminal, pero quizá se había referido al color y la textura del rostro de Crane más que a un presunto aire juvenil. Tenía la nariz enrojecida, quizá por la bebida o quizá por el sol, Gaddis no podía adivinarlo, y mostraba una sonrisa amplia y llena de energía. En aquella segunda foto sí que se podía apreciar el atractivo de un maestro de espías. Aquello tranquilizó a Gaddis. Esa imagen se ajustaba más a la que se había formado en su mente. Por añadidura disipó cualquier duda que le quedase en cuanto a que Crane y Neame fueran la misma persona. No resultaba difícil imaginarse al hombre

de la foto como una figura patriarcal mientras se hacía pasar por un banquero en Berlín. Pero al mismo tiempo, aquel rostro poseía un toque bohemio: sus ojos traicionaban una vena salvaje que rozaba la excentricidad. Gaddis no podía imaginarse qué secretos se esconderían detrás de aquella mirada, cinco décadas de engaños y contraengaños que culminaban en el misterio de Dresden.

Gaddis ignoraba que Charles Crane no existía. El hombre con quien él había hablado por teléfono era Alistair Chapman, un compañero de sir John Brennan en la época en que el jefe del Servicio Secreto de Inteligencia era un agente de rango intermedio que operaba en Viena durante la Guerra Fría. Chapman había permitido que el MI6 redireccionara un número telefónico de Atenas a su propio número en Londres, y aceptó hacerse pasar por el sobrino de Crane como un favor personal a Brennan. Al Jefe le había encantado su actuación.

—Gracias, Alistair —le dijo a Chapman cuando habló con él aquella tarde—. Dudo que hayamos usado un señuelo más distinguido en toda la historia del Servicio.

Las fotografías que el presunto Charles Crane le había enviado a Gaddis eran las de un antiguo agente del MI6 llamado Anthony Kitto que había muerto en 1983. Brennan se había limitado a sacarlas de un archivo y meterlas en el sobre. Gaddis, por supuesto, no había sospechado nada, y de hecho había tomado nota mental de escribirle a Crane una carta dándole las gracias.

Después siguió mirando el correo. Tenía una carta de un colega estadounidense, una postal de la Sagrada Familia de Gaudí que le había mandado Min y, al fondo de la pila, un extracto bancario de Barclays. Tenía por costumbre tirar a la papelera el correo procedente de los bancos a los que debía dinero, pero en aquella ocasión echó un vistazo al saldo y se sorprendió al descubrir que estaba en mejores condiciones de lo que esperaba. Un mes después de haberle entregado a Somers el pagaré de dos mil libras, nadie lo había hecho efectivo. Ya habían pasado dos semanas desde el día en que Somers habría podido presentarlo en el banco.

Gaddis se vio en un dilema. Podía cruzar los dedos y esperar que Somers se hubiera olvidado del pagaré, pero le parecía muy improbable que alguien tan codicioso y manipulador se olvidase sin más de que estaba sentado encima de dos mil libras. Le resultaba más fácil imaginar que Somers había perdido el pagaré, y que dentro de tres o cuatro semanas aparecería pidiendo el dinero. Lo último que Gaddis necesitaba era alguien que se presentase pidiéndole dos mil libras en la víspera de las Navidades. Para entonces, cualquier cheque que se firmase iba a ser rechazado casi con toda seguridad. Buscó en la agenda de su móvil el número del hospital Mount Vernon y llamó al despacho de Somers.

Desviaron su llamada a la centralita. Gaddis estuvo bastante seguro de que la mujer que respondió era la misma recepcionista aburrida e impaciente que se lo había quitado de encima en septiembre.

—¿Me puede pasar con Calvin Somers, por favor? Parece que tengo algún problema para llamar directamente a su número.

Oyó una inspiración profunda. Definitivamente, se trataba de la misma mujer. Parecía que le molestaba incluso aquella petición tan sencilla.

—¿Me puede decir quién llama, por favor?

—Sam Gaddis. Es una llamada personal.

—¿Puede aguardar un momento?

Antes siquiera de que Gaddis pudiera contestar «por supuesto», la línea quedó muda. Se encontró sosteniendo el receptor preguntándose si se habría cortado la llamada. Entonces, cuando estaba a punto de colgar y volver a llamar, un hombre cogió el teléfono y carraspeó.

—¿Señor Gaddis?

—Sí.

—¿Busca a Calvin?

—Así es.

Gaddis se encontró ante el tipo de pausa incómoda que presagia malas noticias.

—¿Puedo preguntar qué relación tenía con él?

—No estoy seguro de entender la pregunta. —Gaddis supo instintivamente que algo iba mal, y lamentó sonar puntilloso—. Calvin me estaba ayudando en una investigación para una tesis académica. Soy profesor en el UCL. ¿Ha ocurrido algo?

—Lamento mucho tener que decirle que Calvin se vio envuelto en un horrible incidente. Lo asaltaron cuando iba a su casa desde el trabajo. Con gran violencia. Me sorprende que no se haya enterado por la prensa. La policía lo considera un homicidio.

Gaddis estaba en el mismo lugar en que se había enterado de la muerte de Charlotte, pero en esta ocasión su reacción fue muy diferente. Colgó el teléfono, se giró hacia la estantería llena de libros que cubría un lado de su atestado despacho y experimentó un sentimiento de terror puro. Permaneció inmóvil un buen rato: su cerebro conmocionado intentaba negar la lógica implacable de lo que le habían comunicado. Si Calvin Somers había sido asesinado, era muy probable que las mismas personas hubieran matado a Charlotte. Aquello significaba que su propia vida estaba en peligro, así como las de Neame y Ludmilla Tretiak. Gaddis se dio cuenta de que empezaba a pensar en sí mismo en tercera persona, como una entidad diferente y separada de su propia existencia. Era una especie de truco mental, un impulso atávico con el que intentaba negar la certeza de su situación. Pero se trataba de una certeza inevitable. Quienquiera que hubiese matado a Somers, era muy probable que ahora dirigiera su atención hacia él.

Siguió mirando sin ver hacia la estantería. Sus ojos saltaban del lomo de un libro a otro. ¿Debería acudir a la policía? ¿Podía afirmar que Charlotte había sido asesinada? ¿Quién le iba a creer? No existía ninguna indicación de que hubiera habido algo turbio en Hampstead. Charlotte tenía un corazón débil y su estilo de vida era poco sano. Eso era todo. Además, la habían incinerado. Era demasiado tarde para una autopsia. Gaddis ignoraba por qué habían matado a Somers y quién había sido el ejecutor. Apostaba por los servicios de inteligencia rusos, pero ¿por qué matar a alguien solo porque sabía que la muerte de Edward Crane había sido un montaje del MI6? Quizás estuvieran implicados los británicos, pero ¿serían capaces de matar a un conciudadano solo por infringir los términos de la Ley de Secretos Oficiales? No parecía muy probable.

Intentó despejar sus pensamientos. Ser lógico. Hecho: los espías rusos estaban eliminando sistemáticamente cualquier conexión con ATILA. Pero si ese era el motivo, ¿por qué le habían concedido un visado turístico pocos días antes en la embajada en Londres, sin hacerle preguntas, y le habían permitido pasar en la aduana del aeropuerto de Sheremetyevo? Aquel pensamiento lo tranquilizó por un instante, hasta que cayó en la cuenta de que era muy posible que el FSB le hubiera dejado volar a Rusia a propósito, para seguirle mientras estaba en Moscú e identificar a sus contactos. Si aquello era cierto, los había llevado directamente hasta Ludmilla. Se apartó de la estantería, abrió la ventana del despacho, inspiró una bocanada de aire húmedo y contempló el cielo negro, que presagiaba la lluvia. Tenía la impresión de que no le quedaban opciones. La conspiración era demasiado vasta; los principales implicados, o bien estaban muertos o bien fuera de su alcance. ¿Había alguien con quien pudiera hablar, que fuera capaz de arrojar algo de luz sobre la situación?

Neame.

Gaddis cogió su chaqueta y la bolsa, cerró el despacho y fue en metro hasta

Waterloo. Llamó a Peter desde una cabina cerca de la taquilla, pero seguía sin contestar. El tren de las 11.39 a Winchester estaba en el andén seis, al lado del tren a Guildford, que salía cinco minutos después. Esperando que fuera una táctica adecuada para quitarse de encima a posibles seguidores, Gaddis subió al tren de Guildford, se sentó en uno de los asientos plegables de al lado de la puerta automática, y después cruzó rápidamente el andén a las 11.38 y subió al tren de Winchester. No fue capaz de determinar si lo seguían o no, pero el tren arrancó treinta segundos después, y Gaddis se recostó en el asiento con la súbita comprensión de que su vida estaba a punto de convertirse en una espiral de evasión y engaños para la cual no estaba preparado ni de lejos.

Una hora más tarde llamó de nuevo a Peter desde una cabina fuera de la estación de Winchester. Aquella vez, descolgó el teléfono. El sonido de su voz fue para Gaddis el primer golpe de suerte que había tenido en semanas.

—¿Peter? Soy Sam. Necesito ver a nuestro amigo. De inmediato.

—Ahora te llamo.

La línea quedó en silencio. Gaddis se encontró como abandonado en una cabina que apestaba a orín y a gente sin lavar. Abrió la puerta para dejar entrar el aire fresco de la calle. Mientras esperaba con la espalda apoyada en el cristal avejentado y empañado por el tiempo, se dio cuenta de que ya no seguía a Crane por el dinero. Aquello había dejado de tener que ver con la pensión a su mujer o con los impuestos o con las facturas del colegio. Era ya una cuestión de supervivencia. Si la información que contendría el libro no pasaba a ser de dominio público, era hombre muerto.

Sonó el teléfono. Gaddis descolgó antes de que finalizase el primer timbrazo.

—¿Sam?

—Sí.

—Hoy no es posible. Me temo que el viejo no se encuentra muy bien. Un catarro.

En otras circunstancias, Gaddis se habría mostrado cortés y habría ofrecido sus condolencias; pero no en aquel momento. Insistió y levantó la voz para recalcarle a Peter lo importante que era que viese a Neame.

—No me importa que no se encuentre bien. Cuando oiga lo que debo decirle se alegrará de tener solo un resfriado, créeme.

—Me temo que quizá sea más que eso. —Peter estaba alterando su historia—. También tiene fiebre. Está en cama y no puede salir de casa.

—¿Y dónde está esa casa?

—Me temo que no puedo decírselo.

—Entonces dígame otra cosa: ¿por qué han matado a Calvin Somers?

—¿Calvin quién?

—Da igual. —No tenía sentido discutir con el guardián de Neame, por mucho que a Gaddis le hubiera gustado ventilar su enfado. En vez de eso, le preguntó si tenía un bolígrafo.

—Sí.

—Escriba esto: dígale a Tom que Calvin Somers ha sido asesinado. —Deletreó el nombre—. Charlotte Berg también fue asesinada. Al paso que van las cosas, Tom puede ser el siguiente.

—Joder. —Fue la primera vez que Gaddis vio perder la calma a Peter—. No estará guiando a esa gente hasta nosotros, ¿verdad, Sam?

Gaddis hizo caso omiso de la pregunta.

—Hay algo más —dijo—. El mismísimo Sergei Platov le ha exigido a Ludmilla Tretiak —volvió a deletrear el nombre— que no hable de ATILA con nadie. Es casi seguro que Tretiak está bajo vigilancia del FSB. Tiene algo que ver con la época que Crane pasó en Dresden, pero no estoy seguro de en qué consiste. Pregúntele a Tom si en las memorias de Crane hay algo sobre sus actividades en Alemania Oriental a finales de los ochenta. Alguien ha limpiado intencionadamente el disco duro de Charlotte. Alguien sabía que iba tras Crane. Dígale todo eso.

—Creo que es algo que debería decirle usted en persona —replicó Peter, y por un momento, Gaddis pensó que le había hecho bajar la guardia lo bastante para que le organizase una reunión. Pero sufrió una decepción—. Pero no creo que Tom esté en condiciones durante un par de días. ¿Podría venir por aquí este fin de semana?

—Este fin de semana iré a Berlín —respondió Gaddis. Lo había decidido en el tren. Cargaría el precio del viaje en la tarjeta de crédito. Benedict Meisner era la última oportunidad que le quedaba de lograr algún avance—. ¿El lunes?

—El lunes —confirmó Peter—. Vaya a la catedral a las once. Le prometo que estaremos allí.

Ahora Gaddis tenía que jugársela.

¿Había alguna posibilidad de que los rusos lo hubiera vinculado con Calvin? ¿Era el siguiente en el punto de mira? Si Moscú había pinchado las llamadas de Calvin, si había puesto micrófonos en su despacho de Mount Vernon o analizado su correo electrónico, la respuesta era casi con toda certeza que sí. Si su propia actividad en Internet había estado sujeta a vigilancia, ya por el FSB, ya por el GCHQ, su infinidad de búsquedas de información sobre Edward Crane habría sin duda disparado alguna alarma, y provocado alguna reacción.

Era menos probable que los espías rusos o británicos lo hubieran relacionado con la investigación de Charlotte. Habían discutido el tema del libro de Cambridge en la cena en Hampstead, cierto, pero no habían hablado de ello por teléfono ni habían cruzado mensajes después de aquella noche. Ocurría lo mismo con Ludmilla Tretiak: Gaddis había tenido buen cuidado de no dejar rastros telefónicos o de correo electrónico antes de su visita. A menos que el FSB lo hubiera dejado ir a Moscú para seguir sus movimientos, su encuentro con Tretiak debería haber pasado desapercibido.

Había otros factores que jugaban a su favor. Habían matado a Somers hacía más de dos semanas. Charlotte llevaba muerta un mes. Si los rusos tenían intención de ir a por él, ya lo habrían hecho. Mientras permaneciese alerta y evitase futuras referencias a Crane o a ATILA en sus ordenadores y al teléfono, probablemente estaría a salvo.

¿Sería seguro ir a casa? Joder, ¿estaría Min en peligro en Barcelona? Aquel pensamiento, más que cualquier amenaza a su propia seguridad, hizo que a Gaddis lo invadiera un sentimiento de absoluta indefensión. Y aun así ¿qué podía hacer? Si quisieran ir a por Min o a por Natasha, no les costaría ningún trabajo. Si querían silenciarle, podían golpear cuando quisieran. Daba igual que fuera a un hotel, que durmiera en el piso de Holly o que emigrara a Karachi, en Pakistán. El FSB lo encontraría antes o después. Además, no iba a consentir que un puñado de gánsteres lo echara de su propia casa. Sería cobardía pura y simple. Prefería quedarse y hacerles frente. Rendirse sería otra forma de suicidio. Nunca sería capaz de volver a su vida anterior mientras la gente que había matado a Charlotte y a Somers siguiera suelta. ¿Qué pensaría Min de él, si no? ¿Qué pensaría de un padre que había huido?

Pasaron unas cuantas horas, y Gaddis se permitió pensar que quizás estaba reaccionando de forma exagerada. Después de todo existía la posibilidad de que Charlotte hubiera muerto por causas naturales. En cuanto a Somers, no era la primera vez ni sería la última que acuchillaban a alguien en Londres. Podría ser que Calvin hubiera estado en el lugar inadecuado en el momento inoportuno. Era cierto que la coincidencia entre ambas muertes era inquietante, ambas tan recientes y tan cercanas, pero Gaddis no tenía pruebas de que algo oliese mal, aparte de la idea de que el gobierno ruso estaba liquidando a cualquiera que tuviera relación con ATILA.

Luego ocurrió algo que lo tranquilizó aún más. Se conectó en un cibercafé de Uxbridge Road para reservar un billete de avión a Berlín, y descubrió con consternación que Ludmilla Tretiak se había puesto en contacto con él en la dirección de correo que le había dado cuando fue a Moscú.

El mensaje había ido a parar a la carpeta de *spam*, quizá porque estaba escrito en ruso.

Estimado doctor Gaddis:

Le envió este mensaje desde el ordenador de una amiga usando también su dirección de correo, por lo que espero que no lo descubran. Me alegré de hablar con usted el otro día cuando nos conocimos. Creo que debo agradecerle que me mostrase nueva información relativa a la muerte de mi esposo.

Ahora estoy en posición de ayudarlo. Quizá sepa que Robert Wilkinson era el jefe del MI6 en Berlín en la época en que mi esposo trabajaba en Alemania Oriental. Fiodor lo conocía también con el alias de Dominic Ulvert. No sé si esto le puede servir de algo, pero usted me preguntó quién más en Berlín podría haber conocido al señor Edward Crane, y me parece muy probable que ese hombre hubiera estado en contacto con el agente más importante de la inteligencia británica que operaba en Berlín en aquella época.

En este momento no se me ocurre nada más que pueda serle de ayuda. Pero en Moscú vi lo muy interesado que estaba en resolver este misterio, y su entusiasmo me conmovió.

Podía tratarse de una trampa, por supuesto: un intento del FSB para atraerlo a una reunión con un antiguo agente del MI6 que en realidad no existía. Pero el tono ligeramente disperso del mensaje le sonaba a Tretiak, lo que además le daba la esperanza de que estuviera ilesa.

Volvió a mirar la pantalla. Sacó un papel del bolsillo del pantalón y apuntó los nombres «Robert Wilkinson» y «Dominic Ulvert». Intentó recordar si los había visto alguna vez, en los archivos de Charlotte o en las cajas de documentos que le había dado Holly. Pero no podía estar seguro. Sabía que corría riesgos al confiar en Tretiak, y que su optimismo natural era tanto un punto fuerte como una debilidad en momentos como aquel, pero no podía ignorar lo que le había dicho. Aquella información pedía a gritos que la investigara. Como mínimo, podía pedirle a Josephine Warner que buscara aquellos nombres en los archivos del Foreign Office. ¿Qué problema podría haber?

Una hora más tarde, la llamó desde una cabina en Uxbridge Road.

—¿Josephine?

—¡Sam! Qué casualidad, estaba pensando en ti.

—Pensando bien, espero —dijo—. ¿Cómo van las cosas en Kew?

Intercambiaron cortesías por unos momentos, pero Gaddis no estaba de humor para charlas intrascendentes. Quería asegurarse la ayuda de Josephine para buscar información.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Claro.

—Cuando vuelvas al trabajo, ¿puedes mirar si en los registros del Foreign Office aparece un diplomático llamado Robert Wilkinson? Si no está, prueba con Dominic

Ulvert. Me interesa cualquier cosa que encuentres. Cartas, actas de reuniones en las que participasen, conferencias a las que asistiesen... Cualquier cosa.

Era solo la segunda vez que hablaban desde la cena en Brackenbury Village, y Gaddis se daba cuenta de que sus modales habían sido demasiado directos y formales. Le sorprendió que Josephine le propusiera que volvieran a verse.

—Puedo echar un vistazo —contestó ella—. De hecho, ¿por qué no quedamos otra vez para cenar? Esta vez invito yo. Si encuentro los documentos que buscas puedo llevarte una copia.

—Sería muy amable por tu parte.

Y de repente, Gaddis no recordó el extraño comportamiento de Josephine en Goldhawk Road, sino su cara iluminada por las velas al otro lado de la mesa, y su mirada prometedora.

—Me temo que este fin de semana voy a estar ocupada —dijo ella—. Si estás por aquí, la semana que viene me viene mucho mejor.

—¿Y eso? ¿Qué haces este fin de semana?

—Bueno, gracias a ti he tomado una decisión.

—¿Gracias a mí?

—Hiciste que me sintiera culpable por no visitar a mi hermana, así que me autoinvité a pasar unos días. Mañana salgo para Berlín.

Gaddis le dio vueltas a esa coincidencia.

—Es increíble. Justo esta tarde he comprado un billete a Berlín. Estaremos allí al mismo tiempo.

—¿Estás de broma? —Josephine pareció verdaderamente entusiasmada ante la perspectiva; quizá su «complicado» novio no estaba invitado al viaje—. Entonces veámonos allí. Hagamos algo el fin de semana.

—Me encantaría.

Gaddis le dijo dónde se alojaría («un Novotel cerca del Tiergarten»), y acordaron cenar el sábado.

No podía creer en su suerte.

Cuarenta minutos antes, Tanya Acocella había recibido una nota en la que le informaban de que el doctor Sam Gaddis (ahora conocido con el nombre clave OSO POLAR porque, según había comentado Brennan, «no tardaría en extinguirse») había entrado en un cibercafé en Uxbridge Road y reservado en easyJet un billete de ida y vuelta para Berlín. Saldría del aeropuerto de Londres Luton a las 8.35 de la mañana del viernes, y regresaría dos días después. Había cargado el coste en su Mastercard y había reservado alojamiento para dos noches en un Novotel junto al Tiergarten que formaba parte de una oferta de la aerolínea. Tanya se preguntó por qué Gaddis estaría usando un ordenador público en vez del pecé de su casa en Shepherd's Bush, y llegó a la conclusión de que empezaba a ser consciente de que podían estarlo vigilando debido a su interés en ATILA.

Mientras el sol empezaba a ponerse tras lo que había sido un día despejado en Londres, Tanya telefoneó a sir John Brennan.

—¿Los nombres Robert Wilkinson y Dominic Ulvert significan algo para usted en el contexto de ATILA?

Brennan acababa de salir de la pista de *squash* de Vauxhall Cross y estaba empapado de sudor. Le pidió a Tanya que repitiera los nombres, y cuando ella lo hizo, maldijo tan alto que lo oyó hasta la mujer de la limpieza desde el vestuario femenino.

—¿De dónde cojones está sacando Gaddis la información? —masculló—. Reúnase conmigo en el patio en media hora.

Mientras Brennan se duchaba y se ponía un traje gris, Tanya realizó una búsqueda de Wilkinson y Ulvert y se encontró con el mismo acceso restringido que había sido el resultado de sus anteriores búsquedas de Crane y Neame. Alguien, en alguna parte, parecía que intentaba impedirle hacer su trabajo. Fue lo primero que le dijo a Brennan cuando se encontró con él en el patio. Brennan había cerrado la puerta de acceso al edificio, y se encontraban a solas en un lugar habitualmente poblado por fumadores. Nadie osaría molestar al Jefe en aquellas circunstancias.

—Discúlpeme por decirlo, señor, pero creo que hay unas cuantas cosas que no me ha contado sobre ATILA.

Brennan echó una ojeada a las piernas de Tanya. Mientras jugaba al *squash* se había dado un tirón en un brazo.

—Quizás hay unas cuantas cosas que no me está contando usted —replicó, volviéndose. No le hacía gracia que Acocella criticase sus métodos—. La última vez que hablamos, me dijo que Gaddis estaba investigando al maldito Harold Wilson. Y ahora, por algún motivo, ha dado con Robert Wilkinson.

—Como usted dijo, señor, AGINCOURT era una pérdida de tiempo.

—De acuerdo, de acuerdo. —El humor de Brennan cambió bruscamente. Mientras se vestía supo que tendría que sincerarse sobre ciertos aspectos del asunto

ATILA. No podía esperar que Tanya fuera muy eficaz si tenía una mano atada a la espalda—. Quizá debí explicarle algunas cosas desde el principio.

Tanya se sorprendió de que Brennan cediese tan fácilmente.

—Bob Wilkinson era el jefe de operaciones en Berlín cuando cayó el Muro. Había estado operando en Alemania Oriental casi una década. Ulvert era uno de sus alias. En 1992, el FSB intentó asesinarlo aquí en Londres. El atentado fracasó, pero Bob emigró a Nueva Zelanda con la intención de alejarse lo máximo posible de su antigua vida.

—¿Por qué quería matarle el FSB?

—Por su relación con ATILA. —Tanya estudió con atención el rostro de Brennan mientras lo escuchaba; aún tenía la impresión de que se reservaba algo—. A los rusos les avergonzaba que los hubiéramos engañado durante tanto tiempo, así que decidieron quitar de en medio a todos los que estuvieron en contacto con Crane.

—¿A todos? ¿No es un buen montón de gente? Crane estuvo en activo casi cincuenta años.

Brennan comprendía su sorpresa pero, por razones que esperaba que ella nunca descubriera, no podía sincerarse más.

—Las víctimas solían ser veteranos que habían estado en contacto directo con Crane en los ochenta —dijo, desviando la pregunta—. Por ejemplo, un agente del KGB llamado Fiodor Tretiak había sido el contacto de ATILA en Alemania Oriental desde 1984. Lo mataron en 1992 cuando regresaba a su piso en San Petersburgo. A Bob Wilkinson le pusieron una bomba en el coche, en Fulham, y solo sobrevivió porque había adquirido la costumbre de comprobar sistemáticamente su vehículo; era un recuerdo de sus tiempos en Irlanda del Norte. Poco después emigró a Auckland, dejando un nubarrón tras él, si he de ser sincero. No ha vuelto a hablar con nadie del Servicio en más de diez años, y es muy poco probable que eso cambie.

—¿Qué clase de nubarrón?

Brennan le dio la respuesta en voz muy baja, hasta el punto de que casi se la llevó el viento. Tanya tuvo que acercarse un paso, y se preguntó por qué seguía siendo tan hermético. Bajó la mirada y se dio cuenta de que uno de los immaculados zapatos de Brennan mostraba marcas de rozaduras, como si alguien hubiera frotado la punta con un cepillo metálico.

—Bob creía que no hicimos lo suficiente por protegerlo. —Brennan parecía genuinamente arrepentido mientras narraba el incidente—. Opinaba que las medidas que se tomaron para garantizar la seguridad de Edward Crane tendrían que haberse aplicado también a él.

—¿Qué medidas?

Brennan sonrió al recordar su éxito como Douglas Henderson.

—Organicé el fallecimiento de Eddie por causas naturales.

El principal temor de Tanya había sido siempre el de pertenecer a una organización capaz de recurrir al asesinato con tanta facilidad como al engaño. Pero

había malinterpretado lo que Brennan le estaba explicando. Él se apresuró a tranquilizarla con un gesto de disculpa.

—No, no. No tiene por qué alarmarse. —Tanya asintió, pero jamás se había sentido tan incómoda en los cinco años que llevaba trabajando para el SIS—. Eddie ya había cumplido los setenta. Como usted misma ha dicho, había servido lealmente durante décadas. Se había ganado una jubilación tranquila, así que hice que lo llevaran a un hospital de Paddington, unté unas cuantas palmas con suficiente dinero y, mire por dónde, murió de cáncer de páncreas en febrero de 1992.

—¿Una de esas palmas pertenecía a un tal Meisner?

Brennan vaciló durante una fracción de segundo.

—Meisner, sí. —Tanya lo observaba con gran atención. ¿Qué estaría callándose? —. Era el médico de guardia la noche que llevamos a Crane al hospital. ¿Cómo sabe su nombre?

—Gaddis lo menciona en una de las cintas de vigilancia. —Era curioso: en aquel instante sentía más lealtad hacia Gaddis que hacia su propio jefe. Tanya sabía que le estaba mintiendo, y ello la irritaba profundamente—. Es evidente que va a Berlín para verlo.

—Quizá debería vigilarle mientras está allá —sugirió Brennan.

—Ya lo he organizado. —Tanya saboreó la expresión de sorpresa en el rostro de Brennan—. Vuelo a Berlín mañana. Y tendré preparado un equipo de vigilancia.

Había sido un buen golpe, no había discusión posible. Brennan asintió aprobadoramente. Tanya aprovechó para intentar sacarle más información.

—¿Y Crane? —preguntó.

—¿Qué pasa con él?

—¿Dónde está ahora? ¿Dónde fue? ¿Qué pasó después del hospital?

Brennan miró hacia la puerta. Era la cuestión para la que todo el mundo quería una respuesta.

—Eddie vive cerca de Winchester —respondió, sabiendo que solo era cuestión de tiempo que Tanya lo descubriese por su cuenta—. Siento no haber podido decírselo antes. Después de Paddington le proporcionamos una nueva identidad. Puede encontrarlo en la residencia Meredith, en Headbourne Worthy. Ahora usa el nombre de Thomas Neame.

Gaddis se había dado cuenta de que no tenía sentido llamar a la puerta de Benedict Meisner. Recordó el mensaje que este le había enviado a Charlotte, amenazándola con emprender acciones legales si seguía insistiendo en que él había tenido algo que ver con la falsa muerte de Edward Crane. Si Gaddis aparecía en Berlín y hacía la misma acusación, lo más probable es que Meisner le diera con la puerta en las narices o, peor aún, que llamase a la policía.

Así que necesitaba un plan de ataque más sutil. Encontró en Internet los datos de la clínica de Meisner y telefoneó desde un teléfono público del UCL. La recepcionista hablaba un inglés impecable, y Gaddis preguntó si podía arreglar una cita en viernes por la tarde.

—Por supuesto, señor. Pero para mañana no quedan muchas horas libres. Puedo ofrecerle una consulta a las cuatro en punto. ¿Le conviene?

Gaddis aceptó, dio el número de su hotel en Berlín y se preguntó qué historia podría usar como tapadera. «Me cuesta dormir, doctor. ¿Tiene alguna cura para la paranoia?». A la mañana siguiente se levantó a las cinco, condujo por la M1, dejó su Volkswagen en un aparcamiento a menos de cinco kilómetros del aeropuerto de Luton y tomó el vuelo de easyJet de las 8.35 con destino a Berlín-Schönefeld. Al llegar compró un billete de dos euros en el autobús 171, que salía desde el aeropuerto y circulaba a paso de tortuga por un entramado de zonas residenciales bien cuidadas pobladas por alemanes de la tercera edad. El autobús se detuvo quizá treinta o cuarenta veces por el camino, pero por fin llegó a la Hermannplatz, donde Gaddis entró en el U-Bahn, el metro de Berlín, para ir hasta la parada del Tiergarten. El Novotel estaba justo al otro lado de la calle, frente a la salida del metro. Se trataba de un hotel para ejecutivos, con vestíbulo de piedra pulida, recepcionistas trilingües y hombres de negocios que mataban el tiempo entre reuniones en un bar tenuemente iluminado. En condiciones normales, Gaddis habría buscado un alojamiento más acorde con él: algún negocio familiar de doce habitaciones como mucho, un lugar con algo de carácter y encanto. Pero en aquella ocasión agradeció la impersonalidad del Novotel, la habitación impecable de la tercera planta y la televisión de plasma plana que ofrecía películas de pago y la CNN. Le hacía sentirse tranquilizadamente anónimo.

Tenía un par de horas libres hasta la cita con Meisner y decidió dar un paseo por los tranquilos y estrechos senderos del Tiergarten. Después fue en paralelo al tráfico de la Strasse des 17 Juni, sobrepasó Siegestsäule y el monumento a Bismarck y se dirigió hacia el este, en línea recta, hasta la Puerta de Brandeburgo. Aunque sabía que no tenía la más mínima posibilidad de dar esquinazo a un vigilante de los británicos o de los rusos, intentó averiguar al menos si lo habían seguido desde Londres. En Luton, por ejemplo, había observado a los otros pasajeros en la sala de espera, y después había buscado algún rostro familiar en el 171 para ver si alguno lo seguía en

Berlín. En el Novotel, antes de dar comienzo a su paseo, había salido directamente por la puerta principal, esperado ante el aparcamiento cosa de diez segundos, girado sobre sus talones y regresado al vestíbulo en un intento de identificar a un hipotético perseguidor. Era consciente de que no eran más que trucos de aficionado aprendidos en las películas y las novelas, pero en ningún momento tuvo la impresión de que lo seguían. De hecho, conforme pasaban las horas y los días, Gaddis había empezado a creer que su interés por ATILA había pasado completamente desapercibido.

Todo ello era, por supuesto, un elogio a la habilidad del agente del MI6 que había viajado sentado cinco filas por detrás de él en el vuelo de easyJet y después había seguido al autobús 171 en un coche alquilado que lo estaba esperando en el aeropuerto. Ralph, un agente de unos treinta y tantos años que habitualmente operaba para el MI5 en Londres, había ocupado también una habitación en el Novotel, y en aquel momento seguía a pie a OSO POLAR mientras Gaddis se dirigía a la Puerta de Brandeburgo. A unos doscientos metros tras él, en una bicicleta alquilada, lo secundaba otra artista del seguimiento conocida como Katie, que había volado a Berlín con Tanya Acocella veinticuatro horas antes. El tercer miembro del equipo de vigilancia, alias Des, aguardaba en un Audi en Hofjägerallee, a la espera de instrucciones adicionales por parte de Tanya. La misma Tanya se había instalado en un piso alquilado por el MI6 a unos ochocientos metros de la embajada británica, en Wilhelmstrasse. Sabía que OSO POLAR planeaba reunirse con Meisner, pero aún no sabía dónde tendría lugar el encuentro ni a qué hora sería.

Gaddis no había estado en Berlín desde 1983, cuando era un estudiante que observaba por encima del Muro de Berlín a los guardias fronterizos de Alemania Oriental mientras intentaban mitigar su aburrimiento. Al pensar en el tiempo transcurrido desde entonces, Gaddis se sintió ligeramente melancólico, y pasó cinco largos minutos bajo la Puerta de Brandeburgo, meditando en cómo había cambiado la ciudad en el último cuarto de siglo. En un momento dado apretó las palmas de las manos contra la piedra labrada durante unos largos instantes de remembranza sentimental que hicieron que Ralph se subiera por las paredes.

—Está haciendo cosas raras bajo la Puerta —le dijo a Tanya por el móvil—. Parece como si se estuviera haciendo estiramientos. Quizá sea una señal.

—Mantén la posición —respondió Tanya—. Veamos si aparece alguien.

Pero nadie apareció. Finalmente, OSO POLAR echó a andar hacia el Reichstag, pareció desanimarse al ver la cola de turistas que esperaba para echar una ojeada a la cúpula de Norman Foster, y desanduvo el camino y pasó otro cuarto de hora en el lado sur de la Puerta de Brandeburgo, paseando por el Monumento del Holocausto.

—No lo pierdas ahí —le advirtió Tanya a Ralph. Sabía que el monumento era un laberinto de veinte mil metros cuadrados de bloques de hormigón, algunos de hasta cinco metros de altura. Allí Gaddis podría esfumarse rápidamente. Estaba segura de que estaba usando tácticas de aficionado (como el pequeño baile de trenes en el andén de Waterloo Station), y desde luego no estaba fuera de sus capacidades el

haber organizado un encuentro con Meisner en el centro del monumento, donde sería muy difícil que los escucharan.

Entre tanto, Katie había ido en bicicleta hasta la esquina de Ebertstrasse y Hannah-Arendtstrasse, en el lado sureste del monumento, partiendo de la base de que OSO POLAR saldría antes o después y acabaría yendo hacia el sur, en dirección a Checkpoint Charlie, el famoso paso fronterizo del Muro de Berlín.

—Creo que está haciendo turismo —dijo. Tanya y Ralph acabaron compartiendo aquella opinión cuando vieron que OSO POLAR asomaba la cabeza por encima de un bloque a seis o siete metros de la calle. Poco después Gaddis salió a Hannah-Arendtstrasse, encendió un cigarrillo y caminó hacia el este, hacia Friedrichstrasse, donde se detuvo al lado de un buzón y miró a su alrededor.

—Es evidente que está buscando un taxi —comunicó Ralph, y Tanya ordenó al Audi que se mantuviera a doscientos metros de distancia. Ralph buscó un taxi también.

—Ya empieza —dijo Tanya—. No lo perdáis.

No lo perdieron. El Audi llegó en menos de tres minutos y se mantuvo detrás de OSO POLAR todo el trayecto hasta Prenzlauerberg, un barrio de moda del antiguo Berlín Oriental donde la élite bohemia de la ciudad compraba sus discos de vinilo y tomaba sus cafés. Ralph consiguió un taxi dos minutos después que Gaddis, pero recibió instrucciones de retirarse después de que Des le asegurase que «la situación está bajo lo que me gusta denominar control». A las 15.46 vieron a Gaddis pagar al taxista y aparecer en Schönhauser Allee.

—Está a una manzana del despacho de Meisner —dijo Tanya tras consultar un plano de Berlín. Ella había visitado el lugar a las nueve en punto de la noche anterior—. Veamos si podemos hacer funcionar su teléfono.

El único problema en potencia era el móvil de OSO POLAR. Gaddis se lo había dejado dos días antes en su despacho del UCL, y un técnico del MI6 había podido instalar un programa que convertía el teléfono en un micrófono activado por control remoto. El dispositivo había funcionado con éxito una vez, cuando Ralph lo había puesto a prueba desde un coche aparcado ante la casa de Gaddis, pero las cosas siempre resultaban más complicadas en el extranjero. Además, la clínica de Meisner estaba en un tercer piso. Conseguir una señal nítida desde el Audi iba a ser cuestión de una mezcla de habilidad y suerte.

Gaddis había llegado a la entrada. Una placa en el exterior anunciaba:

BENEDICT MEISNER
AKUPUNKTUR HOMÖOPATHIE WIRBELSÄULEN UND GELENK THERAPIE

Aquello era un misterio. ¿Cómo era posible que un médico experimentado acabara practicando acupuntura y homeopatía en Berlín? ¿Lo habrían expulsado de la profesión? Gaddis miró el reloj y se dio cuenta de que faltaban diez minutos para la cita. Tiempo suficiente para telefonar a Josephine Warner.

—Ha sacado el teléfono —anunció Des.

Josephine contestó la llamada con un entusiasmo a tono con las circunstancias.

—¡Sam! ¿Has llegado ya?

—*Ja* —respondió Gaddis en un alemán de opereta, lamentando de inmediato la broma—. ¿Qué tal con tu hermana?

Josephine bajó la voz hasta un susurro cómplice.

—Me está poniendo de los nervios. Acabo de recordar por qué no vengo nunca a visitarla.

Gaddis sonrió.

—Entonces ¿podré convencerte de que la abandones mañana por la noche a la hora de cenar?

—Definitivamente, podrás. —Josephine ya empezaba a flirtear con él y, ¿quién sabía?, quizá podría plantearse la idea de compartir el lecho en el tercer piso del Tiergarten Novotel después de la cena.

—Conozco un sitio —dijo Gaddis; había buscado en Internet restaurantes decentes en Berlín y había reservado mesa para dos (por si acaso) en el café Jacques, en Neukölln.

Al cabo de un momento habían concretado hora y lugar, y Gaddis colgó. Llamó al timbre de la clínica de Meisner. Des se apresuró a activar el dispositivo de escucha en el móvil de OSO POLAR, y poco después, Tanya Acocella oía cómo Gaddis se presentaba a la recepcionista.

—*Guten Tag* —dijo—. Pido disculpas, no hablo alemán.

—No hay problema, señor.

—Tengo una cita con el doctor Meisner a las cuatro.

Para alivio de Tanya, el sonido era de primera calidad. Estaba escuchando la conversación por unos auriculares y la oía como si estuviera en la habitación de al lado. La recepcionista le pidió a Gaddis que rellenase un formulario («son solo algunos datos personales y médicos, por favor»), y oyó el suspiro de Gaddis al sentarse en un sillón, un pequeño chasquido cuando buscó un bolígrafo en el bolsillo interior de la chaqueta, y el roce del papel mientras rellenaba el formulario.

Tres minutos después sonó un teléfono en la sala de espera. La recepcionista descolgó y luego invitó a Gaddis a «pasar adelante ahora» al despacho de Meisner. Gaddis le fue a devolver el formulario, pero la recepcionista le dijo que lo conservara y «por favor entréguéselo al doctor». Tanya intentó imaginar a Gaddis mientras cruzaba la puerta que daba al despacho y estrechaba la mano de Meisner. Se preguntó qué diablos planeaba decirle.

—¡Vaya! ¡Los dos somos doctores!

Meisner hablaba con marcado acento alemán y sonaba animado y entusiasta.

—En efecto. —La voz de Gaddis tenía un tono más neutro, más nervioso—. Aunque en materias distintas. Yo no intento salvar vidas a diario.

A Tanya le gustó que empleara esa táctica de adulación. Gaddis estaba

ablandándolo.

—Oh, yo ya no salvo vidas, doctor. Me limito a aliviar el dolor. ¿Cuál es su materia, concretamente?

—Soy profesor en el University College de Londres.

—¡Ah! ¡El UCL! Siéntese, por favor, siéntese.

Un resoplido de un cojín cuando Gaddis se sentó en el sillón. Tanya lo escuchó mientras explicaba que era profesor de Historia de Rusia en el Departamento de Estudios Eslovacos y de Europa del Este. Meisner no dejaba de repetir «*Ja, Ja*» y parecía enormemente interesado en cualquier cosa que dijera Gaddis.

—¿De veras? ¿Eso es cierto? Fascinante. Yo viví en Londres hace algún tiempo.

—¿Sí? ¿Por dónde andaba?

—En la zona de Hampstead. Trabajé unos cuantos años en el hospital St. Mary, en Paddington. ¿Lo conoce?

—Lo conozco, sí.

Aquella era, por supuesto, una oportunidad para OSO POLAR, y Tanya se preguntó si la aprovecharía. En una conversación de aquel tipo era mejor mostrar las cartas cuanto antes en vez de intentar crear una confianza que acabaría siendo destruida al surgir la verdad.

—De hecho, ese es el motivo por el que he venido.

Iba a lanzarse. Tanya oyó que Meisner decía: «Lo siento, creo que no entiendo», y sintió un vuelco en el estómago. Se apretó los auriculares contra los oídos.

—Me temo que he venido usando una excusa falsa, doctor.

—Una excusa falsa...

Meisner sonaba confundido, a la defensiva. Gaddis prosiguió:

—No tengo ningún problema médico. No quiero un tratamiento. Quiero hablar con usted del hospital de St. Mary. Sé que no me habría recibido si le hubiera dicho con antelación quién soy y para qué vengo.

Tanya intentó imaginar la reacción de Meisner. Usaba gafas de concha sobre unos ojos vivaces y expresivos, y su rostro ancho y bronceado mostraba simpatía y modestia. Se produjo un largo silencio. Alguien soltó un bufido. Oyó un golpeteo y supuso que Meisner estaba tableteando con los dedos en la mesa.

—Usted estuvo en contacto con una amiga mía —dijo Gaddis.

—Charlotte Berg —replicó Meisner de inmediato. Su bonhomía profesional se había desvanecido por completo—. Debo pedirle que se marche de inmediato.

Tanya oyó el sonido de una silla al arrastrarse por el suelo. Meisner se había puesto de pie.

—Por favor, tan solo escúcheme —dijo Gaddis—. He venido para advertirle. Mi visita solo busca su seguridad.

—No me haga perder la paciencia, doctor Gaddis. ¿Quiere que llame a la policía? Prefiero que se marche civilizadamente, pero no dudaré en...

—Charlotte Berg ha muerto. —OSO POLAR aguantaba el tipo—. Muy

probablemente la mataron los servicios de inteligencia rusos.

A aquello siguió un silencio tan largo que Tanya se preguntó si el micrófono habría dejado de funcionar. Estaba a punto de llamar a Des cuando Meisner respondió:

—Y ¿por qué debe preocuparme eso?

—¿Recuerda a Calvin Somers?

—Como le dije a la señorita Berg, no conozco a nadie con ese nombre, y si insiste en seguir insinuando cosas así, no dudaré en denunciarlo por libelo.

—Somers también está muerto —respondió Gaddis con el tono de amenaza preciso—. Fue asesinado. Muy probablemente también por los servicios de inteligencia rusos.

Tanya oyó que Meisner bufaba, y después hubo un silencio. Gaddis lo rompió:

—No necesito decirle que solo quedan con vida el conserje y usted.

—¿El conserje?

—Waldemar. Lucy Forman murió en un accidente de tráfico en 2001. —Aquel último dato hizo que Meisner se hundiera de nuevo en su asiento. Tanya se preguntó si alguno de los dos hombres sabría que Waldemar había muerto en Cracovia en 1999—. No sé si el accidente fue fortuito o provocado. Lo único que le digo es que debería vigilar sus espaldas.

—No es eso lo que me dice, doctor.

Gaddis le concedió el punto.

—Tiene razón. También necesito su ayuda. Quizá sabe cosas que pueden ayudar a mantenernos con vida a ambos.

Otro silencio. Tanya se rascó la nariz.

—¿Mantiene algún vínculo con Douglas Henderson? —preguntó Gaddis con un tono más conciliador—. ¿Sabe que su nombre auténtico es sir John Brennan y que ahora es el jefe del servicio de inteligencia británico?

«Cuidado, Sam —pensó Tanya—. No reveles demasiados secretos nuestros».

—No lo sabía —respondió Meisner. Tenía la garganta seca, y luego sonó como si hubiera bebido un trago de agua.

—El hombre cuya falsa muerte orquestaron se llamaba Edward Crane. Era un agente doble del MI6. Los rusos lo querían muerto, así que Brennan les hizo creer que murió de cáncer.

—Siempre quise saber la respuesta a esa cuestión —dijo Meisner en voz baja.

Gaddis insistió un poco más:

—¿Recuerda algo sobre Crane? ¿El MI6 le dio alguna pista de lo que pasaría después? ¿Le pidieron que hiciera algo parecido en algún otro momento?

—Por supuesto que no.

—¿Qué sabe de ATILA? ¿Oyó mencionar ese nombre a alguien? ¿Alguien, aparte de Charlotte Berg, ha hablado con usted de lo ocurrido en 1992?

—Usted es la primera persona con la que hablo de aquello.

Sin verle los ojos, Tanya no podía saber si Meisner mentía, pero la respuesta había sonado sincera.

—Entonces ¿por qué cree que han matado a Somers? ¿Por qué cree que los rusos han matado a Charlotte?

Meisner dejó escapar una risa ahogada.

—Doctor Gaddis, me parece que usted debería saber la respuesta a esas preguntas. Yo no sé nada más. No he hecho nada malo. El MI6 me pagó para que mantuviera la boca cerrada, y he mantenido la boca cerrada. Firmé el formulario de la Ley de Secretos Oficiales igual que hace mucho tiempo firmé el juramento hipocrático. Esas cosas significan algo para mí. Mi reputación es importante. Si Benedict Meisner firma algo, si hace una promesa, la mantiene. Ya sé que no es un concepto muy de moda, pero para mí resulta esencial.

Se produjo otro silencio. Los auriculares habían hecho vacío alrededor de las orejas de Tanya, y se los aflojó por un instante. Sintió el sudor en las sienes.

—¿Qué sabe de Thomas Neame? —preguntó Gaddis—. ¿Significa algo para usted ese nombre?

Tanya casi pudo oír cómo Meisner negaba con la cabeza.

—Nunca lo he oído. ¿Quién es?

Tanya maldijo entre dientes y recordó la conversación en el patio de Vauxhall Cross. Le había dicho a Brennan que Gaddis descubriría antes o después que Neame era el sexto hombre. «Exacto —había replicado el Jefe—. Y cuando lo descubra, justo en ese instante será cuando intervengamos». Se había enfurecido ante aquel engaño; la humillaba que su jefe le hubiera encargado seguirle la pista a Gaddis sin proporcionarle primero la pieza de información más esencial relacionada con aquella operación. «Solo se sabe lo que se necesita saber, me temo —le había contestado él, intentando suavizar el golpe con una de sus sonrisas aduladoras—. Únicamente un puñado de personas en todo el mundo sabe qué ha sido de Edward Crane. Ahora es una de ellas».

Gaddis estaba haciendo algo en su asiento. Tanya oyó lo que parecía el roce de una tela y se preguntó si se estaría quitando la chaqueta. Pero de repente el sonido llegó con mucha más claridad, y comprendió que OSO POLAR había sacado el teléfono.

—Tengo una fotografía suya —estaba diciendo. Tanya sumó dos más dos mientras Gaddis buscaba entre las imágenes del teléfono—. ¿Ha visto alguna vez a este hombre?

Esperó. No podía hacer absolutamente nada para impedir lo que estaba a punto de ocurrir. Oyó a Meisner levantándose de la silla y luego el ruido del teléfono al cambiar de manos por encima de la mesa. Y el sonido que produjo Meisner al ver la fotografía de Neame fue exactamente lo que Tanya había esperado: un jadeo de incredulidad.

—Pero, este hombre... —le dijo a Gaddis—. Este es el hombre que ingresaron en

el hospital. La persona que aparece en esta fotografía no es ese Thomas Neame que dice. La persona que aparece en esta fotografía es Edward Crane.

El haber sospechado durante un breve período que Neame y Crane eran la misma persona fue para Gaddis un pequeño consuelo, pero de todas formas se sintió humillado y bastante abatido: aquel embustero lo había embaucado absolutamente. Se figuró que no existían las supuestas memorias. Y no existían porque Thomas Neame era la historia en sí. Había estado hablando con el sexto hombre todo el tiempo, pero había sido demasiado estúpido y codicioso para darse cuenta. El sentimiento no era muy diferente a la sensación de vacío creada por la traición de un amigo o tras ser manipulado por un ambicioso colega de profesión. Se sentía humillado, sí, pero también furioso. Gaddis siempre intentaba pensar lo mejor de la gente, aceptar su palabra y confiar en que la decencia triunfaba al final. Por supuesto, era bastante ingenuo al pensar así y creer que en el fondo todo el mundo era bueno. Tendría que haberse dado cuenta de lo que tramaba Crane. Ese hombre, al igual que Philby, se había pasado la vida representando una intrincada farsa. Crane no tenía una personalidad sino una colección de máscaras, y cuando se desprendía de una la sustituía por otra. Neame no era más que la última de una larga serie de vidas que había llevado en paralelo, un papel que Crane interpretaba tanto para su diversión como para ocultar su identidad real. En su juventud había fingido ante el gobierno británico que era un servidor de la Corona dedicado y leal, y durante todo ese tiempo había estado pasando secretos al NKVD. Después había cambiado fríamente sus lealtades, y desde entonces había convencido a Moscú de que su corazón pertenecía a la Madre Rusia. Cada posición era el reflejo de la otra, la misma ideología vista en un espejo. Edward Crane no tenía país; solo era fiel a sí mismo.

Viéndolo desde aquella perspectiva, a Gaddis le pareció perfectamente lógico que Crane hubiera decidido contar la historia de ATILA utilizando otra máscara, mostrar su verdadera personalidad habría sido contrario a su naturaleza. Un espía necesitaba una tapadera, un alias. Además, engañar a Gaddis representaba todo un desafío intelectual que Crane disfrutaría. Sin duda se habría sentido increíblemente satisfecho al conseguir que un profesor universitario que se consideraba a sí mismo líder en su campo se hubiera tragado aquella historia. ¿Entraría en sus planes sincerarse en algún momento, o tenía la intención de irse a la tumba como Thomas Neame y llevarse consigo el último de los secretos? Lo segundo parecía más que probable, ¿por qué iba a abandonar la costumbre de toda una vida?

—OSO POLAR parece bastante cabreado —informó Des mientras seguía a pie a Gaddis después de que este saliera de la clínica de Meisner. El médico había aceptado reunirse con él a las ocho en punto, en una cafetería cercana a su piso, en Kreuzberg —. Quienquiera que sea ese Edward Crane, ha puesto a nuestro hombre de muy mal humor.

A doscientos metros, Nikolai Doronin vigilaba también la clínica de Meisner, aunque apenas prestó atención a Gaddis cuando salió a la calle a las cuatro y media,

suponiendo erróneamente que aquel tipo de metro ochenta con chaqueta de pana era uno de los ocupantes de los pisos de lujo de la cuarta y quinta plantas. Tampoco se fijó en Des cuando este salió de un Audi A4 azul oscuro aparcado en la esquina de Schönhauser Allee, siguió a Gaddis y entró tras él en la estación de metro de Eberswalder Strasse. Doronin solo estaba interesado en Benedict Meisner. Llevaba cuarenta y ocho horas vigilando al doctor. Había averiguado que vivía solo, tomado nota de su rutina diaria, calculado aproximadamente su fuerza física y valorado la resistencia que podría oponer a un ataque violento. Considerando el conjunto, Doronin había llegado a la conclusión de que lo más práctico sería emplear una estrategia como la que ya había tenido éxito con Charlotte Berg. Al igual que Alexander Grek se había colado en el despacho de aquella, Doronin entraría en el piso de Meisner, echaría diez miligramos de fluoroacetato de sodio en la botella de agua que Meisner tenía al lado de la cama y regresaría a Londres en el siguiente vuelo regular desde Tegel.

Doronin no había planeado ejecutar su plan hasta el día siguiente, pero después de seguir a Meisner hasta su piso en Reichenberger Strasse y esperar fuera durante una hora, vio que el doctor salía de casa a las ocho menos diez con un traje diferente y un ejemplar de *Der Spiegel*. Estaba claro que iba a cenar fuera. Por si acaso, Doronin lo siguió por Liegnitzer Strasse hasta su cafetería favorita, que estaba a menos de cien metros, en la esquina de Paul-Lincke-Ufer. Meisner se sentó en una mesa de la terraza, echó una ojeada al menú y pidió una cerveza. Aquello le daba a Doronin una oportunidad. Tenía ganas de volver a Londres para poder pasar al menos parte del fin de semana con su hijo. Si podía cerrar aquella noche la operación Meisner, podría estar de vuelta en su piso de Kensington al día siguiente a la hora de comer.

Y por ello, no llegó a ver al hombre de metro ochenta con chaqueta de pana y una cartera de cuero cuando se apeó de un taxi en Liegnitzer Strasse. Apenas tres minutos después de que hubiera dado media vuelta y marchado en dirección al piso de Meisner, Sam Gaddis apareció, vio al médico y se sentó a su mesa.

Los miembros de la inteligencia británica, por otro lado, iban por delante. Como sabían que Meisner y Gaddis se habían citado en la cafetería, Katie y Ralph habían tomado posición en la terraza, habían pedido dos cuencos enormes de sopa de cebolla, se cogían de la mano de vez en cuando para mantener su tapadera y esperaron a que apareciera OSO POLAR. Tanya estaba sentada en el asiento delantero del Audi aparcado ante el piso de Meisner, en la acera de enfrente, y desde allí les estaba enviando un mensaje de texto. Para su fastidio, OSO POLAR se había dejado el móvil en el Novotel, lo que significaba que a Tanya le era imposible escuchar su conversación con Meisner.

La cafetería estaba llena de familias de la zona. Incluso a las ocho de la tarde, había madres jóvenes que daban el pecho a sus bebés en el frío aire otoñal, y padres primerizos que jugaban con niños pequeños sentados en las rodillas. El servicio era lento. Gaddis pasó cinco minutos sentado con Meisner antes de que la camarera, una

hippie entrada en años, se dignase a aparecer para tomarles nota. Gaddis pidió un café.

—¿Café? ¿En serio? —le preguntó un incrédulo Meisner—. ¿A estas horas?

Gaddis explicó que había sido un día muy largo («me he levantado a las cinco») y se puso a estudiar el menú. La cafetería servía el tipo de comida que Gaddis aborrecía: guisos modernos, sopas de alubias, ensaladas de tofú aderezadas con guisantes y piñones. Habría matado por un chuletón.

—¿Qué diablos es un *bio-bratwurst*? —preguntó, pero el médico se limitó a mirarlo inexpresivamente a través de sus gafas de concha. Tenía el aire distraído de alguien que había decidido aceptar las consecuencias de sus errores del pasado. Gaddis echó un vistazo a los platos que había en las mesas vecinas: tenía que haber algo que mereciera la pena comer. A un lado, dos escandinavos malnutridos picoteaban delicadamente una ensalada de rúcula; sobre la mesa colgaba una hilera de luces suspendidas entre dos castaños. Al otro lado, una joven pareja cogida de la mano, británicos a juzgar por su ropa, daba cuenta de dos cuencos grandes de sopa de cebolla.

Gaddis se quedó helado.

Había visto antes a la mujer: aquella tarde, en el lado sur del Monumento del Holocausto, apoyada en una bicicleta y mirando por encima de él en dirección al Reichstag. Se había fijado en ella porque llevaba un abrigo amarillo idéntico al que Holly se puso una vez que fueron al cine. Miró la silla de al lado de la joven. En efecto: vio el abrigo colgado del respaldo.

¿Lo estarían vigilando? En ese momento llegó el café que había pedido. Gaddis agradeció la distracción, pues le permitió desviar su atención. En el platillo del café le habían servido un *macaroon*, un pequeño dulce de almendra, y se lo comió intentando comportarse de forma natural.

—Maldita sea —dijo Meisner.

—¿Qué ocurre?

—Me he olvidado el tabaco. —El médico rebuscaba en sus bolsillos y tanteaba en el interior de la chaqueta—. ¿Le importa esperar mientras subo un momento a casa? Es justo a la vuelta de la esquina, vuelvo en un par de minutos.

Gaddis se preguntó si aquello sería parte de la operación de vigilancia, de algún plan organizado. ¿Estaría conchabado Meisner con los británicos? Gaddis estaba a punto de ofrecerle su tabaco cuando se dio cuenta de que aquello le proporcionaba una oportunidad para abandonar la cafetería.

—¿Puedo serle sincero?

Meisner frunció el ceño.

—¿Perdón?

—¿Le importaría que cenásemos en otro sitio?

—¿Tiene frío? Dentro tienen mantas.

—No, no es el frío. Es que preferiría que acabásemos las bebidas, fuésemos a por

su tabaco y luego a cenar a otro sitio.

Meisner se dio cuenta de repente de hacia dónde iba a parar Gaddis. Su expresión se crispó. Habló en voz baja, con tono de nerviosismo:

—¿Cree que es posible que...?

—Sí —lo interrumpió Gaddis—. Creo que es más que posible.

Se levantaron de inmediato. Gaddis se bebió el café de un trago, dejó un billete de diez euros sujeto bajo la azucarera y abandonó la terraza seguido por Meisner. Cuando habían avanzado cincuenta metros por Liegnitzer, se volvió y vio que el hombre que había estado sentado con la joven del abrigo amarillo cruzaba la calle detrás de ellos, hablando por el móvil.

—Creo que OSO POLAR nos ha descubierto —le decía Ralph a Tanya. Se moría de vergüenza y mascullaba de pura rabia—. Joder. Va hacia ti. Parece que van al piso de Meisner.

—Vamos a mi casa y veremos qué hacemos —iba musitando Meisner. A Gaddis le preocupó la velocidad con que el ánimo de su acompañante derivaba hacia el pánico—. ¿Por qué me ha echado a esta gente encima? Todo me iba bien en Berlín hasta que apareció usted.

Gaddis miró de nuevo hacia atrás pero no vio a nadie siguiéndolos. Una parte de él quería regresar a la cafetería y enfrentarse a la pareja de la mesa. ¿Quiénes eran? ¿Quién los había enviado? Estaba seguro de que no lo habían seguido desde Shönefeld, pero habría sido muy fácil rastrear sus movimientos a través de sus tarjetas de crédito, o incluso fijar la señal de su teléfono móvil. Pero se le había olvidado en el Novotel. ¿Cómo lo habían encontrado?

Meisner dobló a la izquierda en el extremo norte de Liegnitzer y entró en Reichenberger Strasse, una amplia calle residencial que en aquel momento estaba en semipenumbra. A un lado de la calle, a no más de quince metros de los dos hombres, Tanya estaba oculta dentro del Audi aparcado. Vio a Meisner buscando sus llaves y a Gaddis siguiéndolo al interior del edificio. Ambos parecían nerviosos. No había habido tiempo para instalar dispositivos de vigilancia audiovisual en el piso de Meisner, así que cualquier cosa que ocurriese entre ellos, cualquier cosa de la que hablasen, quedaría entre ellos.

El edificio era un bloque de pisos del siglo XIX restaurado, con dos viviendas por planta. Hacia la mitad de la escalera se cruzaron con una adolescente gótica vestida con vaqueros desgarrados y una cazadora de cuero negro. La joven no prestó ninguna atención a Meisner y mantuvo la cabeza gacha al cruzarse con Gaddis, y siguió bajando la escalera con pasos ruidosos. Al llegar a la segunda planta, Meisner metió la llave en la cerradura, abrió la puerta de su piso y entró.

Algo le hizo detenerse en el umbral, y Gaddis se tropezó con él. Alzó la mirada. Tras la puerta había aparecido un arma que apuntaba al lado izquierdo de la cabeza de Meisner. En el mismo instante en que la vio, el arma disparó, casi sin hacer ruido, y el espejo de marco dorado del lado derecho del pasillo quedó cubierto de tejido

cerebral. Gaddis, instintivamente, cargó con todo su peso sobre la puerta, abriéndola. Meisner se desplomó delante de él. Gaddis sintió que alguien bloqueaba la puerta por el otro lado y empujó con más fuerza. Un hombre maldijo en ruso, y Gaddis vio que la pistola caía al pasillo.

Tendría que haber echado a correr. Habría sido lo más inteligente. Tendría que haber cerrado la puerta y bajado la escalera a toda velocidad. Pero el cadáver de Meisner le cortaba el paso. Aterrorizado ante la posibilidad de que el ruso recuperase el arma, Gaddis saltó al interior del piso. Oyó que a su espalda se levantaba el hombre que había disparado a Meisner, pero le dio tiempo a coger el arma del suelo, girarse y apuntar el cañón al cuerpo de su atacante. El ruso se abalanzó hacia él, y Gaddis disparó.

La bala acertó a Nikolai Doronin en el lado derecho del pecho, justo debajo del omóplato. Dejó escapar un jadeo de dolor y cayó al suelo, mirando a Gaddis con los ojos desorbitados. Gaddis aún tenía el dedo en el gatillo y volvió a disparar, en esta ocasión por puro pánico. La segunda bala atravesó el cuello del ruso y se oyó un chasquido seco, como si el proyectil hubiera impactado en la pared o en el marco de la puerta. Gaddis no había disparado un arma desde los diecisiete años, cuando tiraba al blanco en los campos en Escocia, y quedó asombrado ante el poder desatado, ante la simplicidad de lo que había hecho. Bajó la mirada al cañón y vio que tenía ensamblado un silenciador. Por eso no había habido ruido. Lo único que podía oír era el sonido de su propia respiración: jadeaba como si hubiera subido la escalera corriendo. Miró hacia la puerta. Había sangre en las paredes, sangre en el pasillo. Meisner no se movía. El ruso gemía y se arrastraba alejándose de Gaddis, y al final se detuvo acurrucado en posición fetal pegado a la pared.

Se tendría que haber quedado allí. Gaddis se dio cuenta de ello más tarde. Pero en aquel momento, aún en shock tras lo que había visto y hecho, solo quería salir del edificio, alejarse el máximo posible de aquel lugar. Caminó hacia Meisner y descubrió con horror que le faltaba todo el lado izquierdo de la cabeza: estaba contemplando el cerebro de un hombre y no era más que unas cuantas hebras de tejido y pelo ensangrentado. Estuvo a punto de vomitar en el suelo. No miró al ruso. Sabía que no tendría valor para dispararle de nuevo y no se atrevía a comprobar si aún estaba vivo. ¿Había matado a un hombre aquella noche? Debería haber llamado a la policía. Debería haber avisado a algún vecino. Pero en vez de eso, Gaddis echó a correr, bajó los escalones de tres en tres y salió a la calle.

Tanya estuvo a punto de saltar cuando le vio salir. Supo de inmediato que algo había ido mal. Era como si una ráfaga de viento lo hubiera empujado a la calle. Le vio echar a correr Reichenberger adelante, aparentemente sin dirección ni propósito. Arrancó el motor y lo siguió en primera.

Gaddis se dio cuenta de la presencia del Audi cuando se había alejado unos trescientos metros del piso de Meisner. Solo podía tratarse de los rusos, pensó: los cómplices del hombre al que había disparado. Lo seguían y tenían la intención de

rematar el trabajo. Sus pensamientos eran un torbellino. Se sentía enfermo a causa del miedo y de los remordimientos por lo que acababa de hacer. Deseó haber conservado el arma del ruso, pero se dio cuenta de que la había dejado caer junto al cadáver de Meisner cuando miraba sus heridas. Miró hacia atrás. El Audi estaba a cincuenta metros. ¿Por qué lo seguía tan lentamente? ¿Quizá no intentaban matarle? Se detuvo y se giró, invadido súbitamente por el deseo de hacerles frente. Dos paseantes avanzaban por el otro lado de la calle. ¿Se atreverían a matarle ante testigos?

—¡Sam!

La voz de una mujer, un grito en la noche. Alguien conocía su nombre. Aquello no tenía sentido. Gaddis bajó a la calzada.

El coche se detuvo de inmediato. Gaddis estaba parado ante él, cegado por los faros. Entrecerró los ojos y levantó una mano para protegerse del resplandor, y cuando pudo ver con más claridad, se quedó absolutamente estupefacto al descubrir a Josephine Warner tras el volante.

—Sube —le dijo Tanya.

—¿Qué ha pasado, Sam? ¡Cuéntamelo!

Gaddis la miraba fijamente, aplastado contra el asiento mientras Tanya aceleraba por Reichenberger.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ocurre?

—No soy quien crees —dijo Tanya—. Dime qué ha ocurrido. —Se volvió a mirarle—. Tienes la chaqueta manchada de sangre. ¿Dónde está Meisner?

—Meisner está muerto. —Gaddis supo que ella era del MI6. Ahora le resultaba evidente: el engaño en Kew, la cena, la coincidencia de los viajes a Berlín. Deseó haber seguido corriendo—. Le pegaron un tiro. Acabo de matar a un hombre. ¿Qué mierda está pasando? ¿Qué haces aquí?

—Me llamo Tanya Acocella. Soy una agente del Servicio Secreto de Inteligencia. Te hemos estado siguiendo debido a tu investigación sobre Edward Crane. Lo siento, era necesario que fingiera ser otra persona. Intenta concentrarte, por favor. ¿Qué es eso de que acabas de matar a un hombre?

Oír aquella confesión fue casi un alivio. Al menos ahora sabía a qué se enfrentaba. Gaddis le contó lo que había pasado, y mientras hablaba se dio cuenta de que su vida y su carrera habían quedado arruinadas por lo que acababa de hacer.

—Había alguien en el piso —dijo—. Un ruso. Quizás el mismo hombre que mató a Charlotte. Quizás el mismo hombre que mató a Calvin. ¿Sabes quién es esa gente? ¿Sabes de qué hablo?

—Sé de qué hablas. —Tanya tenía la mirada fija en la calle.

—Volvimos a su piso a por su tabaco. —Gaddis quería estar dentro del coche y fuera del coche. Quería que aquella mujer lo protegiera y quería estar tan lejos de ella como fuera posible—. Había un hombre escondido detrás de la puerta. Debía de estar esperando a Meisner. Quizá lo sorprendimos. No sé qué estaba haciendo allí. Le disparó en cuanto cruzó la puerta.

—¿Llevas un arma?

Tanya giró rápidamente a la izquierda en un semáforo en verde, en una rotonda vacía. No entendía cómo era posible que OSO POLAR hubiera salido con vida.

—Pues claro que no llevo una puta arma. Di un empujón a la puerta y se le cayó. No esperaba a dos personas. La pistola cayó delante de mí. La cogí porque no podía hacer nada más. Me volví y disparé. Creo que lo he matado.

—Joder, Sam.

A Gaddis no le gustó que usara su nombre con tanta familiaridad. Crane se la jugó, y ahora se la había jugado Josephine Warner, la mujer que (¡Joder!) había tenido la esperanza de llevarse a la cama al día siguiente.

—Mira —dijo Tanya, volviéndose hacia él—, ¿entiendes lo que te ha pasado?

Gaddis se movió en el asiento, consciente de que estaba empapado en sudor. Se miró la chaqueta y vio gotas de sangre en la manga. Se sentía encerrado, atrapado, y

lo asaltó una intensa necesidad de arrancar el volante de las manos de la mujer y hacer que el coche se estrellara contra un quiosco a un lado de la calle.

—Debería ir a la policía —dijo, intentando conservar la calma—. Para el coche.

—Me temo que no puedo. —Usó los limpiaparabrisas para limpiar el polvo del cristal—. Si vas a la policía, Crane quedará expuesto. No lo podemos permitir. Las autoridades alemanas empezarán a encajar las piezas muy deprisa. Quienquiera que sea el hombre al que has matado, es casi seguro que trabaja para el gobierno de Platov. Tengo que sacarte de Berlín y llevarte de vuelta a Londres.

Gaddis se miró la manga otra vez. Las luces de la calle hacían brillar la sangre.

—¿Cómo se supone que voy a salir de Berlín? —dijo—. Hay huellas dactilares en la pistola. Me crucé con una chica en la escalera. Me han visto con Meisner en la cafetería. La policía tendrá mi descripción antes de veinticuatro horas. Lo único que puedo hacer es decirles la verdad. Por qué me reuní con Meisner, por qué estaba en Berlín, por qué lo querían muerto los rusos...

—Imposible.

A pesar de su confusión, sabía por qué Tanya le estaba poniendo obstáculos. El MI6 quería encubrirlo todo. Nadie debía saber lo de Crane, lo de ATILA, lo de Dresden.

—¿Por qué? Dime por qué. ¿Por qué es tan jodidamente importante un secreto de hace veinte años para que muera gente? Hoy he visto los sesos de un hombre. Vi estallar la cabeza de Meisner.

—Tan solo intentamos proteger las relaciones entre Londres y Moscú —contestó Tanya con poca convicción. Sabía que estaba recurriendo a tópicos, y captó la repugnancia en la voz de Gaddis cuando este contestó:

—¿Qué? ¿Qué diablos significa eso, Josephi...? —Había empezado a llamarla por el nombre de su tapadera y se sintió estúpido—. ¿Qué relaciones entre Londres y Moscú? No hay relaciones entre Londres y Moscú. Os odiáis mutuamente.

Tanya volvió a intentarlo, aunque sabía que lo que había dicho Gaddis era bastante cierto.

—La prensa alemana no puede descubrir esta historia, ni deben saber nada de tu relación con Crane.

Gaddis sacudió la cabeza.

—¿Qué pasó en Dresden? —preguntó.

—¿Cómo?

—Dresden. Algo pasó en Dresden. Mientras ATILA estaba allí, al final de su carrera. Algo en lo que estuvieron implicados Platov y Robert Wilkinson. Dime qué fue.

—Sam, no tengo ni la menor idea de qué hablas. —Era la verdad. Pensó en Brennan y se preguntó si Gaddis habría tropezado con el secreto que el Jefe en persona intentaba ocultarle a ella—. Ahora mismo tenemos que concentrarnos en ti. Tenemos que sacarte de Berlín. Cuando estemos en Londres tendremos todo el

tiempo del mundo para hablar de lo que te preocupa.

—Lo que me preocupa... —repitió Gaddis en tono mordaz. Sonó el móvil de Tanya y Gaddis miró por la ventanilla mientras ella contestaba.

—¿Sí? —Gaddis oyó una voz masculina al otro lado de la línea y supuso que se trataba del hombre que lo había estado vigilando en la cafetería—. No, está conmigo. Ha pasado algo. Sí. Todo está en orden. Ahora no puedo hablar. Que vuelvan todos al piso, me pondré en contacto con vosotros allí.

—¿Un amigo tuyo? —preguntó Gaddis cuando Tanya colgó.

—Un amigo mío.

—Dile que me gustó el abrigo de su novia.

Tanya se saltó un semáforo en ámbar.

—Mira, intenta recordar. ¿Había alguna cámara de circuito cerrado en el edificio? ¿Viste alguna cámara?

—No estaba mirando. Solo íbamos al piso a por tabaco. Nos fuimos de la cafetería para librarnos de tus amigos.

—¿Dices que te cruzaste con una joven en la escalera?

—Sí. Una gótica.

Tanya estaba recopilando información, intentando dar con una forma de salvarlo. Gaddis se sintió extrañamente agradecido por ello.

—Y la recepcionista de la clínica te vio la cara.

—Oh, estupendo —exclamó Gaddis—. ¿También estabais ahí?

—Estábamos ahí. —No tuvo valor para decirle que le habían trucado el móvil.

El Audi avanzaba por la linde de un parque. Unos hombres jugaban a futbito en un campo iluminado. Gaddis los miró y pensó en los domingos por la noche en Londres. Otro mundo.

—¿Quién sabía que venías a Berlín a ver a Meisner? —preguntó Tanya. Metió el coche en una tranquila calle residencial y apagó el motor.

—Solo tú. Solo Josephine Warner.

Tanya se pasó la mano por el pelo, apartándose un mechón de la cara.

—¿Y Holly?

—¿Qué pasa con ella? —Gaddis sintió cómo se hundía otro clavo en el ataúd de su humillación—. ¿También es de los vuestros?

—No tiene nada que ver con nosotros.

—Entonces ¿por qué me dio los archivos sobre el KGB?

—¿Qué archivos?

—No importa.

La calle estaba desierta. Gaddis podía oler el perfume de Tanya, el mismo aroma que había llegado hasta él en Kew. Aún se sentía atraído hacia la mujer y se odiaba a sí mismo por ello.

—No te preocupes por la pistola —dijo Tanya de repente, y Gaddis volvió a sentirse como si lo hubieran sacado de sí mismo, como si mirase a Sam Gaddis a

distancia—. Tendrá huellas pero, por lo que sé, no estás fichado. ¿Es así?

Por supuesto. Lo sabían todo sobre él. Habrían rastreado su pasado al completo. El MI6 sabría de su divorcio, de Min, de su trabajo en el UCL. Tanya Acocella habría analizado todo lo que había dicho y hecho en las últimas semanas.

—Así es —respondió en voz baja.

Solo restaba volver al Novotel. Tanya le explicó que uno de los miembros del equipo de vigilancia había ocupado una habitación en la tercera planta. Para entonces, Gaddis había perdido la capacidad de sorpresa y se limitó a asentir. Sus pensamientos estaban concentrados en la imagen del cerebro de Meisner. No podía quitársela de la cabeza.

—Tenemos que deshacernos de esa chaqueta —dijo Tanya, y Gaddis se la dio sin discutir. Después la observó mientras salía del coche y la tiraba en un contenedor cercano. Era una chaqueta vieja, un regalo de su difunto padre, y le tenía cariño, pero no sintió nada en particular. Lo mismo podría haber tirado un periódico. Tanya telefoneó a Des y le dijo que comprase dos billetes a Londres en el primer vuelo disponible que saliera de Berlín. Veinte minutos más tarde, Des la llamó y le dijo que tenían plaza en un vuelo de British Midland que salía del aeropuerto BerlínTegel a las ocho de la mañana.

—Tengo el coche en Luton —dijo Gaddis.

—Haré que lo recojan.

Fueron de vuelta al Tiergarten por la ribera del Landwehrkanal, ajenos a la ciudad que iban atravesando. Tanya lo sentía por él. Se preguntaba qué pasaría por su cabeza y lamentaba que hubiera sido necesario meter a aquel hombre, una persona decente, en un mundo que acababa de destrozarlo.

—Quiero que me prometas una cosa —le dijo cuando aparcó en el hotel. Habían viajado en silencio durante diez minutos.

—Dime.

—No puedes acudir a la policía. ¿Me entiendes, Sam?

Gaddis no respondió.

—Si te entregas, no podremos ayudarte. Los rusos sabrán quién eres. Tendrás por delante meses o incluso años de problemas legales en Berlín, y la gente de Platov acabará encontrándote. Deja que nosotros hagamos un trato con los alemanes.

Gaddis asintió, pero Tanya no estuvo segura de que realmente hubiera aceptado.

—En Inglaterra podemos protegerte —insistió. Necesitaba estar absolutamente segura de que cooperaría—. Podemos arreglar las cosas con las autoridades alemanas. No es necesario que salga a la luz tu implicación en lo que ha ocurrido esta noche.

—No me puedes garantizar eso.

Tanya le cogió la mano y se la apretó. El gesto los sorprendió a ambos.

—Deja que al menos intente convencerte de que puedo. Quédate en la habitación esta noche. Vente conmigo mañana por la mañana. Te prometo que todo será más fácil cuando estemos en Londres.

—Más fácil —dijo Gaddis, agotado por el shock. Tenía hambre y se moría de ganas de fumar un cigarrillo, pero se dio cuenta de que había dejado el paquete en el bolsillo interior de su chaqueta, que ahora descansaba en un contenedor en el otro extremo de Berlín.

Fueron al hotel. Tanya caminaba a su lado, y cuando entraron en el vestíbulo le rodeó la cintura con un brazo.

—Somos amantes —le susurró—. Estás feliz.

El truco les sirvió para despistar a cualquiera que los estuviera observando desde recepción. Cuando llegaron a los ascensores, Gaddis la miró.

—Piensas en todo —dijo. Pero Tanya supo por su mirada que la despreciaba.

Una vez en la habitación, Gaddis sacó del minibar cuatro botellas en miniatura de whisky, llenó con ellas un vaso y lo vació de un trago. Después fue al cuarto de baño y se sentó bajo la ducha durante casi media hora. Tanya esperó fuera todo el tiempo. Aprovechó para telefonar a Brennan y explicarle lo que había ocurrido, y después se puso a ver la televisión alemana por si daban alguna noticia sobre un tiroteo en Kreuzberg. A las once en punto, un canal de noticias conectó en directo con Reichenberger Strasse, y Tanya reconoció la entrada del edificio del piso de Meisner. Una cinta de la policía cruzaba la puerta. Se oían las voces de los asombrados vecinos (ancianas en camisón, turcos jóvenes en vaqueros y camiseta) que se asomaban por las ventanas de la segunda planta.

—Apágalo —le dijo Gaddis.

Se sentaron juntos, pero apenas hablaron. Tanya había pedido unos bocadillos al servicio de habitaciones, pero Gaddis no los tocó. Alrededor de las dos y media, medio ido por el hambre y el whisky, cayó en un sueño inquieto del que se despertó una hora más tarde. Y vio que Tanya lo observaba sentada en un sillón al otro lado de la habitación. Se figuró que no es que estuviera preocupada por su bienestar, sino que se limitaba a asegurarse de que no huía.

—¿Qué es cierto y qué no? —musitó con voz quebrada.

—¿A qué te refieres?

—¿Hubo o no un sexto hombre?

—Hubo un sexto hombre.

Gaddis sintió una punzada de satisfacción.

—¿Y los detalles? ¿Crane trabajó con Cairncross en Bletchley realmente? ¿Dirigía un grupo de espías del NKVD en Oxford?

Tanya sacudió la cabeza.

—Realmente no lo sé.

Gaddis se recostó de lado.

—¿Qué sabes del momento en que cambió? ¿Qué sabes de Dick White? ¿Crane se convirtió en agente doble o en realidad os engañó treinta años más?

—Eso parece poco probable —respondió Tanya, casi con desdén. Pero a Gaddis se le pasó por la cabeza que era lo bastante joven para ser una de sus estudiantes.

—Philby acudió a White —dijo—, ¿lo sabías? En 1963. Lo habían descubierto, así que confesó parcialmente. Les dijo que había sido un espía soviético, pero insistió en que su traición se había limitado a los años de la guerra. Que a partir de entonces había trabajado por la Reina y por el país. —Tanya lo observaba con atención—. Y le creyeron. Le dejaron ir. Philby era un mentiroso tan consumado que las mentes más agudas del MI5 y el MI6 se tragaron aquella chorrada. Antes de que hubiera pasado una semana estaba en un barco, de camino a Moscú. Quizá Crane hizo algo parecido.

—No creo —dijo ella, aunque no era más que una corazonada por su parte.

—¿Por qué crees que están matando a la gente, Tanya? —De repente se mostró beligerante. Le dio un mordisco a un bocadillo—. ¿Por qué los británicos no han pregonado a los cuatro vientos la gesta de Crane? ¿Te has parado a pensar en ello? ¿Por qué está ordenando Sergei Platov el asesinato de cualquiera que haya estado relacionado con ATILA?

—Sam, te estoy diciendo que no lo sé. —En aquel momento se dio cuenta de por qué le caía bien, por qué lo admiraba. A los veinticinco años, guiada por la ambición, Tanya Acocella había abandonado una prometedor carrera académica atraída por el mundo secreto. Gaddis representaba tanto su pasado como su futuro alternativo: una vida de investigación libre, de estudios—. Algunos elementos de esta operación son tan secretos que ni siquiera yo estoy autorizada a conocerlos. En mi equipo nadie sabe quién es Crane. Por lo que a ellos respecta, este es simplemente un trabajo más. Mi misión era descubrir qué sabías. No sé los detalles de tus conversaciones en Winchester. Lo único que sé es que, de acuerdo con la Ley de Secretos, Crane no puede revelar nada sobre su carrera. Está bajo juramento. Ese fue el *quid pro quo* para darle la identidad de Neame. Pero es evidente que ha llegado a un punto en el que quiere hablarle a alguien de ATILA, de lo que hizo, porque tiene noventa y un años y no le hace gracia la idea de irse a la tumba sin que el mundo sepa que era un puto héroe. Así que habló con tu amiga, y ahora tu amiga está muerta. Le habló de Calvin Somers, y ahora Somers está muerto también. Quizá no te guste oírlo, pero sigues vivo gracias a una suerte increíble.

Gaddis se echó a reír.

—¿Y debo darte las gracias, Tanya? ¿Debería escribirle una carta al MI6?

La mujer sacudió la cabeza, frustrada, y lo miró como si estuviera siendo innecesariamente agresivo.

—¿Quién es Peter? —preguntó Gaddis.

—Del Cuerpo Especial —respondió ella. Quería ser tan sincera como lo permitiesen las circunstancias.

«Por supuesto», pensó Gaddis. No era un agente privado contratado por Crane para proteger a Neame, sino la primera línea de defensa del espía más insigne de la historia del MI6.

—¿Y le parece bien colaborar con la decisión de Crane de abrir la boca? ¿Por qué no fue corriendo a contaros lo que tramaba el viejo?

—Conflicto de lealtades, supongo. Sabes tan bien como cualquiera que Edward Crane puede ser terriblemente persuasivo. —Había sido un comentario malicioso, pero Gaddis lo aceptó sin objetar—. Quizá le ofreció parte de las ganancias a Peter. Quizá Peter acabó convenciéndose de que la historia de ATILA debía ser contada. ¿Quién sabe?

Gaddis se recostó en la almohada. Le dolía la cabeza, y le pidió agua a Tanya. Bebió directamente de la botella y la dejó en la mesilla. Era extraño, pero volvía a parecerle atractiva. Recordó su conversación el día de la cena, la forma en que lo miraba, y se sintió un idiota por haberla creído.

—Tenemos que hablar de mañana —dijo ella—. Embarcaremos en unas horas, y el aeropuerto es uno de los sitios donde te van a buscar.

—¿Y eso?

—Dijiste que el tipo al que disparaste era ruso. La policía supondrá que trabajaba con un cómplice. Estarán buscando a un tercer hombre, a la persona que abandonó la escena del crimen. Esa persona probablemente intentará abandonar Berlín lo antes posible.

—¿Por qué nos vamos, entonces?

—Porque no sospecharán de nosotros.

—¿«Nosotros»?

—Iremos juntos. Cogidos del brazo.

Gaddis se sentó y encendió el interruptor principal del panel que había junto a la cama. La habitación se iluminó intensamente.

—No pienso hacerlo.

—Es el mejor sistema, créeme. La táctica más sencilla. Una pareja que vuelve a casa después de una escapada romántica en Berlín. Un hombre a solas llamará más la atención. Tienes que confiar en mí, Sam. Es la única forma.

Salieron del hotel a las seis. Hubo más noticias sobre el tiroteo en Reichenberger Strasse. Según la televisión alemana, el individuo que había atacado a Meisner seguía vivo y lo habían llevado a cuidados intensivos, y su condición era estable. Aquello no le fue de mucho consuelo a Gaddis, y no redujo en nada su desesperación. Podía no ser responsable de quitar una vida, pero el horror que había presenciado en el piso de Meisner seguía resultándole tan vívido y conmocionador como la mutilación de un niño.

—Hemos de tener cuidado —le dijo Tanya cuando Des los llevó al aeropuerto—. Si en algún momento ves a alguien que te resulte conocido, ya sea en la terminal o en el avión, y no puedes esquivarle, actúa con naturalidad. —Parecía no darse cuenta del estado anímico de Gaddis, concentrada únicamente en la seguridad de la operación—. Si crees que es necesario explicar quién soy, preséntame como tu novia. Mi nombre es Josephine. Hemos estado en Berlín desde el martes.

Gaddis movió la cabeza con incredulidad y se limitó a mirar por la ventanilla.

—Sam, esto es importante. —Se giró en el asiento para mirarlo de frente—. Tienes que concentrarte. Tienes que recuperar la compostura. Sé que tienes tus dudas sobre mí, pero tenemos que hacer esto. Es la única forma de que puedas volver a casa sin que te hagan preguntas.

—¿Nos lo hemos pasado bien? —preguntó con cierto tono macabro en la voz—. ¿Ha sido divertido pasar estos días juntos? ¿Crees que nuestra relación puede acabar siendo algo serio?

Des miró de reojo y su mirada se cruzó con la de Tanya.

—Eso no ayuda, Sam. —Tanya no había dormido apenas. Vestía un traje azul y se comportaba con la energía nerviosa y controladora de una mujer que tiene demasiadas cosas en la cabeza. Tenía órdenes de ir directamente a Vauxhall Cross en cuanto pusiera el pie en Londres, a una reunión de emergencia con Brennan, que estaba «indignado» porque hubiera revelado su tapadera—. Como te dije anoche, hacernos pasar por una pareja es la táctica más sensata.

—Por supuesto. —Gaddis no hizo el menor esfuerzo por ocultar el desprecio en su voz—. Tu complicada vida amorosa...

Facturaron el equipaje a las siete. Gaddis tuvo que quitarse las botas y el cinturón en el control de seguridad, pero se alegró de tener algo en que ocupar las manos mientras hacía cola para pasar por el escáner. Lo que le ponía más nervioso y le desanimaba a la vez era esperar sin hacer nada. Los siguientes quince minutos los pasaron deambulando por una librería, hojeando libros de bolsillo y guías de Berlín. De vez en cuando, Tanya intentaba entablar conversación, pero Gaddis sabía que lo hacía solo como tapadera y respondía con monosílabos indiferentes. Cuarenta

minutos antes de la hora prevista del despegue recorrieron en silencio unos cuantos pasillos hasta llegar al control de pasaportes.

—Deja que hable yo —dijo Tanya, y se puso en la cola. Pero cuando llegó su turno, el agente de aduanas apenas echó una ojeada a sus pasaportes. A aquella hora tan temprana, les dejaron pasar con un gesto y un bostezo disimulado.

Gaddis pasó casi todo el viaje durmiendo, pero el descanso no mejoró su humor. Cuando aterrizaron en Londres volvió a caer sobre él el peso de los lamentables sucesos del viernes. No podía dejar de pensar en Charlotte y en el cráneo destrozado de Benedict Meisner. En Llegadas los esperaba un chófer, otro Des con unos vaqueros y un anorak que sujetaba un cartel en el que se leía: JOSEPHINE WARNER, en letras mayúsculas escritas a mano. Gaddis lo vio y sintió una sacudida de ira: las dobles vidas lo rodeaban por completo. Ansiaba librarse de ella, estar en Barcelona con Min o en París con Holly, regresar a la vida que había conocido antes de la muerte de Charlotte.

—Vete a casa —le dijo Tanya después de que atravesaran el aparcamiento de Gatwick y ocuparan los asientos traseros de un Vauxhall Astra de color verde botella—. No es necesario que vengas con nosotros, ni hay motivo para que temas por tu seguridad. Hasta donde hemos podido averiguar, no han estado observando tu tráfico de Internet ni escuchando tus llamadas. Es evidente que el hombre del piso en Berlín estaba esperando a Meisner: era el siguiente eslabón de la cadena tras Charlotte y Somers. Por algún motivo, los rusos no saben nada de ti. Deberías agradecerlo.

—Bueno, supongo que es una de las ventajas de tener al MI6 hurgando en tu papelería —respondió Gaddis. Era una mañana húmeda y monótona, un día más sin sol en Inglaterra—. Al menos te pueden garantizar que son los únicos que están violando descaradamente tu privacidad.

Tanya se había acostumbrado a su humor quisquilloso. Y se mostraba comprensiva, sabía que era su obligación acatar la disciplina del Servicio.

—Mira, Sam. Intento decirte que todo esto ha acabado bastante bien para ti. Puedes volver a tu vida, y vivirla con normalidad. Es como si todo esto no hubiera ocurrido jamás.

En cuanto pronunció aquellas palabras supo que había cometido un error. Gaddis se volvió hacia ella.

—La muerte de Charlotte ha ocurrido, Tanya.

—Lo sé. No quería decir eso, lo siento...

—La muerte de Calvin Somers ha ocurrido.

Ella le puso una mano en el brazo.

—Sam...

—Anoche, un hombre inocente perdió la vida porque hace dieciséis años fue lo bastante estúpido para mezclarse con el MI6. El asesinato de Benedict Meisner ha sucedido. ¿Se supone que debo olvidarme de eso? ¿Cómo diablos puedo volver a mi «vida normal»?

Tanya probó con otro enfoque.

—Lo que te estoy diciendo es que tienes que olvidarlo. —No se hacía ilusiones. Sabía que no iba a ser fácil—. Tienes que olvidarte del libro. Es el trato que estamos haciendo. Es tu única elección posible.

Gaddis sabía que no tenía sentido discutir con ella. Iba de camino a encontrarse con los peces gordos del MI6, hombres con la suficiente influencia como para que su implicación en el tiroteo no quedase registrada. Aquella era su especialidad, después de todo: reescribir la Historia. Tanya le había prometido que el MI6 haría «un trato con los alemanes». A cambio, Gaddis tenía que dejar de escarbar en el asunto de Edward Crane.

—ATILA se ha acabado —dijo Tanya—. Crane se irá de Winchester. Peter perderá su trabajo. Nunca volverás a verles.

Avanzaban lentamente por la M25, encajonados entre camiones y hombres aburridos en furgonetas. Gaddis pensó en Peter, que lo había hecho dar vueltas por los alrededores de Hampshire con Sean Connery en un GPS por toda compañía, y sintió una punzada de culpabilidad al saber que se quedaría sin trabajo.

—¿Qué hago si Crane intenta contactar conmigo? —preguntó. No era algo que se hubiera parado a pensar, solo quería provocar alguna reacción en Tanya. Pero aquel pensamiento le dio una idea. ¿Conocería el MI6 la existencia de los mensajes cifrados? ¿Sería capaz de seguir comunicándose con Crane mediante ellos?

—Crane no intentará ponerse en contacto contigo —respondió Tanya, pero su voz carecía de convicción.

—¿Cómo puedes estar segura? —Gaddis empezaba a creer que quizá pudiera salvar el libro. Era algo increíble, pero a pesar de todo lo que había ocurrido, estaba decidido a terminar lo que había empezado—. ¿No crees que un hombre como él será capaz de burlar al MI6?

—Creo que Edward Crane es capaz de todo.

—Precisamente. —Miró por la ventana. Debía dar la impresión de que su interés por ATILA se había evaporado. Tenía que mentir con la misma habilidad con que Tanya lo había engañado a él—. En cualquier caso, no tienes que preocuparte. Comprendo la situación en que estoy. Si me llama, no le haré caso. Me lavo las manos en todo este asunto.

—¿De verdad?

—Seguro. ¿Qué voy a hacer? ¿Correr el riesgo de que el FSB me pegue un tiro? —Tanya admitió la inevitabilidad de la implicación de los rusos con un rápido asentimiento—. Comprendo las condiciones del trato.

La miró a la cara; el cansancio empezaba a notársele en los ojos. Era extraño, pero se sentía mal al engañarla. Los sucesos de Berlín habían creado un extraño vínculo entre ambos.

—Volveré al UCL —añadió—. No escribiré el libro. Con un poco de suerte, esta será la última vez que nos veamos.

Lo dejaron en su casa, en Shepherd's Bush, y Gaddis se la encontró tal como la había dejado hacía apenas poco más de un día.

Pero, por supuesto, ya no era la misma casa. Ahora era una casa con teléfonos pinchados, con micrófonos en las habitaciones. Una casa con un ordenador que hablaba con los *geeks* sin rostro de Vauxhall Cross y el GCHQ. Descorrió las cortinas de la sala de estar y contempló los coches aparcados en la calle. Justo ante su puerta, en la acera contraria, había una furgoneta con las lunas tintadas.

«Este es mi futuro —pensó—. Este es el precio por mezclarme con Edward Crane».

A modo de minúsculo desafío, salió a la calle, dio unos golpes en el cristal de la furgoneta y dijo: «El mío con dos de azúcar», y después caminó por Uxbridge Road, entró en una cabina y marcó el número de Peter. No había conexión. Ningún sonido. Solo un vacío al otro lado de la línea. Hambriento y aún tenso cogió el metro hasta el UCL, donde despachó el correo atrasado, y después le compró una chaqueta nueva en una tienda de Great Marlborough Street a un vendedor adolescente que hacía pompas de chicle mientras pasaba la tarjeta de crédito por la caja.

Necesitaba efectivo. Necesitaba un móvil nuevo. Necesitaba encontrar una forma de organizar su vida para devolver cierto grado de privacidad a su controlada existencia. En aquellos tiempos todo dejaba un rastro: matrículas de coche, tarjetas de transporte, movimientos en su cuenta del banco. Gaddis tenía que suponer, al menos en las semanas siguientes a su trato con Tanya, que el MI6 seguiría observándole para asegurarse de que no rompía su palabra. Un ejército de vigilantes a los que nunca oiría, nunca identificaría, nunca vería, verificaría sus llamadas, su correo electrónico, sus movimientos por Londres.

Sacó novecientas libras de un cajero en Shaftesbury Avenue, el límite de crédito de sus tres cuentas ahora que el Nat West le había transferido los fondos de otro préstamo personal de veinte mil libras. Compró una Travelcard mensual. Luego compró un Nokia en una tienda de Tottenham Court Road y lo pagó en efectivo, registrando la tarjeta SIM en la dirección de un piso en Kensal Rise en el que había vivido temporalmente después de separarse de Natasha. Tenía la intención de alternar entre los dos teléfonos, reservando el que acababa de comprar para cualquier conversación y mensaje de texto que tuviera relación con Crane. No pensaba darle el número a ninguno de sus amigos, ni siquiera a Natasha o a Holly, por miedo a que sus propios teléfonos estuvieran pinchados.

Holly. Quería tener la oportunidad de comprobar su historia, de preguntarle por qué le había dado los archivos de su madre. ¿Era, tal como había insistido en su momento, porque Katya Levette admiraba los reportajes de Charlotte? ¿O existía algún motivo más siniestro? No se podía creer sin más la afirmación de Tanya de que Holly era una espontánea inocente.

La telefoneó desde el vestíbulo de un gran hotel gótico de Southhampton Row. Ella le dijo que estaba libre y que podían cenar juntos, lo que de nuevo le hizo sospechar. ¿Cómo era posible que una hermosa actriz de veintiocho años no tuviera planes un sábado por la noche? ¿Por qué estaba siempre disponible para él incluso con tan poco tiempo de aviso? Era como si la hubieran colocado deliberadamente en su vida: otro par de ojos, otra capa de vigilancia que se añadía a Josephine Warner y a los espías de Berlín.

Holly se presentó en su casa a las ocho y media. Gaddis había pasado parte de la tarde bajando las cajas de archivos sobre el KGB y apilándolas a un lado de la amplia cocina. Holly llevaba unos zapatos con plataforma de corcho, un vestido *vintage*, estilo años cuarenta y, a juzgar por la tirilla del sujetador, ropa interior extremadamente cara. Holly tardó un instante en reaccionar al ver las cajas que bloqueaban la puerta que daba al jardín, y lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Limpieza general?

—Investigación —respondió Gaddis—. Son las cajas que me diste. Los archivos de tu madre.

La reacción de Holly únicamente incrementó su desconfianza. Se llevó las manos a la cara y las unió como si rezase, y después dejó escapar un teatral suspiro de alivio.

—Menos mal que me lo has recordado. Tengo otras seis de esas malditas cajas en el coche desde hace dos semanas. ¿Las quieres?

Parecía demasiada coincidencia.

—Pero ¿es que hay más archivos?

—No se acaban nunca. La primera vez que fuiste pasamos por alto una docena de cajas que hay en el sótano. ¿Te las puedes llevar el próximo día que vengas a casa?

Gaddis estudió su rostro en busca de señales de engaño. ¿Por qué habría esperado más de un mes para darle más información del archivo de su madre? ¿Por qué en aquel momento? ¿Habría hablado Tanya con ella después de que aterrizasen en Gatwick? Parecía un plan diseñado para poner a prueba la seriedad de su promesa de olvidarse de Crane.

—Te ayudaré a traer las del coche —dijo.

Holly había aparcado a cincuenta metros de la puerta de Gaddis. La furgoneta del otro lado de la calle había desaparecido. La joven abrió el maletero del coche y le pasó la primera de seis cajas de zapatos, y luego apiló sobre ella otras tres, obligándole a volver a casa con una columna bamboleante de cartón sujeta con la barbilla.

—¿Qué hay en estas? —preguntó Gaddis cuando dejaron las cajas en la mesa de la cocina.

—No tengo ni idea.

Se las arreglaron para evitar el tema durante un par de horas. Hablaron del viaje a Berlín («Una ciudad fantástica, me habría gustado quedarme más tiempo») y de una prueba que había hecho Holly para un papel en una serie de televisión («Otro puto

drama médico. ¿Por qué no convierten la BBC en un hospital?»). Hacia las once, ahítos de vino y de conversación, se fueron a la cama. Gaddis fue a su despacho, cargó el iTunes y subió el control de volumen hasta más de la mitad para negarle el dudoso placer de escuchar las conversaciones de almohada a cualquier espía que estuviera al acecho.

—¿Estás bien? —le preguntó Holly cuando volvió al dormitorio—. ¿Por qué has puesto música?

—Las paredes son finas —respondió él. Holly lo miró.

—Estás un poco raro esta noche, Sam.

—¿Sí?

—Mucho. ¿Todo va bien?

—Todo va bien.

Se le vino a la cabeza Harold Wilson, un primer ministro tan convencido de que el MI5 iba tras él que mantenía las conversaciones sobre temas sensibles en cuartos de baño con los grifos abiertos. Si pudiera contarle a Holly lo que estaba pasando... Si pudiera desahogarse sobre Meisner, Somers, Charlotte y Crane. Pero, por otro lado, quizás ella ya lo sabía todo. Quizás había estado acostándose con una agente rusa.

—¿Cómo murió tu madre?

—Vaya... De verdad que sabes cómo dorarle la píldora a una chica para llevártela a la cama.

—En serio. Nunca me lo has contado. Tengo la impresión de que no os llevabais muy bien.

Holly dejó de desvestirse. Estaba descalza en mitad de la habitación, con un tirante del vestido *vintage* a medio camino de su brazo.

—Teníamos nuestros problemas. Madres e hijas, ya sabes.

En el iTunes empezó a sonar a «It Ain't Me Babe». Gaddis pensó en ir al despacho a cambiarla, pero quería una respuesta.

—¿Tenía cáncer? —preguntó.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Solo me preguntaba cómo murió.

Holly empezó a parecer enfadada.

—¿Por qué te interesa tanto de repente?

Estaba perdiendo la paciencia. Si Gaddis no tenía cuidado, cogería su cepillo de dientes del baño, se pondría los zapatos de plataforma y se iría de vuelta a Chelsea.

—Olvídalo. No sé por qué he preguntado.

Pero sí lo sabía, por supuesto. Quería saber si había algo sospechoso en las circunstancias que rodearon la muerte de Katya Levette. Quería saber si la había matado el FSB. ¿Habría algo en los archivos que aún no había descubierto? ¿Una pistola humeante en una caja de zapatos? ¿Habría desentrañado Katya el enigma de Dresden y lo había pagado con su vida? Aquella teoría no tenía sentido, claro: si los

rusos hubieran querido silenciarla, habrían destruido también sus archivos. Pero Gaddis estaba tan receloso que no podía darse cuenta de lo ilógico de su pensamiento.

—Era una alcohólica.

El comentario de Holly lo pilló por sorpresa. Había apagado la luz del pasillo y regresado a la habitación, donde la encontró sentada en el borde de la cama desabrochándose el vestido con melancólica lentitud.

—No lo sabía.

—¿Por qué ibas a saberlo?

Gaddis cruzó la habitación y se arrodilló en el suelo, enfrente de ella. Alargó una mano y la detuvo mientras se desnudaba.

—Lo siento mucho.

—No es culpa tuya —dijo ella. Sonrió y le revolvió el pelo. Gaddis estaba avergonzado—. Si alguien quiere beber hasta reventar, nadie puede hacer gran cosa para evitarlo.

Siguió quitándose el vestido. Era como un acto de desafío lanzado hacia su madre, como si estuviera dispuesta a impedir que le estropeará el día. Gaddis observó la hermosura de aquel cuerpo y le puso una mano en el vientre. Sabía que ella no intentaba suscitar su compasión, que no representaba ninguna escena para producir un efecto emocional. Era una de las cosas que más le gustaban de ella: era una actriz absolutamente incapaz de caer en el melodrama.

—Ven a la cama —dijo Holly. Empezó a desabrocharle la camisa. El aroma húmedo de su piel era como un bálsamo. Ella sonrió—. Solo una cosa.

—¿Qué?

—¿Puedes apagar al puto Bob Dylan, por favor?

Tres horas más tarde, Gaddis seguía despierto. El tiempo pasado con Holly no había servido para tranquilizarlo. Ella seguía durmiendo acurrucada a su lado, pero él seguía inquieto de una manera como no lo había estado desde los peores momentos de su divorcio. Apenas había dormido desde Berlín, pero aun así, el acto de cerrar los ojos parecía estimular su imaginación. La imagen de Benedict Meisner lo perseguía, estaba furioso por verse obligado a archivar su trabajo sobre Crane, y había decidido que llevaría ante la justicia a los asesinos de Charlotte.

Cerca de los dos y cuarto renunció a la esperanza de dormir. Bajó la escalera, llenó una copa de vino y, sin nada mejor que hacer, se puso a mirar las cajas que le había llevado Holly en el coche.

La misma historia que otras veces: no había nada importante en ninguna de las cajas. Se tomó dos paracetamoles y dirigió su atención a los archivos originales, que dos meses antes solo había mirado por encima. En esta ocasión se tropezó con algunas curiosidades que se le habían pasado por alto la primera vez: el certificado de defunción de Anthony Blunt, por ejemplo, y una copia de su testamento. La

transcripción de una entrevista a sir Dick White, llevada a cabo por un periodista desconocido en 1982. A Gaddis le intrigó ligeramente pero, por supuesto, no contenía ninguna referencia a ATILA ni a Edward Crane. En otra caja encontró una fotocopia de la necrológica de Jack Hewitt, el antiguo agente del MI5 que había sido amante de Guy Burgess, y una reseña en un periódico de las memorias de Michael Straight. Había una carpeta entera llena de recortes de periódico sobre Goronwy Rees y Vladimir Petrov. Estaba claro que la intención de Katya había sido escribir un libro sobre la relación entre la inteligencia británica y el KGB en la época posterior a la guerra, pero allí no había nada que no fuera ya de dominio público, al menos hasta donde Gaddis podía ver.

Después de las cuatro se llenó la tercera copa de vino y se fumó un cigarrillo en el sofá. El bolso de Holly estaba en el suelo, a sus pies. Estaba abierto y parte del contenido había caído en la alfombra, probablemente cuando ella sacó el cepillo de dientes. Gaddis estaba seguro de que seguía dormida. Si se despertaba y se preguntaba dónde se habría metido él, oiría sus pisadas en la escalera. Solo quería asegurarse de que ella era quien decía ser. Solo quería quedarse tranquilo de una vez.

Así que cogió el bolso.

En el compartimento principal había un ejemplar manoseado de *Casa de muñecas*, otro de *La mujer del viajero del tiempo* y un ejemplar del *New Musical Express*. Los dejó a su lado en el sofá y rebuscó un poco más. Encontró una concha marina rota, un paquete de Kleenex sin abrir, unos auriculares con el cable enredado, una caja de pastillas anticonceptivas (con las tomas al día, gracias a Dios) y el corazón amarronado de una manzana a medio comer. Lo dejó todo en el suelo. Después encontró lo que seguramente eran recuerdos: una pequeña amatista, una tira de seda enrollada y sujeta con un cordel, y una postal de la Torre Eiffel enviada por Katya Levette, con matasellos de 1999.

Pero lo que buscaba era su agenda. La encontró en un compartimento del bolso cerrado por una cremallera. Revisó las entradas de agosto y septiembre en busca de algo inusual, alguna prueba de una doble vida. Pero lo único que había apuntado eran fechas de audiciones, de fiestas, notas para acordarse de comprar leche o pagar alguna factura. La presentación del libro de Gaddis estaba marcada con una sencilla nota: «Present. Gaddis / Daunt Holland Park», y las notas de sus encuentros posteriores eran también enternecedoramente triviales: «Cena S 830», «S película Kensington», «Almuerzo S café Anglais». En la mañana del funeral de Charlotte, Holly había escrito en mayúsculas: FUNERAL SAM, ¡LLAMARLO!, y recordó que lo había llamado a la casa de Hampstead para comprobar que estaba bien. Se sintió un miserable por no confiar en ella.

Pero no había acabado. Tanteando entre las pelusas y migas acumuladas en el fondo de bolso, encontró la cartera de Holly y procedió a sacar el contenido y dejarlo en el sofá. Todas las tarjetas de crédito estaban a su nombre. Había fotografías ajadas de amigos sonrientes hechas en cabinas, tarjetas de cliente de Sainsbury y de Tesco,

un recibo de una tintorería de King's Road, y un resguardo de un cajero en Hammersmith. Lo cierto es que no sabía qué esperaba encontrar. ¿El número de teléfono de sir John Brennan? ¿Una tarjeta de visita de Tanya Acocella? Nada de lo que había encontrado sugería que Holly fuera algo más que una actriz sin trabajo con una vida social errática y algo sobrecargada.

Al final abandonó el registro y dejó la cartera en el bolso, más o menos como la había encontrado. En un bolsillo lateral encontró dos juegos de llaves, un paquete de Rizlas, un protector labial y una factura de la compañía eléctrica a nombre de Holly y con la dirección de Tite Street. También había un correo electrónico de una mujer de Australia que Holly había impreso en un folio. Era una carta entre amigas, llena de noticias y cotilleos, y Gaddis se avergonzó de haberla leído.

Encendió otro cigarrillo. Dejó el bolso en el suelo y buscó el móvil de Holly. Lo había dejado recargándose en un enchufe al lado de la cafetera. Sin quitar el conector revisó las llamadas entrantes y salientes, los mensajes de texto e incluso las *cookies* del navegador de Internet, pero no había nada sospechoso. Solo lo consternó un mensaje de texto enviado a un tal «Dan C», en el que Holly coqueteaba sin reparos respondiendo a una invitación al teatro. «No es más que lo que me merezco —pensó Gaddis—. Al menos Dan no te registra el bolso».

Empezaba a notarse cansado. Hora de irse a la cama. Volvió a dejar el teléfono en la encimera, vació el cenicero, metió el vaso en el lavavajillas y le puso el corcho a la botella de vino. Encima de la mesa seguían abiertas dos de las cajas de zapatos de Katya, y recogió los papeles en un intento de ordenar poco entusiasta.

Y entonces vio la carta. Una hoja de papel postal azulado, con marca de agua, y una dirección impresa con un sello en el encabezado:

Robert Wilkinson
Drybread Rad (RD2)
Omakau 9377
Central Otago
Nueva Zelanda

Era una carta de amor.

Mi querida Katya:

Este es el resto del material que prometí enviarte. Si buscas con cuidado, quizá tropieces con algo que llame la atención del público. No pierdas de vista a Platov. Él es el premio. No puedo decir más.

La vida en la finca es siempre igual. Paseo, leo, me siento muy lejos de casa. En general no me molesta ese sentimiento. Veo muy a menudo a Rachel, porque vive a pocas horas de aquí, y me ha dado dos nietos maravillosos. Ni siquiera el esposo de Rachel me cae tan mal como antes, quizá me esté ablandando con la edad.

Pero echo de menos a Catherine y te echo de menos a ti, querida. Pienso en ti constantemente. No soy un hombre sentimental, eso lo sabes. Pero a veces no soporto pensar que nunca te volveré a abrazar, que nunca más dormirás entre mis brazos, que estaremos separados para siempre. He cometido muchos errores, y ahora parece casi demasiado tarde.

Lamento muchas cosas, y no es la menos importante el haber elegido mi carrera en lugar de la posibilidad de ser feliz contigo. Pero ya me has oído decir eso muchas veces. ¿De qué sirven los remordimientos? Solo te pido que consideres, al menos una vez más, la idea de venir a Nueva Zelanda, aunque solo sea una semana o dos. Te prometo que te gustará.

Buena suerte con el libro, Katty. He intentado ayudarte y solo lamento no poder hacer más.

Con todo mi amor, como siempre,

ROBERT X

Al final de su primera semana juntos, Holly le había dicho que su madre tuvo un novio en el MI6 que le había pasado material sobre el KGB. Tenía que ser este. Wilkinson era la fuente de sus archivos. La carta estaba fechada el 5 de mayo del 2000. Pero ¿qué habría querido decir en el primer párrafo? «No pierdas de vista a Platov. Él es el premio».

Eran casi las cuatro y media de la madrugada. Gaddis volvió a leer la carta e intentó discernir la auténtica naturaleza de la relación entre Wilkinson y Katya Levette. ¿Habían estado casados? Joder, ¿sería el padre de Holly? Solo Holly podía responder aquellas preguntas, pero no podía despertarla en mitad de la noche. Tendría que esperar a la mañana.

—¿Qué estás haciendo?

Ella estaba de pie al otro lado de la cocina con los ojos entrecerrados y el pelo revuelto, con algunos mechones pegados a la cara. Gaddis se sobresaltó al oírla y dejó la carta en la mesa, como si lo hubiera pillado leyendo su correspondencia privada. Llevaba puesto su batín, con el cinturón colgando suelto a un lado.

—¿Te he despertado?

—No. Me he levantado a beber agua. No estabas y me pregunté qué te habría pasado. —Seguía con los ojos entornados para protegerse de la luz—. ¿Qué haces levantado? ¿Qué hora es?

Gaddis miró tras ella, hacia el bolso que estaba en el suelo, y sintió una punzada de remordimiento.

—Las cuatro y media más o menos —dijo. Estaba otra vez completamente despierto. El efecto soporífero del vino y el paracetamol se había disipado hacía un

buen rato—. ¿Quién es Robert Wilkinson?

—¿Qué? —Pareció sobresaltada. Había inclinado la cabeza a un lado.

—Así que lo conoces...

—¿A Bob? Claro que lo conozco. Era el novio de mi madre. ¿De dónde has sacado el nombre?

—He encontrado una carta. —Gaddis la levantó, invitándola a leerla. Pero Holly empezaba a quedarse dormida otra vez y dijo:

—¿No puede esperar a mañana?

Gaddis sacudió la cabeza.

—No. Es importante. ¿Fue él quien le dio este material a tu madre?

Señaló los archivos sobre la mesa. Era demasiada casualidad que una carta de Robert Wilkinson se hubiera pasado todo aquel tiempo escondida en una caja de zapatos en el maletero del coche de Holly. ¿Por qué se la había llevado justamente aquel día? Holly frunció el ceño, con los ojos aún medio cerrados para cubrirse de la luz brillante de la cocina.

—Sam, estamos en mitad de la puta noche. Has tenido todo esto durante semanas.

—Esto no. —Dio unos golpecitos a la carta con la yema del dedo índice—. Esto ha llegado hoy.

—Ven a la cama. Bob estaba enamorado de mi madre. Obsesionado con ella. Mañana por la mañana te hablaré de él.

—¿Qué quieres decir con «obsesionado»?

Holly se le acercó y le cogió por un brazo.

—Por la mañana.

—No. Por favor. —La sujetó por la cintura. Captó de repente el aroma penetrante de su sexo y pensó en la traición de Tanya—. Necesito saberlo. Tienes que contármelo. Tienes que despejarte. ¿Te hago un té? ¿Café?

—Esto es ridículo. —Le permitió que la llevara hasta una silla—. ¿Me prometes que me dejarás dormir si te lo cuento?

—Te prometo que te deajo dormir.

—Vale. —Apoyo los codos en la mesa, ojos cerrados, cabeza inclinada, como si se dispusiera a rezar—. Bob Wilkinson... —musitó para sí. Estaba claro que le costaba recordar los detalles—. El último novio de mamá antes de papá. Posiblemente su primer amor. No recuerdo bien...

—¿Y lo conociste?

—Claro.

—¿Cómo es?

Holly alzó la cabeza y lo miró con irritación, como si hacer un retrato robot sobrepasara demasiado sus capacidades a las cuatro y media de la madrugada. Gaddis retiró la pregunta.

—Vale, de acuerdo. Dime cuándo estuvieron juntos.

Se había levantado mientras hacía la pregunta, y encendió la radio digital, que

estaba en una esquina de la cocina. No quería que nadie escuchara aquella conversación. La estancia se llenó de música clásica. Holly frunció el ceño, pero estaba demasiado cansada para ponerse a discutir aquel extraño comportamiento.

—Oh, no sé, Sam. Al principio de los setenta, posiblemente. —Jugueteó con un mechón cerca de su oreja—. Mamá tendría la edad que tengo yo ahora. Estuvieron a punto de prometerse, pero el Foreign Office o algo así mandó al extranjero a Bob, y tuvieron que cortar.

Aquello no le gustó a Gaddis. «El Foreign Office o algo así». Parecía como si estuviera camuflando una mentira.

—¿Puso su carrera por delante de tu madre?

—Bueno, es una forma de verlo. —Se echó a reír—. Mamá se sintió aliviada en realidad. Conoció a mi padre, se casaron pronto, nació yo. Y fuimos felices y comimos perdices. —Empezó a jugar con la tapa de una caja—. Pero Bob nunca la olvidó. Se casó, se divorció, siempre estuvo en contacto con mamá, y la ayudó mucho en su carrera cuando papá murió.

Gaddis se dio cuenta de que Holly tenía el ceño fruncido.

—¿Por qué pones esa cara?

Holly sacudió la cabeza.

—Creo que tuvieron un lío, algo en plan reavivar la llama, hará unos diez años. —Se volvió hacia la radio—. ¿Por qué cojones has encendido Classic FM?

—No me infravalores. Es Radio 3.

Holly se levantó. Llenó un vaso de agua con una botella que sacó de la nevera y después bajó el volumen de la radio. Gaddis iba a protestar, pero comprendió que sería absurdo. No podía arriesgarse a espantarla con un discurso paranoico sobre escuchas. La miró mientras se bebía el agua (el vaso entero, como si tuviera resaca) antes de volver a sentarse.

—Mamá escribía sobre temas políticos, geopolítica, espionaje. —Holly bajó la voz hasta convertirla en un susurro teatral y se puso un dedo en los labios. Empezaba a divertirse—. Bob era un espía im-por-tan-te. Telón de Acero. Guerra Fría. ¿Por eso te preocupan los micrófonos? —Lo miró como si estuviera a punto de echarse a reír—. ¿Vas a usar el material de mamá para escribir un libro sobre el MI6?

Gaddis le hizo un gesto para que siguiera hablando.

—Por lo que sé, Bob le pasaba a mamá detallitos de información todo el tiempo. Cotilleos de espías, rumores de Washington y Westminster. —Dio unos golpecitos en la mesa con los nudillos—. Probablemente le ha dado el cincuenta por ciento de este material. Era su forma de mostrarle su afecto. O eso, o una forma de aliviar sus remordimientos por marcharse a Moscú. Le dijo que quería que escribiese un gran libro sobre el espionaje en Occidente, todas las cosas que Bob Wilkinson no podía contar porque estaba atado por la Ley de Secretos Oficiales. —Cogió la mano de Gaddis entre las suyas y su animación se disipó repentinamente—. Pero mamá nunca se puso a ello. Probablemente nunca leyó los archivos. Al cabo del tiempo, Bob

empezó a agobiarla. Era como una mosca muy pesada que no conseguía espantar. Y nunca se sintió lo bastante cómoda para hacer el trabajo. Creo que Bob vive ahora en Nueva Zelanda. Hace siglos que no lo veo.

—¿No vino al funeral de tu madre?

Holly negó con la cabeza.

—No me acuerdo. Esos días batí el récord mundial de consumo de Valium. Posiblemente sí vino. O quizá ni siquiera se haya enterado de que murió.

Gaddis le dio la carta. Por el ventanal de la sala de estar vio pasar un camión a toda velocidad, que saltó sobre los resaltes de la calzada en medio de la noche. Señaló la línea que mencionaba a Platov.

—¿Qué crees que significa esto?

—¿Dónde? —Guiñó los ojos como una anciana que necesitara gafas—. ¿Platov? No tengo ni idea.

Gaddis la observó con atención, aún no muy convencido de que no estuviera manipulándolo.

—¿Tu madre no comentó nunca si estaba investigando a alguien del Kremlin?

—Nunca, no. —Holly se recostó en la silla y le dirigió una mirada escrutadora—. Creía que el experto en Platov eras tú. ¿Qué ocurre, Sam?

—Dímelo tú.

Como era de esperar, en información telefónica internacional no tenían ninguna referencia a un Robert Wilkinson en Nueva Zelanda, así que Gaddis tuvo que pedirle a Holly un favor. ¿Tenía alguna agenda de su madre donde fuera posible encontrar el número de Bob? Holly le preguntó por qué tenía tantas ganas de hablar con Wilkinson, pero Gaddis le respondió con vaguedades.

—Estuvo en Berlín durante una fase importante de la Guerra Fría. Es para el libro del MI6. Me gustaría organizar una reunión.

A la tarde siguiente, Holly lo llamó desde Tite Street para darle la información. No había manera de impedirle que recitara el número telefónico de Wilkinson por una línea abierta, así que Gaddis lo anotó, salió de inmediato y anduvo hasta una cabina en South Africa Road, a unos cuatrocientos metros de su casa. Si el GCHQ había escuchado la llamada de Holly, aún tardarían unas cuantas horas en tener pinchado el teléfono de Wilkinson en Nueva Zelanda.

Eran las ocho de la tarde en Londres, las ocho de la mañana en las antípodas. Introdujo cuatro monedas de una libra en el teléfono de pago y marcó el número.

—¿Dígame?

—¿Robert Wilkinson?

—Al habla. ¿Quién es?

La línea estaba perfectamente despejada. Gaddis se sorprendió por lo neutro del acento de Wilkinson. Había empezado a formarse la idea de que todos los veteranos del MI6 hablaban como si fueran miembros de la Familia Real.

—Me llamo Sam Gaddis. Soy profesor de Historia de Rusia en el UCL. Hace poco escribí una biografía de Sergei Platov. ¿Mi nombre le dice algo?

Silencio. Gaddis se dio cuenta de que tenía entre manos a otro Thomas Neame.

—¿Es buen momento para hablar?

—Tan bueno como otro cualquiera.

—Quería hablar con usted de Katya Levette.

Aquello captó la atención del hombre al otro lado de la línea. Gaddis oyó una inspiración brusca, casi un jadeo nervioso, mientras la arrogancia desaparecía. Entonces, media palabra:

—Kat...

—Tengo entendido que eran buenos amigos.

—Así es. ¿Quién se lo dijo?

—Holly es amiga mía.

—Buen Dios, Holly. ¿Cómo está?

Wilkinson se estaba abriendo. Gaddis sacó un bolígrafo y un trozo de papel e intentó sostenerlos contra el teléfono, ayudándose con un codo.

—Muy bien. Dice que le dé recuerdos.

—Muy amable por su parte. —Se produjo una breve interrupción en la línea,

quizá debido a un fallo técnico, o quizá porque Wilkinson se había ido a un lado más tranquilo de la casa para hablar con más comodidad—. ¿Puede repetirme quién ha dicho que es? ¿Con quién hablo?

—Me llamo Sam Gaddis. Soy profesor universitario y escritor. Lo llamo desde Londres.

—Por supuesto. ¿Y está trabajando con Katya en una historia?

Era obvio que no sabía nada de Katya. Nadie le había informado de que había muerto. Gaddis tendría que pasar ese trago.

—¿No se ha enterado, señor? —Se sorprendió al oírse dirigiéndose así a aquel hombre, pero la situación exigía un mínimo de deferencia—. Lo lamento muchísimo. No sospechaba que tendría que ser yo quien le diera la noticia, supuse que ya lo sabía. Katya ha fallecido, señor Wilkinson. Lo siento muchísimo. Hace seis meses.

—Oh, cielos. Qué noticia tan terrible. —La respuesta fue instantánea y estoica. Gaddis casi pudo imaginarse el rostro de Wilkinson adoptando una expresión inescrutable. Acababa de perder al amor de su vida, pero no iba a mostrar su pesar ante un desconocido—. Siento mucho oírlo. ¿Cómo lo lleva Holly?

—Así, así —dijo Gaddis—. Está bien.

Wilkinson preguntó cómo había muerto Katya y Gaddis le dijo que había sido por un fallo hepático, eufemismo que el otro hombre entendió de inmediato.

—Sí. Siempre temí que eso sería lo que se la llevaría al final. Toda su vida fue una lucha contra la maldita bebida. Escribiré a Holly dándole el pésame. ¿Sigue viviendo en el piso de Tite Street?

—Sí. Y estoy seguro de que se lo agradecerá.

—De hecho, Catherine se va a casar a finales de este mes. Intentaré convencer a Holly de que venga a la boda. Sería maravilloso verla de nuevo.

Gaddis sabía, por su conversación con Holly, que Catherine era la hija de Wilkinson, pero creyó más oportuno fingir ignorancia.

—¿Catherine?

—Mi hija menor. Se casa con un austríaco, en Viena. Iré allí para la boda. Debemos intentar convencer a Holly para que venga.

—Se lo diré, téngalo por seguro.

Gaddis miró el contador y vio que solo le quedaban cincuenta peniques de crédito. Introdujo otras cuatro libras en la ranura y tosió para disimular el sonido de las monedas cayendo en el teléfono.

No sirvió de nada.

—¿Me llama desde una cabina? —preguntó Wilkinson.

Gaddis no habría podido mentir ni aunque hubiese querido: un Volkswagen Golf se detuvo en la calle, a su espalda. El conductor hizo sonar repetidamente el claxon para llamar la atención de alguien en alguna casa cercana. A Wilkinson debió de parecerle que Gaddis llamaba desde el centro de la M4.

—Mi teléfono se ha averiado —contestó. El papel y el bolígrafo se le cayeron al

suelo de la cabina. Mientras se inclinaba para recuperarlos mantuvo el auricular junto a la cara y añadió—: Pero quise telefonarle lo antes posible.

—¿Y eso, doctor Gaddis?

—Han llegado a mis manos unos documentos que creo que usted le dio a Katya.

Pausa. Wilkinson estaba sopesando su respuesta.

—Entiendo.

—Me los dio Holly. Un amigo común pensó que el material me interesaría.

—¿Y le interesa?

Parte del tono de reserva que había mostrado Wilkinson al principio de la conversación había reaparecido.

—Aún no he tenido la oportunidad de examinarlos. He estado ocupado con otro trabajo. Me preguntaba si usted sabía lo que Katya pensaba hacer con los documentos.

—Me temo que no realmente.

Parecía una mentira, pero Gaddis no esperaba una respuesta directa. Wilkinson era culpable de filtrarle a un periodista información de inteligencia potencialmente sensible. No tenía forma de saber si Gaddis era un historiador *bona fide* o un *agent provocateur* contratado por el MI6 para obtener una confesión.

—Quizá pudiéramos encontrarnos en Viena para hablar del tema —sugirió, una idea descabellada que salió de sus labios antes de que hubiera podido pensar en las implicaciones.

—Quizás —respondió Wilkinson con una ausencia absoluta de convicción. El tiempo se agotaba. Si Gaddis no tenía cuidado, la conversación terminaría de golpe.

—Hay una persona en concreto sobre la que me gustaría hablar con usted —dijo.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Sergei Platov.

Wilkinson dejó escapar un gruñido de escepticismo.

—Pero acaba de decirme que ha escrito su biografía. ¿Por qué quiere empezar de nuevo?

—Se trata de otro enfoque. —Gaddis se preguntaba cuál sería la mejor forma de jugar su mejor carta—. Me interesa la relación de Platov con tres antiguos agentes de inteligencia durante la era soviética.

—Agentes de inteligencia...

—Fiodor Tretiak era un agente de alto rango del KGB residente en Dresden. Edward Crane fue un agente doble británico durante más de cincuenta años. El hombre que huyó de Berlín a mediados de los ochenta usaba el alias de Dominic Ulvert.

A través de la línea de larga distancia le llegó el shock de Wilkinson en forma de una maldición entre dientes.

—Condenado idiota... ¿Esta es una línea segura?

—Creo que sí...

—Le agradeceré que no vuelva a llamarme aquí.

En la transcripción de la conversación que sir John Brennan recibió la mañana siguiente, la brusca finalización de la discusión entre OSO POLAR y Robert Wilkinson aparecía representada con la simple frase «llamada finalizada».

Brennan se enfureció: le habían dado a entender que Gaddis había perdido el interés por ATILA. Llamó a Tanya Acocella y la reprendió severamente por «fracasar en convencer a ese jodido profesor», añadiendo que «si se le ocurre volver a acercarse a Edward Crane, lo echaremos a los lobos de Moscú. No he pasado hasta el último minuto de todo el puto fin de semana de rodillas ante el servicio de inteligencia alemán pidiéndoles que hagan la vista gorda ante la que armó Gaddis en Berlín para que coja el teléfono a las primeras de cambio y empiece a cotorrear con el maldito Bob Wilkinson».

Tanya intentó contestar, pero Brennan no había terminado.

—¿Gaddis tiene la más remota idea de qué le pasará si los rusos lo descubren? ¿Sabe lo que se juega? ¿No se lo dejó usted bien claro cuando aterrizaron en Gatwick? ¿De qué diablos hablaron? ¿Del precio de la vivienda? ¿De bares de degustación? ¿Tenía la intención, Tanya, en algún jodido momento, de hacer su trabajo como es debido?

Brennan la había despedido de su despacho con un último comentario que la había enfurecido.

—Esto es lo que hará: vuelva a CHESAPEAKE. Considere cerrado OSO POLAR. Si no puede ocuparse de un problema tan sencillo como Sam Gaddis, tendré que ocuparme del tema personalmente.

Mientras Acocella bajaba en el ascensor, Brennan contactó con la British High Commission en Canberra, y dio instrucciones a Christopher Brooke, treinta y un años, jefe de operaciones en Australia, de que subiera en el primer vuelo a Nueva Zelanda disponible y allí tuviera «unas discretas palabras con uno de nuestros antiguos empleados». Las actividades del MI6 fuera de la capital de Nueva Zelanda, Wellington, habían disminuido a causa de los recortes, lo que significaba que Brooke tenía por delante un viaje de siete horas hasta Christchurch, vía Sídney, luego un vuelo de cuarenta y cinco minutos de Christchurch a Dunedin, seguido por tres horas de carretera, en un Toyota Corolla alquilado, de Dunedin a Alexandra, en el corazón de la isla sur. Añadiendo los retrasos y los transbordos, el viaje, desde el momento en que saliera de su casa en Canberra hasta que llegara a Alexandra, le llevaría unas cuarenta horas. Lo que le costó además una discusión tremenda con su esposa embarazada, que había estado esperando con impaciencia y desde hacía bastante tiempo unas vacaciones de cinco días en la Costa de Oro australiana. Brooke se quedó dormido casi en cuanto llegó a la habitación del hotel, y se despertó en el amanecer del miércoles solo para descubrir que nadie había oído hablar de Robert Wilkinson ni de la finca en Drybread.

—Conocemos a casi toda la gente de por aquí, hermoso —le dijo la encargada del Dunstan House—. Drybread era antiguamente una mina de oro. Nadie vive allí desde hace años.

—¿Seguro que has venido al sitio correcto, compañero? —le preguntó el encargado de una gasolinera en las afueras de Alexandra.

Brooke se pasó la mañana al volante. En tres horas vio a tres personas, ninguna de las cuales fue capaz de darle indicaciones. Estudió los mapas de carretera, pero no pudo conectarse a Internet para descargarse las imágenes de Google Earth que le hubieran podido mostrar una ruta a Drybread. Pasó por algunos de los paisajes más espectaculares que había visto en su vida, pero la mayor parte del viaje, en el Toyota alquilado en Hertz resonó la voz de un espía británico cansado y enfadado que se quejaba de lo injusto que era estar destinado en el culo del mundo y maldecía ante la perspectiva de pasarse tres días buscando a un espía de la Guerra Fría retirado que, si los lugareños tenían razón, ni siquiera había puesto el pie en Nueva Zelanda.

Finalmente condujo de vuelta a Alexandra, fue a la biblioteca pública y encontró una referencia a «Drybread» en una antigua guía fechada en 1947. El hogar de Wilkinson había sido antaño el poblado levantado junto a una mina de oro, y después, una granja. Según indicaba la guía, estaba al final de «Drybread Road», en un barranco en la base de la zona montañosa de Dunstan Range, a cuarenta y cinco kilómetros al noroeste de Alexandra.

Salió de la biblioteca. Recorrió un paisaje seco y estéril identificado en el mapa como Maniototo Plain, y se detuvo repostar y comer algo en Omakau, una población consistente en poco más que un bar y una tienda. Alrededor de las cuatro abandonó la ruta S85 y recorrió una carretera no señalizada de un solo carril flanqueada por ríos y arroyos de un intenso azul similar al del cielo al final de la tarde. Cada pocos cientos de metros tenía que detenerse para abrir puertas de vallas, y a cada kilómetro que avanzaba, la carretera se volvía más agreste. Le preocupaba pinchar una rueda en cualquier momento, con lo que el Toyota le dejaría tirado en medio de una llanura inmensa y desierta que no tardaría en estar sumida en la oscuridad. Pero justo después de las seis, aproximadamente a diez kilómetros de la carretera principal, vio por fin un cartel desvencijado en el que se leía «Drybread», y se metió por una pista estrecha y llena de baches que avanzaba bordeando unos cultivos en dirección a unas colinas escarpadas. La propiedad de Wilkinson era una pequeña casa de dos plantas construida a unos ochocientos metros entrada la pista, en medio de un rectángulo de sauces. Al dirigir el coche a la entrada, distinguió al lado este de la casa una figura que llevaba un prehistórico Barbour. Empezaba a llover. Brooke apagó el motor, salió del coche, y estaba a punto de levantar una mano a modo de saludo cuando vio que Robert Wilkinson caminaba hacia él con una mirada fría y una escopeta.

—¿Quién diablos es usted?

Brooke levantó ambas manos en una fracción de segundo.

—¡Amigo! ¡Amigo! —gritó. Era un reflejo condicionado después de tres años de

servicio en Basora bastante movidos—. Soy del Office. He venido desde Canberra para hablar con usted.

—¿Quién lo envía? —Wilkinson se había parado a cincuenta metros con la escopeta al hombro y apuntada al estómago de Brooke.

—Sir John Brennan. Es sobre ATILA. Tengo que darle un mensaje.

Wilkinson bajó el arma, abrió la recámara y sostuvo la escopeta apoyada en el antebrazo.

—Pues démelo.

Brooke miró a su alrededor. Lo habían advertido de que Wilkinson se había «vuelto un poco nativo», pero había esperado que al menos le ofreciera una taza de té.

—¿Aquí fuera?

—Aquí fuera —replicó Wilkinson.

—Bien. De acuerdo. —Brooke se dirigió al asiento trasero del Toyota, sacó su parka North Face, se la puso y la abrochó para protegerse del mal tiempo, que iba a peor, y cerró la puerta—. A sir John le preocupa que usted haya entablado relación con un profesor británico llamado Sam Gaddis.

—¿Entablado relación? ¿Qué diablos significa eso?

Wilkinson dedujo de inmediato que el MI6 había pinchado la llamada de Gaddis. Años de cuidadoso cultivo de su anonimato habían quedado arrasados en un instante por culpa de un profesor descuidado en una cabina telefónica londinense.

—El doctor Gaddis ha descubierto la verdad sobre ATILA. Creemos que sabe que usted fue el contacto de Edward Crane en Alemania Oriental en los ochenta. Al Servicio le preocupa que usted pueda pasarle información delicada a Gaddis, rompiendo así su compromiso con la Ley de Secretos Oficiales.

Wilkinson se acercó un paso. Era un hombre apenas entrado en los sesenta, fornido. Su rostro, especialmente a la débil luz de aquella fría tarde primaveral, desprendía un aire despiadado que había llegado a asustar a hombres más duros que Christopher Brooke.

—¿Cómo se llama, joven?

—Christopher. Soy el jefe de operaciones en Canberra.

—¿Y ha recorrido todo el camino desde Australia para venir a decirme esto?

Brooke pensó en su esposa embarazada, en la cabina con olor a desinfectante del avión de Qantas, en la comida precocinada del vuelo y en las carreteras interminables de Central Otago.

—Así es —respondió.

—¿Es que ya no les enseñan nada en Fort Monkton sobre horarios civilizados? ¿Qué pretendía dejándose caer aquí al anochecer? Usted... podría haber sido cualquiera.

A Brooke le habían explicado que Wilkinson estaba «paranoico hasta las cejas con la idea de que los rusos querían asesinarle», y supuso que empezaba a recobrar

por fin algo de su compostura tras asegurarse de que su visitante sorpresa no había sido enviado por el FSB.

—Le ruego que me disculpe por haberlo sobresaltado —dijo tendiendo una mano—. Nadie de por la zona había oído hablar de usted, y me ha costado mucho trabajo localizarle. Esto es tan solo un poco menos remoto que el Mar de la Tranquilidad.

Wilkinson dejó escapar un gruñido de indiferencia.

—¿Esa es su idea de una broma? ¿Así es como tranquilizan a la gente en esos tiempos? ¿Una pequeña ironía galáctica? ¿Un chistecillo sobre la Luna?

Brooke se dio cuenta de que aquella era una causa perdida. Retiró la mano extendida, se la metió en el bolsillo de la parka y decidió renunciar a cualquier pretensión de camaradería. Lo único que quería era conducir de vuelta a Dunedin, disfrutar de una noche de sueño y tomar un vuelo a Canberra. Quería alejarse de aquel maníaco armado. Quería escribir el informe para Brennan, vaciar una botella de Pinot Noir y comer un curry verde tailandés con su esposa. Pero tenía un trabajo que hacer.

—Le diré lo que pienso —dijo— porque está bastante claro que esto no va a ser una conversación civilizada. No esperaba una cena hogareña, señor Wilkinson. No esperaba que me ofreciera una cama para esta noche. Pero si desea que lo despachemos aquí fuera, lo despachamos aquí fuera. —Como si le hubiera dado pie, una ráfaga de viento atravesó la llanura y agitó las hojas de los sauces—. Tal como lo entiendo, Gaddis amenaza con desvelar dos de los secretos más celosamente guardados de la Guerra Fría. Secretos que mis compañeros de oficio, usted mismo incluido, han mantenido ocultos con éxito durante los últimos sesenta años. El Jefe me ha pedido que le recuerde que existen... anomalías, por usar sus propias palabras, en los últimos años de la carrera del señor Crane. Anomalías cuya revelación podría tener graves repercusiones en nuestras relaciones con Moscú. Yo no sé en qué consisten tales anomalías, pero estoy informado de que usted sí lo sabe. —A la ya escasa luz vio que Wilkinson alzaba el rostro, y oyó un leve resoplido, lo que tomó por una señal de asentimiento—. A sir John le ha preocupado siempre el tema de que los agentes de inteligencia retirados no sientan la tentación de vender sus biografías al mejor postor.

—¿Disculpe?

—Creo que me ha entendido. El Servicio sabe que le reveló información sensible a la señora Katya Levette en distintos momentos de su carrera, con la doble intención de filtrarle a la prensa británica historias políticamente dañinas y de publicar sus propias memorias.

—Debería tener cuidado con esa labia suya —dijo Wilkinson, cambiando de mano la escopeta—. Le puede meter en líos.

Había empezado a llover, y Brooke se puso la capucha.

—¿No es cierto que usted y la señora Levette comentaron la posibilidad de que ella escribiera apócrifamente sus memorias?

Wilkinson había escuchado suficiente. Avanzó bajo la lluvia hasta encontrarse cara a cara con Brooke, y lo estudió como un cocodrilo que estuviera evaluando su almuerzo.

—Deje que le diga algo. Hace tres días, me levanté y me preparé un té. Sonó el teléfono y lo contesté. Al otro lado de la línea estaba ese doctor Gaddis. Me llamaba desde Londres, desde una cabina, e hizo preguntas sobre Eddie Crane. Nunca había oído hablar de él. Verá, yo no tenía ni idea de que ATILA fuera de repente de dominio público. Tampoco tenía idea de que un profesor oportunista se las hubiera arreglado para seguirme el rastro. Permítame asegurarle que no tenía en absoluto la intención de hablar con él sobre mi carrera. Supongo que algún enlace local escuchó nuestra conversación privada como un favor a la vieja patria. ¿Fue así?

—No tengo ni idea de qué papel ha tenido el GCSB en todo esto, si es que ha tenido alguno.

—¿No? —Wilkinson vio cómo la lluvia corría por la cara de Brooke—. Apuesto a que no. Usted solo es el jefe de operaciones en Canberra, al fin y al cabo. —Levantó una mano cuando Brooke empezaba a responder—. Espere, no he acabado. —Estaba furioso. Por la invasión de su privacidad y por que su relación con Katya hubiera sido de nuevo arrastrada por el fango—. Por favor, dígame a sir John (era simplemente «John» cuando lo conocí, pero siempre le gustó picar alto), dígame a sir John que ahora que estoy retirado haré lo que me dé la real gana. Si eso incluye charlar con profesores londinenses que no saben dónde se meten, así será. Recuerdo cómo acabaron las cosas, ¿sabe? Recuerdo una bomba bajo mi coche. Recuerdo haber tenido la clara sensación de que el Servicio habría preferido que Sergei Platov hubiera hecho saltar por el cielo de Fulham a Bob Wilkinson. —Brooke se limpió la lluvia de los ojos—. Parece confundido, Christopher.

—Me he perdido. No tengo absolutamente ni idea de qué está hablando.

—No. Supongo que no. —Otra ráfaga de viento cruzó la llanura—. Pero sir John Brennan lo sabe exactamente. Asegúrese de decirle que conozco la definición de lealtad. Él nunca ha cuidado de mis intereses, ¿por qué debería yo cuidar de los suyos? Si ese tal Gaddis quiere saber de ATILA con pelos y señales, quizá se lo cuente. Es hora de que esa historia salga a la luz, de todas formas. Joder, posiblemente hasta beneficiará al gobierno británico. ¿A usted no le gustaría perder de vista a ese maníaco?

—¿Qué maníaco?

—Platov —respondió mordazmente Wilkinson, como si Brooke hubiera expuesto su ignorancia ante todo el mundo—. Realmente no le han puesto al tanto de la situación, ¿eh? Realmente no tiene ni idea de qué diablos está pasando.

El jueves, ya avanzada la tarde, Sam Gaddis se abrió paso entre los estudiantes que atestaban el exterior del Departamento de Estudios Eslavos y de Europa del Este cuando vio a Tanya Acocella en la otra acera de Taviton Street. La mujer llevaba una gabardina de color beis, botas de cuero y una boina que resaltaba los rasgos descarnados de su pálido rostro. Sam pensó que parecía cansada, pero a pesar de todo sintió una irritante punzada de atracción. Tuvo que recordarse que debía parecer molesto cuando cruzó la calle para hablar con ella.

—Supongo que esto no es una coincidencia.

—No —dijo ella—. ¿Te importa si paseamos un poco?

Estaba corriendo un riesgo al dejarse ver con él. Brennan podía tener espías en el UCL. Si alguien enviaba a Vauxhall Cross una simple fotografía que los mostrase juntos, quedaría claro que había hecho caso omiso de las órdenes del Jefe de que debía cortar todo contacto con OSO POLAR.

—Me preguntaba cómo te iría —preguntó Tanya.

Gaddis se tomó la pregunta al pie de la letra y dijo que había estado «bien, absolutamente bien» desde el tiroteo en Berlín.

—Hemos llegado a un acuerdo con las autoridades alemanas. Han podido restringir la cobertura del incidente en los medios. La policía no buscará al segundo tirador. El hombre que mató a Meisner, el que disparaste, era un ruso llamado Nicolai Doronin. El MI5 había estado vigilándolo desde hacía varios meses. Los alemanes saben que tiene lazos con el FSB, pero no van a presentar ninguna queja en Moscú. Cuando Doronin se recupere lo expulsarán de Berlín. Sabe que si intenta delatar a alguno de sus compañeros en la conspiración, su familia en Londres sufrirá represalias.

—Una historia preciosa —dijo Gaddis. Sacó un cigarrillo. Tanya le pidió otro, y él se lo encendió. Un estudiante se acercó a ellos y le preguntó a Gaddis por la fecha de entrega de un trabajo, y después se alejó en dirección a Endsleigh Gardens.

—La solución de Berlín es lo mejor que vas a obtener —dijo Tanya, esperando al menos alguna muestra de gratitud por parte de Gaddis habida cuenta de las negociaciones que había efectuado el MI6 en su beneficio.

—Lo entiendo. Y me siento muy agradecido, créeme.

Caminaron en silencio. Tanya se preguntaba cuál sería la mejor forma de presentar lo que había ido a decirle.

—Estás siendo cuidadoso, ¿verdad, Sam?

—¿Cuidadoso en qué sentido?

—¿Comprendes los términos de nuestro acuerdo? No puedes buscar a Crane. No puedes buscar venganza por lo que le ha pasado a Meisner y a Charlotte.

Pensó en la forma en que Brennan la había fustigado en su despacho y se preguntó por qué tenía tanto cuidado en no herir los sentimientos de Gaddis. En la

calzada, por delante de ellos, se posó una paloma, se cruzó en el camino de un taxi y echó a volar de nuevo.

—Si sales del país, en el momento en que muestres el pasaporte en cualquier punto de la UE, ellos sabrán cómo encontrarte.

Gaddis se detuvo y se giró hacia ella.

—¿Qué quieres decir con «ellos»?

—Me han retirado de la operación. Tengo otros cometidos. Brennan ha puesto tras de ti a un equipo nuevo.

Gaddis se sentía confundido. ¿Acaso quería que le mostrase alguna simpatía?

—¿Por qué te han retirado?

—Es una larga historia. —Gaddis tuvo la impresión de que Tanya había estado a punto de explicárselo, pero al final se limitó a reiterar su advertencia—. No importa quién te sigue ahora. Los términos del acuerdo son los mismos. No busques a Crane, ¿entendido?

Gaddis hizo todo lo posible por convencerla:

—Ya te he dicho que sí —replicó—. Lo entiendo, Tanya.

A ella no le gustaba verle mentir. Parecía fuera de lugar en él.

—Pero Robert Wilkinson no se quedará eternamente en Nueva Zelanda —dijo—. Nos preguntábamos si ya lo sabrías. Queremos estar absolutamente seguros de que no intentarás verle. Si va a Viena, por ejemplo.

Gaddis solo pudo echarse a reír, pero su risa sonó hueca: un jadeo casi sin aliento que mostraba su rendición ante la omnipotencia del MI6. Tenían ojos y oídos en todas partes. Escuchaban todo lo que él decía, incluso en una cabina perdida en una zona residencial de South Africa Road.

—Wilkinson no quiere saber nada de mí —dijo. Dejó caer el cigarrillo a medio fumar y lo aplastó con el zapato—. Crane ha desaparecido. Incluso aunque quisiera terminar el libro, me he quedado sin pistas. Se acabó.

—Ambos sabemos que eso no es cierto del todo.

Gaddis se maravilló ante la habilidad de la mujer para convencerlo de que aún estaba de su lado. Quizás era por la indumentaria: se la veía tan elegante, tan fuera de servicio... Era la hermosa, accesible y seductora Josephine Warner hasta en el último detalle.

—Tienes razón —dijo—. Podría ir a Viena. Podría colarme en la boda de Catherine. Podría abordar a Bob Wilkinson entre los canapés de salmón y pedirle que le haga un favor a un profesor a quien no conoce y que no le cae particularmente bien y que me hable de Dresden. ¿De verdad crees que eso es lo que planeo?

—Creo que eres capaz de cualquier cosa.

Gaddis la sujetó.

—Tienes que confiar en mí —dijo. Los brazos de Tanya tenían los músculos apretados, tensos, de alguien que se ejercita en el gimnasio—. Comprueba los registros de vigilancia. Voy a pasar en Barcelona el resto del mes, estaré una quincena

con Min.

—¿De verdad?

Tanya ya no tenía acceso a los informes sobre OSO POLAR. Era irritante no conocer ni siquiera aquel simple detalle.

—De verdad. Así que si a Des le apetece seguirme, dile que meta el bañador en el equipaje. Mi hija y yo vamos a pasar bastante tiempo en la playa.

No era más que una verdad a medias en el mejor de los casos, pero Gaddis consideró que le debía una o dos mentiras a Tanya. Barcelona era tan solo su forma de devolvérselas.

Había pasado la mañana en Colindale, en los arrabales del noroeste de Londres, repasando ejemplares atrasados de *The Times*. Podría haber encontrado lo que buscaba conectándose a Internet, pero ¿para qué correr riesgos si existían copias impresas hasta donde quisiera buscar? El número que encontró tenía fecha del 6 de enero. Gaddis había apostado consigo mismo a que Catherine Wilkinson había aceptado la propuesta de matrimonio el día de Nochevieja, poco antes de que se descorchara el champán de medianoche.

SEÑOR M. T. M. DRESCHEL Y SEÑORITA C. L. WILKINSON

Se ha anunciado el compromiso entre Matthias, el primogénito del señor Rudolph Dreschel y la señora Elfriede Dreschel, de Viena (Austria), y Catherine, la hija menor del señor Robert Wilkinson y la señora Mary Edwards, de Edimburgo (Escocia).

Aquello le proporcionó los apellidos con los que identificaría el banquete de boda, lo que era el primer paso de su plan.

El segundo paso consistía en averiguar la fecha de la boda y localizar el hotel de Viena donde se alojaría la mayor parte de los invitados. Con ese fin, Gaddis imprimió un listado con todos los hoteles de cuatro y cinco estrellas de Viena y telefoneó a todos, uno a uno, desde dos cabinas de la estación de Colindale, realizando en todos ellos la misma solicitud.

—Buenos días. Quisiera reservar una habitación para el fin de semana de la boda Dreschel-Wilkinson. Me han dicho que tienen una oferta especial para los invitados de la pareja.

Los primeros catorce hoteles no tenían «ninguna boda registrada con esos nombres», pero el decimoquinto, el SAS Radisson de Schubertring, disponía de toda la información y le preguntó a Gaddis su apellido.

—Es Peters —respondió—. P-E-T-E-R-S. Peters.

—Sí, señor Peters. ¿Para cuándo tiene prevista su llegada?

Gaddis pasó a la siguiente fase de su estrategia. Necesitaba la fecha exacta de la boda, de modo que dijo:

—¿Puede indicarme si alguno de los otros invitados llega el jueves por la tarde? ¿Cree que sería demasiado pronto?

—¿El jueves veintitrés, señor? Deje que lo consulte.

Ahora quedaba la cuestión de averiguar si la ceremonia tendría lugar en la tarde del viernes veinticuatro o el sábado veinticinco.

—¿Señor Peters?

—¿Sí?

—Es difícil decirlo, señor. Algunos de los huéspedes llegan el jueves por la tarde, pero la mayoría parece haberse registrado para el viernes.

Así que la ceremonia tendría lugar el sábado veinticinco.

—Ya veo —respondió.

Gaddis había alargado el tema un poco más solicitando una habitación doble para la noche del viernes y la del sábado, pero cuando llegó el momento de dar su nombre completo y su dirección, fingió que tenía «una llamada importante por la otra línea» y prometió al recepcionista que completaría la inscripción *online*.

—Por supuesto, señor Peters. Por supuesto. Esperamos verle pronto en Viena.

Dos días después, Gaddis partió de Londres en dirección a España, en un vuelo temprano de Heathrow a Barcelona. No tuvo ningún problema en el control de pasaportes, pero dio por sentado que el MI6 estaría vigilando estrechamente el piso de Natasha. Su plan era sencillo: pasar unos días en España con Min y luego ir en tren a Austria. Según los términos del Acuerdo de Schengen le sería posible realizar todo el viaje hasta Viena sin tener que mostrar el pasaporte. Gaddis supuso que aquello complicaría la tarea de seguirle la pista. Tenía la intención de llegar al Radisson la tarde del viernes veinticuatro, a tiempo para mezclarse con los demás invitados. Fingiría ser un amigo de la familia Dreschel, descubriría dónde iba a tener lugar la celebración y quizás acompañaría a la ceremonia del día siguiente a alguna de sus nuevas amistades. Aquello le pondría directamente en contacto con Robert Wilkinson.

Al final resultó que el MI6 andaba escaso de personal y debió encargar la vigilancia de OSO POLAR en Barcelona a dos agentes del consulado general británico, en la avenida Diagonal. En los informes de vigilancia que enviaron a Londres, directamente a sir John Brennan, registraron una serie asombrosamente vulgar de visitas a zonas de juegos infantiles y pizzerías, de baños tiritantes en las aguas de octubre en la playa Icaria, y de paseos por las Ramblas. Brennan vio fotografías de Gaddis cargando a hombros a Min, de ambos saliendo del cine con sendos helados, de la niña riendo mientras Gaddis le contaba alguna historia en el metro. Había pruebas de que OSO POLAR había participado en una acalorada discusión con su ex en un restaurante de tapas llamado El Celler de la Ribera, pero aquello fue adjudicado a los nervios habituales por un divorcio complicado. Desde cualquier punto de vista, OSO POLAR parecía haber abandonado sus intenciones de ir detrás de Crane o de Wilkinson.

Gaddis, por supuesto, había puesto de su parte para convencer de su rehabilitación a los chicos del GCHQ. Por ejemplo, envió un mensaje por Facebook a Paul, el marido de Charlotte, para explicarle que «no había sido capaz de hacer absolutamente ningún progreso» en el libro de Charlotte, y que por ello había decidido «dejarlo a un lado, al menos de momento». Concertó para despistar algunas citas por *e-mail*, entre ellas una para verse con un estudiante de posgrado del UCL el viernes veinticuatro por la mañana. Había llamado a Holly a Londres con su teléfono móvil habitual para decirle lo mucho que la echaba de menos e invitarla a cenar en el Quo Vadis el sábado veinticinco.

Brennan sabía que existía la posibilidad de que OSO POLAR estuviera tendiendo una trampa que se descubriría en Viena, pero en aquellos momentos le preocupaba más el informe de Christopher Brooke en el que le relataba su encuentro con Robert Wilkinson. Había dos párrafos en concreto que lo habían alarmado y enfurecido:

... Wilkinson hizo referencia al incidente que, según su punto de vista, forzó su exilio a Nueva Zelanda. Está claro que aún considera al Servicio responsable del atentado contra su vida y sugirió (sin pruebas que lo corroborasen) que o bien el Servicio orquestó el intento de asesinato, o bien, en el mejor de los casos, podría haber hecho más para protegerlo posteriormente. Debo hacer constar que el señor Wilkinson se comportaba de una forma que solo puedo describir como agresiva y paranoica.

... Wilkinson finalizó nuestra breve discusión con la amenaza de proporcionarle al doctor Gaddis lo que describió como «lo que quiera saber de ATILA con pelos y señales». Transcribo de la grabación digital de la conversación: «Es hora de que esa historia salga a la luz, de todas formas. Joder, posiblemente hasta beneficiará [énfasis] al gobierno británico. ¿A usted no le gustaría perder de vista a ese maníaco [Platov]?».

Brennan vio que no tenía alternativa. Estaba claro que había agotado cualquier otra opción disponible. Descolgó el teléfono y le pidió a su secretaria que lo pusiera con Maxim Kepitsa, el vicesecreario de la embajada de la Federación Rusa y uno de los tres agentes del FSB declarados que operaban en Londres.

La llamada sonó en la línea privada de Kepitsa.

—¿Maxim? Soy John Brennan.

—¡Sir John! Me alegro de saber de usted.

—Me preguntaba si le apetecería que quedásemos para comer con calma. Quería hablar con usted de un hombre al que su gobierno ha estado buscando desde 1992. Uno de los nuestros, de hecho. Lo conocen como Ulvert...

Gaddis tardó casi dos días en ir de Barcelona a Viena. El primer tramo del viaje consistía en un tren nocturno hasta Friburgo, en Suiza. Allí realizó un breve transbordo hasta Zurich antes de subir a un tercer tren para un trayecto de nueve horas por el lado norte de los Alpes. En la primera noche, en un coche cama cuyo precio apenas se podía permitir, había dormido más profundamente que en muchas semanas. En el último tramo del viaje se había leído *Archangel* de principio a fin, subsistiendo a base de bocadillos de queso del vagón restaurante y tazas de un café cada vez más inmundo. Más o menos a cada hora cambiaba de sitio en el tren, en un intento de averiguar si lo seguían. En las raras ocasiones en que hacían una parada, se echaba la bolsa de viaje al hombro y bajaba al andén, se dirigía hacia los revisores y luego volvía a subir al tren en el último minuto.

Hasta donde era capaz de ver, su partida de España había pasado desapercibida. Había tardado tres horas en llegar desde el piso de Natasha a la estación de Sants en Barcelona: había salido del piso al anochecer y viajado en círculos excéntricos en una serie de taxis, trenes y autobuses, con la esperanza de quitarse de encima a cualquier observador. También había dejado su móvil habitual oculto bajo un archivador en la sala de estar del piso de Natasha, en silencio y con la batería cargada al máximo. Esperaba que la señal del teléfono le diese al GCHQ la impresión de que aún seguía en Barcelona. Después había comprado otro móvil en El Corte Inglés y le había conectado la tarjeta SIM que adquirió en Tottenham Court Road.

En todo aquello había algo escabroso, si era sincero consigo mismo: tenía la sensación de estar traicionando a Min al visitarla en España para luego implicarla en aquel truculento juego de engaños, aunque fuera indirectamente. Tenía cinco años y era cautivadoramente inocente, y aun así, cuando jugaba con ella en los columpios cercanos al piso de Natasha o le sujetaba la pequeña mano en la penumbra parpadeante del cine desierto en una sesión matinal, había sentido la sombra conflictiva de su ambición: el sentimiento de que su determinación por vengar a Charlotte y resolver el misterio de Dresden estaba incluso por encima de la seguridad y el bienestar de su propia hija. ¿Era así? ¿Era tan testarudo, estaba tan desesperado por tener éxito, que correría el riesgo de dejar a Min sin padre? Porque aquello era una realidad: al perseguir a Wilkinson estaba poniendo su propia vida en peligro. No había otra forma de mirarlo. Pero, en cualquier caso, ciertamente había ido demasiado lejos para abandonar ahora. Los rusos descubrirían su conexión con ATILA antes o después. Era casi seguro que podrían matarle por lo que ya sabía. Partiendo de aquello, no tenía sentido obedecer las instrucciones de Tanya.

Aún tenía dudas, por supuesto. Había habido un instante en la playa Icaria, por ejemplo, cuando él y Min habían salido del agua helada y Gaddis había envuelto el cuerpo tembloroso de la pequeña en una toalla de playa, en el que había pensado que no había nada más importante en el mundo que su preciosa y sonriente hija, que aún

estaba creciendo. Los momentos que pasarían juntos en el futuro, aunque no fueran muy frecuentes, serían infinitamente más satisfactorios que cualquier libro sobre Edward Crane. Pero el dinero interfería con todo. Aquella misma noche había discutido con Natasha mientras cenaban en El Cellar de la Ribera. Él insistió en que se había quedado económicamente «en las últimas», solo para oír cómo ella lo acusaba de «hacer falsas promesas sobre el futuro de Min» y «abandonar a su hija a la perspectiva de recibir una educación de tercera».

De modo que había sido el dinero lo que en última instancia lo había convencido de que debía seguir. Sin fondos con que pagar la educación de Min estaría fracasando en su deber como padre. Cuando ocultó su móvil bajo el archivador, lo justificó como un subterfugio necesario: sencillamente, no podía escribir el libro con el MI6 pegado a la espalda. Pocos minutos antes había acostado a Min, la había tapado y le había dado un beso de despedida. Después había ido a la cocina, estrechado la mano del irresponsable Nick, dado un seco beso en la mejilla a Natasha y marchado en busca de un taxi.

Hubo algo de ironía en la secuencia temporal. Si se hubiera quedado en el piso quince minutos más, Gaddis habría visto la llamada entrante de «Josephine Warner» procedente de Londres. Al no contestar, Tanya le dejó un mensaje en el buzón de voz:

«Sam, soy yo. Hay algo que me preocupa. No sé si estás todavía en Barcelona o has vuelto ya a casa, en cuyo caso te estoy llamando sin necesidad. Pero según me ha dicho un compañero que me mantiene al corriente, hay bastante revuelo entre nuestras fuentes rusas. Se habla mucho de Dominic Ulvert.

Hay otra cosa. El FSB sabe que hubo un tercer tirador en Berlín. Han hablado con Doronin, y es casi seguro que les ha dado tu descripción. Ya sabes que me han retirado del caso, pero esto me lo ha dicho una fuente fiable. Así que ten cuidado. No vayas a Viena. Vuelve a casa».

Era un mensaje conmovedor, y tan sincero como arriesgado para ella: se jugaba la carrera. Pero aún existía otro hecho del que ni siquiera Tanya Acocella estaba al tanto.

Aquella tarde, recién apeado de un vuelo de British Airways procedente de Heathrow, un diplomático ruso de alto rango presuntamente conectado con el FSB había cruzado tranquilamente el aeropuerto internacional de Viena en compañía de un tal Karl Stieleke, de quien se sabía, de acuerdo con la información del MI5, que era un contacto de Nicolai Doronin. El nombre del diplomático había disparado las alarmas en cuanto presentó sus credenciales ante las autoridades. Alexander Grek estaba en Austria.

El tren de Gaddis se detuvo en la Westbahnhof de Viena poco después de las ocho en punto de la tarde del viernes veinticuatro. Eran las nueve cuando Gaddis se registró en el Goldene Spinne, en Linke Bahngasse, un hotel de dos estrellas en el centro de la ciudad atendido por un jovial recepcionista de mediana edad que parecía ser el único miembro del personal. Gaddis se registró con su propio nombre y tuvo que mostrar el pasaporte, pero se sintió aliviado al darse cuenta de que el encargado apuntaba sus datos personales a mano en vez de introducirlos en un ordenador.

Había elegido aquel hotel porque era funcional, barato y anónimo. La espartana habitación de la planta de arriba recordaba el camarote de un transbordador de los que cruzaban el Canal: sábanas blancas almidonadas impecablemente alisadas sobre el duro colchón de un catre, un pequeño cuarto de baño alicatado con un lavabo y una ducha, una tetera y unos sobres de té y de café instantáneo, y un antiguo conducto de ventilación cubierto de telarañas.

Gaddis viajaba ligero de equipaje, pero llevaba en la bolsa de viaje un traje de lino y unos zapatos para la boda. Sacó el traje, pidió en recepción una plancha y luego lo colgó en una percha detrás de la puerta. Se duchó y se afeitó, lo que fue un alivio tras las estrecheces y las molestias del largo viaje, se puso una camisa de algodón limpia y luego devoró una pizza de *pepperoni* acompañada de media jarra de vino tinto en un restaurante a dos manzanas del hotel. Hacia las once pagó la cuenta y se dirigió al Radisson.

Gaddis sabía cómo solían funcionar las bodas en el continente. Normalmente, los invitados salían de su trabajo en el Reino Unido a la hora de comer, embarcaban ya entrada la tarde en un vuelo al país anfitrión, se tropezaban inevitablemente con algunos viejos amigos del instituto o de la universidad en uno de los restaurantes que la feliz pareja había recomendado en la documentación que acompañaba a la invitación a la boda, se daban una vuelta por un par de antros locales, y después regresaban al hotel y bebían hasta la madrugada en el bar para clientes. Cuando cruzó la puerta automática del Radisson, tras pasar bajo las banderas de la UE y las farolas de hierro forjado de Schubertring, pudo oír los bramidos, que identificó como risas británicas, que salían de una sala adyacente al vestíbulo. Alguien gritó «¡Gus! ¡Gus! ¿Quieres hielo?», y al fondo se oía el repiqueteo de un piano.

El bar era más pequeño de lo que Gaddis había esperado. Contó alrededor de una veintena de invitados en media docena de mesas de madera repartidas por la sala y a otra veintena de pie en los espacios entre las mesas, todos armados con jarras de cerveza, copas de vino y vasos de escocés y de coñac. En las paredes colgaban fotografías de famosos que habían pernoctado en el hotel; Gaddis distinguió fotos firmadas de Bonnie Tyler, Silvio Berlusconi y el actor afroamericano de *Conexión en Miami*, Crockett o Tubbs, nunca podía recordar su nombre. En el bar, un británico de treinta y tantos que mostraba la llave de su habitación para cargar el gasto a su cuenta

identificó a Gaddis como un compañero y entabló conversación con él.

—¿Está con nosotros? —dijo—. ¿Por la boda?

—Estoy con ustedes —respondió Gaddis—. Acabo de llegar.

—Phil —se presentó el británico, ofreciéndole una mano húmeda pero con un apretón de hierro—. ¿Amigo de Catherine?

—De Matthias. ¿Lo ha visto por aquí?

Era uno de los principales puntos débiles de su plan: si Matthias o Catherine aparecían, Gaddis tendría que retirarse al Goldene Spinne y encontrar otra forma de colarse en la boda. Por suerte, Phil lo tranquilizó.

—No. Están de cena familiar en el Sacher, dudo que lo veamos. Los suyos se alojan allí.

—¿La familia de Catherine también? —Intentaba averiguar si tenía alguna posibilidad de encontrarse con Wilkinson.

—Por lo que sé, sí. ¿Qué bebe, compañero?

Unos instantes después, Gaddis sostenía en la mano dieciocho euros de coñac en una copa grande mientras lo guiaban hasta una mesa cercana a la puerta, ocupada por la esposa de Phil, Annie; «su más viejo amigo», Dan; dos mujeres cuyos nombres no captó bien en ese momento sentadas en un estrecho sofá acolchado, y un elefante rosa de peluche con la trompa encajada en una lámpara de la mesa.

—¡Mi mujer lo ganó en el Prater! —exclamó Phil—. ¿Lo conoce? Es un parque de atracciones enorme.

Gaddis lo conocía.

—Enhorabuena —dijo sonriendo. Annie daba la impresión de haber escapado de tres críos pequeños por primera vez en cinco años; mostraba un aire ausente y el rastro de las noches en blanco en torno a los ojos—. ¿Tiro al coco? —le preguntó—. ¿Tómbola?

—Tiro. —Se echó al hombro un fusil imaginario y apuntó a Phil, y Gaddis supo que había tenido la suerte de dar con el grupo adecuado: gente ya algo achispada y de trato agradable. Le contarían dónde tendría lugar la boda, a qué hora comenzaba la ceremonia y, probablemente, cuántas cucharadas de azúcar se echaba Catherine en el té.

—Sam es un viejo amigo de Matthias —anunció Phil, poniéndole una mano en la espalda y empujándolo hacia un inexistente espacio entre las dos mujeres.

—¿De verdad? —dijo una de ellas, haciéndole sitio en el sofá—. Cuéntenos algo. ¿Cómo es? Nosotros no lo hemos visto nunca.

—Yo sí —dijo Annie con voz queda—. Es encantador.

Gaddis había investigado lo necesario sobre Matthias Dreschel gracias a la magia de Google. El prometido de Catherine tenía treinta y seis años, trabajaba en transportes marítimos (concretamente, «fletes de cargueros de gas») y, según su ficha *online* de la empresa, había obtenido un diploma de posgrado en administración de empresas en la Universidad Internacional de Viena.

—La verdad es que hace años que no lo veo —empezó a decir—. Me sorprendió recibir la invitación.

—¿De qué lo conoce? —preguntó Dan. No parecía especialmente interesado en la respuesta.

Gaddis enhebró su embuste:

—Di clases aquí brevemente, en la Universidad Internacional. Matthias fue uno de mis estudiantes antes de pasarse a la administración de empresas.

—¿Era aplicado? —preguntó la otra mujer. Llevaba ya bastante alcohol y la falda escarlata se le había subido por encima de las rodillas.

—Muchísimo —le dijo Gaddis, sonriendo.

Después de aquello, todo fue viento en popa. Rio los chistes de Phil, contó él mismo un par, se mostró interesado por el pasado de Catherine y pagó unas cuantas rondas. Hacia la una de la madrugada era amigo del alma de todo el grupo, en particular de la dama de la falda escarlata, que se había quedado lo que su difunta madre llamaría «algo encaprichada» de él.

—Espero que nos sentemos juntos mañana —le dijo, justo cuando Gaddis intentaba poner fin a la conversación que tenían sobre la «horrorosa» novia del hermano de ella—. Es realmente agradable charlar contigo. De verdad que sabes escuchar, Sam.

—¡Kath! —exclamó Annie—. Perdónala, Sam. Cuando lleva unas cuantas copas encima no sabe comportarse.

—Ni siquiera sé dónde se celebra el banquete —replicó Gaddis, aprovechando la oportunidad para obtener el último dato que necesitaba antes de volver a su hotel—. Me dejé toda la información en Londres.

—Es aquí al lado —dijo Phil, que tenía la costumbre de escuchar las conversaciones ajenas. Señaló tras él, vagamente en dirección a Schubertring—. El edificio grande al otro lado de la calle. «Kursalon» o algo así. En el Stadtpark.

—Y la ceremonia era a... ¿Las dos en punto?

—Las tres, amigo. A las tres.

A la tarde siguiente, alrededor de las dos y media, los invitados a la boda empezaron a acercarse al Stadtpark ataviados con sus mejores galas. Gaddis había esperado sentado en un banco al pie de una estatua dorada de Johann Strauss, leyendo el *Herald Tribune* y fumando un Winston Light tras otro. Se había puesto el traje de lino, y en el bolsillo de la chaqueta llevaba una libreta y un bolígrafo. Había pasado la mañana paseando por Viena, comiendo la obligada tarta Sacher en el café Pruckel y confirmando su sospecha, largamente guardada, de que aquella ciudad, aun siendo indudablemente hermosa, era tan carente de vida e irreparablemente burguesa como un museo suizo.

Era la idea que tendría una novia de un día de boda perfecto. Los rayos del sol atravesaban los ventanales del Kursalon, un pabellón neoclásico en el borde oeste del Stadtpark, y el cielo aparecía servicialmente azul para la serie de fotografías que un austríaco bigotudo había empezado a tomar conforme los invitados iban llegando para la ceremonia. Gaddis permaneció en el exterior hasta las tres menos cinco, cuando vio que Phil y Annie se dirigían hacia él seguidos por Kath, luciendo todos ellos unas gafas de sol de montura gruesa como protección contra los efectos de la resaca.

—Os estaba esperando —dijo, y besó a las mujeres en las mejillas—. ¿A qué hora os acostasteis?

—No preguntes —musitó Annie.

Se sentaron los cuatro juntos, en sendas sillas acolchadas de respaldo recto en el centro del gran salón de techo dorado que era el corazón del Kursalon. Habría unos doscientos invitados. Gaddis no pudo evitar preguntarse cuántos de ellos serían antiguos compañeros de Wilkinson en el MI6, o agentes en activo con órdenes de evitar que se viera con el último contacto operativo de ATILA. Justo a las tres y cinco, un cuarteto de cuerda ejecutó los primeros compases de «Gabriel's Oboe», y Matthias Dreschel, un individuo bajo de movimientos toscos, de campesino, se giró para presenciar la llegada de la novia con una inesperada expresión de terror en la mirada. Catherine Wilkinson acababa de aparecer al final del pasillo del brazo de su padre, Robert. Gaddis estiró el cuello para ver mejor. Un suspiro de apreciación recorrió las filas de invitados, pero probablemente él era la única persona de la gran sala cuya vista no estaba fija en la resplandeciente novia. Wilkinson tenía un físico tan robusto como su futuro yerno, pero era considerablemente más impresionante: Gaddis percibió en sus ojos de mirada firme y carente de humor la determinación implacable de un espía veterano poco dispuesto a aguantar tonterías. Recordó la ira tajante con que Wilkinson había cortado su conversación por teléfono («Condenado idiota... Le agradeceré que no vuelva a llamarme aquí») y supo que necesitaría recurrir a toda su simpatía y capacidad de persuasión para hacerle hablar.

La ceremonia duró tres cuartos de hora, tiempo más que suficiente para que

Gaddis meditase sobre la mejor forma de establecer contacto. Gracias a una breve conversación con Annie, sabía que el banquete estaba programado para las cinco en punto. No tenía asiento reservado, claro está, lo que significaba que en el mejor de los casos disponía de solo una hora antes de que Wilkinson desapareciera durante al menos cinco horas de discursos, viandas y bailes con música disco. De modo que justo después de las cuatro en punto salió al ambiente fresco y despejado del parque. Kath lo acompañó, resplandeciente en su vestido amarillo canario, divagando sobre «lo espiritual que ha sido la ceremonia, incluso teniendo en cuenta, ya sabes, que no han optado por nada religioso». Entre tanto, los recién señor y señora Matthias Dreschel se hacían fotos en la escalinata del Kursalon y, ocasionalmente, daban muestras públicas de afecto que eran recibidas con silbidos y vítores procedentes del grupo de amigos y familiares que los rodeaba.

—Oh, es encantador —dijo Kath, capturando un beso con la cámara de su móvil—. Se los ve tan enamorados, Sam, ¿no te parece? ¿Verdad que Cath se ve preciosa?

Robert Wilkinson permanecía en pie a unos pasos de la novia, evitando cuidadosamente cruzar la mirada con la mujer que Gaddis supuso que era su ex. A su lado, una anciana demacrada de al menos ochenta años, con la cara hinchada de colágeno y saturada de maquillaje, intentaba entablar conversación con él. Wilkinson parecía aburrido. Kath sacó unas cuantas fotos más, saludó a alguien a lo lejos, y después le ofreció un cigarrillo a Gaddis mientras encendía el suyo a la sombra de un castaño.

—No, gracias —respondió Gaddis—. Voy dentro un momento. Te veo luego.

Había decidido que solo se le presentaba una opción sin riesgos. No podía dirigirse directamente hacia Wilkinson a plena luz del día en aquella tarde de octubre, mientras su hija se casaba y el Servicio Secreto de Inteligencia observaba desde cada rincón del Stadtpark. Además, existía la posibilidad de que Wilkinson se limitase a llamar a seguridad para que lo echasen. No, tendría que recurrir a un intermediario para que le hiciera llegar un mensaje antes de que los invitados se sentaran a la mesa.

Con ese objetivo, entró en unos aseos de la primera planta del Kursalon, se encerró en un cubículo y sacó la libreta y el bolígrafo. Empezó a escribir.

Estimado señor Wilkinson:

Soy el hombre que lo telefoneé a su casa en Nueva Zelanda hace diez días. Pido disculpas por mi falta de delicadeza en aquella ocasión y por ponerme en contacto con usted justo un día como hoy, pero es de vital importancia que le hable de Katya Levette. Creo que la asesinaron agentes del FSB.

Era algo bastante forzado y, de hecho, casi sin base, pero Gaddis necesitaba captar el interés de Wilkinson. Siguió escribiendo, organizando sus palabras cuidadosamente:

Desde entonces, tres personas relacionadas con Edward Crane han sido asesinadas. Una periodista llamada Charlotte Berg, Calvin Somers, un celador, y Benedict Meisner, un médico alemán. Somers y Meisner estaban presentes en 1992 en el hospital de St. Mary, en Paddington, cuando sir John Brennan (usando el alias de Douglas Henderson) hizo fingir la muerte de Crane y le asignó una nueva identidad, la de Thomas Neame. Supe de usted por Ludmilla Tretiak. Como ya sabe, su esposo, Fiodor, también fue asesinado por el FSB debido a su relación

con Crane.

He mantenido conversaciones detalladas con el propio Edward, y planeo, con su visto bueno, revelar la verdad sobre ATILA. Por mis conversaciones con Holly sé que usted llegó a un acuerdo similar con Katya sobre sus propias memorias, acuerdo que ella fue incapaz de llevar a término. Todos los documentos que le entregó a la señora Levette están ahora en mis manos.

Estaré esta noche en el Kleines Café, en Franziskanerplatz, a las 10 p. m., y también mañana por la mañana a las 10 a. m. También puede ponerse en contacto conmigo en el hotel Goldene Spinne, en Linke Bahngasse. Estoy registrado con mi propio nombre. De nuevo le pido disculpas por esta intrusión en un día tan importante para su familia y por no mostrarme en persona, pero sin duda comprenderá que me preocupa quién puede estar observando. No tenía otra oportunidad ni otra forma de contactar con usted.

Atentamente,

Doctor Samuel Gaddis

Releyó la carta tres veces, pero no se atrevió a tachar nada ni a hacer cambios por miedo a dar la impresión de ser mentalmente desorganizado. Finalmente anotó el número de teléfono del hotel, dobló la hoja por la mitad y, tras meditarlo un instante, escribió en una cara «Señor Dominic Ulvert». Al salir del baño vio que uno de los miembros del cuarteto de cuerda abandonaba la sala de recepciones y decidió que sería un mensajero tan bueno como otro cualquiera.

—Discúlpeme.

—*Ja?*

—¿Habla inglés?

El músico tendría poco más de veinte años y llevaba un violín en una funda negra. Tenía el rostro salpicado de acné. Respondió con un denso acento austríaco que hablaba «un poco» de inglés y esperó inclinando la cabeza de un lado a otro a que Gaddis continuase.

—Me preguntaba si podría hacerme un favor.

—Por supuesto, señor. ¿Qué necesita, señor?

—¿Puede acompañarme?

Se acercaron a una ventana desde la que se divisaba al grupo de la boda. El fotógrafo estaba organizando a los invitados para una foto de familia. Wilkinson, que aún parecía aburrido y fuera de lugar, estaba sentado dos lugares a la derecha de Matthias Dreschel.

—¿Ve al caballero del chaleco color crema y la corbata azul oscuro? Pelo gris, sentado en la primera fila, en el lado izquierdo.

Le hicieron falta unos momentos para explicar el término «color crema» y para asegurarse de que el músico había identificado a Wilkinson correctamente.

—Es el padre de la novia, *ja?*

—Sí, exacto. —Gaddis le dirigió una sonrisa de súplica—. Cuando hayan terminado con las fotografías, ¿sería tan amable de entregarle esta nota? Tengo que marcharme de inmediato y no quiero interrumpirle. No nos hemos visto desde hace mucho tiempo, y...

El joven le evitó a Gaddis la molestia de desarrollar la mentira.

—Ningún problema —contestó, como si fuese algo que acostumbrase a hacer

todos los días—. Se la entregaré por usted.

—Se lo agradezco mucho.

Unos instantes más tarde, el músico bajaba la escalera del Kursalon, funda del violín en mano, mientras terminaban la serie de fotos de familia. Se acercó de inmediato a Wilkinson y cruzó unas palabras con él. Gaddis, que lo había seguido fuera del edificio, regresó al castaño, y allí se encontró a Kath y a Dan charlando.

—Hola, forastero —dijo ella—. Creí que te habíamos perdido.

Gaddis se giró y vio que el músico le daba la nota a Wilkinson. Aquel encuentro no parecía nada especialmente extraño: bien podría ser que le estuviera entregando al padre de la novia una factura por los servicios del cuarteto. Después, el músico le dijo algo a Wilkinson y señaló hacia la ventana del Kursalon donde había estado con Gaddis un momento antes. Wilkinson, que ya había leído el nombre escrito en la nota, escrutó trescientos sesenta grados a su alrededor con una mirada de mal disimulada alarma, buscando a quienquiera que hubiera empleado al músico como recadero. Gaddis se giró, dándole la espalda.

—No he encontrado tu nombre en el plano de las mesas —estaba diciéndole Kath.

—Por eso entré antes —respondió Gaddis. Aquella era la última mentira que le quedaba por decir—. La verdad es que no me encuentro nada bien; fui a que me borrasen. —Sintió un súbito golpe de ansiedad, como si se diera cuenta de que Wilkinson se le acercaba—. Les he pedido que retiren mi nombre de la lista, me vuelvo al hotel.

—¿Te vas? —Kath pareció consternada.

—Eso me temo. Quizá vuelva más tarde. Resérvame un baile.

Gaddis se dio la vuelta y se alejó por el parque. Cuando se iba, tropezó con un turista que llevaba colgada del cuello una cámara de 35 mm. Su brazo golpeó el teleobjetivo, y se sintió obligado a disculparse.

—Lo siento —dijo; y entonces, en alemán—: *Entschuldigung*.

Karl Stieleke no contestó.

Gaddis había escogido el Kleines Café por una fotografía en una guía Phaidon de Viena que había dejado otro huésped en el comedor del Goldene Spinne. A juzgar por la foto, parecía el tipo de local sencillo y discreto que Gaddis estaba buscando, y así resultó ser. El sábado por la mañana había dado una vuelta por la Franziskanerplatz y había descubierto que se trataba de una pequeña plaza peatonal a unos ochocientos metros al oeste del Radisson, con una fuente en el centro en la que los pájaros saltaban dentro y fuera del agua, y donde los parroquianos leían el periódico sentados al sol con una taza de café. El Kleines Café ocupaba la esquina de la planta baja de un edificio restaurado recientemente, a unos metros de la fuente. Tenía dos entradas: una que daba directamente a la plaza, ante la cual había media docena de mesas escrupulosamente alineadas, y una puerta lateral en la sección más baja del local, que daba a una callejuela adoquinada que bajaba en pendiente hacia la Singerstrasse.

Justo al lado de la puerta trasera había un reservado con paneles de espejo, y fue ahí donde Gaddis se instaló a las nueve en punto de la noche del sábado. Tenía la impresión de que aquel lugar sería perfecto para hablar con Wilkinson: no estaba cerca de otros asientos ni mesas, solo tenía al lado algunas cajas de cartón y barriles de cerveza vacíos.

A modo de repetición del intrincado trayecto que había seguido para llegar a la estación de Sants en Barcelona, se había dirigido a la cafetería siguiendo una ruta complicada en la que usó tres medios de transporte diferentes (a pie, en taxi, en metro) en un intento de quitarse de encima a cualquier posible vigilante. El trayecto le llevó casi una hora, y al finalizarlo estuvo seguro de que no lo habían seguido.

Pidió una cerveza y esperó. Tenía una nueva biografía de Yeltsin para leer, tabaco para fumar y cierta serena confianza en que Wilkinson aparecería tan pronto como pudiera escaparse de la boda. Pero no había tenido en cuenta la cantidad de parroquianos que empezó a entrar por la puerta trasera a partir de las nueve y media. Resultó que el Kleines Café era uno de los bares más populares de Viena. Hacia las diez, desde el asiento de Gaddis en el reservado era ya imposible ver la puerta, a pesar de que estaba a apenas un par de pasos de la calle. Gaddis contó cerca de una treintena de clientes apretujados en la parte baja del bar alrededor del reservado, y supuso que habría al menos el doble en la zona principal. Era ciertamente posible que si Wilkinson entraba no fuera capaz de verlo.

Pero no tendría que haberse preocupado. A las diez y veinte, Gaddis alzó la vista y descubrió a Wilkinson oteando por encima de la cabeza de un ejecutivo vienés con gafas de montura metálica. Le hizo un gesto de asentimiento para identificarse, y Wilkinson se abrió paso entre la multitud apretujada hasta llegar al reservado. Una vez en él, ocupó el asiento frente a Gaddis, que este había estado guardando celosamente desde las nueve en punto, haciendo tambalearse la pequeña mesa circular al rozarla.

—Déjeme adivinar —dijo—, no creyó que fuese a venir.

—Me alegro de verle, desde luego —replicó Gaddis.

Era difícil adivinar de qué humor estaba Wilkinson. Su rostro habitualmente impasible mostraba una curiosa expresión traviesa. Se había cambiado el traje que llevaba en la boda por unos pantalones de pana, una camisa y un jersey oscuro de cuello de pico. Se quitó el Barbour, el mismo chaquetón ajado que había sido testigo de la visita indeseada de Christopher Brooke, y lo dejó a su lado en el asiento.

—Tiene muchas agallas, doctor Gaddis. Me advirtieron sobre usted.

—¿Sí?

—Hay ciertas personas a las que no les entusiasma que hablemos. A ciertas personas les preocupa que podamos causar problemas. ¿Cómo se puede conseguir un whisky aquí?

Gaddis se preguntó si Wilkinson llegaría de la fiesta algo bebido. Había esperado que lo criticase por telefonarlo a su casa en Nueva Zelanda, pero el veterano espía parecía relajado. ¿Habría tomado precauciones para ir a la cafetería? ¿Habría prestado atención al riesgo de que lo estuvieran vigilando?

—Voy a la barra —dijo—. ¿Cómo lo quiere?

Tardó diez minutos en abrirse camino entre el gentío, pedir dos Jamesons con hielo y volver a la mesa. Se encontró a Wilkinson hojeando el libro sobre Yeltsin.

—¿Es bueno?

—No especialmente. —Gaddis se sentó y le puso el whisky delante—. Es un refrito, nada original.

Sonaba música de fondo, jazz ambiental, pero a un volumen que no complicaba demasiado la conversación. No tuvieron que alzar la voz para hacerse oír sobre la música y el parloteo de la multitud. Después de un par de comentarios sobre la boda, Wilkinson le pidió a Gaddis lo que denominó «algo de contexto» sobre su relación con Katya. Seguía exhibiendo unos modales inesperadamente amistosos y cooperativos, y Gaddis interpretó aquella pregunta como una vaga solicitud de que expusiera todo lo que sabía en relación con ATILA. Con ese fin acabó contándole toda la historia de su relación con Crane, incluyendo la investigación inicial de Charlotte y su repentina muerte, los asesinatos de Calvin Somers y Benedict Meisner, y el descubrimiento de que Tanya Acocella era un agente del MI6 que se había hecho pasar por una archivista en Kew. Wilkinson apenas lo interrumpió mientras desgranaba aquella larga historia, a veces para aclarar algún detalle, o para pedirle que repitiera alguna frase que un aumento repentino del ruido del bar no le había dejado oír bien. No pareció demasiado sorprendido por nada de lo que Gaddis le contó, y la mayor parte del tiempo su reacción fue inescrutable. Cuando, por ejemplo, Gaddis narró lo que había pasado en el piso de Meisner en Berlín, se limitó a asentir con aire entendido y musitar «ya veo» mientras contemplaba el hielo de su vaso. Gaddis fue cada vez más consciente de que le estaba tomando la medida, un poco del modo en que un padre evalúa las aptitudes y las carencias de un candidato a yerno.

Estaba claro que Wilkinson no había decidido aún si compartiría o no la información que poseía con aquel escritor al que no conocía. Como resultado, mostraba el aire de confianza ligeramente autoritaria de alguien que sabe que puede alejarse de una situación en cualquier momento sin sufrir consecuencias.

—¿De modo que al final descubrió que Neame y Crane eran la misma persona?

Wilkinson preguntó sin ningún tono de condescendencia, pero la implicación quedó clara: Gaddis era un profesor universitario en teoría brillante e inteligente, y un jubilado bien entrado en años lo había engatusado como había querido.

—¿Qué quiere que le diga? —Gaddis levantó las manos en un gesto de burlona rendición. Había llegado a la conclusión de que mostrarse lo más sincero y honesto posible era la estrategia más sensata. No tenía sentido intentar hacerse el astuto con alguien con la experiencia de Wilkinson—. Me embaucó un mentiroso magistral. Mi único consuelo es que posiblemente no fui el primero en ser engañado por su labia.

—No, desde luego que no lo fue —replicó Wilkinson con firmeza—. Ni será el último, imagino. —Bebió un trago y pareció cruzar la mirada con una norteamericana rubia que estaba de pie cerca de la mesa—. Pero que Eddie quiera hacer pública su historia de esta forma tiene todo el sentido. Después de todo, pasó su vida siendo dos personas.

Resultaba curiosamente estimulante escuchar a Wilkinson cuando hablaba de Crane con aquel aire de intimidación, pero pronto se desvaneció cualquier esperanza que tuviera Gaddis de que dirigiese la conversación a sus propios recuerdos de ATILA.

—Me dijo en su nota que creía que habían asesinado a Katya. —Wilkinson era físicamente imponente, y Gaddis tuvo que recordarse que no debía apartar la vista cuando lo miró directamente a los ojos—. ¿Tiene pruebas de ello?

—Es más bien el patrón de comportamiento —respondió con vacilación. Eran las primeras palabras carentes de convicción que pronunciaba aquella noche.

—Debo disentir con usted. —El tono tajante de aquella réplica eliminaba cualquier posibilidad de discusión—. Si el FSB hubiera ido detrás de Katya, habrían seguido mis archivos hasta su casa y usted estaría muerto también.

—Es posible —dijo Gaddis, aunque sabía que Wilkinson tenía toda la razón.

—¿Dónde están los archivos, por cierto?

—En mi casa.

—¿En su casa? —La sangre fría de Wilkinson pareció abandonarlo por un instante—. Bajo llave y candado, espero. ¿En alguna caja fuerte?

Era la primera indicación de que pudiera estar dispuesto a cooperar. Estaba claro que había algo oculto en los archivos, algo valioso para él.

—No hay cajas fuertes tan grandes —respondió Gaddis, intentando calmar los ánimos—. Las cajas con los archivos están sencillamente amontonadas en mi sala de estar.

Wilkinson pareció tragarse una réplica mordaz. En lugar de ello, siguió hablando con voz más tranquila:

—Bueno, es poco probable que sigan mucho tiempo ahí.

—¿Por qué? Hace semanas que las tengo. Si el MI6 quisiera hacerse con ellas, hace mucho que habría entrado en mi casa.

Wilkinson sacudió la cabeza.

—No debe preocuparse tan solo del Servicio. Quien querrá los archivos es Platov.

—¿Platov? —Gaddis se inclinó hacia delante—. Con todo el respeto, en esos archivos no hay nada que pueda ser de mucho interés para nadie, ni siquiera desde el punto de vista académico. No encontré nada sobre ATILA, y desde luego, nada sobre Sergei Platov.

—Eso es porque no sabía qué estaba buscando.

Gaddis sintió una oleada de entusiasmo. Parecía que Wilkinson había decidido finalmente divulgar lo que sabía.

—Entonces ¿qué debo buscar?

Wilkinson hizo una pausa, contemplando de nuevo el hielo en el vaso vacío. Gaddis lo tomó como una indirecta para pedir otra copa.

—¿Otro whisky?

—Claro.

En aquella ocasión le llevó solo cinco minutos atravesar la multitud y regresar al reservado. El grupo de parroquianos, incluida la norteamericana, que había estado de pie junto a su mesa se había acercado aún más. Incluso usaban el extremo de la mesa para dejar sus vasos y botellas de cerveza. Wilkinson parecía no prestarles atención en absoluto, bien podría haber estado a solas en un palco en la ópera.

—Tenía usted razón —dijo, dejando la biografía de Yeltsin al otro lado de la mesa—. Un refrito.

Gaddis sonrió. Dejó las bebidas e intentó retomar la conversación.

—Me estaba diciendo...

—¿Qué?

—Que no estaba mirando los archivos de la forma adecuada. Que no sabía lo que estaba buscando.

Wilkinson echó la cabeza hacia atrás.

—Ah, sí. —Parecía casi sorprendido por aquel tema de conversación. Dio unos golpecitos con el dorso de la mano en la fotografía de Yeltsin—. Usted escribió una biografía de Platov, ¿verdad?

Gaddis bebió un trago.

—Era más bien un análisis comparativo entre Platov y Pedro el Grande, pero...

Wilkinson no lo dejó acabar.

—Dígame qué sabe de la carrera de Platov en el KGB.

¿Sería aquello otra prueba? Gaddis debía ser cuidadoso. Wilkinson, jefe de operaciones en Berlín en los años más candentes de la Guerra Fría, sabría muchísimo más sobre el breve período de contacto entre Platov y el mundo secreto que cualquier historiador del UCL.

—Sé que era ambicioso —comenzó—. Sé que sus ambiciones se vieron frustradas. Platov tenía de sí mismo una opinión más elevada que sus jefes.

—Eso es cierto, desde luego.

—Sentía que merecía ocupar algún puesto importante en Occidente. Washington, París, Londres... En vez de eso se vio destinado a Dresden, una ratonera en Alemania Oriental. Imagino que fue allí donde se tropezó con él por primera vez.

Wilkinson alzó la mirada. Su rostro grande y pálido seguía sin mostrar expresión.

—¿Qué le hace creer que lo conocí?

—Oh, lo conocí —respondió Gaddis.

Era un movimiento arriesgado, pero dio fruto. Wilkinson dirigió una larga mirada a la muchedumbre del bar, sonrió y se volvió hacia Gaddis. Los secretos estaban a punto de asomar.

—ATILA era la única baza de Platov en Alemania Oriental. Un espía británico de setenta años, moribundo, sentado en el consejo de administración de un banco berlinés. Contempló su vida. Contempló su carrera. Sabía que el régimen soviético estaba en las últimas y que la Madre Rusia había perdido la Guerra Fría.

—Esa no es la versión oficial.

—Por supuesto que no. —Wilkinson bajó la voz. Le preocupaba que pudieran oírlo incluso en medio del bullicio del bar—. Para cualquier periodista o estudioso, el joven Sergei fue siempre un patriota de lealtad inquebrantable.

—Entonces ¿cuál es la verdad? ¿Qué hizo allí? ¿Qué le pasó a Platov para que esté dispuesto a asesinar a un número incontable de inocentes para que no salga a la luz?

—¿Quiere saberlo? —Wilkinson inspiró profundamente. En la penumbra del reservado, sus ojos parecieron volverse negros de repente—. ¿Quiere saber el motivo por el que mataron a su amiga, al celador, al médico y a Tretiak? ¿Quiere saber por qué Eddie Crane se convirtió en Thomas Neame y por qué los colegas de Platov pusieron una bomba en mi coche? De acuerdo, se lo diré. —Estaba sonriendo, porque sabía que iba a disfrutar de la cara que pondría Gaddis cuando se lo dijera—. El presidente de Rusia, ese hombre con un ochenta por ciento de apoyo en las encuestas, ese patriota que goza del mérito de haber restaurado el poderío económico de Rusia y su sentimiento de orgullo nacional, intentó desertar a Occidente en 1988.

—¿Intentó qué?

Gaddis se había quedado sin habla. Había esperado que Wilkinson le contara muchas cosas, pero nada como aquello.

—Febrero de 1988. Lo que llamamos un acceso directo. —Wilkinson seguía mirando a la norteamericana rubia. Estaba claro que le atraían las bellezas—. Sergei Platov quería vivir en una cómoda mansión en Surrey y estaba dispuesto a darnos todo lo que fuera necesario para conseguirla.

—Joder, Si esto se sabe, está acabado. Haría añicos su carrera política.

—Precisamente. —Wilkinson era perfectamente consciente de las implicaciones—. El salvador de la Rusia moderna, el Pedro el Grande de nuestros días que dijo usted, quedaría expuesto como un hipócrita que vendió a su país en su momento más vulnerable e intentó huir a Occidente con una maleta llena de secretos rusos.

—¿Y acudió a usted? ¿Fue su contacto?

Wilkinson asintió. Claramente, aquello lo enorgullecía sobremanera. El grupo de norteamericanos que había estado amontonado junto a la mesa terminó sus bebidas y empezó a salir de la cafetería, y la rubia se marchaba con ellos. Gaddis los oyó decir algo sobre «encontrar un club que esté abierto toda la noche».

—Yo estaba en Berlín —prosiguió Wilkinson—. Era un invierno jodidamente frío. Platov me siguió hasta un cine en Kantstrasse. El lugar estaba medio vacío. Echaban *Centauros del desierto*, si no recuerdo mal. Solía ir allí por las tardes. Mi matrimonio acababa de romperse y pasaba bastante tiempo a solas, ¿sabe? —Gaddis asintió. Conocía aquello. Al menos era capaz de reconciliar la imagen de Wilkinson como un espíritu sensible y romántico, el hombre que se revelaba en las cartas a Katya, con el espía arisco que tenía ante sí—. De repente se sienta a mi lado un tipo bajito, enjuto y duro como una rata. Por supuesto, más tarde supimos que el camarada Platov era un judoka experto. Yo nunca lo había visto hasta aquel momento, estaba demasiado abajo en el escalafón. Pero me pasó un papel donde decía que era un agente del KGB y quería desertar. Lo leí mientras él esperaba allí sentado, y luego lo miré directamente y le dije que se fuera a freír espárragos.

—¿Qué?

—Creí que era un farol. Un juegucito. Pero Sergei se mostró insistente. «Debe creerme, señor —dijo—. Debe confiar en mí». «De acuerdo —le contesté—. Si va en serio, reúname conmigo aquí dentro de veinticuatro horas». Aquello me dio el tiempo necesario para verificar su identidad y tener listos un coche y un piso franco con cámaras y micrófonos.

—¿Y apareció?

—Por supuesto que apareció. —Wilkinson pareció desconcertado ante la ingenuidad de Gaddis.

—¿Y usted lo interrogó?

—Sí.

—¿En presencia de John Brennan?

Wilkinson le dirigió un gesto de asentimiento elogioso.

—Muy bien. En presencia de John Brennan, en efecto. Ahora veamos si es capaz de adivinar lo siguiente: cuando le pedimos que demostrase que iba en serio, ¿qué nombre nos dio Platov para demostrar su *bona fides*?

—ATILA —respondió Gaddis, con un deje de euforia. La última pieza del rompecabezas acababa de encajar en su sitio.

—Precisamente. Traicionó a Eddie ante los británicos, felizmente ignorante de que ATILA había sido todo el tiempo uno de los nuestros. —Wilkinson se recostó en la silla—. Fue en ese instante cuando cometí mi único error. Interrumpí la entrevista dando a entender que necesitábamos más tiempo para procesar las implicaciones de la traición de Crane. Dejé a Platov con la impresión de que seguiríamos en contacto, mismo lugar, misma hora, el cine de Kantstrasse, y de inmediato me cité con Eddie para cenar. Le dije ante una sopa de cebolla que un codicioso matón del KGB al que le apetecía una vida confortable en Occidente estaba dispuesto a entregarlo.

—¿Cómo se lo tomó Eddie?

Aquella fue la primera vez que Gaddis se refirió a Crane como «Eddie», que recordase. Se sintió algo ridículo, como un escolar que intentase hacerse el interesante delante de los chicos mayores.

—No muy bien —respondió Wilkinson. Sacudió la cabeza lentamente, con aire apesadumbrado—. Eddie Crane era un animal bastante complejo, que no encajaba muy bien las traiciones. Había pasado toda la vida en un delicado equilibrio entre Oriente y Occidente, ocupado en la tarea de convencer a personas muy inteligentes de que era algo distinto a lo que realmente era. Pensándolo bien, supongo que había pasado casi toda su vida con el temor a ser descubierto. Ser descubierto durante la guerra, ser descubierto a raíz de la huida de Burgess y Maclean, y por supuesto, ser descubierto en la última y más sobresaliente etapa de su carrera.

Wilkinson se detuvo en mitad de su discurso, quizá para organizar sus ideas. No tardó en continuar desde donde lo había dejado.

—Eddie, en contra de su buen juicio, decidió vengarse. Antes de que tuviéramos la oportunidad de valorar adecuadamente a Platov, de decidir si queríamos o no que viniera con nosotros, Eddie acudió a su contacto en el KGB...

—Fiodor Tretiak —lo interrumpió Gaddis.

—Exacto.

—¿Y le dijo que Platov pretendía desertar?

Wilkinson asintió. Era como si ambos estuvieran procesando ya la misma información.

—Tretiak, por supuesto, era un agente de muy bajo nivel y merecía estar destinado en una ratonera como Dresden. En vez de acudir a Moscú con aquella información alarmante, abordó en persona a Platov, y el joven Sergei se las arregló

para convencerlo de que todo el asunto había sido un montaje. «No tengo ninguna intención de desertar, camarada Fiodor. Se trata de una operación de alto nivel organizada por la central de Moscú para ganarse a un agente británico». Y todo el asunto quedó olvidado. Tretiak no informó a sus superiores y Platov desapareció. Londres, por supuesto, echaba humo: Eddie había impedido que le pusiéramos las manos encima a un agente del KGB, pero era una estrella y se libró de las consecuencias. Nadie tenía idea de que todo el sistema comunista iba a quedar patas arriba antes de dos años, en cualquier caso.

Gaddis metió la mano en la chaqueta y sacó el paquete de tabaco. Wilkinson vio el paquete y torció el gesto.

—¿Le importaría no fumar? Sé que en la Europa continental nadie hace caso de la maldita prohibición excepto los británicos respetuosos de la ley, pero si le apetece suicidarse, hágalo en la calle, por favor.

—No pasa nada —respondió Gaddis, y guardó de nuevo el paquete—. Todo lo que me cuenta tienen que saberlo docenas de personas en el MI6. ¿Cómo es que nunca se ha filtrado?

—Nada de docenas. —Wilkinson estaba echando una ojeada a las citas de reseñas en la cubierta posterior del libro de Yeltsin—. No somos un club de campo. Lo que podríamos llamar «el círculo de confianza» era muy reducido en realidad. Aparte de yo mismo, Eddie y Brennan, la única otra persona que estaba en el ajo era Colin McGougan, quien fue «C» hasta 1994, y ha muerto ya. Hasta donde yo sé, nadie más tuvo ni idea del asunto Platov. Era poca cosa entonces. El tema se cerró y nos dedicamos a otras cosas.

—Pero usted puede acabar con la carrera de Platov en cuanto quiera.

Wilkinson alargó una mano por encima de la mesa y aferró la muñeca de Gaddis. Fue como si pasara un secreto de una generación a la siguiente.

—¿Qué cree que estoy haciendo justo ahora?

—¿Quiere que lo destruya yo?

—Exactamente. Sé lo que piensa de él. He leído su libro.

Gaddis sabía que lo estaba adulando.

—De acuerdo. Pero también lo estaré vengando a usted.

Wilkinson se permitió un breve instante de reflexión.

—De acuerdo, así es. Platov intentó matarme, me gustaría tomarme cierta revancha. ¿Le parece infantil? Le di a Katya la exclusiva de su vida y ella se dedicó a beber hasta acabar en la tumba. Ahora se la paso a usted.

Hacía rato que Gaddis sabía que iba a llegar aquella oferta. Y ahora ya estaba planteada. Tenía lo que había estado esperando. Él era el vehículo perfecto para aquella historia, al igual que Charlotte había sido el vehículo perfecto para Crane. Pero aun así se sentía acorralado.

—Mire —dijo Wilkinson, eligiendo cuidadosamente las palabras—: por supuesto que no se trata solo de venganza. Creo que Platov es peligroso. Creo que es malo para

Rusia, y creo que es malo para Gran Bretaña. Sin ese monstruo en el Kremlin, el mundo será, como se suele decir, un lugar mucho mejor. Así que le pido que cuente la verdad sobre ese supuesto «salvador de la Rusia moderna». Le pido que revele que en 1992, nuestro buen amigo Yeltsin —Wilkinson dio unos golpecitos en la biografía— puso el ojo en Sergei Platov, y este desarrolló ambiciones políticas serias. Se metió de lleno en política y subió como un cohete a lo más alto. Así que lo último que necesitaba era que gente como Fiodor Tretiak, Eddie Crane o yo mismo se dedicaran a perturbar su tranquilidad diciéndole a cualquiera que quisiera escuchar que la estrella en ascenso de la política rusa, el hombre ungido por Yeltsin, había intentado desertar a Occidente durante los últimos estertores de la Guerra Fría.

—¿Cómo encaja Brennan en todo esto?

—Oh, esa es una subtrama encantadora. —Wilkinson casi se echó a reír—. Platov contrató a unos cuantos de sus colegas en el crimen organizado para quitarme de en medio. A lo largo de los años fui obteniendo unos cuantos contactos de muy mala catadura en San Petersburgo, y esos mismos colegas de Platov fueron capaces de hacer que pareciera que yo me había vendido. Fue ingenioso, sencillo y eficaz, se lo concedo. Pero Brennan, en vez de escuchar mis alegatos de inocencia, se creyó los rumores y me abandonó. A diferencia de Eddie Crane, que obtuvo una identidad nuevita y una plaza en una residencia de ancianos, yo no recibí ni protección ni apoyo del MI6. Por lo que al Servicio respectaba, yo era un traidor.

—Y de ahí Nueva Zelanda —dijo Gaddis.

Wilkinson asintió.

—Y de ahí que viva en la ladera de una colina, rodeado de ovejas, mirando por encima del hombro y preguntándome cuándo aparecerá a la vuelta de una esquina alguno de los asesinos de Sergei.

—¿Por qué no sufrió ninguna consecuencia Brennan?

Wilkinson se encogió de hombros.

—Habrá llegado a algún acuerdo con Platov.

—Un acuerdo ¿de qué tipo?

—Que me registren. —Por su expresión, parecía que Wilkinson realmente no se lo podía explicar—. A John siempre se le dio bien velar por sus intereses.

Gaddis desvió ligeramente la conversación.

—¿Tiene alguna prueba del encuentro en el piso franco? ¿Alguna grabación del intento de desertación de Platov? ¿Existe una pistola humeante, o Brennan destruyó todo?

—No todo. —Wilkinson pareció complacido porque Gaddis llegase al meollo del asunto—. Usted me dijo antes que no había encontrado nada en mis archivos.

—Eso es. Nada. Nada en absoluto.

Wilkinson se miró las manos.

—¿Cómo era aquella encantadora cita de Eric Morecambe? ¿«Está tocando las notas correctas, pero no necesariamente en el orden correcto»?

—Algo así. —Gaddis se preguntó qué intentaba dar a entender con aquello.

—¿Qué toma? —preguntó de repente Wilkinson—. Ya es hora de que pague yo una ronda.

—¿Puede esperar un par de minutos mientras voy al baño? —Gaddis no quería que les quitaran la mesa si Wilkinson se iba a la barra—. Cuando vuelva, me puede poner las notas en el orden correcto.

Había dos hombres en el minúsculo aseo. Uno se estaba lavando las manos en un lavabo desportillado y el otro salía de un estrecho cubículo abrochándose la bragueta. Gaddis se escurrió entre ambos evitando cruzar la mirada con ellos, entró en el cubículo y cerró la puerta. Había un curioso olor mentolado, fresco, en el aire, como si su predecesor hubiera rociado el habitáculo con un pulverizador para el aliento por cortesía hacia el siguiente usuario. Gaddis sacó de inmediato el bolígrafo y la libreta en la que había escrito la nota durante la boda y empezó a escribir con rapidez. No podía permitirse que se le olvidara ningún detalle de lo que le había contado Wilkinson, y no confiaba en que su cerebro de cuarenta y tantos pudiera reproducir a la mañana siguiente toda la conversación con exactitud.

Se abrió la puerta del baño y los dos hombres salieron. Gaddis pudo oír el rumor apagado de la música rock que estaba sonando en la cafetería y el murmullo de las conversaciones al otro lado de la puerta. No sabía taquigrafía, pero escribió a toda velocidad usando el sistema de abreviaturas que había perfeccionado a lo largo de años de asistencia a conferencias: en sus libretas había palabras, fragmentos de palabras y abreviaturas en código que solo tenían sentido para él.

Volvió a abrirse la puerta del baño. Entraron dos hombres hablando entre ellos en alemán. Gaddis sabía que solo disponía de dos o tres minutos más para escribir sus notas. Después, Wilkinson empezaría a perder la paciencia y se preguntaría por qué tardaba tanto. Apuntó los detalles del momento en que Platov se ofreció a Crane, cerró la libreta y se levantó.

Justo en aquel momento, Karl Stieleke entró por la puerta lateral del Kleines Café, y en un solo movimiento fluido sacó una Beretta Px4 Storm con silenciador y disparó dos tiros en la cabeza de Robert Wilkinson, que estamparon un puñado de sesos en la pared que tenía detrás. Stieleke, a poco más de un metro de la puerta de la cafetería, no se detuvo a comprobar si Wilkinson estaba muerto: sabía de sobras que sí. Se giró y se abrió camino entre la estupefacta clientela antes de que nadie hubiera podido reaccionar. Ya en la calle echó a correr en dirección nordeste hacia un coche que lo estaba esperando, y veinte segundos más tarde ocupaba el asiento del copiloto de un SUV Saab, al lado de Alexander Grek y alejándose por Singerstrasse a setenta por hora.

Gaddis estaba guardándose el bolígrafo en el bolsillo de la chaqueta cuando oyó el alboroto fuera del baño. Al principio le dio la impresión de que el equipo de sonido fallaba, como si intentase leer repetida e irritantemente una canción en un cedé rayado, pero entonces oyó a una mujer gritar «*Hilfe!*», «¡Socorro!», de una forma que le puso nervioso. Abrió la puerta, salió del baño y se dio de bruces con una escena de pánico absoluto. La música se había detenido completamente y los parroquianos luchaban por salir de la parte baja del bar, empujándose unos a otros y tropezando mientras se agolpaban en dirección a la puerta principal, la que daba a

Franziskanerplatz. La gente gritaba y maldecía. Al principio, Gaddis se preguntó si habría estallado una pelea de bar, pero no se lo acababa de creer: aquella parte de Viena era demasiado civilizada, demasiado conservadora y amante del orden para que un par de borrachos hubiera empezado a cruzar puñetazos. Intentó abrirse paso contra la marea de gente para volver con Wilkinson, pero la fuerza de la muchedumbre presa del pánico lo arrastró hasta los escalones de la entrada. Fue solo entonces, en los confusos segundos que le llevó aclimatarse al caos que lo rodeaba, cuando empezó a temer por Wilkinson. Se dirigió a una mujer que se apoyaba parcialmente en sus hombros y le preguntó en inglés: «¿Qué ocurre?», pero ella no le prestó atención, aparentemente demasiado estupefacta por lo que acababa de presenciar para poder explicar por qué de repente cincuenta o sesenta personas intentaban salir a toda prisa del Kleines Café a una plaza vienesa desierta a las dos de la madrugada.

Ya fuera del establecimiento, Gaddis oyó la palabra «arma», pronunciada muy claramente y en inglés por un norteamericano cuyo rostro no llegó a ver. Después captó un amalgama cubista de retazos de conversación, frases en inglés y en alemán que poco a poco reconstruyeron la horrible imagen de lo que había sucedido. Habían disparado a un hombre a quemarropa. Un señor mayor. Nadie había visto al pistolero. Nadie había oído el disparo.

Gaddis se giró e intentó volver al reservado cruzando entre la multitud confusa. Estaba decidido a llegar hasta Wilkinson. Estaba convencido de que seguía vivo. Pero había demasiada gente bloqueando la estrecha puerta y cruzar entre ella era imposible. Reconoció a una mujer que había estado bebiendo en la barra de abajo, cerca de su mesa. Sostenía un cigarrillo entre los dedos pero parecía demasiado aturdida para acordarse de fumar.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó. La mujer no respondió. Gaddis dijo «¿Problemas?» en alemán, y aquella vez obtuvo reacción.

—Han disparado a alguien —dijo en inglés—. Es lo único que sé. —Le cogió del brazo como si fueran viejos amigos y necesitara que Gaddis la sostuviera.

—¿Un cliente?

—Sí.

Solo podía tratarse de Wilkinson. En su interior empezó a crecer el miedo. El desconcierto lo abrumó repentinamente. Estaba experimentando el mismo tipo de shock que sufrió en el piso de Berlín, e intentó alejar el pánico de su mente. ¿Estaba seguro él mismo? Recorrió la plaza con la mirada y tuvo la impresión de que en cualquier momento una bala podría impactar en él. Limitarse a quedarse de pie fuera de la cafetería era invitar a un segundo disparo. Y ¿qué pasaría si lo reconocían como el hombre que había estado sentado con la víctima? Era solo cuestión de tiempo que alguno de los presentes lo señalase a la policía.

En algún rincón ignoto y aún funcional de su mente, Gaddis empezó a actuar con decisión. Se activó su instinto de supervivencia. Se dio cuenta de que la gente empezaba a marcharse corriendo del bar, a desaparecer por las calles laterales

arrastrando consigo a sus acompañantes bajo un fondo de sirenas lejanas. Gaddis los siguió, al darse cuenta de que la mejor opción era alejarse de la escena del ataque. Se dirigió a la esquina sureste de la plaza y fue rápidamente calle abajo mezclándose con un grupo de unas diez o doce personas. Pasó entre una tienda que vendía libros en inglés y lo que parecía un burdel o un club de *striptease* en la acera de enfrente. Por delante de él alcanzó a ver el tráfico en la Schubertring y los árboles bajos del Stadtpark. La calle no estaba a más de cien metros del Radisson y, por un momento, se planteó la idea de entrar en él. Pero seguramente sería un disparate pararse a hablar con el conserje de noche para que le permitiese el paso. El conserje podría denunciarlo después a la policía.

Sacó el móvil. Marcó el número de Tanya porque no tenía a quién más dirigirse. Tanya contestó de inmediato con voz soñolienta y desorientada:

—¿Sí?

Gaddis estaba convencido de que ella lo había traicionado, pero se sintió extrañamente reconfortado al oírla.

—¿Por qué lo has hecho, Tanya?

—¿Sam?

—Han matado a tiros a Bob Wilkinson.

—¿A tiros? ¿Qué dices? —Parecía genuinamente sorprendida, repetía las palabras de Gaddis, como intentando asimilar sus implicaciones—. ¿Dónde estás?

Muy cerca sonó una sirena de la policía, seguida de inmediato por la de un segundo vehículo. Ambas se dirigían hacia el Kleines Café.

—¿Por qué lo has hecho? —volvió a preguntar Gaddis—. ¿Órdenes de la empresa?

—No sé por qué piensas que tengo algo que ver con eso. ¿Dónde estás? Dime qué ocurre.

Gaddis casi podía creer en su inocencia. Quería creer en ella. Pero ya no le quedaba confianza.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó—. Fui al baño. Dejé a Wilkinson sentado en la mesa, y lo siguiente que sé es que lo han matado. Dime tú qué ocurre. Seguramente estás en la puta Viena. Dime cómo diablos descubrieron dónde estaba él.

—Escúchame, Sam. —Tanya había logrado recomponerse; de repente se mostraba prodigiosamente tranquila—. Esto era justo lo que me preocupaba. Creía que seguías en España. ¿Desde dónde me llamas? ¿Desde un móvil nuevo?

—Sí.

—Cuelga. Apágalo y quítale la batería. Aléjate como mínimo un par de kilómetros del sitio donde estás y llámame desde una cabina. Hazlo.

—¿Qué?

Pero ella ya había colgado. Gaddis hablaba a una línea muerta, Tanya ya no estaba al otro lado. Gaddis se ocultó en el hueco de un portal y miró la pantalla.

Estaba claro que a ella le preocupaba que los rusos tuvieran localizada la señal del móvil. Pero ¿estaba verdaderamente preocupada por él o se limitaba a ganar tiempo para llamar a John Brennan? En cualquier caso sabía que no tenía más alternativa que seguir las instrucciones. Apagó el teléfono clavando la uña con fuerza en el interruptor, le quitó la cubierta, sacó la batería y se la guardó en el bolsillo. Después se apresuró a bajar por la Schubertring y paró un taxi.

Cayó en el asiento de atrás con la inestabilidad de un borracho. El conductor lo miró por el espejo retrovisor y esperó a que le dijera adónde quería ir. Gaddis se dio cuenta de que no conocía ninguna dirección en Viena, ningún destino, aparte del hotel Goldene Spinne y la noria del Prater. Ir al hotel sería una locura, sin duda, y a aquella hora de la noche, el Prater estaría cerrado. Masculló instintivamente «hotel Sacher», fue la única otra referencia en Viena que se le ocurrió. El taxista carraspeó con una mezcla de irritación y diversión, y al cabo de un par de minutos, Gaddis comprendió por qué: el Sacher estaba a apenas tres manzanas. Podría haber llegado andando en menos de cinco minutos.

—Me he equivocado, lo siento —dijo, aunque nada indicaba que el taxista hablase inglés—. No quise decir el Sacher. ¿Puede llevarme a la Südbahnhof?

El taxista se giró en el asiento. Era un hombre de mediana edad al que, ya al final de una larga jornada, no le hacía mucha gracia que lo marease un turista británico borracho.

—¿Südbahnhof? —dijo con un tono que indicaba que Gaddis podría haberle pedido igualmente ir a la Luna—. No hay trenes ya.

—Me he citado con alguien —respondió Gaddis.

El taxista suspiró, metió la primera marcha, y un momento después circulaban en dirección al sur de la ciudad pasando por los semáforos en verde. No volvieron a hablar. Unos minutos más tarde, Gaddis vio una cabina telefónica a un lado de la calle y le dijo al taxista que parase.

—*Halt, bitte.*

—No estamos en la estación —musitó el taxista.

—No importa. Deténgase.

Pagó dándole un billete de diez euros por la ventanilla y no esperó el cambio. El asfalto estaba cubierto por una fina capa de barro que le manchó los zapatos mientras se dirigía hacia la cabina. No había nadie a la vista. El teléfono estaba cubierto de pegatinas, y la cabina mostraba raspaduras de monedas y cuchillos. Marcó el número de Tanya.

—¿Sam?

—Estoy en una cabina.

—Escúchame con atención, no tenemos mucho tiempo. Si tu número estaba pinchado, el mío también lo estará. No estás seguro ahí. Tenemos que sacarte de Austria. Voy a organizar una exfiltración. Si han ido a por Wilkinson, irán a por ti.

Gaddis, atónito, no contestó. Tanya tomó equivocadamente su silencio por

escepticismo.

—Piensa en ello —prosiguió—. Es casi seguro que la policía obtendrá una buena descripción de quien fuera que estuviera sentado con Wilkinson. Te estarán buscando. No puedes volver a tu hotel, sería un suicidio. No puedes alquilar un coche. No puedes ir a una estación de ferrocarril ni al aeropuerto. Lo último que necesitamos es que la policía austríaca meta en una celda a Sam Gaddis.

Gaddis se preguntó por qué Tanya estaría hablando de él en tercera persona. ¿Era así como operaban los agentes secretos? Lo convertían a uno en un concepto, en un «recurso», en algo que los convenciera de que no estaban tratando con un ser humano.

—Créeme —contestó—, ahora mismo, lo último que quiere Sam Gaddis es que la policía austríaca lo meta en una celda.

—Bien. Entonces escucha. ¿Tienes aún tu teléfono de siempre?

—No, lo dejé en Barcelona. Todo lo demás está en mi hotel.

—Hagas lo que hagas, ni se te ocurra volver allí. —Gaddis era capaz de comprender lo lógico de aquella petición, pero una parte testaruda de su carácter seguía convencida de que tenía tiempo para regresar al hotel, coger sus cosas y salir de Viena—. Es el primer sitio donde te estarán esperando. ¿Tienes el pasaporte?

—Todo está en mi habitación, Tanya. Salí con una libreta, un bolígrafo y un paquete de tabaco. Ni siquiera tengo mi cartera. Tengo unos ochenta euros en metálico y un abono de metro. Eso es todo.

Hubo un silencio de frustración.

—No importa —dijo Tanya finalmente—. Tengo que dejar libre esta línea. Tenemos que dejar de hablar. Lárgate de dondequiera que estés e intenta encontrar un lugar seguro. Un sótano. Un bar o un club nocturno. Vete a cualquier sitio donde puedas desaparecer hasta las cinco en punto.

—¿Qué pasa a las cinco en punto?

—Que encenderás el móvil el tiempo justo para que te pueda dar instrucciones para tu exfiltración. Tienes que confiar en mí, Sam. No vuelvas al hotel. Ya haremos que recojan tus cosas. Vete a otra parte de la ciudad y mantente ilocalizable durante tres horas. A las cinco en punto te daré instrucciones. En cuanto las recibas, apaga el teléfono y síguelas al pie de la letra. ¿Entendido?

Gaddis estaba a la vez perplejo y agradecido por el interés de Tanya en ayudarlo.

—Entendido.

Gaddis colgó el teléfono. Eran casi las dos en punto de la madrugada. Estaba en medio de una calle desierta en una ciudad que no conocía, buscado por la policía austríaca, perseguido por los servicios secretos rusos y dependiendo de la buena voluntad de una espía británica que le había mentido sistemáticamente sobre su identidad. A aquello se había reducido su vida. Se sentía como si llevara meses huyendo. Intentó recordar lo que había estado haciendo en aquel preciso momento un año antes y cayó en la cuenta de que había estado en España, en un pueblo costero a una hora al norte de Barcelona, enseñando a nadar a Min. La comparación le arrancó una breve sonrisa, pero aquel recuerdo no consiguió aplacar su nerviosismo.

Se preguntó qué hacer. Empezó a andar, alejándose de la cabina, y se metió por una calle lateral. Intentó hacerse la determinación de no fracasar: no tenía tiempo para sentir lástima de sí mismo ni para caer presa del pánico. Aquello se había convertido en un juego de supervivencia, en un desafío al que tenía que hacer frente. Llegar a esa conclusión no fue un acto especialmente valeroso. Sencillamente, no tenía otra alternativa.

Empezó a llover. Pasó un taxi, y Gaddis lo detuvo. Le dijo al taxista que lo llevase al Centro Internacional, en la orilla norte del Danubio. Era lo que le tenía que haber pedido al primer taxi. Se trataba de un edificio vienés destacado, sede de la oficina de las Naciones Unidas y de la Agencia Internacional de Energía Atómica. El trayecto duraría unos quince minutos, y le daría tiempo a evaluar sus opciones sentado en el asiento de atrás, a salvo de miradas indiscretas. Sabía que los rusos lo habían localizado a él, o habían localizado a Wilkinson, en el Kleines Café. También sabía que la muerte de Wilkinson fue premeditada. Pero ¿por qué había respetado su vida el asesino? ¿Había estado esperando a que Gaddis se ausentara y fuese al baño o había tenido la intención de matarlos a ambos pero solo había encontrado a Wilkinson sentado a la mesa? No tenía forma de saberlo.

La lluvia arreció. El taxista redujo la velocidad al acercarse a un puente, se detuvo brevemente en un semáforo y después cruzó el Danubio acelerando. Hacia el este, no muy lejos, Gaddis pudo ver algunas barcas amarradas, y más allá de ellas, las luces borrosas del Prater. Se preguntó qué haría Tanya con la información que le había dado. ¿Se lo contaría a Brennan, que le ordenaría con toda seguridad que abandonase a Gaddis a su suerte, o mantendría su palabra y encontraría una forma de sacarlo de Viena? Recordó la palabra que ella había usado por teléfono. Exfiltración. Como si se tratase de un disidente o un *agent provocateur* de la Guerra Fría que fuera necesario llevar a toda prisa al otro lado de la frontera. ¿Cómo había llegado a aquella situación? Durante un momento se preguntó si Tanya no estaría reaccionando de forma exagerada, y pensó en decirle al taxista que diese la vuelta y lo llevara al Goldene Spinne. ¿Por qué no podía limitarse a coger su pasaporte, hacer la maleta y tomar el primer vuelo que saliera de Viena? Pero aquello sería una locura, por

supuesto. Cada movimiento que realizase, cada decisión que tomara, estaba cargada de riesgos.

El taxi enfiló hacia el sureste por una autovía de dos carriles y pocos minutos después se detuvo ante la sede de las Naciones Unidas, un complejo con cierto aire de ciencia ficción salpicado de fuentes y surcado por senderos de cemento. Gaddis se enfrentó al problema obvio: ¿qué diablos iba a hacer el siguiente par de horas? ¿Pasear sin rumbo?

—¿Hay algún bar cerca de aquí? —le preguntó al taxista—. ¿Algún club?

Era la opción más sensata: perderse entre la clientela de algún club nocturno, encontrar algún rincón aislado y hacer tiempo hasta las cinco de la mañana. Pero el taxista se limitó a gruñir y encogerse de hombros. No estaba claro si no había entendido la pregunta o no conocía ningún lugar que pudiera recomendar. Gaddis miró por la ventana a través de la lluvia y se fijó en los guardias de seguridad que estaban en una garita. También se dio cuenta de que había un coche de policía, aparentemente vacío, aparcado al otro lado de la calle.

—*Sprechen Sie English?* —dijo, pero el taxista gruñó y se encogió de hombros de nuevo. Había algo extrañamente infantil en aquel comportamiento. Gaddis lo volvió a intentar—. *Ich bin ein Club finden* —dijo, peleándose con el idioma, y aumentó su sensación de ridículo imitando unos movimientos de baile en el asiento trasero—. ¿Club? ¿Baile? *Ist ein Bar?*

—*Hier? Nein* —masculló el taxista, tableteando con los dedos en el volante.

Gaddis se sintió estúpido. La radio estaba encendida, y se preguntó si las noticias locales tardarían mucho en informar sobre el asesinato de Wilkinson. Como Tanya había dicho, era posible que la policía tuviera ya una descripción vaga del hombre de mediana edad que había estado sentado con la víctima: un turista de pelo castaño oscuro, alrededor de metro ochenta de alto, con una chaqueta oscura. Podrían considerarlo un sospechoso o, en el mejor de los casos, un cómplice. Había desaparecido instantes después del crimen, y parecía demasiado oportuno que hubiera abandonado la mesa justo cuando estaba llegando el asesino. Volvió a decirle «Bar» al taxista, en aquella ocasión con un tono más urgente, y el vehículo se alejó de la acera.

—*Danke* —dijo.

El taxista giró ciento ochenta grados y pasaron a pocos metros del coche de policía. De repente, al otro lado del parabrisas velado por la lluvia, Gaddis vio moverse una sombra en el asiento delantero. Había alguien en el coche. Los faros se encendieron y el coche de policía salió a la calle y fue tras el taxi. Gaddis tuvo la horrible sensación de que la mala suerte se cebaba en él, convencido de que pararían el taxi y lo interrogarían. ¿Cómo iba a explicar qué hacía ante la sede de las Naciones Unidas a las tres menos cuarto de la madrugada? Era uno de los lugares más delicados de Europa Occidental, y estaba vigilado continuamente por la policía y un cuerpo de seguridad. Había sido una estupidez pedirle al taxista que lo llevase allí.

Un error. ¿Por qué no había ido directamente a un bar? Ahora, un policía austríaco, probablemente un novato que se aburría en el turno de noche, tenía en sus manos el poder de acabar por completo con la investigación sobre Crane.

—¿Quiere club nocturno? —preguntó el taxista, pero Gaddis estaba demasiado distraído por culpa del coche de policía y no captó la pregunta.

—¿Cómo dice?

—Digo que usted si querer un club nocturno...

Gaddis se sobresaltó al escuchar al taxista hablar en inglés macarrónico.

—*Ja, ja* —respondió. De repente le pareció que eran aliados contra la policía austríaca. El taxi volvió a entrar en la autovía de dos carriles que iba paralela al Danubio, y el coche de policía lo siguió a apenas veinte metros—. Club nocturno *güt* —añadió. Miró por la ventana trasera. Los limpiaparabrisas del coche de policía oscilaban bajo la lluvia.

—¿Problema? —preguntó el taxista. Gaddis se volvió a mirarlo.

—No, ningún problema. *Kein Problem*.

El coche de policía se había puesto a su lado y circulaba en paralelo con el taxi. Gaddis podía oír el siseo de las ruedas sobre el asfalto mojado. El rostro del conductor permanecía sumido en la oscuridad, pero Gaddis estuvo seguro de haberlo visto girar brevemente y mirar hacia el interior del taxi. Era cuestión de tiempo que encendiese la sirena y ordenase al taxista que se detuviera en el arcén.

Pero el coche de policía aceleró de repente y se alejó perdiéndose en la oscuridad, para gran alivio de Gaddis. Apenas un instante más tarde, el taxista giró para cruzar un puente, y poco después lo dejaba ante un club en el centro de Viena. Gaddis no tenía ni idea de en qué barrio se encontraba ni a qué tipo de club lo había llevado, pero de todas formas le pagó cuarenta euros al conductor y le dio las gracias por las molestias.

Resultó ser el lugar perfecto para esconderse. El siguiente par de horas pudo sentarse en una discreta mesa en una esquina del local, instalado en un sótano escasamente iluminado en el que sonaba el tipo de música que se solía escuchar todo el tiempo en el UCL y que nunca había llegado a identificar. Una camarera le proporcionó un suministro constante de frutos secos y cerveza polaca, y pudo fumar impunemente, pues estaba claro que la práctica totalidad de la clientela hacía caso omiso de la prohibición. Había chicas guapas en la pista de baile y hombres de aspecto atildado vestidos con chinos y camisas azules bien planchadas que hacían lo posible por seducirlas. Parecían los futuros jefes ejecutivos de Saatchi y el Banco Mundial. En un momento dado, Gaddis estuvo convencido de haber visto a dos de los invitados a la boda, pero ellos no parecieron reconocerlo, y se marcharon poco después de las cuatro.

A las cuatro y media, mientras empezaban a desalojar a los últimos clientes, se unió a unos estudiantes borrachos que salían tambaleándose hacia la madrugada. Al llegar a lo alto de la escalera se alejó de ellos y decidió caminar unas cuantas

manzanas en busca de algún lugar escondido donde esperar hasta las cinco. Había dejado de llover. Gaddis empezó a buscar un cajero automático, pero se dio cuenta de que cualquier operación que realizase mostraría automáticamente su posición a cualquiera que estuviera rastreando sus tarjetas de crédito. Algo de la paranoia y la ansiedad que había sentido antes de entrar en el club volvieron a invadirlo. Acababa de salir el sol, dotando de un leve resplandor azulado a las calles todavía húmedas a causa de la lluvia de la madrugada. Gaddis consultó su reloj tres veces: el tiempo se arrastraba hacia las cinco en punto con una lentitud enloquecedora. Tenía la impresión de que su lenguaje corporal y su actitud mientras caminaba denunciaban claramente su culpabilidad. Cualquiera con quien se cruzase se fijaría sin duda en aquel extraño forastero que recorría las calles sin propósito definido y miraba con nerviosismo hacia los callejones y travesías. Gaddis se daba cuenta de que no dejaba de meter y sacar las manos de los bolsillos y de tocarse la cara y el pelo. Le resultaba imposible relajarse.

Finalmente, mientras sacaba el último cigarrillo que le quedaba, llegó a un parque descuidado poblado de perros y palomas inquietas, y se sentó en un banco a fumar. Acabaría el cigarrillo, encendería el teléfono y esperaría las instrucciones de Tanya. No tenía pasaporte, ni muda de ropa, ni más forma de ponerse en contacto con sus amigos y compañeros de trabajo que un teléfono móvil que, de encenderlo, mostraría su posición con tanta claridad como una hoguera encendida en medio de un valle a oscuras. Su aislamiento era absoluto.

Apagó el cigarrillo. Una torreta antiaérea de hormigón cubierta de pintadas incomprensibles dominaba el parque. Una reliquia de la Segunda Guerra Mundial. Gaddis sacó el teléfono y lo encendió. El simple acto de pulsar el botón de encendido se le antojó una aceptación de su derrota, como si se estuviera rindiendo deliberadamente a lo inevitable de su captura. Escuchó los sonidos y melodías inocentes que emitía el teléfono mientras arrancaba el sistema y estuvo convencido de que en cuestión de instantes aparecería un ejército haciendo resonar sus botas en la calle y con el objetivo de apresarlo. Se quedó mirando la minúscula pantalla del teléfono. Estaba a merced de una pieza de tecnología más pequeña que su propia mano. El sistema pareció captar una señal y mostró cinco barras: cobertura total. Pero no pasó nada. No había mensajes de texto de Tanya ni llamadas perdidas. Nada.

Pasó un minuto. Luego otro. Gaddis miraba incesantemente su reloj. Ya eran casi las cinco y cinco. ¿Cuánto tiempo podría permitirse tener el móvil encendido? Se preguntó si no habría entendido mal las instrucciones de Tanya y había encendido el aparato una hora demasiado pronto o demasiado tarde. ¿Se habría referido a las cinco, hora austríaca, o a las cinco en punto en Londres? Al otro lado del parque, una mujer realizaba estiramientos de espalda al lado de unos columpios. Doscientos metros a la izquierda de la mujer, casi ocultos por una pantalla de árboles, había dos hombres que parecían estar desayunando en los asientos delanteros de un coche. En aquel momento, cualquiera podía ser un agente de vigilancia o un asesino a sueldo. Gaddis

se preguntó si se libraría alguna vez de aquella paranoia constante.

El teléfono soltó un pitido. Gaddis lo cogió con un alivio frenético.

Reloj de cuco. Ratón mareado.

—¿Qué? —dijo en voz alta. Volvió a mirar la pantalla. No tenía sentido. ¿Reloj de cuco? ¿Ratón mareado? ¿Qué quería decir Tanya? Había estado esperando instrucciones detalladas, la dirección de una casa segura en Viena, o como mínimo un horario de trenes con destino a Praga o a Zurich. No aquello. No cinco palabras sin sentido a primera hora de la mañana.

Reloj de cuco. Puso su mente a trabajar. Estaba claro que era un código. Tanya intentaba ocultar sus instrucciones a cualquiera que pudiera estar controlando su móvil. No podía arriesgarse a que alguien descubriera adónde tenía que ir Gaddis. Tanya estaba usando lo que sabía de él para crear un lenguaje privado que solo él pudiera entender. Ratón mareado. ¿Eso qué significaba? ¿Llegarían más mensajes? Esperó otros treinta segundos, pero el móvil permaneció frustrantemente inerte. Sabía que tenía que apagarlo, y eso hizo. Se levantó del banco y se apresuró a salir del parque.

Reloj de cuco. Era una referencia a Suiza. ¿Debía dirigirse hacia el oeste, hacia los Alpes? ¿O sería el nombre de un bar o una cafetería en Viena? Pero no era posible que Tanya fuese tan literal. Si existía un local con ese nombre, sería el primer sitio al que otros irían a esperarlo.

Finalmente dio con la respuesta, que resultó tan sencilla como respirar. Tanya se estaba refiriendo a *El tercer hombre*. Estuvieron hablando de la película cuando cenaron en Londres. Orson Welles en el Prater, diciéndole a Joseph Cotten aquellas palabras famosas:

En Italia, en treinta años de dominación de los Borgia no hubo más que terror, guerras, matanzas... Pero surgieron Miguel Ángel, Leonardo da Vinci y el Renacimiento. En Suiza por el contrario tuvieron quinientos años de amor, democracia y paz... ¿Y cuál fue el resultado? El reloj de cuco.

Gaddis sonrió, admirando la arrogancia de la mujer. Estaba homenajeando a la más famosa de las películas que tenían Viena como escenario. Le decía que fuera a la noria del Prater.

Pero ¿qué era lo de «ratón mareado»?

Gaddis tomó el metro, limpio y funcional, en dirección nordeste, hasta la estación Praterstern. No comprendía la segunda mitad del mensaje de Tanya. Intentó retorcer las palabras y recolocar las letras como si fueran un anagrama. Intentó sacar asociaciones de palabras a partir de «mareado» y de «ratón», sin resultado. Al final decidió que debía de tratarse de una frase o unas palabras clave que descubriría sobre el terreno.

El metro se detuvo en el andén a las seis menos cuarto. Gaddis subió por una escalera mecánica y llegó a un centro comercial interior de techo bajo, aún desierto en aquella mañana de domingo, y frío a causa del aire acondicionado. Pasó ante un quiosco de prensa cerrado y ante una cafetería con un único cliente. Grupos de cámaras de vigilancia seguían cada uno de sus movimientos. Cruzó unas puertas automáticas y salió a la calle, a una amplia plaza peatonal. A trescientos metros al nordeste se alzaba la noria del parque. Alcanzó a ver las inmóviles cabinas rojas por encima de una fila de castaños; los viejos radios eran casi invisibles contra el pálido cielo matinal. Aceleró el paso, cruzó una calle que bordeaba la plaza y siguió un sendero que iba en dirección a la noria. A su derecha se extendía un gran parque, bien cuidado, salpicado de mesas de picnic. A su izquierda, un garaje con coches aparcados. Había un grupo de inmigrantes agachados al pie de un árbol. Se quedaron mirándolo mientras pasaba. Dejó atrás una fila de puestos de helados y no tardó en cruzar un puente bajo que terminaba en una plaza desierta flanqueada por edificios de falso estilo antiguo. Era claramente la entrada al parque, una mini Disneylandia dominada en la lejanía por montañas rusas, toboganes gigantes y circuitos de autos de choque. La única compañía de Gaddis mientras caminaba hacia la base de la noria fueron unos cuantos vagabundos y empleados de limpieza. Se preguntó si estaría en el lugar correcto.

Se dio cuenta de inmediato de que así era: a apenas treinta metros por delante descubrió la figura de un gato de dibujos animados que mostraba los dientes bajo un par de ojos amarillos que resplandecían. Una montaña rusa infantil desaparecía en las fauces abiertas. Sobre el gato destacaba un cartel multicolor en el que se leía: RATÓN MAREADO.

—¿Sam?

Gaddis se giró rápidamente y se encontró con una mujer baja y regordeta, de aspecto matriarcal, vestida con unos vaqueros azules y un jersey color crema, que salía de entre las sombras al pie de la noria. Tenía el pelo teñido de negro y su cara era redonda y de piel pálida. Le tendió una mano enguantada. Gaddis se la estrechó mientras intentaba recobrar de la sorpresa.

—Soy yo, sí. —Estaba sorprendido de que Tanya hubiera trabajado tan deprisa, y

que hubiera organizado un encuentro en un lugar como ese.

—Me envía su amiga. Usted la conoció como Josephine Warner. Me dijo que eso es algo que lamenta. Su nombre auténtico es Tanya Acocella. ¿Le convence eso sobre mi identidad?

—Sí, sí. —Gaddis levantó la mirada hacia la noria, medio esperando descubrir a un grupo de observadores sonrientes atendiendo a su conversación.

—Me llamo Eva.

—Sam —replicó innecesariamente. Se disculpó de su torpeza con una sonrisa—. ¿Es usted de la embajada?

La mujer hizo caso omiso de la pregunta.

—Por lo visto debo llevarlo a Hungría.

—¿Hungría? —Ahí tenía, si en aquel momento la hubiera necesitado aún, la prueba de lo grave que era su situación.

—Tengo un coche cerca de aquí —añadió Eva, dándose cuenta de su sorpresa. Hablaba con frases cortas y mucho acento. Gaddis se fijó en que la mirada de la mujer saltaba de un rincón del parque a otro. Estaba claro que le preocupaba que los pudieran observar y que quería marcharse de allí cuanto antes—. Sígame, por favor. El mensaje que le mandó Tanya no era muy seguro. No pudo ser tan sutil como le habría gustado. Hay mucha gente que ha visto *El tercer hombre*, doctor Gaddis.

—Claro.

De modo que fue tras Eva a apenas un paso de distancia, sintiéndose como un niño en compañía de un desconocido de cuya honradez no tenía motivo para dudar. Desanduvieron el camino por el puente bajo y se dirigieron a la explanada que había delante del garaje. El grupo de inmigrantes seguía sentado bajo el árbol, pero en aquella ocasión no lo miraron cuando pasó a su lado.

Entraron en una pequeña zona de aparcamiento. Gaddis oyó el chasquido de una cerradura accionada a distancia, y al alzar la mirada vio el breve parpadeo de las luces traseras de un Volkswagen Saloon gris. Eva abrió la puerta del acompañante, rodeó el coche, ocupó el asiento del conductor y puso el motor en marcha. El interior del coche olía a antiinflamatorio para deportistas; Gaddis se giró y vio en el asiento trasero una bota de fútbol embarrada, unos pantalones cortos y unas espinilleras. Supuso que pertenecían al hijo de Eva, pero su presencia le resultó incongruente. ¿Sería una «mamá futbolera» que llevaba una doble vida? Se preguntó si la gente como Eva sería la infantería del mundo secreto: hombres y mujeres corrientes, con familia y trabajo, que de vez en cuando ejercían como espías. Según se abrochaba el cinturón de seguridad, Eva empezó a hacerle preguntas sobre su vida en Londres. «¿Tiene hijos? ¿En qué trabaja? ¿Está muy cara la vida en Londres?». Estaba claro que se trataba de una táctica para tranquilizarlo. No mencionó ni el asesinato de Wilkinson ni los motivos por los que Gaddis tenía que huir de Viena. Eva mantuvo la conversación a un nivel muy superficial, muy estudiado. Pasaron quince minutos antes de que él fuera capaz de desviar la conversación para intentar obtener algunas

respuestas.

—Antes no me contestó. ¿Trabaja para la embajada británica?

Eva sonrió como se le sonríe a un desconocido que hace preguntas inoportunas. Gaddis se dio cuenta de que había estado conduciendo a exactamente cinco kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad austríaco. Lo último que necesitaban es que los parase la policía de tráfico.

—Oh, no. Soy maestra de escuela. —Lo miró y vio que Gaddis parecía perplejo—. Pero ayudo a sus amigos cuando me telefonan. Tenemos un buen plan.

Aquel era uno de los comentarios más extraños que Gaddis había oído jamás. Para empezar, ¿cómo se había organizado semejante «plan»?

—Entonces ¿sabe qué me pasó anoche? —preguntó—. ¿Sabe lo del tiroteo?

Eva no sonrió esa vez.

—Los detalles sobre su situación no son asunto mío, doctor Gaddis. Mi único trabajo es asegurarme de llevarlo sano y salvo a su destino. Si mientras nos dirigimos allí puedo disipar alguna de sus preocupaciones o responder a sus preguntas, estaré encantada de hacerlo.

Gaddis miró por la ventanilla. El paisaje llano y de colores apagados iba deslizándose a su lado como en un sueño. Le apeteció encender un cigarrillo, pero recordó que se había terminado el paquete en el parque.

—Entonces ¿adónde vamos? —preguntó. El cenicero del coche estaba limpio y no había señales de tabaco por ninguna parte—. ¿Cuál es el plan?

Eva inspiró con satisfacción. La conversación seguía el rumbo que había predicho.

—Es muy sencillo. —Sobrepasó un camión que avanzaba lentamente por el carril de al lado—. Le llevaré a Hungría e iremos a la estación Hegyeshalom. Una vez allí, usted tomará un tren a Budapest y yo volveré a Austria.

—¿No viene conmigo? —Gaddis se sintió avergonzado al preguntar, por parecer preocupado. Era como si estuviera dando muestras de cobardía.

—Me temo que no.

—¿No lleva normalmente a la gente hasta el final?

Eva alzó una ceja con aire maternal.

—Cada caso es diferente —dijo con un leve tono de censura—. Tengo que estar de vuelta en Viena antes de la hora de comer debido a otro plan trazado anteriormente. Lo suyo se ha organizado en las últimas horas. Si me hubieran avisado con más antelación habría podido acompañarlo hasta el aeropuerto de Budapest. Así suelen ser las cosas.

—Así que ¿cojo un tren, simplemente? ¿Cómo vuelvo a casa? ¿Tanya ha planeado ese punto?

Se daba cuenta de que estaba sonando descortés, pero estaba cansado e irritable. Tenía que haberse mostrado más agradecido hacia esa mujer que, al fin y al cabo, había salido de casa en respuesta a una llamada de emergencia recibida durante la

madrugada. Ella estaba arriesgando su vida para ayudarlo. Pero aún seguía conmocionado por los sucesos de la noche anterior. Tenía derecho a pasar por alto algunos detalles de cortesía básica.

—Tanya lo ha planeado todo —dijo Eva—. Límitese a permanecer en el tren hasta que llegue a Keleti, la estación de Budapest. Cuando baje al andén, eche a andar y se encontrará con un hombre con una chaqueta verde sentado en un banco. Es el siguiente eslabón de la cadena. Se llama Miklós. Tiene barba. Estará bebiendo una botella de agua Vittel. Ha visto ya una foto suya, así que lo reconocerá incluso aunque usted no lo reconozca a él. Miklós lo llevará al aeropuerto y se asegurará de que tome un vuelo seguro con destino a Londres.

—Extraordinario. —Gaddis estaba maravillado por la rapidez con que había trabajado Tanya, los favores que habría pedido, las redes que había activado—. ¿Qué pasa si me detienen en algún punto, o si los rusos me descubren?

—Buena pregunta. —Eva mostró que se la tomaba muy en serio, disminuyó ligeramente la velocidad y se frotó la nuca—. En principio, es muy poco probable que lo detengan o lo interroguen en algún punto del trayecto. Austria no es un estado policial, doctor Gaddis, y Hungría tampoco. He estado viendo las noticias sobre el incidente en el Kleines Café y nadie ha mencionado a un hombre que se ajuste a su descripción. Por otro lado, es posible que la policía esté ganando tiempo, y quizá tengan alguna imagen suya tomada por una cámara de circuito cerrado en el bar. ¿Es posible eso?

—No lo sé. —Gaddis se sintió preocupado de repente. Era un detalle en el que no se había parado a considerar. Pensó en la chica gótica en el piso de Meisner, e intentó recordar si había alguna cámara en la pared de la cafetería. ¿Las cámaras de circuito cerrado que cubrían los lugares públicos era un mal que solo sufrían en Gran Bretaña?—. Creo que no.

—Pero alguien del personal o algún cliente puede haber hablado con la policía. No podemos estar seguros. Otro detalle: aunque gracias a los acuerdos de Schengen no existe una aduana formal en la frontera, si por algún motivo nos para la policía tiene que decir que es un amigo mío de Inglaterra y que vamos a pasar unos días en Budapest. Ha estado en mi piso de Viena desde el jueves. —Una ligera pausa—. Si es necesario, debemos dar la impresión de que ni mi marido ni su esposa saben nada de esto.

Fue Eva quien se ruborizó, no Gaddis. Se sintió aliviado al ver que aquella mujer tranquila y llena de recursos sufría un leve instante de embarazo. Se sintió más próximo a ella.

—¿Uso mi nombre?

—Por ahora, sí. Miklós le ha preparado una nueva identidad. Saldrá de Hungría con pasaporte falso.

Al conocer el plan, Gaddis se tranquilizó hasta el punto de permitirse cerrar los ojos y relajarse un poco mientras el coche aceleraba en dirección a la frontera. Creyó

ver un ejército de aerogeneradores alineados de un extremo al otro del horizonte, pero no estuvo seguro de no haberlo soñado. De lo siguiente que fue consciente fue de que Eva entraba en una estación de ferrocarril de la época soviética, ya en el lado húngaro de la frontera, tras haber cruzado esta sin que hubiera sido necesario despertarle. Estaban en Hegyeshalom.

—Espere aquí, por favor —le dijo al ver que se había despertado. Según el reloj del salpicadero eran casi las nueve de la mañana.

—¿Qué ocurre?

—Voy a comprar el billete.

Se encontró a solas en el aparcamiento desierto. Un gato famélico hurgaba en una pequeña pila de desperdicios. Había un montón de lonas de plástico azul al lado de un viejo camión que parecía que nadie había conducido desde la Guerra Fría. Gaddis tuvo la impresión de haberse despertado en Rusia: un mundo de bloques de pisos agrietados de la era comunista, de vagones de tren abandonados en vías muertas cubiertas de maleza, de marañas de cables flojos por encima de su cabeza. Todo era menos pulcro, menos cuidado. Se olió el aliento y deseó beber un poco de agua. Había sido un error quedarse dormido: aquel breve descanso le hacía sentirse más agotado, no menos.

Eva regresó cinco minutos después con un bocadillo de queso, una botella de agua de medio litro y un billete a Budapest. Gaddis devoró el bocadillo y se bebió casi toda el agua.

—Es un billete de ida y vuelta —señaló.

—Vuelve mañana —dijo Eva, con una sonrisa de complicidad—. Un billete solo de ida siempre es más sospechoso. Lo que me recuerda...

Salió del coche y abrió el maletero. Regresó con una bolsa de viaje, de piel gastada, que contenía productos de aseo, un par de libros de bolsillo y una camiseta.

—Esto es para el viaje. —Cerró la puerta del coche—. Un extranjero que sube a un tren sin equipaje despertaría sospechas. Si no quiere que lo molesten, trate de sentarse al lado de algún joven. Es menos probable que intente entablar conversación. Llegará a Budapest en una hora. No tiene que preocuparse de nada en absoluto. Siento no poder acompañarle.

—No pasa nada.

—¿Puede darme su teléfono móvil, por favor? —A Gaddis no le sorprendió la petición—. Me lo llevaré a Austria y lo encenderé en un parque cerca de mi casa. Quizá sirva para despistar a los que le siguen, es posible que crean que aún está en Viena. Por otro lado, también pueden suponer que se trata de un truco. Sea como sea, no es seguro que siga llevándolo con usted. ¿Alguna pregunta más?

Habría cientos de preguntas más, por supuesto, pero a Gaddis no se le ocurrió ninguna. Probablemente fuese mejor así. No había necesidad de complicar más las cosas. Después de todo, ¿qué dificultad había? Lo único que tenía que hacer era subir a un tren y encontrarse con un hombre llamado Miklós. Vio que el tren a Budapest

entraba en la estación. Eva lo había sincronizado todo perfectamente. Salió del coche.

—Muchas gracias —dijo—. Ha sido muy amable. Supongo que no volveremos a vernos.

—Supongo que no —respondió Eva. Gaddis le dio el teléfono y la batería—. Todo irá bien, doctor Gaddis, todo irá bien. Le deseo muy buena suerte.

El tren suspiró sobre las vías. Gaddis entró en un vagón situado hacia la mitad del andén y vio que solo quedaba un puñado de asientos vacíos. Buscó con la mirada a alguien joven, como le había recomendado Eva, y se fijó en un húngaro con el pelo al rape y bíceps tatuados sentado a una mesa frente a una rubia de bote veinteañera que miraba distraídamente por la ventana. Tenían las piernas entrelazadas bajo la mesa. El asiento de al lado de la joven estaba vacío. Gaddis lo señaló con un gesto y el húngaro le indicó que estaba libre con un parpadeo, sin decir nada. Él le dio las gracias con un asentimiento, dejó su bolsa en el portaequipajes y se sentó.

El tren empezó a salir de la estación. Una anciana observó a Gaddis mientras se acomodaba, pero cuando él le devolvió la mirada apartó los ojos. Al otro lado del pasillo, una adolescente escuchaba un reproductor MP3 con la ayuda de unos auriculares cubiertos de pegatinas rosas y amarillas; a su lado, un hombre de negocios de mediana edad con un traje marrón dormía con la boca abierta y un hilillo de saliva cayéndole hasta la barbilla. Ninguno de los presentes se mostraba especialmente dispuesto a entablar conversación. Todo el mundo parecía ir a lo suyo.

En la mesa, frente a Gaddis, había una lata de Coca-Cola abierta y un ejemplar arrugado de un diario húngaro, y quiso echarle una ojeada a la portada aun sabiendo que no había ninguna posibilidad de que el asesinato de Wilkinson hubiera llegado a tiempo a las ediciones matinales de los periódicos. Una pasajera sentada al otro lado del pasillo leía una revista de cotilleos austríaca que lucía en la portada una foto de Katarina Witt patinando con un vestido rojo. Gaddis se sentía cada vez más inquieto y necesitaba ocupar las manos en algo. Recordó los libros que llevaba en la bolsa de viaje, pero no quiso atraer la atención de nadie levantándose tan pronto para ponerse a buscar en el portaequipajes, de modo que miró por la ventana, empapándose de las carreteras y los campos y los bosques del sereno paisaje de Hungría, consciente de todos y cada uno de los tics y movimientos de su rostro. Le resultaba imposible relajarse. ¿Cuántas veces se habría sentado en trenes en su vida, mirando por la ventana y con la mente en blanco sin que le costase esfuerzo alguno? Miles. Pero aquel día era consciente incluso de su propia respiración.

Pasó un cuarto de hora. En un extremo del vagón apareció el revisor, y empezó a recorrer el pasillo comprobando los billetes de los pasajeros que habían subido en Hegyeshalom. A Gaddis le pareció que tardaba una vida entera en llegar a su fila de asientos, pedirle el billete y devolvérselo con un asentimiento seco. Después lo observó con alivio mientras seguía su camino. Animado por el éxito de aquel primer encuentro con la autoridad, se levantó, dirigió un gesto de asentimiento a su acompañante tatuado y echó a andar en dirección al vagón restaurante.

Estaba vacío. Había varias filas de mesas cubiertas con manteles rojos dispuestas para cuatro ocupantes, con menús en fundas de cuero que anunciaban *goulash* y cinco tipos de pollo. Gaddis no recordaba si Eva le había dado algún consejo respecto a

moverse por el tren, pero en su asiento se sentía tan estático, tan atrapado, que dar un paseo le resultaba imprescindible para su bienestar.

Fue al bar. Un joven uniformado con una chaqueta que le caía mal estaba atendiendo a un cliente con la calva cruzada por unas cuantas hebras de pelo grasiento cuidadosamente peinadas. Gaddis pagó una taza de café hirviendo y un bollo pegajoso relleno de crema amarillenta. Dudó que fuera a sentarle bien, pero seguía hambriento, y pensó que la cafeína le ayudaría a despejarse. Se sentó en un taburete al lado de un cartel de «No fumar», y se dedicó a comerse el bollo y beber lentamente el café. Todo lo relacionado con el tren era limpio y pulido, pero se le antojaba enervantemente lento. Le daba la impresión de que avanzaban no más deprisa que a pie y que se detenían cada pocos cientos de metros. Incluso el aire acondicionado parecía arrastrarse. Cuando acabó de comer regresó a su asiento, cruzando vagones divididos en compartimentos a los que se accedía por una puerta corredera. Algunos de los compartimentos tenían las cortinas corridas. Otros estaban ocupados por hombres de negocios de aspecto cansado y jubilados, que, a falta de algo mejor que hacer, observaban a Gaddis cuando pasaba por delante.

Llegó a su asiento. El húngaro de la cabeza rapada se había quedado dormido apoyado en la ventanilla, y su novia se arreglaba el maquillaje con un neceser de mano. La joven lo miró y después volvió a dirigir la vista al espejo manchado. La adolescente del otro lado del pasillo seguía pendiente del MP3, y Gaddis creyó oír una canción de los Beatles procedente de los auriculares. El hombre de negocios se había despertado y se había limpiado la barbilla, y en aquel momento se dedicaba a teclear algo en un ordenador portátil. Gaddis se sentó y cruzó una sonrisa con una mujer que no había visto antes, una ejecutiva pelirroja con una chaqueta negra a rayas que probablemente habría subido al tren en la estación anterior. No tenía nada con que distraerse. Empezó a aburrirse cada vez más y quiso leer. Sería interesante ver qué libros le había proporcionado Eva.

Se levantó. Estaba a punto de coger la bolsa cuando el tren se detuvo bruscamente. Desde su posición, de pie en el vagón, podía ver la parte delantera del tren por la ventana. Se habían detenido ante un paso a nivel. Había dos coches de policía parados en una carretera campestre desierta, con las luces azules encendidas y girando pero la alarma apagada. Un presentimiento ominoso lo invadió mientras las luces silenciosas latían contra el cielo de última hora de la mañana. Tuvo la seguridad de que la policía húngara, colaborando con sus colegas austríacos, había parado el tren. De que aquello era parte de una búsqueda coordinada del asesino de Robert Wilkinson.

Se sentó sin coger ningún libro. Aquello fue un error. ¿Para qué levantarse y sentarse de inmediato sin haber abierto la bolsa? Sintió que una docena de ojos se clavaba en él, como si su culpabilidad fuese visible para todos los viajeros tan claramente como si la llevase escrita en el cuerpo. Lo estaban culpando de lo que sucedía, del retraso del viaje. El hombre de los tatuajes, su novia, la adolescente del

MP3, la ejecutiva pelirroja de la sonrisa y el traje a rayas... Todos sabían que huía de Viena.

En aquel momento, el motor del tren se apagó por completo, como si fuera un signo definitivo de lo desesperado de su situación. Un murmullo de frustración recorrió el vagón cuando la suspensión del tren tembló y finalmente quedó en silencio, con el tren completamente desprovisto de energía. Los ocupantes de los asientos en torno a Gaddis cruzaron miradas de fastidio, y él intentó unirse a la atmósfera general frunciendo el ceño y meneando la cabeza. «Soy uno de los vuestros —transmitía—. Nada de lo que ocurre tiene relación con el Kleines Café». Los ojos de la ejecutiva pelirroja se encontraron con los suyos, y Gaddis le devolvió lo que esperaba que fuese una mirada de amistosa camaradería. Pero, en cambio, ella frunció el ceño, como si él la hubiera ofendido de algún modo. La pelirroja miró tras él, al extremo más alejado del vagón. Alguien cruzaba la puerta.

Gaddis se giró. A diez metros de su asiento había dos policías de uniforme. ¿El más alto de los dos reaccionó de inmediato, como si lo hubiera reconocido, o eran solo imaginaciones suyas? Gaddis miró a la adolescente del otro lado del pasillo, que cabeceaba al ritmo de «Eleanor Rigby». Un involuntario arrebato de pánico lo hizo enrojecer. Empezó a imaginar un escenario en el que no era la policía quien lo detenía, sino la ejecutiva, que volvía a mirarle, y que sin duda se trataba de una agente de paisano austriaca que se había situado cerca de él para facilitar su captura.

«Cálmate —se dijo—. Tranquilo». El tren podía haber parado por muchísimos motivos. Podía haber inmigrantes ilegales, o un contrabandista cargado de tabaco o drogas con destino a Budapest. Gaddis oyó a su espalda a los dos policías que avanzaban por el vagón tan despacio como el revisor, tan meticulosos y siniestros como matones con botas de caña de la Waffen SS.

—Billete, por favor.

El policía más alto, el que parecía haberlo reconocido desde la puerta, estaba a su lado. Gaddis rebuscó en la chaqueta y sacó el billete que le había dado Eva en Hegyeshalom. No fue capaz de recordar ninguno de sus consejos. ¿Por qué no había ido con él en el tren? ¿Sería aquello una trampa? ¿Por qué Tanya no había hecho que lo acompañase a Budapest otro agente del MI6?

—Gracias —dijo el policía cuando Gaddis le tendió el billete.

Se esforzó conscientemente por mirar al policía a los ojos, intentando parecer aburrido, intentando parecer indiferente. Durante un instante desquiciado estuvo convencido de que se trataba del mismo hombre que había seguido a su taxi cuando se alejaba del edificio de las Naciones Unidas.

—¿Es usted inglés?

Gaddis no había abierto la boca. ¿Cómo había podido adivinar su nacionalidad el policía? Fin de la partida: sabían quién era, de dónde era, qué estaba haciendo. Durante una fracción de segundo pensó en responder en ruso, pero si el policía había visto su cara en la cámara de circuito cerrado del Kleines Café, cualquier intento de

despistarlos solo serviría para convencerlo de su culpabilidad.

—Sí. De Londres. ¿Cómo lo ha adivinado?

Aunque el policía había hecho la pregunta en inglés, no pareció comprender la respuesta. Gaddis miró tras él, al otro policía, que parecía ocupado en comprobar los billetes del otro lado del pasillo. Aquello le abrió un resquicio de esperanza: ¿por qué iban a seguir buscando si sabían que habían encontrado al acompañante de Wilkinson? La chica de los auriculares buscaba algo en el bolsillo de sus vaqueros. No se había molestado en quitarse los auriculares. Gaddis estaba pasmado ante la calma que mostraba, pero ¿qué estaría buscando? ¿Un billete o un documento de identidad? Si el policía le pedía el pasaporte, Gaddis estaba perdido. Al otro lado de la mesa, el húngaro del pelo rapado se había despertado. Uno de los tatuajes del brazo era una caricatura de Elvis.

—Entonces ¿va a Budapest?

—Por una noche, sí. —Gaddis recordó algo que le había dicho Eva: «Vuelve mañana. Un billete solo de ida siempre es más sospechoso». La maldijo por no proporcionarle un pasaporte, un carnet de conducir, algún documento de identidad con foto que le sirviera para escurrirse en una situación así. ¿Qué clase de turista cruza la frontera sin pasaporte? ¿Qué clase de servicio de inteligencia deja a un hombre colgado en un vagón de tren infestado de policías?

—Que lo disfrute.

Gaddis creyó que no había oído bien. ¿Se lo estaba imaginando? Pero el agente ya había dirigido su atención al húngaro y a su novia, los cuales le enseñaron los billetes con absoluta indiferencia. Quizás aquellos registros eran algo corriente. Justo entonces, la radio que el otro agente llevaba en el bolsillo crepitó. El policía respondió de inmediato, salió directamente del vagón y bajó a la vía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gaddis.

—Lo han encontrado —dijo el húngaro.

Ambos se irguieron en los asientos y estiraron el cuello para mirar hacia los coches de policía parados en el paso a nivel. A través de la barrera de pasajeros que intentaban hacer lo mismo, Gaddis distinguió a un joven al que hacían entrar en el asiento trasero del coche más alejado: una mujer policía le empujaba la cabeza con la palma de la mano, e iba con las muñecas esposadas a la espalda.

—¿Quién puede ser? —dijo Gaddis. El húngaro sacudió la cabeza.

—Ni idea —respondió. Se inclinó hacia delante y le dio un beso a su novia.

Una hora más tarde, el tren atravesaba la ciudad fantasmal que eran los suburbios de Budapest, pasando junto a vagones de carga abandonados en vías muertas y amapolas silvestres entre brotes de maleza. Ante él, alzándose frente a un delta de vías relucientes, Gaddis distinguió la entrada de la estación de Keleti. Se animó. Sin duda ahora simplemente sería cuestión de reunirse con el contacto de Eva y dejar que este lo llevase al aeropuerto.

Bajó al andén y se vio rodeado de inmediato por una turbamulta de hombres y mujeres que le ofrecían habitaciones para pasar la noche, taxis a la ciudad y comidas en restaurantes locales.

—¿Coche? —le decían. Él respondía negando con la cabeza—. ¿Dónde quiere ir, señor?

Hizo caso omiso de todos los ofrecimientos y se atuvo a las instrucciones de Eva. Echó a andar hacia la gran estación de techo acristalado, buscando a Miklós. En el andén, a unos cincuenta metros por delante de donde se encontraba, había un banco a pocos pasos de los controladores de billetes. Sentado en el banco, exactamente como Eva había descrito, había un hombre barbudo con una chaqueta verde. Gaddis vio que sostenía en la mano izquierda una botella de Vittel. Justo en aquel momento, Miklós alzó los ojos, cruzó su mirada con la de Gaddis y le dirigió una amplia sonrisa. Gaddis supo de inmediato que le iba a caer bien: el húngaro tendría unos cincuenta años, una mirada viva y despierta, una expresión traviesa y el aire de un hombre afortunado y seguro de sí mismo.

—¿Señor Sam? —dijo, tendiéndole una mano.

Gaddis se la estrechó. Miklós llevaba unos guantes de cuero marrón, y Gaddis sintió la palma fría y algo pegajosa contra la suya.

—¿Me disculpará si le pregunto quién le ha enviado? —preguntó.

—Por supuesto que le disculpo. —Miklós seguía sonriendo y sacudiéndole la mano—. Es importante estar seguro en estas cosas, ¿no? Me llamo Miklós. Me manda Eva, nuestra mutua amiga vienesa, de parte de la mujer que usted conoció como Josephine Warner.

Una oleada de alivio inundó a Gaddis. Miklós cogió su bolsa de viaje, pese a sus protestas, y pasó ante los revisores sin dirigirles ni una mirada. Salieron de la estación y fueron hasta un Seat de cuatro puertas aparcado a una manzana.

—Iremos primero a mi piso —explicó Miklós. A Gaddis no le pareció extraño—. Su avión no sale hasta dentro de unas horas.

Gaddis abrió la puerta trasera del coche, como si se tratase de un taxi que hubiera parado, pero se dio cuenta de su error y se dirigió al asiento del copiloto. En el exterior, Budapest parecía encontrarse a un mundo de distancia de Viena. Era bulliciosa y caótica, y aún poseía restos difusos de su grandeza en la época comunista. Le recordó la atmósfera sucia y gris de Moscú. En el aire flotaba el

omnipresente olor a hulla y a diésel, y Gaddis se sintió más cercano a aquel mundo. Miklós conducía con rapidez, dando bandazos y haciendo sonar el claxon, y avanzaron por calles de novela negra que, bajo la mirada romántica de Gaddis, parecían llenas del ajetreo, de las maravillas y de la tensión que habían sido barridos limpiamente de la Viena moderna. Durante un bendito instante se sintió libre. Después recordó a Wilkinson y a la multitud que gritaba en el Kleines Café, y fue consciente de que aún le faltaba mucho para estar a salvo.

—Tengo entendido que ha pasado por una situación bastante traumática —dijo Miklós.

La palabra «traumática» parecía exagerada, e incluso melodramática, pero Gaddis se descubrió respondiendo que sí.

—Bueno, no se preocupe. Ya está todo en orden. Está en buenas manos. Iremos deprisa a mi piso. Mi mujer le hará una sopa. Le daré un pasaporte nuevo y algo de dinero. Antes de la noche estará de vuelta en Londres.

—Se lo agradezco mucho.

Quiso hacer las mismas preguntas que había intentado hacerle a Eva. «¿Cómo es que trabaja para el MI6? ¿Hace estas cosas a menudo?». Pero ahora sabía que era mejor permitir que aquellos ángeles del mundo secreto conservasen su anonimato.

—¿Es usted de Budapest? —preguntó en cambio. No era una pregunta muy imaginativa, pero parecía importante entablar una pequeña conversación.

—Sí —respondió Miklós—. Le daré una lección de idiomas, ¿de acuerdo? Unas lecciones rápidas de húngaro.

—Muy bien.

Entraron en una calle estrecha flanqueada por recios edificios de piedra marrón. Gaddis se asombró al ver una franquicia de Tesco en una esquina.

—Para pedir una hamburguesa con queso, se dice «shiteburger»; como *shit*, mierda. —Miklós se echó a reír. Gaddis se figuró que contaba aquel chiste a todos los extranjeros con los que se cruzaba—. Tiene gracia, ¿no?

—Tiene gracia.

—El pezón se llama *mellbimbo*. No le digo más. El húngaro es un idioma de locos, ¿no le parece? De locos.

No tardaron en aparcar en una avenida amplia, al lado de una pila de leña pulcramente cortada rodeada por una valla improvisada con un plástico de color naranja. Miklós sacó del maletero la bolsa de Gaddis, y entraron en un callejón abierto entre una tienda de aparatos eléctricos y un pequeño restaurante. Salieron al gran patio interior de un edificio de viviendas del siglo XIX, y un ascensor chirriante los llevó a la tercera planta.

—Vivo aquí mismo —dijo Miklós, guiando a Gaddis por un pasillo que se abría al patio por el lado este. Sacó unas llaves y abrió la puerta de su piso.

Al otro lado había una cocina grande y moderna, y en un extremo de ella, una escalera sin pasamanos. Frente al horno, una mujer cortaba unos champiñones.

—Permítame que le presente a mi esposa —dijo Miklós—. Viki.

Viki era una mujer atractiva al menos quince años más joven que su marido, de pelo largo y oscuro, y una figura esbelta parcialmente disimulada por un delantal azul marino. Gaddis la saludó con un gesto de la mano, pero no se acercó. Ella le había hecho notar que tenía las manos sucias, y no le pareció apropiado darle un beso en la mejilla. Se sintió como si hubiera ido a comer a casa de unos vecinos: no había en la estancia ninguna atmósfera de tensión, ningún trasfondo de alarma. ¿Estaría Viki al tanto de la situación? ¿Era otra húngara en la nómina del MI6? Miklós le dijo algo en su idioma y después le ofreció a Gaddis un taburete en la mesa que había en el centro de la cocina.

—Bonito piso —dijo, dejando la bolsa en el suelo.

—Gracias. Es un edificio de lo más corriente, pero hemos hecho algunas reformas. ¿Quiere un café? ¿Una ducha?

—¿Al mismo tiempo?

Viki se echó a reír, cruzando una mirada con su marido. Sobre el horno, colgados de ganchos, había ollas y sartenes de aspecto caro. Grabados en blanco y negro enmarcados en las paredes. Un iPod apoyado en unos altavoces Bose que descansaban en un estante lleno de novelas de bolsillo. Un perro entró en la cocina, pasó rozando las piernas de Viki y se acomodó al pie de un gran fregadero de loza.

—*Bazarov* —dijo Miklós—. Nuestro mejor amigo.

—¿Por Turgenev?

A Miklós se le iluminó la mirada.

—¿Ha leído *Padres e hijos*? Es usted un hombre culto, señor Sam.

Gaddis explicó que era profesor de Historia de Rusia, y no tardó en estar metido hasta el cuello en una conversación sobre literatura rusa del siglo XIX ante una taza de café. Viki le llevó pan y un cuenco de sopa, y se sentaron todos juntos a la mesa intercambiando opiniones sobre Tolstói. Gaddis se preguntó por qué se sentía tan relajado.

Una hora más tarde le ofrecieron «una buena ducha caliente y un agradable cambio de ropa». En consecuencia, Gaddis subió la escalera armado con una toalla blanca que olía a pino artificial y se introdujo bajo el torrente de la ducha humeante, donde se quitó de encima el sudor, la preocupación y la rabia de su larga noche en Viena. Miklós le había dejado una camisa y un jersey en la pequeña habitación de al lado, y un par de vaqueros que parecían sin estrenar. Las tres prendas le sentaron como un guante. Gaddis sospechó que el MI6 también sabía de él hasta la talla que usaba. Se afeitó y se puso la ropa limpia ante un póster de Steven Gerrard alzando la Copa de Europa. Probablemente se trataba de la habitación del hijo de Miklós y Viki.

A las doce y media bajó la escalera. Viki alabó su aspecto y lo ayudó a meter la ropa sucia en la bolsa que le había dado Eva. Miklós le recomendó que se cambiara la chaqueta «por si algún testigo en el Kleines Café se la ha descrito a la policía», y le ofreció un abrigo negro largo que le quedaba ligeramente estrecho en los hombros.

Gaddis encontró en el bolsillo una gorra de *tweed*, pero no quiso usarla alegando que atraería la atención hacia él en el aeropuerto.

—Probablemente tenga razón —dijo Miklós. Enrolló la chaqueta y la metió en la bolsa—. De todas formas ya tiene buen aspecto, señor Sam. Parece normal.

Fueron a una sala de estar atestada de libros y lámparas. Viki no los acompañó. En una mesilla en el centro de la sala había un tablero de ajedrez; el rey negro estaba tumbado. Al lado del tablero, sobre un ejemplar de *The Economist*, descansaba un pasaporte británico de aspecto gastado y cuarenta mil florines húngaros, que equivaldrían a unas doscientas libras. Miklós le dio todo a Gaddis.

El pasaporte parecía una falsificación perfecta. Tenía varios sellos de Hong Kong, uno del JFK, e incluso una copia exacta de la fotografía de Gaddis que figuraba en su pasaporte auténtico, tomada ocho años antes. ¿Cómo había podido trabajar Tanya tan deprisa? ¿Dónde diablos habían impreso aquel pasaporte? Probablemente estaba implicada la embajada británica en Budapest. Gaddis hojeó las páginas con marcas de agua y miró a Miklós.

—Asombroso —dijo.

—Los he visto mejores.

El húngaro se sacó del bolsillo un teléfono móvil y se lo tendió por encima del tablero de ajedrez. Guardado bajo el nombre «Mike» había un teléfono con el que podría ponerse en contacto con Miklós. Gaddis supo que ahora empezaba lo difícil. Tenía ante sí el largo regreso a casa.

—Bueno. —Miklós había captado también el cambio en la atmósfera—. Ya tiene todo lo que necesita. Sugiero que vayamos al coche.

Viki asomó por la puerta de la sala, se acercó a Gaddis y lo besó en ambas mejillas. Gaddis supuso que había estado escuchando todo el rato.

—Buena suerte —susurró la mujer. El aroma que desprendía su piel le recordó extrañamente a Holly—. Miklós cuidará bien de usted.

—Muchas gracias por todo —le respondió él, y salieron al pasillo exterior.

El coche de Miklós seguía aparcado en la entrada del edificio de viviendas, al lado de la pila de leña. Pasó un tranvía, que casi hizo caer a una anciana encorvada que cruzaba la calle arrastrando un carrito de la compra. Gaddis intentó captar la mirada de Miklós, pero se dio cuenta de que la actitud del húngaro se había vuelto mucho más seria. Guardaron la bolsa de viaje en el maletero, entraron en el coche y se abrocharon los cinturones de seguridad.

La confianza que Gaddis sentía hacia el húngaro quedó demostrada por el hecho de que no comprobara el contenido de su bolsa antes de cerrarla. De haberlo hecho, habría descubierto que Viki había introducido un pequeño paquete entre la chaqueta y la ropa sucia.

Alguien había decidido que el doctor Sam Gaddis actuaría como correo.

—Escuche con atención. —Miklós había arrancado y se estaba incorporando al tráfico—. Iremos en el coche hasta el aeropuerto Ferihegy. Tiene un billete para el vuelo de las 15.30 de easyJet a Londres, al aeropuerto de Gatwick. Creo que el vuelo saldrá con puntualidad. Podemos asegurarnos cuando lleguemos al aeropuerto. Si hay algún problema, nos limitaremos a sentarnos en la cafetería y charlar. ¿De acuerdo? ¿Lleva el pasaporte en el abrigo?

Gaddis llevó la mano al bolsillo interior. Encontró el pasaporte y lo sacó.

—Como puede ver, hoy no se llama Samuel Gaddis. Por lo que respecta a este viaje, es Samuel Tait. Tiene el mismo nombre de pila y la misma fecha de nacimiento. Puede comprobar que hemos añadido un nombre y una dirección como contacto en caso de emergencia, para darle verosimilitud. —Gaddis buscó la página. Alguien había escrito con bolígrafo azul una dirección y el número de teléfono de «Josephine Warner»—. Si necesita contactar con Tanya cuando llegue a Londres, use el número que aparece como «Jo» en la agenda del móvil. Le conectará a través de una centralita.

—¿Cuál es mi oficio? —preguntó Gaddis. Sabía que le correspondía mostrarse alerta y profesional, y hacer las preguntas adecuadas, aunque su mente estaba infestada de dudas.

—Bien pensado. —Miklós giró a la izquierda y se incorporó a una vía de alta velocidad de un solo carril. Tocó el claxon cuando un tipo en un ciclomotor se le cruzó por delante—. Tiene el mismo trabajo: es profesor de Historia en el University College de Londres, eso no ha cambiado. Nada es diferente excepto su dirección, su apellido y el número del pasaporte. Siempre intentamos hacer las cosas lo más sencillas posible.

«Siempre intentamos». Gaddis miró por la ventanilla. Era un día corriente en Budapest. ¿Quién más habría estado implicado en aquello? ¿Qué tipo de gente, y en qué circunstancias? ¿Cómo habrían sido de diferentes las cosas unos treinta años antes, por ejemplo, con informadores en cada edificio y la policía secreta en cada esquina? El coche se detuvo en un semáforo, y por primera vez en aquel lugar, Gaddis sintió un arrebato de pánico. Como si estuviera a punto de verse rodeado por hombres armados o fueran a arrojarlo a un lado de la carretera. Pero el momento pasó. Lo achacó a los nervios y la falta de sueño, y se recordó que debería comprar tabaco en el aeropuerto. El semáforo se puso en verde y Miklós arrancó. Pasaron ante un negocio de venta de coches de segunda mano y carteles descoloridos que anunciaban televisores Samsung, whisky y marcas de lencería húngaras.

Llegaron al aeropuerto antes de lo que Gaddis esperaba. Se trataba de un edificio nuevo del estilo preferido por los arquitectos que buscaban ahorrar tiempo y dinero: la terminal de salidas parecía un hangar construido con piezas de plástico moldeado. Gaddis esperaba encontrarse con algo parecido al caos del aeropuerto de

Sheremetyevo, pero el interior le recordó a una sucursal de una cadena de tiendas de mobiliario doméstico: impoluto y reluciente, con asientos de plástico duro de color rojizo y paredes blancas que reforzaban el efecto de la cruda iluminación de la terminal. Miklós charlaba amigablemente mientras se acercaban al panel indicador que mostraba las salidas, y comentó «Muy bien, excelente» cuando confirmaron que el vuelo de easyJet despegaría con puntualidad. Después de hacer cola brevemente, Gaddis facturó su bolsa de viaje, recogió su tarjeta de embarque y se sentó con Miklós en un Caffé Ritazza, donde tomaron unos expresos y desde donde, de vez en cuando, recorría con la mirada el lugar en busca de cualquier signo de que lo hubieran reconocido. Era un entorno absolutamente vulgar y, al parecer, carente por completo de amenazas. Miklós se esforzó por mantener tranquilo a Gaddis y retomó la conversación sobre literatura rusa, animándolo a hablar largo y tendido sobre la infancia de Tolstói. Para cuando acabaron el segundo café y despacharon un par de *muffins* insípidos ya era la hora de embarcar.

Se dirigieron juntos hacia la zona de seguridad. No había policías en la entrada, ni perros que olfateasen los equipajes, ni rusos fornidos remoloneando entre las sombras estudiando fotografías de vigilancia en blanco y negro del doctor Samuel Gaddis. Era una tarde normal en un aeropuerto de vuelos de bajo presupuesto normal. Gaddis no podía imaginarse que fuese a haber ningún problema.

—Bueno. —Miklós le puso una mano en el hombro—. Somos viejos amigos, ¿de acuerdo? Ha pasado unos días en mi casa. No hemos hecho nada más que emborracharnos juntos.

Gaddis se sintió alarmado de repente. Se dio cuenta del motivo por el que Miklós había esperado hasta el último momento para darle los detalles finales sobre su tapadera. Estaba claro que le preocupaba que los pudiera olvidar.

—Nos conocimos hace cinco años en Budapest, en una despedida de solteros. — Miklós sonrió y se acarició la barba, como si estuviera recordando los detalles más sórdidos del evento—. Y ahora tiene que irse, señor Tait. Que tenga un buen viaje.

Gaddis se las arregló para sonreír, aunque los nervios le atenazaban el estómago.

—Muchas gracias por todo —dijo, e intentó estrechar la mano del húngaro. Pero Miklós tenía otras intenciones: lo rodeó con un abrazo de oso que lo dejó sin aliento.

—Somos amigos, ¿recuerda? —gruñó al oído de Gaddis. Se apartó de él, aún sujetándole los brazos. La presa de sus manos era muy fuerte—. Si tiene algún problema serio, llame a la embajada británica. Según la ley, tiene derecho a recibir asistencia de su gobierno. A su llamada acudirá un funcionario que estará al corriente de su situación. ¿Está todo claro?

—Todo claro. —Se limpió una gota de sudor que le caía de la sien e intentó adoptar una expresión más valerosa—. Ha sido extraordinariamente amable conmigo. Me gustaría agradecerse de algún modo.

—No tiene que darme las gracias por nada —respondió Miklós con rapidez, y Gaddis captó un brillo en su mirada: el brillo travieso que había notado en Keleti—.

Ha sido un día interesante y lleno de buenas conversaciones. Le deseo un muy buen viaje de vuelta a casa. —Hizo una breve pausa, como preparándose para gastar una broma cruel—. Si le preguntan si alguien ha podido manipular su equipaje, ya sabe qué tiene que decir.

Gaddis se echó a reír, y después caminó hacia el control de pasaportes. Se sentía como si todo el mundo lo mirase de reojo. ¿Y si detectaban que el pasaporte era falso? ¿Qué pasaría? ¿Miklós estaría esperando, preparado para acudir en su ayuda? ¿Se iba a asegurar de que accedía a la sala de embarque, o ya lo había dejado abandonado a su propia suerte?

Se puso en la cola tras una joven pareja polaca y un hombre que llevaba lo que parecía ser una guitarra en una funda de cuero. Se giró para hacerle a Miklós un último gesto de despedida.

Pero el húngaro se había ido.

Fue una repetición de lo de Berlín, pero en esta ocasión Gaddis estaba solo. En esta ocasión, Tanya no estaba a su lado.

Pasó por la máquina de rayos X y los detectores de metal tras quitarse los zapatos y el cinturón. Miklós le había comprado el *Guardian Weekly* y un ejemplar de *La clave del éxito*, de Malcolm Gladwell. Gaddis los había metido en una bolsa de plástico junto a un paquete de tabaco y una tableta de Toblerone. Se puso de nuevo los zapatos, volvió a ajustarse el cinturón en los vaqueros y sacó la bolsa de plástico del contenedor en el que la había depositado para que pasara por el escáner. Casi de inmediato tuvo que volver a hacer cola: el control de pasaportes estaba a un tiro de piedra de la zona de seguridad.

Eligió la cola más corta y se encontró tras una pareja de ancianos británicos y un joven con rastas que cargaba al hombro una mochila de lona que parecía haber sufrido una plaga de polillas. Estaba en la cola más corta, pero cuando echó un vistazo al guardia de aduanas se dio cuenta de que había elegido mal. La ventanilla de al lado la atendía una mujer de aspecto amable, pero la suya la ocupaba un hombre con el aire severo de un burócrata recalcitrante. Justo el tipo de persona que disfrutaría haciendo sudar a un turista británico.

El agente lo llamó con un gesto. Gaddis tenía preparado el pasaporte falso y lo pasó por la ranura que había al pie de la gruesa pantalla de vidrio. El agente no lo cogió de inmediato; lo dejó reposar en el mostrador, como si quisiera comprobar antes si a su propietario le temblaba la mano. Gaddis sintió que la mirada del hombre ascendía hasta llegar a su rostro, y se esforzó por devolverla directamente y mantener el contacto ocular. La expresión del hombre era absolutamente gélida. Abrió el pasaporte con lo que a Gaddis le pareció un aire de suspicacia casi despectivo.

—¿Su nombre, por favor?

—Tait —dijo Gaddis, pronunciando su alias por vez primera—. Sam Tait.

El agente ya había abierto el pasaporte y estudiaba la fotografía. Era casi como si supiera que la había colocado allí apenas unas horas antes un falsificador del MI6.

—¿Motivo de su visita a Budapest, por favor?

Gaddis experimentó un miedo debilitante. Estaba seguro de que iban a detenerlo justo en aquel lugar. ¿Sería aquel el último engaño de Tanya Acocella? ¿Acaso Miklós lo había puesto directamente en manos de la policía húngara?

—¿Disculpe?

—Le he preguntado que cuál ha sido el motivo de su visita a Budapest.

—Oh. Lo siento, no le había oído bien. —De algún modo, Gaddis recordó cómo se mentía—. He visitado a un amigo. Diversión, no negocios.

El guardia pareció satisfecho momentáneamente por la rapidez y la concisión de la respuesta, pero no tardó en volver a mirar la fotografía. Alzó la vista y observó a Gaddis. Volvió a mirar la foto. Volvió a alzar la mirada, obligando a Gaddis a erguirse

levemente ante la ventanilla. Entonces, para espanto de Gaddis, sacó una lupa y empezó a estudiar la foto como un comerciante de diamantes que examina una piedra en busca de imperfecciones. Su ojo derecho estaba casi pegado al pasaporte, recorriendo la página, comprobando cada marca de agua, cada sombreado, cada píxel de la falsificación. Gaddis se pasó la bolsa de plástico de la mano izquierda a la derecha y miró al otro lado del mostrador, hacia la seguridad de la zona de embarque, intentando parecer tranquilo. La zona de embarque se le antojaba un oasis que nunca podría alcanzar. Esperaba que en cualquier momento le dirían que se apartara a un lado y acompañase al agente a una sala de interrogatorios.

—Gracias, señor Tait. Disfrute de su vuelo.

Gaddis, presa de un alivio salvaje, se las arregló para no recuperar el pasaporte dando un tirón. Unos instantes más tarde estaba en la zona reservada para fumadores dando profundas caladas a un cigarrillo y agradeciendo en silencio la brillantez de Tanya Acocella. Tenía la sensación de que, a menos que fuese increíblemente desafortunado, no tenía que temer ya ninguna amenaza, ni de la policía del aeropuerto ni de agentes de vigilancia rusos.

Dos horas después, el avión de easyJet aterrizaba en Gatwick. Gaddis se las había arreglado para cerrar los ojos unos veinte minutos durante el vuelo, recuperando en su asiento de la ventanilla algo del sueño que tanto necesitaba. Pero no sintió ninguna alegría mientras el avión aterrizaba en la lluviosa Inglaterra, ninguna agradable sensación de bienvenida. Más bien sentía como si hubiera vuelto a meterse en una trampa de la que apenas acababa de escapar. Como si supiera que sus problemas no habían terminado. Que solo acababan de empezar.

Todo fue bien hasta que llegó el momento de pasar la aduana. Había recogido su bolsa de la cinta transportadora, recibido las gracias efusivas de una pareja de ancianos a los que había ayudado con las maletas y cargado con su propio equipaje hasta la zona verde en el extremo más alejado del vestíbulo. Estaba a apenas tres o cuatro metros de la libertad cuando un agente de aduanas le cortó el paso, señaló la bolsa de cuero y le indicó a Gaddis que debía detenerse a un lado.

—¿Puedo echar un vistazo a eso, señor?

Gaddis se sintió horriblemente frustrado. Se dirigió a la línea de mesas metálicas bajas que se extendía a un lado del vestíbulo, convencido de que había caído en una trampa. Había pasado por la aduana una docena de veces en los últimos años cargado más que de sobras con paquetes de Camel y botellas de Glenlivet, y justo en aquel momento se le acababa la suerte. Sabía, de la forma en que uno sabe que está a punto de ponerse enfermo, que alguien había manipulado su equipaje. Era el único desenlace posible. Ante él había un espejo tintado, con manchas y arañazos, y se imaginó que al otro lado había una fila de sonrientes agentes del MI6, Tanya entre ellos, que observaban sus momentos finales. ¿Lo habría traicionado ella, o era más bien que se mostraba tan tenso que el agente no había tenido más remedio que detenerlo para interrogarlo? Gaddis dejó en el mostrador la bolsa de viaje de piel y la

pequeña bolsa de plástico. El agente de aduanas era un individuo bien entrado en los cuarenta, con algo de sobrepeso y la piel pálida de alguien que pasa el tiempo en interiores, llevaba una camisa de manga corta que le quedaba grande. Echó un vistazo a la bolsa de plástico, estudió la barra de Toblerone, sacó los ejemplares de *La clave del éxito* y el *Guardian Weekly* y volvió a guardarlos. Era como si estuviera retrasando a propósito el momento de ir a por la bolsa de cuero.

—¿Puede abrirla, por favor, señor?

La cortesía con que hizo la petición acabó de crispar a Gaddis. Tuvo la clara sensación de que se estaba siguiendo un procedimiento punto por punto, ajustándose a la letra de la ley. «Te piden que abras tú la bolsa para que no puedas acusarles más tarde de que han colocado algo para inculparte. Te hacen abrir la bolsa para ver cómo te tiemblan las manos mientras corres la cremallera». Una oleada de calor le recorrió el cuerpo, y sospechó que el agente de aduanas estaba jugando con él. ¿No sería mejor confesar? ¿Contarle toda la historia? «Mire, el MI6 me está exfiltrando. Anoche hubo un asesinato. Viajo con pasaporte falso». Pero seguía existiendo la pequeña posibilidad de que todo aquello fuera un error. En un par de minutos le dirían que siguiera su camino. Gaddis se dijo que se ajustaba a un perfil: era un hombre de mediana edad y aspecto desaliñado que viajaba solo y regresaba de Europa del Este. En aduanas estaban prácticamente obligados a pararle.

Abrió la cremallera de la bolsa. En el interior vio lo que podía denominar sus posesiones: los libros de bolsillo que le había dado Eva en Hegyeshalom, el bote de espuma de afeitar austríaca, el tubo de Colgate. Su ropa sucia (la ropa que llevaba en el Kleines Café) estaba colocada junto a la chaqueta que había comprado en Great Marlborough Street y que Viki había enrollado.

El agente sacó la chaqueta. Cuando la levantó, Gaddis contempló con horror que caía algo en la bolsa. Una especie de paquete. Un paquete pequeño.

El agente lo cogió de inmediato y se lo mostró.

—¿Qué es esto, señor?

De nuevo el calor. El miedo eléctrico a ser atrapado. Gaddis observó el paquete. Tenía el tamaño de un par de libros de bolsillo juntos, estaba envuelto en papel marrón y sellado con una gruesa capa de cinta adhesiva. No había marcas, ni direcciones escritas, ni sellos. Estaba a punto de negar que lo hubiera visto antes, pero un intenso rechazo a doblegarse ante la autoridad lo convenció de que debía mentir. Las palabras salieron de sus labios antes de ser consciente de lo que estaba diciendo.

—Es solo un regalo para alguien.

—¿Un regalo?

—Así es.

Era una explicación ridícula. El paquete podía contener drogas colocadas allí por Miklós o por Viki. Gaddis volvió a tener la sensación de que otra persona ocupaba su cuerpo y hablaba en su lugar. Oía el flujo constante de viajeros que pasaban tras él, clavaban los ojos en su espalda y lo condenaban con sus miradas. Oyó incluso a un

chiquillo que dijo: «¿Qué ha hecho ese señor, mamá?», y quiso volverse y proclamar su inocencia.

—¿Qué clase de regalo, señor?

El agente había hecho la pregunta con tono casi desinteresado, pero Gaddis se dio cuenta de que estaba muy pendiente de su reacción.

—No estoy muy seguro, si le digo la verdad —respondió—. Un amigo lo envolvió y lo guardó en la bolsa.

—¿Nunca había visto este paquete?

Contacto ocular. Gaddis desvió la vista a un lado involuntariamente, pero volvió a dirigirla hacia el agente y sonrió como para convencerlo de que era una buena persona.

—No, lo he visto. Pero salí de Budapest con un poco de prisa, y mi amigo me hizo la maleta.

—¿Alguien más ha manipulado su equipaje?

Gaddis tuvo la impresión de que retorcían sus palabras, de que sus mentiras estaban siendo desveladas incluso antes de que las pronunciase. ¿Por qué no se había limitado a decirle la verdad al agente? Entonces recordó lo último que le había dicho Miklós, lo que pareció una broma compartida. «Si le preguntan si alguien ha podido manipular su equipaje, ya sabe qué tiene que decir». Se sintió casi enfermo por haberse dejado engañar tan fácilmente.

—No, manipulado no —respondió; apenas recordaba lo que acababa de decir—. Es solo que teníamos prisa.

El agente había oído bastante. Dejó el paquete en el mostrador, revisó el resto de la bolsa y después sacó un cúter del bolsillo del pantalón.

—Abrámoslo, ¿de acuerdo?

Y acto seguido empezó a cortar las tiras de cinta adhesiva. «Son drogas —pensó Gaddis—. Solo puede tratarse de cocaína o de pastillas». El agente estaba desenvolviendo el papel marrón. «Un perro policía olió la bolsa y esperaron a ver quién la recogía...».

—Allá vamos —dijo el agente. Gaddis se encontró mirando la pequeña caja de plástico oscuro que el otro sostenía en la mano—. Echemos un vistazo dentro.

Tenía unos dedos cortos y regordetes, de uñas bien cortadas y limpias. La tapa de la caja se abrió con un chasquido y quedó sujeta por una bisagra. En el interior, casi oculto en un nido de papel de seda, no había ningún paquete de cocaína, ningún bloque de hachís, ninguna caja de pastillas, sino un reloj de pulsera con una gastada correa de metal. El agente lo sacó.

—Un regalo —dijo.

Pareció más sorprendido aun que Gaddis. Los dos hombres se miraron. Gaddis solo pudo llegar a la conclusión de que el paquete había estado todo el tiempo en la bolsa de cuero y que ni Miklós ni Viki se habían dado cuenta. ¿Por qué, si no, iban a esconder un reloj en su equipaje?

—Debe de ser de Dan —dijo, improvisando otra mentira.

—¿Dan?

—Un amigo que estuvo en Budapest la semana pasada. Seguramente se lo dejó allí.

—¿Dónde?

—En el piso donde he estado yo.

—Ah.

Gaddis no tenía ni idea de dónde sacaba los embustes; simplemente surgían, y parecían tener el efecto deseado. El agente empezaba a parecer aburrido. Estaba claro que había esperado atrapar una pieza más jugosa.

—Ya veo. Bueno, siento haberle robado su tiempo.

—No pasa nada.

De haber habido un sofá en el vestíbulo de aduanas, Gaddis se habría dejado caer en él encantado y habría encendido triunfalmente un cigarrillo. Se limitó a recoger sus bolsas y caminar hacia las puertas automáticas. Tanya lo esperaba al otro lado. Estaba de pie junto a una columna y llevaba la misma gabardina de color beis que la última vez que la vio, en el exterior del UCL. Parecía cansada, y Gaddis se dio cuenta de que era muy probable que no hubiera dormido desde que él la llamó desde Viena presa del pánico. Fue consciente de todos los planes y contingencias que se habrían orquestado desde Vauxhall Cross en las últimas horas.

—No sé cómo darte las gracias —le dijo, aunque seguía desconcertado por el asunto del reloj. No se abrazaron ni estrecharon las manos. Era como encontrarse con una antigua amante muchos meses después de que hubiera terminado la relación: había una atmósfera cargada entre ambos, pero mantenían un trato cortés.

—No hay de qué —respondió ella.

—He tenido un pequeño problema en la aduana.

Tanya se volvió a mirarlo de inmediato. Había preocupación en sus ojos.

—¿Un problema?

—Había algo en mi equipaje. Un paquete. Tus amigos debieron de dejarlo ahí sin decirme nada. —Miró hacia atrás, en dirección al vestíbulo de aduanas—. Un agente me detuvo y registró la bolsa. ¿Sabes de qué va todo esto?

Tanya maldijo entre dientes y se alejaron de la zona de llegadas.

—Puto Miklós.

—¿Qué ocurre?

—Le dije que no complicase las cosas. Le dije que encontrase otra manera de enviar el reloj.

—Entonces ¿sabías de él?

Tanya asintió.

—Claro. —Gaddis nunca la había visto tan enojada—. Siento que te haya implicado.

Gaddis miró a su alrededor, casi esperando ver salir a Des de una sucursal de WH

Smith con unos dulces y un ejemplar de *News of the World*.

—Parece que esto de vernos en el aeropuerto de Gatwick se está convirtiendo en una costumbre —dijo, intentando quitar hierro a la situación—. No sé cómo hiciste lo que has hecho, pero tengo la sensación de que me han traído aquí en volandas, cuidándome todo el camino.

—Parece que así ha sido —respondió Tanya.

Aún seguía claramente enfadada con Miklós. Era evidente que había sobrepasado algún límite profesional. Gaddis se preguntó que tendría de especial aquel reloj y por qué Miklós no se habría limitado a pedirle que lo llevara en la muñeca.

—Transporta información en su interior —explicó Tanya, como si le hubiera oído.

—¿En la cubierta? ¿En el mecanismo?

—No tiene mecanismo. Es una carcasa vacía. Cuanto menos sepas, mejor.

—Muy James Bond.

—Mucho.

Recorrieron el trecho que los separaba del atestado aparcamiento. El embarrado Volkswagen Golf de Tanya estaba en el nivel superior. Gaddis lo reconoció por haberlo visto en Kew.

—Hablando de regalos —dijo Tanya—, tengo algo para ti.

Gaddis se quedó en pie tras ella mientras abría el maletero. Apenas pudo dar crédito a sus ojos. Se las había arreglado para recuperar la bolsa de viaje que había dejado en el Goldene Spinne.

—¿Cómo diablos has conseguido eso? —preguntó. La abrió y encontró dentro el traje, el resto de su ropa, las llaves de casa y la cartera, todo bien empaquetado.

—Lo recogió Eva. Después, un envío por DHL a Gatwick hizo el resto.

Para su propia sorpresa, Gaddis le dio un beso en la mejilla. Tanya no protestó.

—Eres una artista.

—Lo hacemos lo mejor que podemos, doctor. Me debían unos cuantos favores y los cobré. Me alegro de que estés de vuelta de una pieza.

Solo cuando ya estuvieron dentro del coche y de camino al norte por la M25, Tanya le preguntó qué había pasado en Viena. Gaddis relató los sucesos del Kleines Café, su larga noche en la ciudad, el viaje con Eva y el tiempo que pasó con Miklós y Viki en Budapest.

—Te debo una disculpa —dijo—. No tendría que haber ido a Viena. No creí que los rusos me estuvieran siguiendo.

—Y muy probablemente no te seguían.

Aquello lo sorprendió.

—¿Cómo puedes estar segura?

—No puedo, pero solo un puñado de gente sabía que Wilkinson iba a estar en Austria. ¿Quién avisó a los rusos? ¿Quién les dio el soplo? Llevaba más de una década viviendo tranquilamente en la isla sur de Nueva Zelanda. ¿Por qué han ido a

por él de repente?

—Quizás iban a por mí.

Tanya dejó escapar una risa breve.

—Créeme, Sam, si los rusos hubieran querido matarte, ya lo habrían hecho. Lo de Viena fue un golpe con un objetivo específico: Wilkinson. Tuviste suerte de estar en el baño en ese momento.

Gaddis pensó que aquel era el mejor momento para contarle lo que Wilkinson le había revelado.

—Mira —dijo—. Hay algo que debes saber.

—Adelante.

—Bob me contó algo antes de morir. Algo que explica todo lo que ha ocurrido.

Se dio cuenta de que ahora confiaba plenamente en ella. Era un giro absoluto. Ni siquiera pensó dos veces en las consecuencias de lo que iba a decir.

Tanya lo miró.

—Habla, Sam.

—Sergei Platov intentó desertar en 1988.

Tanya estuvo a punto de salirse por el arcén.

—¿Qué?

—Acudió al MI6. Le reveló a Wilkinson la identidad de ATILA para demostrar que iba en serio. Estaba desencantado de su vida en el KGB y quería obtener algo mejor. Pensaba que sus superiores no lo apreciaban como se merecía.

—¿Y entonces intentó desertar? Joder... —Tanya iba asintiendo para sí—. Eso explica los asesinatos. Han matado a todos lo que lo saben.

—Excepto a Brennan. —Gaddis fumaba un cigarrillo tras otro desde que salieron del aeropuerto. Tiró la tercera colilla por la rendija entre el cristal y el marco de la ventanilla y vio cómo salía disparada hacia atrás—. Tu jefe tiene que tener algo sobre Platov. Debe haber llegado a algún acuerdo. A Tretiak y a Wilkinson los mataron. Crane sabía también lo de Dresden, lo que explica que Brennan lo llevase al hospital de St. Mary en el 92. ¿No sabías nada de esto?

—Por supuesto que no sabía nada. —Tanya era una mentirosa experta y Gaddis no pudo estar seguro de que se tratase de una reacción auténtica—. ¿Tienes la menor idea de qué pasaría con la carrera de Platov si esto se hace público?

—A mí me lo dices...

Gaddis sacó otro cigarrillo, y estaba a punto de encender el mechero cuando Tanya lo cortó:

—¿Hay alguna posibilidad de que no fumes? ¿Cinco minutos por lo menos? Me parece que voy conduciendo dentro de un cenicero.

Gaddis guardó el cigarrillo.

—Entonces ¿por qué ha guardado el secreto el MI6? Cuando Platov empezó a ascender, alguien tuvo que ver su ficha, sin duda, y el detalle de su intento de desertación tendría que haberse divulgado. Brennan o alguno de sus predecesores

habría informado, ¿no?

Tanya sacudió la cabeza.

—Las cosas no funcionan así.

—¿Y cómo funcionan entonces?

—Para empezar, destapar a Platov habría destapado a ATILA, y el Servicio no quería que nadie supiera que teníamos en nómina a otro espía de Cambridge. Tardamos treinta años en rehacer nuestra reputación. No estábamos dispuestos a tirarla por la borda de nuevo.

—Pero Eddie era un puto héroe. Fue el más grande de los agentes dobles en la historia del espionaje anglo-ruso. ¿No es un éxito digno de celebrar?

—Quizás. —Tanya era un miembro de la nueva generación de espías del siglo XXI: post Guerra Fría, post 9/11, post ideologías. No se podía esperar que estuviera muy apegada a los métodos antiguos—. Pero ¿dónde están las pruebas del intento de desertión de Platov? Sería nuestra palabra contra la suya. Los rusos lo descartarían como simple propaganda, una operación de influencia.

Gaddis guardó silencio. «Operación de influencia». El idioma secreto del mundo secreto. Cerró la ventanilla y pensó en Min. En lo más oscuro de aquella noche vienesa se había preguntado si volvería a ver a su hija.

—Wilkinson me dijo que había interrogado a Platov en un piso franco en Berlín, con John Brennan como testigo.

—¿Y?

—Dijo que el piso franco tenía cámaras y micros. ¿Habría grabado la entrevista? ¿Quizás en vídeo?

—Como mínimo en audio, desde luego. —Tanya estaba realmente intrigada—. Del vídeo no estoy tan segura. Quizá sí, si fue a finales de los ochenta. Existía ya tecnología para usar una cámara oculta con poca iluminación.

—¿Qué pudo pasar con las grabaciones después de la entrevista? ¿Las guardarían en una cámara de seguridad en Vauxhall Cross?

—Lo dudo. Si las cintas hubieran llegado a Londres por valija diplomática, Brennan las habría destruido.

Gaddis se giró en el asiento. Tenía algo.

—Había cintas en las cajas que me dio Holly, en los archivos de Katya. —empezó a hablar más deprisa—. ¿Y si contienen la entrevista?

—Sigue.

—Antes de que me fuese al baño, Wilkinson citó a Morecambe y Wise: «Está tocando las notas correctas, pero no necesariamente en el orden correcto». Al principio creí que era una broma, pero también dijo que yo estaba mirando los archivos del modo incorrecto. ¿Y si lo interesante no está en un papel? ¿Y si es otra cosa? ¿Y si la pistola humeante es una cinta?

Tanya pisó el freno bruscamente cuando una furgoneta se le cruzó por delante. Gaddis soltó una maldición. Aún tenía los nervios de punta. El coche que tenían

detrás hizo sonar el claxon, y Gaddis se giró y vio moverse los labios del conductor, que gritaba enfurecido.

—No estoy segura de seguirte —dijo Tanya.

—¿Y si Wilkinson hizo una copia de la grabación y se la mandó a Katya junto a los demás documentos, con la esperanza de que la usara?

—Eso es mucho suponer.

—Digamos que sí.

—Entonces, lo más probable es que los rusos la hayan robado. O que se haya perdido. O que hayan tirado un cóctel molotov por la ventana de tu sala de estar y tu casa haya ardido.

Gaddis hizo caso omiso de la broma.

—Vayamos ya —replicó—. Vamos a mi casa y revisemos las cajas.

—De eso nada.

—¿Por qué?

—Venga, Sam. Sería un suicidio. Doronin le pasó tu descripción al FSB. Seguramente, ahora mismo están sentados en un coche fuera de tu casa. En el instante en que asomes la cara por Shepherd's Bush irán a por ti.

—Entonces ¿qué hacemos en la M25 en dirección a Londres?

—Te llevo a un piso franco.

Gaddis sintió una mezcla extraña de alivio y desesperación: alivio porque Tanya le estuviera garantizando cierto nivel de seguridad; desesperación por verse expulsado de su hogar.

—¿Hasta qué punto es peligroso? —dijo—. Echemos un vistazo por la puerta. Necesito ropa limpia, en cualquier caso. Tengo allí todos mis documentos y el material para mi trabajo. No tardaremos más de cinco minutos.

—No.

—¿Así están las cosas? —De repente se sintió furioso al verse ante los estrictos límites que le imponían en su vida—. ¿No puedo ir a casa? ¿Es una orden del MI6?

—No es del MI6.

—Entonces ¿quién lo ordena?

—Yo.

Gaddis estuvo a punto de sacar otro cigarrillo por puro reflejo, pero volvió a guardar el paquete en el abrigo.

—¿Tú?

—Brennan te quiere fuera de juego. —Tanya pareció escupir las palabras, como si no pudiera creer lo que estaba diciendo—. Eres una espina en su costado. —Gaddis notó el conflicto interno de la mujer, sus dudas—. Tengo que cuidar de ti durante unos días. Me preocupa que haya sido Brennan el que haya puesto a los rusos tras la pista de Wilkinson. Y no me apunté a este trabajo para que mi jefe traicionase a los suyos y se los entregara al Kremlin, ni para que pusiera en peligro vidas inocentes.

Durante un instante, Gaddis pensó que volvía a jugar con él. Las palabras

parecían sinceras, pero aquella cruda admisión parecía tan poco propia de ella que se preguntó si no habría estado ensayando. Se trataba de un hábito que había desarrollado con el tiempo, una válvula de seguridad para evitar que lo manipulasen. Pero al cogerla de la mano, supo que Tanya hablaba completamente en serio. Se dio cuenta por la forma en que lo miró de reojo y apartó la vista rápidamente. Ella le apretó la mano y después la soltó: la forma en que un amigo te transmite confianza. Pero ¿era posible que fuera cierta aquella hipótesis? Se trataba de una acusación sorprendente, pero Brennan tenía todos los motivos para traicionar a Wilkinson. Gaddis se giró y miró hacia atrás. Había ropa doblada de la lavandería en el asiento trasero, una caja de bombones Rose abierta y tirada en el suelo. Aquel era el auto de Tanya, y aquella era su operación. Pensó en Eva, en botas de fútbol y niños.

—Vamos a mi casa —dijo, como si empezaran la conversación desde el principio.

—¿No me has oído? No tiene sentido buscar la cinta. Tu historia nunca saldrá a la luz. Nunca permitirán que salga. El gobierno hará una solicitud oficial de no publicación por motivos de seguridad nacional, incluso antes de que hayas escrito el primer párrafo.

Gaddis se aferró a su idea.

—No me lo creo. Creo que no es más que un argumento que te repites para no hacer lo que sabes que tenemos que hacer. Fíjate en Platov, Tanya. ¿No es hora de un cambio de escenario en Moscú, de una renovación de personal? —Tanya sacudió la cabeza, pero era el gesto reflejo de una burócrata—. Fíjate en su historial. Platov lleva años convirtiendo a Rusia en un régimen indiscutiblemente totalitario. Mata a ciudadanos inocentes para justificar guerras fuera de sus fronteras. Asesina a los exiliados en el extranjero para silenciar cualquier disidencia. Deja morir en el hospital a los editores de periódicos que tienen el valor de desafiar la ortodoxia reinante. Que le jodan a la prohibición oficial. Si podemos echar mano a la grabación y conseguimos que se divulgue, incluso aunque sea por Internet, podremos hacer caer a esa sabandija.

Tanya adelantó a un MG descapotable.

—Cinco minutos —dijo—. Eso es todo lo que te doy. Cinco minutos.

Aparcaron a trescientos metros de la puerta delantera de la casa de Gaddis, en el extremo norte de la calle.

—Esta no es mi casa.

—Ya lo sé. ¿Qué número es?

—Creí que lo sabías todo sobre mí, Josephine. Estás perdiendo facultades.

Tanya explicó que bajaría andando por la calle y comprobaría si había vigilancia en torno a la casa. Si había observadores rusos o británicos en el exterior (en coches, en alguno de los primeros o segundos pisos de alrededor, disfrazados como barrenderos o agentes de aparcamiento), los identificaría.

—Dame diez minutos —dijo, y salió del coche.

Gaddis aprovechó la espera para fumar un cigarrillo. Vio que uno de sus vecinos se acercaba hacia donde estaba, una viuda que paseaba a su caniche, y se inclinó en el asiento e hizo como que buscaba algo en el suelo del Volkswagen hasta que la mujer lo dejó atrás. Tanya regresó justo cuando tiraba la colilla en un sumidero.

—Todo parece despejado —dijo ella, arrancando el coche—. Fui andando hasta Uxbridge Road, volví por la otra acera y eché un vistazo alrededor. Pero puede que hayan puesto una alarma en la puerta delantera. Si entras sabrán que has vuelto y enviarán a alguien en menos tiempo del que tardo en explicártelo, así que no podemos demorarnos mucho. Coge la cinta, coge tus documentos, coge el cepillo de dientes, la maquinilla de afeitarse y sal de ahí.

Condujo hasta la casa. Para llegar a su puerta, Gaddis se vio obligado a jugar a la rayuela entre los excrementos de perro depositados por chuchos sin castrar cuyos dueños usaban la calle como atajo entre White City y los bares y locales de apuestas de Uxbridge Road. Introdujo la mayor de las llaves en la cerradura Chubb y la hizo girar como en miles de ocasiones antes de aquella. Después metió la Yale y descorrió el pestillo. Con los nervios crispados, casi esperaba que tuviera lugar una explosión devastadora o que aullase una alarma. Pero la puerta se abrió y se encontró en el vestíbulo de su casa. De nuevo en su hogar.

Había un pequeño paquete en el felpudo dirigido a «Doctor Sam Gaddis - ENTREGAR EN MANO», al lado de un extracto del banco y sobres de publicidad. Cruzó la sala de estar y fue directamente hasta las cajas de la esquina de la cocina. «Puede que hayan puesto una alarma en la puerta delantera». Volcó las cajas y el contenido se esparció por el suelo. Era como ver piedras deslizándose por el hielo. Rebuscó por todas partes, pero solo encontró papel. No recordaba cuál de las cajas contenía las grabaciones, así que miró a su alrededor cada vez con más desesperación en busca de algo que pareciera un paquete o una cinta.

La carta de Wilkinson a Katya seguía en la mesa de la cocina, y Gaddis lo tomó como un signo de que nadie había entrado en la casa durante su ausencia. Había otras

dos cajas en la esquina de la estancia, contra la puerta que daba al jardín. Gaddis levantó las tapas de cartón, dio la vuelta a la primera caja y volcó en el suelo su contenido.

Oyó de inmediato el golpe de una cinta VHS contra el suelo, la vio y la cogió. No tenía etiquetas, pero parecía intacta. La dejó a un lado y fue a por la segunda caja. Se dio cuenta de que era muy ligera comparada con las otras. Miró en el interior: solo contenía tres folios y, debajo, una cinta de casete BASF blanca que tenía escrito «Prokofiev» en uno de los lados con bolígrafo azul. La tinta estaba desvaída.

Estuvo seguro de que aquello era una grabación de la entrevista con Platov. La cinta VHS también resultaba prometedora. Aunque parecía casi nueva, podría tratarse de una copia del vídeo original grabado en el piso franco de Berlín. Cogió una bolsa de plástico de un montón que tenía bajo el fregadero, metió en ella las cintas y se dirigió a la puerta delantera.

Se detuvo cuando ya tenía casi la mano en el pestillo. Se giró y miró la casa. Min había subido a gatas por aquella escalera. Los libros que había en el vestíbulo eran los libros que había comprado y compartido con Natasha. Había comido con amigos y visto cómo Inglaterra ganaba el torneo Ashes en aquella sala de estar. Era un lugar lleno de recuerdos. Y ahora tenía que abandonarlo. Si lo que decía Tanya era cierto, y ya no tenía motivos para dudar de ella, tendría que vender la casa. Aquel era el precio por mezclarse con Edward Crane. El precio de su contienda con el FSB.

Recogió el correo, metió el paquete en la bolsa de plástico, con las cintas, abrió la puerta y volvió al coche.

—¿Encontraste algo?

—Dos cintas —respondió Gaddis, sacándolas de la bolsa de plástico. Tanya arrancó y partieron en dirección a Uxbridge Road.

—¿Qué contienen?

—Una es una cinta de casete, a un lado han escrito «Prokofiev». La otra es una VHS sin marcas. ¿Hay algún reproductor de vídeo en el piso franco?

—Probablemente.

Se dirigieron hacia el oeste superando el atasco de la glorieta de Shepherd's Bush y después hacia el sur, hacia Kensington High Street. Familias que volvían a casa al final de la larga tarde del domingo atestaban las calles. Cuando llegaron a Earl's Court Road, Tanya giró a la izquierda por Lexham Gardens.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gaddis.

—Paciencia.

Entró por una calle estrecha de antiguas cocheras y aparcó junto a un todoterreno negro con ventanas tintadas. Una pareja anciana con chaquetones Huskis de color verde botella salió de una casa tres puertas más abajo. Miraron en su dirección y vieron a Tanya.

—Hola, querida —dijo la mujer, levantando una mano escuálida. Su marido, un hombre con bastón que parecía aún más viejo que Edward Crane, se esforzó por levantar la cabeza al saludar a su vez.

—¿Los conoces? —susurró Gaddis. Se preguntó hasta qué punto sería seguro el piso franco si los vecinos saludaban con tanta confianza a los miembros del Servicio Secreto de Inteligencia.

—Son amigos míos.

Aquella respuesta adquirió sentido en cuanto entraron en la casa. Gaddis vio una foto en una mesa y no pudo creer a sus ojos: era una fotografía de Tanya abrazada a otro hombre. Aquel no era un piso franco: era su casa. El hombre de la foto era su prometido.

—¿Vives aquí?

—Vivo aquí.

—¿Crees que es buena idea?

—¿No te gusta Kensington?

—Quiero decir que si es buena idea que me invites a tu casa.

—Servirá por ahora. —Cerró la puerta, engancho la cadena de seguridad y corrió un pestillo en la parte alta. Era el primer signo, por simbólico que fuera, de la situación de confinamiento de Gaddis—. Mañana pensaremos alguna otra cosa.

Gaddis no supo si preocuparse por el hecho de que Tanya no tuviera acceso a un piso franco o sentirse agradecido porque arriesgase su bienestar para proporcionarle un refugio. Volvió a mirar la fotografía, fascinado por el hombre que se había ganado

su corazón.

—¿Cómo se llama? —preguntó, dando un golpecito al cristal.

—Jeremy.

Jeremy tenía exactamente el aspecto que Gaddis había imaginado que tendría cuando cenó por primera vez con Josephine Warner: alguien en buena situación económica, fiable, deportivo. Sintió una punzada de envidia.

—¿Vivís juntos?

—Haces muchas preguntas, Sam.

—Perdona, no quería importunar.

Tanya dejó en una mesa las llaves del coche.

—Sí, querías —dijo ella, dirigiéndole una mirada indulgente—. Normalmente vivimos juntos, pero esta semana está de viaje. Trabaja para una ONG en Zimbabue. Vamos a casarnos el próximo verano.

Le hizo un gesto para que entrase en la sala de estar, una habitación no muy grande con un ventanal en el lado que daba a la calle, una escalera en el centro y una puerta al fondo que comunicaba con lo que parecía ser una cocina pequeña. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros de tapa dura y cuadros de retratos y paisajes firmados por artistas que Gaddis no reconoció. Junto a la ventana había una mesa de comedor de madera barnizada, y frente a una gran televisión de pantalla plana habían colocado dos sofás formando una «L». El lugar no parecía especialmente acogedor ni hospitalario, y durante un instante, Gaddis pensó que Tanya lo había vuelto a engañar. Un compañero del MI6 podría haber puesto allí la fotografía de la pareja, y el resto de las fotos de Tanya en distintos momentos de su vida que había repartidas por la sala bien podría haberlas traído de su auténtico hogar. Pero aquello en concreto no parecía tener sentido; ¿para qué iba a tomarse esa molestia? ¿De qué le serviría seguir engañándolo?

—¿Un té?

—Claro.

La cocina era tan pulcra y moderna como un modelo de IKEA, pero al menos parecía que alguien la utilizaba. Había notas y recortes de periódico sujetos a la puerta de la nevera con imanes, libros de cocina de aspecto usado en un estante en una esquina, un wok que claramente había pasado por el fuego colgado de un gancho cerca de la ventana que daba al jardín. «De modo que así viven los espías —pensó Gaddis—. Justo igual que todos los demás». Le dijo a Tanya que tomaba el té sin leche, con dos terrones de azúcar, y ella hizo un comentario sobre tomarlo «al estilo ruso». El observarla mientras se atareaba en la cocina (cogiendo cucharillas de un cajón, sacando la leche de la nevera) se le hizo tan extraño como la visión del reloj de pulsera en Gatwick: algo que había pensado que jamás llegaría a ver, que ni siquiera había imaginado.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó Tanya. Gaddis optó por ser sincero.

—Es interesante ver dónde vives. Nadie asocia a los espías con una tostadora y un

microondas. Esperaba un armario lleno de armas, o un Jaguar modelo E.

—Oh. Es que los vendí.

Gaddis se preguntó cuánto tiempo pasaría ella en la casa y cuán a menudo estarían juntos ella y Jeremy. ¿La ONG sería una tapadera del MI6? Casi seguro. Probablemente se habían conocido y enamorado en el trabajo. Sus tareas les obligarían a ir a todos los rincones del planeta. Si tenían suerte, a lo mejor podían cenar juntos tres o cuatro veces al año.

—El vídeo —le dijo Tanya.

Gaddis volvió a la sala de estar y sacó la cinta de la bolsa de plástico. Se giró y vio que Tanya subía la escalera.

—Creo que Jeremy tiene un viejo reproductor en su despacho.

Regresó poco después, cargada con un aparato de vídeo cubierto de polvo y un puñado de cables.

—Albricias.

Se arrodillaron ante la televisión. Gaddis olió su perfume y se preguntó si se habría puesto un poco más cuando había subido a la planta de arriba. La televisión era modernísima, con una pantalla del tamaño de una hamaca de playa, y por un momento se temió que la tecnología del aparato de vídeo fuera demasiado obsoleta.

—Hay un conector SCART —dijo Tanya, esperanzada, y lo enchufó en la parte posterior de la televisión.

La cinta fue la siguiente preocupación.

—Tenemos que ir con cuidado —dijo Gaddis—. No vaya a ser que la desgarre el aparato.

Pulsó el botón de encendido. La televisión estaba ya en marcha y cambió automáticamente al canal de la conexión del vídeo.

—Probemos —dijo Tanya.

Gaddis introdujo la cinta en el reproductor de VHS, sintió que este se la quitaba de los dedos y la encajaba en la cabeza lectora. Oyó el sonido de la cinta al empezar a correr.

—No la rompas, cabrón —masculló—. Ni se te ocurra.

Tanya se echó a reír. La rodilla de la mujer tocaba la suya, y Gaddis se dio cuenta de que no parecía interesada en apartarla. De repente, la televisión cobró vida, pero no había señales de Sergei Platov. En lugar de eso, se encontraron ante los créditos del famoso programa de entrevistas de Michael Parkinson.

—¿Puedes poner el sonido? —dijo Gaddis.

Tanya pulsó una tecla del mando a distancia y escucharon la sintonía del programa.

—Espera —dijo Tanya, y bajó el volumen.

Parecía un episodio relativamente reciente. La identidad del primer invitado, Jamie Oliver, confirmó que era un programa grabado en los últimos diez años.

—¿Nos podemos saltar esto? —preguntó Tanya.

Gaddis mantuvo apretada la tecla de avance rápido y el programa se fue deslizando en un borrón de primeros planos. Joan Rivers. Cliff Richards. Parky. Pasaron cinco minutos arrodillados en el suelo con la mirada fija en la pantalla, con una sensación de mareo que iba en aumento mientras esperaban cualquier ruptura de la emisión. Pero el cambio nunca llegó. No había ninguna grabación de Sergei Platov en un piso franco de Berlín. Al programa de entrevistas lo siguió un episodio de *Cheers*, y después una hora en blanco: cinta sin grabar y sonido de estática. Cuando la cinta llegó al final y la máquina la expulsó, Gaddis sintió el peso de la decepción y comentó que quizás había sido demasiado optimista.

—Aún queda la otra cinta —dijo Tanya, señalando la bolsa de plástico. Al levantarse le chasquearon las rodillas.

Gaddis sacó el casete. Tanya sacó un pequeño aparato hi-fi, marca Denon, de un armario que había al lado de la mesa. Hacia el centro tenía una pletina. Gaddis le dio el casete y se sentó en una silla de madera, en la mesa del comedor. Tanya pulsó «Play». La cinta empezó a girar, y tras tres segundos de silencio sonaron los primeros compases del *Romeo y Julieta* de Prokofiev. Cruzaron una mirada.

—Paciencia —dijo Tanya—. Paciencia.

Escucharon el ballet durante una hora; dieron vueltas por la sala, bebieron otra taza de té, prepararon unos huevos revueltos. A mitad de la segunda cara, Tanya se rindió y abrió una botella de vino, convencida de que no existía ninguna grabación de Platov. Gaddis escuchó diligentemente la cinta hasta el final, y después llevó su plato a la cocina.

—De vuelta a la casilla de salida —dijo.

—De vuelta a la casilla de salida.

Tanya estaba sentada en un taburete en un rincón de la cocina. Gaddis empezó a lavar la sartén en la que ella había hecho los huevos; un invitado ganándose la cena. Pasaban de las diez, y aquel día largo y extraño llegaba a su fin.

—Tienes que estar agotado —le dijo ella.

—Puede que Holly no me haya dado todas las cajas. —Gaddis puso la sartén bajo el chorro de agua caliente del grifo—. Su casa es un vertedero. La mayoría de los archivos estaban en un trastero en el sótano de su edificio. Es posible que tenga más en Tite Street.

—No puedes llamar a Holly.

Tanya dijo aquello con un tono tan tajante que Gaddis se irritó.

—¿Cómo?

—No sabemos si tiene el teléfono pinchado o si vigilan su casa. —Tanya hablaba con un tono formal y meramente práctico, como si intentase anular a propósito la atmósfera de intimidación que se había ido creando entre ambos desde el aeropuerto—. Si la llamas, puede que atraigas a los rusos directamente hacia ti.

Gaddis permaneció en silencio mientras secaba los platos. Se preguntó por qué había cambiado el humor de Tanya en cuanto mencionó a Holly. ¿Estaría celosa?

Según avanzó la tarde se habían ido sintiendo tan cómodos el uno con la otra como si fueran amantes, pero ahora, ella le había recordado seca y rotundamente en qué circunstancias se encontraba. Empezó a molestarle el poder que tenía sobre él.

—¿Y cómo me pongo en contacto con ella?

—Déjame pensarlo —respondió Tanya, aunque sonó como si se estuviera quedando sin ideas—. Mañana a primera hora tengo que ir al MI6. Brennan sabrá lo de Wilkinson, habrá salido en las noticias. Posiblemente no sabrá que te he sacado de Viena, y desde luego que estás aquí. Tendré que dar muchas explicaciones. Pero hay una posibilidad de que demos con una forma de protegerte y arreglar las cosas con los rusos.

No sonó muy firme. Gaddis dejó el trapo de cocina doblado sobre el respaldo de una silla.

—Creo que no me entiendes —dijo—. No quiero estar envuelto en algodones. No necesito protección. Existe la posibilidad de que Holly tenga la cinta de Platov cogiendo polvo en el sótano de su casa. Lo único que te pido es que me dejes llamarla y pedirle que la busque. Así de sencillo.

—Paciencia —replicó Tanya. Debía de ser la décima vez que se lo decía en las últimas horas, y Gaddis estalló.

—¿Te importa dejar de decir eso? Es como si estuvieras hablando con un niño de cuatro años. Te agradezco todo lo que estás haciendo, de verdad. Pero no me voy a sentar sin mover el culo los próximos días esperando a que John Brennan cambie de repente de idea en lo que a mí respecta. ¿Qué crees que puedo conseguir aquí? ¿Me dedico a ver la televisión? ¿Hago crucigramas?

Para su sorpresa, Tanya se lo tomó al pie de la letra.

—Eso me temo. Hasta que te encontremos un lugar seguro, tendrás que quedarte aquí. Eso quiere decir que nada de llamadas telefónicas. Quiere decir que ni siquiera puedes salir a la calle.

Gaddis la miró con incredulidad. Tenía el vaso de vino en la mesa de la cocina, y lo vació de un trago mientras asimilaba lo que acababa de oír. Estaba sorprendido por lo rápidamente que se había desvanecido el ambiente de flirteo. Durante la tarde había habido algunos momentos en los que incluso llegó a contemplar la posibilidad de que pasaran la noche juntos. En aquel momento, Tanya parecía zaherirlo con la cruda perspectiva de su encarcelamiento.

—Vale —dijo.

—¿Qué significa «vale»?

Gaddis recordó la conversación que habían mantenido en la calle frente al UCL. «No busques a Crane. No busques a Wilkinson». Ya le había prometido cosas antes a Tanya Acocella. Bien podía seguir prometiéndoselas.

—Significa que haré lo que dices. Me quedaré aquí mientras vas a trabajar. Me pondré a ver concursos en la tele y husmearé en tu cajón de la ropa interior. Me olvidaré de Holly. Me olvidaré de la cinta.

Tanya sabía que mentía.

—¿Así de sencillo? —Le dirigió una mirada que daba a entender que estaba haciendo su trabajo más difícil de lo que ya era—. ¿No será una promesa tipo «te juro que no iré a Austria»? La última vez que dijiste algo así, acabaste en un bar de Viena pocos días después.

—No es una promesa así.

Tanya sacudió la cabeza. Sabía que Gaddis no se detendría ante nada para vengar a Charlotte y recuperar la cinta. ¿Acaso tenía otra elección? Difícilmente podría mantenerle mucho tiempo bajo arresto domiciliario. Si él quería marcharse de allí, no podía hacer nada para impedirlo.

—De acuerdo —dijo al fin, y fue a la sala de estar. Empezó a ablandar los cojines del sofá, como si con esa actividad quisiera indicar físicamente que deseaba acabar con la conversación—. ¿Qué tal si dormimos un poco? Ha sido un día muy largo. ¿Quieres bañarte o algo?

—Por la mañana, mamá.

A Gaddis le había sorprendido que ella le dejara escurrir el bulto con tanta facilidad, y aprovechó la oportunidad para intentar aligerar el ambiente. Pero Tanya no le rio la broma.

—Te he dejado ahí una camiseta de Jeremy —dijo, y Gaddis se sintió como un pretendiente indeseado que había empezado a abusar de la hospitalidad que se ofrecía.

—Estupendo.

—También una toalla. En la cocina hay whisky, si te apetece. —Bostezó teatralmente y Gaddis empezó a enfadarse con ella otra vez—. Tu habitación es la del fondo del pasillo. Jeremy la usa como estudio.

—¿Hay alguna posibilidad de que vuelva y se meta en la cama conmigo?

Tanya se permitió una sonrisa. El brillo de sus ojos pareció un rayo de sol entre nubarrones.

—No —dijo en voz baja.

Gaddis cayó en la cuenta de que probablemente estaba cansada y preocupada, nada más. Era un buen momento para indicar que se daba cuenta del enorme sacrificio que estaba haciendo.

—Gracias. No sé qué habría hecho sin ti. Y lamento todos los problemas que te estoy causando.

—Es por una buena causa. —Lo sorprendió con un beso en la mejilla—. Al menos la mayor parte. —Se giró y fue hacia la escalera—. Que descanses. ¿Apagas tú las luces antes de acostarte?

—Claro. En cinco minutos.

Gaddis encontró el whisky de la cocina y se sirvió cuatro dedos. Encendió la televisión y buscó un canal de noticias que informara del asesinato de Wilkinson. Pero la CNN estaba centrada en un tema de la política estadounidense, y Sky News

emitía un programa sobre negocios. Apagó la televisión, comprobó que el cerrojo de la puerta estaba echado y fue a la planta de arriba.

Cuando llegó al rellano oyó el agua corriendo en la ducha. Bajo la puerta de la habitación de Tanya se escapaba un hilo de luz. Pensó en el placer y el desahogo que sería pasar la noche con ella, pero recorrió el pasillo resignadamente en dirección contraria, hacia el estudio de Jeremy. Descubrió que además de la camiseta y la toalla, Tanya le había dejado un frasco de aspirinas, una botella de agua mineral y un despertador. Gaddis se duchó, se puso la camiseta, hojeó brevemente un ejemplar del *Spectator* y se quedó dormido antes de medianoche.

Se despertó a las ocho y descubrió que Tanya ya se había ido a trabajar. En la mesa de la cocina le había dejado una nota insistiendo en que no debía salir de casa. «Si quieres fumar —añadía—, hazlo en el jardín». Hizo una bola con la nota y la tiró a una papelera. Se dio cuenta de que había un juego de llaves colgado de un gancho. Se lo guardó en un bolsillo, se preparó una cafetera y unos cereales para desayunar, leyó la segunda mitad del *Spectator* y fumó un cigarrillo asomado a la ventana. Alrededor de las nueve se dio otra ducha, se puso una camisa que le había dejado Tanya colgada en el rellano («Otra de Jeremy», había escrito en la nota) y se preguntó cómo iba a matar las siguientes diez horas de su arresto domiciliario. No era cotilla por naturaleza y no le interesaba husmear entre las pertenencias de Tanya. Su experiencia reciente con la red de vigilancia constante del MI6 lo había vuelto aún más respetuoso de la privacidad ajena. Hojeó un par de álbumes de fotos que estaban sobre una mesa en la sala de estar, pero solo descubrió que Tanya y Jeremy habían estado de vacaciones en París y en Egipto, y que Jeremy se quedaba en bañador cada vez que estaba cerca de una masa de agua.

A las diez estaba aburrido a morir. Lavó su ropa en la lavadora que había en la cocina y la colgó en un tendedero en el jardín. Hacia las once acabó viendo en la televisión una vieja película en blanco y negro de suspense protagonizada por James Cagney. Se preguntó si aquel iba a ser su futuro. Cada vez que se paraba a pensar en lo que Brennan y Tanya le podían estar preparando, acababa llegando a la conclusión de que no tardaría en verse engullido por el mismo programa de protección de testigos que Edward Crane. Aquello no era vida. Era incluso demasiado deprimente para pensarlo. Una existencia así lo apartaría irreversiblemente de Min, de su trabajo en el UCL, de la estructura de lo que era su vida. Tenía que ponerse en contacto con Holly. La única forma de recuperar su libertad era encontrar la grabación.

A las dos y media miró en la nevera y encontró unos espaguetis a la boloñesa precocinados y un poco de ensalada. Solo al acabar, mientras se dedicaba a rebañar la salsa con un trozo de pan moreno duro, recordó el paquete que había encontrado en el correo en Shepherd's Bush. Fue a la sala de estar, cogió la bolsa, se sentó en el sofá y abrió el paquete con un cuchillo de cocina.

No reconoció la letra escrita en el paquete. Supuso que sería algún libro, o documentación que le mandaba algún colega.

Pero no era eso.

El paquete contenía fotografías. Siete. Gaddis las sacó. Las acompañaba una nota sin firma mecanografiada en un folio.

Encontrará cien mil libras en su cuenta bancaria. Eso compra algo más que su silencio.

Miró las fotografías y sintió que se le encogía el corazón.

Eran siete fotos de Min.

Min en la playa. Min con un amigo. Min con Natasha. Min en la puerta del colegio.

Gaddis se levantó y corrió hacia la puerta.

Gaddis encontró un teléfono público a cincuenta metros de Cromwell Road. El rugido del tráfico en los seis carriles resonaba en la cabina cuando descolgó el auricular. Vacío en una mano el contenido de sus bolsillos y buscó una moneda de veinte peniques. Solo tenía de una libra. Metió una en la ranura del teléfono y se le cayeron al suelo otras tres.

El aparato se tragó la moneda, pero su valor no quedó registrado en el contador. Gaddis maldijo, lo intentó por segunda vez y perdió otra libra en el proceso. Marcó 155 para conectar con el operador de llamadas internacionales y le respondió una mujer con fuerte acento de Liverpool.

—Quisiera hacer una llamada a cobro revertido a España.

—Por supuesto, señor. ¿A qué número, por favor?

Gaddis se sabía de memoria el número del fijo de Natasha, y pocos segundos después oyó los timbrados del teléfono de Barcelona. «Que estés en casa —susurró para sí—. Que estés en casa».

—¿Hola?

Era Nick, el novio. La operadora le explicó que un hombre llamaba desde Londres a cobro revertido. ¿Aceptaba la llamada?

—Claro. —Se estableció la conexión—. ¿Sam?

—Sí. ¿Está Min?

—¿Cómo?

—Que si está Min.

A Nick no le hizo gracia el tono de Gaddis. Había aceptado la llamada, al fin y al cabo. Se merecía un poco de respeto por su generosidad, algo de consideración, un saludo de cortesía.

—¿Quieres hablar con Min?

—Sí. Min. Mi hija. ¿Está ahí?

—Está en el colegio, Sam. Pareces alterado. ¿Va todo bien, colega?

En aquel momento, a Gaddis no le apetecía que nadie lo llamase «colega». Y menos que nadie, el irresponsable y manirroto novio de Natasha.

—No, nada va bien. ¿Dónde está Natasha?

—Creo que trabajando.

—¿Qué es eso de que «crees»?

—¿Sabes lo que te digo, colega? Que la llames allí. Esto parece una conversación que tendríais que mantener en privado.

—No tengo su núm...

Nick colgó. Gaddis no se lo podía creer. Maldijo al teléfono con voz tan fuerte que un par de transeúntes se volvieron a mirarle con expresión asustada. Gaddis colgó de un golpe, recogió las monedas que se le habían caído al suelo y cayó en la cuenta de que no era capaz de recordar el nombre de la empresa de Barcelona donde

trabajaba Natasha. Tenía todos los números en la agenda del móvil que descansaba, ya con la batería agotada, bajo un archivador en el piso de ella. Ni siquiera podía recordar el nombre del colegio de Min. Era una palabra en catalán, cierto tipo de peculiaridad regional que siempre le había sido imposible retener en la memoria. ¿Cómo iba a averiguar si estaba bien?

Se detuvo. Intentó recuperar la compostura. «Si no hay noticias, son buenas noticias», se dijo. Si Min hubiera sufrido algún daño, Nick lo sabría. Además, la nota era una advertencia. Todo lo que tenía que hacer era abandonar la historia de Crane y olvidarse de Platov y de Dresden, y sus problemas se acabarían.

Abrió la puerta de la cabina. Los coches estaban parados. El semáforo de Cromwell Road estaba en rojo. Hacía frío. Gaddis se abrochó el abrigo para protegerse del viento. Encendió un cigarrillo y lo fumó mientras caminaba arriba y abajo por la calle, como un prisionero en el patio de la cárcel. Solo podía sacar una conclusión: jamás se libraría del FSB. En aquel contexto, la nota no significaba nada y las cien mil libras no eran más que un señuelo. Mientras siguiera con vida representaba una amenaza para Sergei Platov. Si aceptaba el chantaje, tan solo aplazaría su fin: un accidente de tráfico, un escape de gas, un poco de Polonio-210 en su rollito de primavera... Regresó a la cabina. La única forma de salvaguardar el futuro de Min era conseguir la cinta. Al menos así tendría algo con que influir, algo de mucho valor con lo que podría negociar su seguridad.

En aquella ocasión, el aparato aceptó la moneda de una libra. Gaddis marcó el número de Holly. Cuando ella respondió, su voz le pareció su última esperanza de salvación.

—Soy yo —dijo.

—¿Sam? ¿Dónde estabas? —Parecía más extrañada que molesta—. Llevo días intentando llamarte al móvil. ¿Dónde estás?

—Tuve que quedarme en Barcelona más tiempo de lo que creía. Me robaron el móvil. —No tenía más remedio que mentirle—. Acabo de volver a Londres y aún no he podido conseguir otro.

—Habíamos quedado para cenar.

Joder. El Quo Vadis el sábado por la noche... Gaddis se había olvidado por completo de que había concretado aquella cita. Solo había sido una cortina de humo de cara a Tanya y el GCHQ. Se disculpó y esperó a que Holly dijera algo, pero la mujer guardó silencio. ¿Sabría que estaba mintiéndole? ¿Sabría lo que le había pasado a Wilkinson?

—Necesito que me hagas un favor —dijo finalmente Gaddis.

No era ni de lejos la mejor forma de enfocar el asunto. Le debía a Holly una explicación por su comportamiento, y ahora, sin ni siquiera preguntarle cómo había estado, sin ser sincero en lo relativo a Wilkinson, esperaba que siguiera sus instrucciones en una situación de emergencia de la que ni siquiera podía explicarle los detalles. Pero solo tenía en mente la seguridad de Min, y haría todo lo que fuese

necesario para mantenerla a salvo. Incluso manipular a Holly.

—¿Que quieres que te haga un favor?

—Sé que pido mucho.

—Ni siquiera has dicho qué es.

Se sintió agradecido por haberla encontrado de un humor razonable.

—Es sobre los archivos de tu madre. ¿Estás segura de que me lo has dado todo? El otro día dijiste que quizás hubiera más cajas en el sótano.

—Las hay —respondió Holly con voz neutra. Se diría que cerca de ella hubiera algo que la distrajera.

—¿Estás en tu casa?

—No. En una audición.

—¿Puedes volver allí tan pronto como termines? ¿Te importaría?

—Seguramente podré. —Volvió a sonar distraída. Gaddis sintió un extraño deseo de que la audición le fuese bien, de que le dieran un papel al que pudiera dedicarse a fondo, algo que la alejase de él. No se merecía verse envuelta en aquel asunto. Quería que estuviera a salvo, pero al mismo tiempo la necesitaba para salvar a Min—. ¿Por qué no vienes y las buscamos los dos?

Era como si lo estuviese poniendo a prueba.

—No puedo ahora mismo. —Gaddis miró hacia Cromwell Road. Sabía que no estaba a más de diez minutos en taxi de Tite Street, pero si iba allí, dirigiría la atención del FSB hacia la cinta—. Estoy en medio de ese asunto del MI6. El libro.

—¿Sobre Bob?

—Sobre Bob, sí. —Estaba sujetando las mentiras con alfileres—. ¿Puedes ir y echar un vistazo? Me interesa especialmente cualquier cinta o casete que pueda haber.

—¿Cintas o casetes?

Una mujer con gabardina se detuvo fuera de la cabina, esperando para hacer una llamada. Gaddis abrió la puerta una rendija.

—Voy a tardar bastante, lo siento —le dijo en voz baja. Luego volvió a oír la voz de Holly por el teléfono:

—¿Sam?

—Dime.

—¿Estás bien? Estoy preocupada por ti.

Gaddis empezó a sudar. Mientras hablaba se estaba dando cuenta de que jamás podría publicar la biografía de Crane, que no había la menor esperanza de que la deserción de Platov pudiera llegar a hacerse pública. El presidente seguiría en el poder, y habría docenas de Charlottes Bergs y Katarinas Tikhonovs que perderían la vida únicamente para que siguiera manteniéndose en él.

—Estoy bien —dijo—. Es que tengo una fecha de entrega para el manuscrito. No puedo salir. No puedo ir a verte.

—¿Qué hago si encuentro la cinta?

—Tendrás que traérmela.

—¿Adónde? ¿A Shepherd's Bush?

—No. —No sería seguro. Verían a Holly y robarían la cinta. Tenía que pensar en una alternativa. El UCL estaría bajo vigilancia, sin duda alguna—. Llévala al Donmar Warehouse y dásela a Piers.

—¿A Piers? ¿Por qué?

¿Qué explicación podía dar? No era algo que tuviera sentido. Gaddis ensambló otro embuste más.

—Estoy trabajando a la vuelta de la esquina, en un edificio del UCL.

—Entonces ¿por qué no te la llevo directamente?

—Los de seguridad son un incordio. O la pierden o te dirán que no saben quién soy. —Estaba sorprendido por la velocidad con que improvisaba las mentiras—. El Donmar Warehouse está a pocos cientos de metros. Voy a menudo a tomar un café. La puedes dejar en la caja. Simplemente, llámame si crees que has encontrado algo.

Le dio el teléfono de la casa de Tanya, preguntándose si sería una forma de comunicarse segura.

—¿Qué número es ese?

—El UCL.

Gaddis estaba harto de mentirla, harto de amontonar excusas. Intentó cambiar de tema.

—¿De qué es la audición?

—Una obra de teatro.

Pero no prestó atención a la respuesta. Solo podía concentrarse en la cinta. Dijo: «¿Crees que podrías buscarla hoy?», y Holly perdió la paciencia por fin.

—Sam, ya te lo he dicho: buscaré esa puta cinta. Pero igual me motivo un poco más si dejas de comportarte como un esquizofrénico paranoico y me explicas qué cojones pasa. Intenta invitar a una chica a cenar. Intenta preguntarme cómo estoy. No es tan difícil. La última vez que me fijé, parecía que lo estábamos pasando bien juntos. Ahora cada vez que hablo contigo me siento como tu puta secretaria.

—Lo siento muchísimo. —No quería otra cosa que estar a solas con ella, de vuelta en su vida anterior, con Min a salvo en España y los estudiantes pasando por su despacho en el UCL. Pero le habían robado todo aquello.

—Está bien. Solo quiero que seas sincero conmigo. —Hizo una pausa. Después añadió—: Si hay alguien más...

Gaddis contempló el tráfico y sacudió la cabeza.

—No es eso, te lo prometo. Es por mi hij... —Se le hizo un nudo en la garganta al pronunciar la palabra, abrumado por lo desdichado de su situación.

—¿Sam?

—No te preocupes, por favor. Tan solo encuentra la cinta, ¿de acuerdo? Solo intenta dar con ella. No sabes hasta qué punto es importante.

Gaddis regresó a la casa de Tanya y cerró la puerta. Usó un portátil que encontró en la habitación de Jeremy y averiguó mediante Google el nombre del colegio de Min. Telefonó desde el fijo de Tanya. Para alivio suyo, la directora le aseguró en un inglés imperfecto que Min estaba «completamente bien» y que saldría para casa «como todos los días, dentro de unos minutos». Gaddis colgó, encendió un cigarrillo y salió al jardín. Era un espacio pequeño y cerrado, a la vista de más de una docena de ventanas de cinco o seis edificios diferentes; pero estuvo seguro de que allí estaría a salvo de vigilantes del FSB, al menos.

Sacó del bolsillo la nota arrugada y volvió a leerla.

Encontrará cien mil libras en su cuenta bancaria. Eso compra algo más que su silencio.

Había algo que no encajaba. Si los rusos conocían su dirección, lo habrían matado. ¿Para qué molestarse con un burdo chantaje? El FSB pretendía eliminar a cualquiera que estuviera conectado de algún modo a Dresden. Platov no estaba interesado en comprar el silencio de Gaddis. Su carrera política, su reputación, mantener el poder... Todo aquello valía para él mucho más de cien mil libras. Además, Tanya había insistido en que el FSB no tenía ni idea de que Gaddis estuviera buscando a Edward Crane. Entonces, ¿cómo es que habían identificado a Natasha y a Min en Barcelona? Solo el MI6 tenía acceso a aquella información. La nota solo podía proceder de Brennan.

Volvió a entrar en la casa y se quedó mirando el teléfono, deseando que Holly llamase. Pero sabía que tendría que esperar. La audición podría durar hasta las cinco o las seis, y después quizás se fuese a cenar con sus amigos y no volvería a su casa hasta bastante más tarde. Ni siquiera estaba seguro de que se molestase en ponerse a buscar la cinta nada más regresar.

Gaddis sabía que se había dejado llevar por el pánico al ver las fotos. Se dio cuenta de que había sido un cobarde. Estaba poniendo su destino y el de su hija en manos de Holly, que podría perder la vida si la encontraban con las pruebas contra Platov entre las manos. Tenía que ir a Tite Street en persona, convencer a alguien de que lo dejara entrar en el edificio y acceder al sótano de algún modo.

Encontró una caja de herramientas bajo el fregadero de la cocina. Contenía una pequeña sierra para metales, unos cuantos destornilladores y un martillo. Lo cogió todo y lo metió en una bolsa de plástico, sin saber muy bien qué iba a hacer con ello. Intentó recuperar la compostura, y se preguntó si abandonar la casa sería una decisión inteligente. Pero, tras detenerse a pensarlo, no encontró otra alternativa. Cerró la puerta, caminó hasta Earl's Court Road y paró un taxi.

Una vez en el vehículo, empezó a trazar un plan. El trastero estaba en el sótano del edificio de Holly, tras una puerta cerrada con un candado. Podría cortar el pasador con la sierra para metales. Al sótano podía llegar por la escalera exterior. Lo único

que tenía que hacer era bajar unos cuantos escalones, romper el cristal de la puerta, meter la mano y abrirla desde dentro.

Pero nunca en su vida había forzado la entrada en un edificio. Había visto miles de teleseries donde un detective abría una cerradura con una ganzúa, y anuncios sobre prevención de delitos en los que unos ladrones encapuchados entraban en casas a través de ventanas convenientemente mal cerradas, pero no tenía ningún motivo para creer que pudiera colarse simplemente rompiendo un cristal y metiendo la mano hasta dar con el picaporte. Después de todo, se trataba de un sótano en el centro de Chelsea: territorio de ladrones. La comunidad de vecinos del edificio de Holly habría puesto rejas de acero en todas las puertas y ventanas, como mínimo.

Le dijo al taxista que se detuviera en Royal Hospital Road, a cincuenta metros de la esquina con Tite Street. Había llegado a la conclusión de que la mejor estrategia sería comportarse con la mayor naturalidad posible. Desde el punto de vista de un agente de vigilancia, no habría nada extraño en que un hombre visitara a su novia.

Había luz en una ventana del primer piso del edificio. Gaddis calculó rápidamente y supuso que sería la puerta número cinco o seis; Holly vivía en el piso siguiente, en el número siete, y el ocho quedaba al otro lado del rellano. Subió los escalones del portal y pulsó el botón del piso número seis.

Nadie respondió. Esperó quince segundos y volvió a llamar. Nada. Probó con el número cinco, y esa vez, el propietario respondió casi de inmediato.

—¿Sí?

Era la voz de una anciana. Gaddis cruzó los dedos por que conociese a Holly.

—Una entrega. Flores para la señorita Levette.

—¿Holly? Es en el número siete. A mí nadie me ha mandado flores desde hace muchos años.

—Me temo que nadie responde en el siete, buena mujer. —Gaddis cambió su forma de hablar al estilo *cockney* que sería más propio de un repartidor—. ¿Le importa dejarme entrar?

—Bueno, no...

Sonó el clic del pestillo al abrirse. Gaddis no había llegado a oír lo que decía la anciana. ¿Le habría abierto ella, o alguien en la puerta número seis había acudido finalmente y le había dado paso sin más?

Dijo «gracias» y entró en el portal. La escalera estaba justo delante de él, y empezó a bajar inmediatamente al sótano. Al final de la escalera había dos puertas que daban a viviendas, una a cada lado del pequeño rellano. Para llegar a los trasteros, Gaddis tuvo que pasar por la salida de incendios, recorrer unos metros por un pasillo corto y girar a la derecha y entrar en un pasadizo bastante estrecho. Encendió el interruptor de la luz y se encontró ante diez trasteros, uno para cada piso, situados a ambos lados del pasadizo. El número siete estaba cerrado con un grueso candado. Sacó la sierra.

El lugar estaba totalmente silencioso: no llegaba ningún sonido de televisiones o

radios, ni conversaciones apagadas, ni llantos o risas de niños. Empezó a cortar el pasador. La tarea fue tan ruidosa que Gaddis estuvo seguro de que alguien lo oiría. La sierra resbaló sobre el metal; le costaba colocar la hoja en un ángulo en que los dientes hicieran presa en el pasador. Intentó serrar con la mano izquierda, pero tampoco tuvo éxito. Cambió de posición y levantó el candado para mantenerlo lo más lejos posible de la puerta del trastero, y estuvo a punto de hacerse un corte en el dedo índice al intentar serrar por el lado contrario. Lo intentó moviendo la sierra más lentamente, pero seguía resbalando. Gaddis soltó una maldición.

Un temporizador saltó e hizo que la luz se apagase. Gaddis recorrió el pasadizo y pulsó el interruptor. Se dio cuenta de que solo disponía de un minuto antes de quedarse a oscuras de nuevo. En aquella ocasión, sin embargo, logró hacer una pequeña incisión. La hoja de la sierra se combaba continuamente, pero al menos había empezado a cortar.

Empezó a serrar firme y metódicamente. Pero seguía haciendo demasiado ruido: cualquiera que lo oyese imaginaría de inmediato que alguien estaba cortando un candado. La luz se apagó de nuevo, y de nuevo la encendió. Y por fin, unos segundos después de retomar la tarea, la sierra acabó de cortar el pasador. Gaddis abrió la puerta del trastero, encontró un interruptor. Al encenderlo, aparecieron ante su mirada pilas de cajas, libros, bolsas de basura y perchas de lavandería que Katya Levette había dejado allí. Tendría que revisar las cajas una por una hasta dar con lo que buscaba. Estaba convencido de que encontraría la cinta, pero era la convicción de alguien al que ya no le quedaba otra cosa en la que depositar su esperanza.

Empezó por el fondo, partiendo de la base de que la mayoría de las cajas que le había dado Holly habría salido de la parte delantera del trastero. Consiguió crear un hueco por el que meterse y se agachó a nivel del suelo, estirándose hasta alcanzar las cajas. Cubierto de sudor y agobiado por la estrechez del lugar cayó en la cuenta de que Holly podría volver a casa en cualquier momento, bajar al sótano y encontrárselo allí, hurgando entre las posesiones de su madre y con un candado serrado a los pies. ¿Cómo iba a explicar aquello?

Su mirada tropezó con una pequeña caja casi empotrada en la esquina más lejana. En uno de los lados tenía impreso el nombre de un vinatero de Nueva Zelanda. Gaddis la abrió y vio que estaba llena de libros de tapa dura y sobres de color manila. Sacó los libros y los fue abriendo de cara al suelo de forma que cayera cualquier cosa que pudieran ocultar en su interior, pero lo único que apareció fue un punto de lectura con el nombre de una tienda de Dunedin. Dirigió su atención a los sobres, con la vívida sensación de que si no encontraba la cinta en los siguientes treinta segundos, no la encontraría nunca.

Una funda de plástico transparente. Un DVD. No una cinta de vídeo o un casete, sino un DVD. Y en el disco, escrito con rotulador: ENTREVISTA P 88 I. Lo inundó una oleada de entusiasmo, casi le hormigueaba la piel. Pero la mitigó en parte el hecho de que aquello no era la cinta original. Quizá Wilkinson había hecho una copia

y guardaba el original en Nueva Zelanda. O quizá dicho original estaba en manos del MI6, en alguna cripta en Vauxhall Cross. Al mismo tiempo sintió un intenso temor a que apareciese alguien. ¿Habría llegado tan cerca de su objetivo solo para que se lo arrebatasen en el último momento? No había oído ningún sonido en el sótano, ni voces en la escalera; solo el ruido de algún coche o algún peatón pasando por Tite Street. Pero sabía que tenía que actuar con rapidez. Guardó el DVD en el bolsillo interior del abrigo, apagó la luz del trastero, cerró la puerta y colocó el candado roto en el tirador para que diese la impresión de que todo estaba en orden. Después se giró, salió por el pasillo y abrió la puerta de la salida de incendios que daba a la escalera.

Holly bajaba hacia él con unas llaves en la mano y una bolsa de Marks & Spencer.

—¿Sam? ¿Qué haces aquí?

—No hay tiempo para explicaciones —dijo, cogiéndola del brazo y haciéndola subir de nuevo la escalera—. Tienes un reproductor de DVD en tu casa, ¿verdad? Vamos a sentarnos a ver algo por la tele.

Quince minutos antes, Alexander Grek había aparcado su Mercedes Clase C azul en un espacio libre en la esquina de Tite Street con Royal Hospital Road y había hecho una llamada con el móvil. Karl Stieleke había respondido, informándolo de que estaba a menos de quinientos metros y se acercaba por King's Road, yendo media manzana por detrás de Holly Levette. La joven regresaba de su audición y acababa de entrar en Marks & Spencer. Calculaba que llegaría a su casa en diez o quince minutos.

Tres días antes, los dos hombres habían entrado en el piso de Holly y habían dedicado dos horas a buscar cualquier rastro de los documentos que se suponía que Robert Wilkinson le había enviado a Katya, su difunta madre. Grek actuaba por órdenes de Maxim Kepitsa, quien había recibido el soplo sobre la relación entre Wilkinson y Levette del propio John Brennan. Grek y Stieleke habían examinado cada estante y cada cajón, mirado bajo cada alfombra y dentro de cada armario del piso, pero no habían dado con ningún material relacionado con Sergei Platov o el KGB. Después habían pinchado la cuenta T-Mobile de Holly, y aquella tarde, a las 15.21, habían captado una tensa llamada telefónica de un tal «Sam» desde una cabina telefónica cerca de Cromwell Road. Sam había mencionado una «cinta o casete» aparentemente guardada en el sótano del edificio de Holly, un lugar en el que a Grek no se le había ocurrido buscar. En aquel momento estaba esperando a que Holly fuese al sótano y consiguiera la cinta, y después la seguirían al Donmar Warehouse. Aquello los guiaría hasta ese «Sam», el último eslabón de la cadena. Grek sospechaba que Sam resultaría ser el individuo que había disparado a Nikolai Doronin en Berlín. Un testigo en Viena había dado una descripción de «un inglés de unos cuarenta años» que había estado con Robert Wilkinson en el Kleines Café. Grek sospechaba que se trataba del mismo Sam. Suponía que cuando lo eliminasen, Kepitsa daría por cerrado el caso ATILA. No sabía que Gaddis había entrado en el edificio de Holly hacía menos de una hora.

Alzó la mirada y vio que Holly se acercaba por Tite Street con una bolsa de la compra de Marks & Spencer. Stieleke la seguía por la otra acera, unos cuarenta metros por detrás. Grek vio a Holly sacar las llaves y entrar en su portal. Stieleke pasó por delante, se acercó al Mercedes, abrió la puerta del copiloto y entró.

—¿Encontrará la cinta? —preguntó.

—La encontrará.

—¿Hay alguna posibilidad de que me cuentes qué pasa?

Holly seguía a Gaddis mientras subían la escalera hasta su piso. Dos escalones antes del rellano del tercero, él la atrajo hacia sí y acercó su cabeza a la de ella para poder susurrarle algo al oído sin peligro de que alguien lo oyera.

—Escucha —dijo. Holly intentó librarse de él, pero Gaddis la sujetó con fuerza—. No digas nada. No hables cuando entremos en el piso. Cruza la sala, corre las cortinas como cualquier otra tarde y enciende la radio. Ponla tan fuerte como puedas sin correr el riesgo de molestar a los vecinos. El disco que he encontrado en tu sótano es una grabación que muestra a Sergei Platov intentando desertar a Occidente en 1988, hecha por Bob Wilkinson. Bob está muerto, lo asesinaron en Viena. Puede que el MI6 o el FSB estén vigilando tu piso. Lo siento mucho. Y no digas nada cuando te suelte.

Holly se apartó de él. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

—¿Bob? —musitó. De repente, Gaddis vio el rostro de una mujer de más edad en el de Holly: el rostro de su madre. El rostro de Katya Levette. Se llevó un dedo a los labios y sacudió la cabeza, rogándole que no hablase. Miró al fondo del rellano, a la puerta del piso. Asintió en dirección a Holly, animándola a sacar las llaves y abrir la puerta. Holly obedeció, y una vez en el piso encendió la radio y corrió las cortinas como Gaddis le había indicado. Gaddis cerró la puerta tras ellos y dio dos vueltas a la llave, fue hasta la televisión y vio el reproductor de DVD en el suelo. En el sofá había un periódico atrasado. Sacó un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y escribió en una esquina de la portada: «¿Tienes algún disco virgen?».

Holly lo observaba con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, como si lo estuviera evaluando. Gaddis se dio cuenta de que antes o después tendrían que hablar, así que se dirigió a ella en un susurro, sin saber quién podría estar escuchando o qué podrían llegar a oír.

—Los discos que usas para grabar tus muestras de trabajos —dijo—. Tengo que hacer copias de esto.

—Claro. Tengo un montón —afirmó. Tenía los ojos enrojecidos. Gaddis le cogió una mano.

—No te preocupes —dijo—. Todo irá bien.

—No estoy preocupada —replicó Holly, apartando el brazo.

Gaddis sacó el disco de la funda de plástico y lo introdujo en el reproductor. Un instante después contempló lo que había soñado ver: el joven Sergei Platov, sentado en una silla de madera, en una sala bien iluminada en un piso alemán de las afueras. Era inconfundible. Gaddis había visto docenas de fotos suyas de joven mientras recopilaba información para *Zares*. Platov llevaba una camisa blanca y una corbata a rayas, y los gruesos labios le brillaban bajo la luz implacable de algún foco colocado por encima de él. Tenía el pelo cuidadosamente peinado con raya a la izquierda, y

parecía tranquilo, relajado. Ante él había un vaso de agua. Gaddis oyó una voz grabada.

—Bien, empecemos. ¿Puede identificarse, por favor?

Wilkinson. Su acento era inconfundible. Holly, que estaba mirando por encima del hombro de Gaddis, lo confirmó.

—Es la voz de Bob —dijo. Apoyó una mano en su nuca.

Platov empezó a hablar en ruso.

—Me llamo Sergei Spiridonovich Platov. Soy un oficial del Komitet Gosudarstvennoi Bezopasnosti. Vivo en Radeberger Strasse con mi esposa y mi hija. Soy uno de los ocho agentes del KGB destinados en Dresden a las órdenes del coronel Anatoli Lubkov. Trabajo en inteligencia política y contrainteligencia.

—¿Cuál es su tapadera oficial? —preguntó Wilkinson. No había aparecido ante la cámara, y Gaddis sospechó que no lo haría. Platov bebió un sorbo de agua.

—Soy director adjunto de la Sociedad por la Amistad Germano-Soviética. Mi trabajo consiste en crear lazos entre el KGB y la Stasi de Alemania Oriental.

—¿Puede decirnos el nombre de esa operación?

—LOOCH —respondió Platov sin titubear.

Gaddis apartó brevemente la mirada de la pantalla mientras intentaba recordar los detalles del plan. *Looch* significaba «rayo de luz» en ruso. La operación conllevó la creación por parte del KGB de una red de informantes en Alemania Oriental que seguiría enviando información a Moscú en el caso de que colapsara el régimen comunista. El MI6 había descubierto LOOCH en 1986. Era evidente que Wilkinson estaba evaluando hasta qué punto Platov estaba dispuesto a revelar secretos de Estado.

La entrevista continuó durante lo que Gaddis estimó que sería un par de horas como mínimo. De vez en cuando hizo que la grabación saltase adelante, y ni el encuadre de la cámara ni la actitud extraordinariamente tranquila de Platov cambiaron en ningún momento. Pero no tenía tiempo de verla completa. Sacó el disco y se volvió hacia Holly.

—¿Puedes grabar esto en tu portátil y hacer copias?

—Puedo crearlas directamente —dijo ella, y sonrió. Gaddis se dio cuenta de que ya había traído el portátil de su habitación y lo había encendido.

—Necesito otras tres copias como mínimo.

Holly se encogió de hombros como si fuera lo más sencillo del mundo, y Gaddis se sintió profundamente agradecido.

—Tardaremos como una hora en hacerlas —susurró ella—. Depende de lo larga que sea la grabación.

Descubrieron que la entrevista con Platov duraba casi dos horas, y tardaron en grabar las tres copias exactamente el tiempo que Holly había predicho. Pasaron la espera en el cuarto de baño, hablando de lo que había ocurrido en Berlín y en Viena. Gaddis había abierto los grifos y dejado la radio en el suelo para dar la impresión de

que Holly se estaba bañando. Le habló de las amenazas a Min. Y también reveló todo lo que sabía de Edward Crane. Holly reaccionó en todo momento como una auténtica amiga: no pensó en otra cosa que en la seguridad y el bienestar de Gaddis.

—Necesito que hagas algo por mí —dijo él cuando estaba a punto de acabar de grabarse el tercer disco.

—Vaya novedad.

—La mujer que vive abajo, en la puerta número cinco...

—La señora Connelly.

—¿La conoces bien?

—Bastante. De vez en cuando le hago la compra. ¿Por?

—Quiero que vayas a su casa y te quedes con ella hasta que vuelva. No es seguro que salgas, y no es seguro que te quedes aquí cuando me haya ido.

Volvió a ver en sus ojos un destello de temor, la misma mirada que le había dirigido cuando le habló de Wilkinson.

—Dile que te has quedado sin luz. Que se te han fundido los plomos. Pregúntale si te puedes quedar con ella hasta que vuelva tu novio a las nueve. Y dale las gracias por las flores, de paso.

—¿Qué flores?

—Es largo de contar. Fingí ser un repartidor que traía un ramo para que me dejara entrar en el edificio, y ella me abrió la puerta. Déjame también tu móvil.

—¿Por qué?

—Tú déjamelos.

Holly sacó el aparato de un bolsillo trasero de sus vaqueros y se lo dio. Gaddis pensó en Tanya, en micrófonos y en la triangulación de señales, mientras abría la carcasa y sacaba la batería.

—Es mejor así —dijo.

El tercer disco acabó de grabarse. Lo sacó del portátil y se lo dio a Holly. Se guardó el original de Wilkinson y las otras dos copias en el bolsillo interior del abrigo.

—¿Para qué me das este?

—Escóndelo en el piso de la señora Connelly. En algún sitio donde no se le ocurra mirar a nadie, y no le digas a nadie que has ido a verla. Si me ocurre algo, pero solo si me ocurre algo, lleva el disco a la BBC, a ITN, a Sky Channel. Súbelo a YouTube. ¿Entendido?

—Entendido. —Alargó una mano y le acarició la cara—. Estoy preocupada por ti.

—No lo estés. Siento mucho haberte metido en esto.

—No ha sido culpa tuya. Bob no tendría que haberle mandado el disco a mi madre sin decirle qué contenía.

Gaddis titubeó.

—Quizás.

—¿Dónde vas ahora?

Gaddis cogió del escritorio de Holly dos sobres, un bolígrafo y un paquete de sellos.

—Necesito esto. Tengo que hablar con Tanya. Necesito que transmita un mensaje a Brennan y al FSB. Pero no te preocupes, por favor. Ahora estás a salvo. Límitate a ir a casa de la señora Connelly. Si no está, prueba con otro vecino incluso aunque nunca hayas hablado con ellos, pero no salgas del edificio a menos que sea imprescindible. Volveré en cuanto acabe.

Des, el agente que había participado en la operación de vigilancia de OSO POLAR en Berlín, había estado vigilando el piso de Holly durante casi seis horas, a petición de Tanya. Por un capricho de la suerte había aparcado a no más de cincuenta metros del Mercedes Clase C azul de Alexander Grek, que había llegado a la esquina de Tite Street con Royal Hospital Road poco después de las cuatro y media. Unos veinte minutos más tarde, un eslavo de algo menos de treinta años había abierto la puerta del copiloto del Mercedes y se había instalado dentro. Des se había dado cuenta de que el eslavo había estado siguiendo a Holly mientras bajaba por Tite Street, así que mantuvo un ojo en el vehículo mientras el sol se ponía en Chelsea. Los dos hombres parecían curiosamente interesados en la ventana de la tercera planta, que pertenecía al piso de la señorita Levette.

Des había iniciado su turno antes de mediodía, por lo que también había visto al doctor Samuel Gaddis cuando se apeó de un taxi alrededor de las cuatro. Al reconocer a su antiguo objetivo en Berlín, telefoneó de inmediato a Tanya.

—Ha pasado algo muy raro —dijo—. ¿Te acuerdas de OSO POLAR?

—Me acuerdo de OSO POLAR.

—Pues acaba de asomar en Tite Street. ¿No me dijiste que lo tenías encerrado en un piso franco?

Tanya, que estaba en Vauxhall Cross, en mitad de una reunión de cuatro horas con sir John Brennan, maldijo para sus adentros y le aseguró a Des que iba «a cortarle las pelotas a Sam» en cuanto lo viera.

—Eso va a doler —comentó Des. Una hora más tarde volvió a telefonar, actualizando la información.

—OSO POLAR lleva un buen rato ahí. Cortinas cerradas, radio encendida. Sin duda está retozando dulcemente con la dulce Holly Levette.

—¿Holly también está ahí?

—Sí. Apareció hace cosa de un cuarto de hora. —Des se preguntó si Tanya habría desarrollado algún sentimiento hacia el sorprendente OSO POLAR. ¿Era un deje de celos lo que había captado en su voz?—. Hay algo más...

—Dime.

—Cuando Holly vino por Tite Street, la estaban siguiendo. Vigilancia a pie. Varón caucásico, bien entrado en la veintena, ganador del concurso de imitadores de Dolph Lundgren. También tenemos un Mercedes aparcado al otro lado de la calle, con línea visual directa a la sala de estar de Holly, y dentro están Dolph y otro tipo.

—¿FSB? —dijo Tanya.

—FSB —confirmó Des—. Comprobé el número de la matrícula. El coche está registrado en la embajada de Rusia.

A Tanya le habían dado a entender que su reunión con Brennan sería privada. Cuando Des telefoneó por primera vez, acababa de informar a Brennan de que había ocultado a Gaddis en su casa, en Earl's Court, «hasta que demos con la forma de protegerlo». Brennan había reaccionado ante la noticia con tranquilidad, y también se había mostrado casi indiferente al saber que Acocella había activado dos redes, en Austria y en Budapest, para organizar la exfiltración de Gaddis de Viena.

Pero la aparición de Maxim Kepitsa poco después de la segunda llamada de Des la había cogido por sorpresa. Hasta aquel momento había estado dispuesta a concederle a Brennan el beneficio de la duda. Después de todo, el asesinato de Wilkinson en el Kleines Café podría haber sido una coincidencia. No tenía ninguna prueba de que su jefe hubiera informado al FSB de los movimientos de Wilkinson. Pero el comportamiento de Kepitsa y el abrazo de oso que le dio a Brennan en cuanto entró en la sala olían a traición.

—El señor Kepitsa ha venido para ayudarnos a aclarar lo que puede haber ocurrido en Viena —empezó a decir Brennan.

—¿De verdad?

Tanya recordó lo que le había dicho a Gaddis cuando volvían de Gatwick. «No me apunté a este trabajo para que mi jefe traicionase a los suyos y se los entregara al Kremlin, ni para que pusiera en peligro vidas inocentes». Era realmente bastante sencillo. No quería tener que rendir cuentas a un hombre que estaba dispuesto a pasar por alto el asesinato a sangre fría de al menos dos ciudadanos británicos para mantener el *statu quo* de las relaciones entre Westminster y Moscú.

—Ahora mismo, la situación es esta —prosiguió Brennan—: Nuestro gobierno tiene contratos civiles y estatales con Rusia por valor de muchos miles de millones de rublos. Contratos que podrían peligrar seriamente si hubiera un cambio de liderazgo en el Kremlin.

—¿Eso cree? —Era una de las explicaciones menos creíbles que Tanya había oído en toda su carrera en Vauxhall Cross.

—Usted sabe tan bien como yo, Tanya, que el hombre que tiene más posibilidades de suceder a Sergei Platov en el caso de que hubiera elecciones en Rusia se opone en todos los sentidos a Gran Bretaña, a Estados Unidos y al proyecto europeo al completo. Difícilmente nos convendría facilitar el acceso de ese hombre al poder.

Aquella era la segunda explicación menos creíble que Tanya había oído en su carrera en Vauxhall Cross. Sin embargo, Kepitsa asentía enérgicamente mostrando su acuerdo. De repente, Tanya comprendió cuál era el juego de Brennan. Era evidente. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Platov sabía que Brennan tenía la grabación de su intento de desertar. El MI6 la había empleado durante años como elemento de presión. Cada vez que Moscú empezaba a pasarse de rosca, Brennan hacía valer su

información de lo ocurrido en 1988. «Manteneos alejados de nuestro gas natural». «Hablad discretamente con los iraníes». ¿Para qué iban a librarse de un presidente ruso sobre el que el MI6 tenía un control tan inmenso?

—Nuestra propuesta es ofrecerle al doctor Gaddis la suma de cien mil libras, que es más o menos la cantidad que necesita para librarse de una montaña de deudas. — Brennan paseaba por la sala, deteniéndose alguna que otra vez para acariciar el lomo de un libro de sir Winston Churchill—. A cambio debe aceptar interrumpir todas sus investigaciones sobre Edward Crane y el agente conocido como ATILA, y olvidarse de mencionarlo en cualquier publicación. Por supuesto, también aceptará olvidar que el señor Platov, en un momento de indiscreción juvenil, ofreció sus habilidades al MI6 durante lo que fue una etapa muy difícil de la historia de su país. —Kepitsa tosió. Brennan cruzó una mirada con el vicesecretario y le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. Maxim, por su parte, se asegurará de que algunos elementos descontrolados del aparato de Estado ruso, que pueden haber creído, si bien desinformadamente, que operaban conforme a los deseos del señor Platov, queden formalmente bajo el control del FSB. Resumiendo: que se les ordenará que cesen cualquier actividad contra el doctor Gaddis, quien es, después de todo, un ciudadano británico y un intelectual de reputación no desdeñable. Lo que queremos, después de todo este alboroto, es un poco de paz y tranquilidad.

Tanya miró a Kepitsa. Llegó a la conclusión de que era un matón, no muy diferente del propio Platov. Llevaba un traje caro hecho a medida con el que a pesar de todo se las arreglaba para tener un aspecto furtivo y vulgar.

—Entonces ¿el señor Kepitsa conoce la existencia de la cinta? —preguntó.

—¿Qué cinta? —Brennan parecía preocupado.

—La entrevista de Platov con el MI6 en Dresden. Wilkinson la grabó. Y envié una copia a Katya Levette. Mientras hablamos, Gaddis está en Tite Street intentando recuperarla. Está en el sótano de Holly.

—No entiendo —dijo Kepitsa, tocándose la barbilla.

—Oh, es muy sencillo. —Tanya se sintió repentinamente libre, como una marioneta que corta sus cuerdas—. Verá, Gaddis sabe que intentarán matarle a menos que tenga alguna póliza de seguro. Ustedes han matado a su amiga, han matado a Calvin Somers, han matado a Benedict Meisner y han matado a Robert Wilkinson. Puede salir de esta sala y asegurarnos que reinará la paz y que el FSB no le guarda ningún rencor a Gaddis, pero las pruebas están en su contra, afrontémoslo. Su organización ha mostrado a lo largo de la historia una tendencia a acallar a la gente que sabe demasiado o dice algo inoportuno. Y Gaddis sabe demasiado. Sabe, por ejemplo, que el autodenominado salvador de la Rusia moderna es solo un matón hambriento de poder que estuvo dispuesto a traicionar a su país en su época más desesperada.

Kepitsa le dirigió a Brennan una mirada suplicante, como si fuera indigno de él que lo insultaran con tanto descaro, y especialmente una mujer. Brennan estaba a

punto de intervenir a su favor, pero Tanya los cortó con una mirada que habría helado el río Neva.

—La cinta es su póliza de seguro —dijo—. Supongo que el doctor Gaddis ya ha hecho planes para que la grabación aparezca en todos los canales de noticias y en todos los sitios web del mundo civilizado si le ocurre algo. Por otro lado, si lo dejan en paz volverá a su trabajo en el UCL y se olvidará de habernos conocido.

Brennan fue el primero en responder.

—¿Qué pasa con Crane?

—Desaparecido. Olvidado. Ya es demasiado tarde. Seguirá siendo un mito.

Kepitsa se agitó de nuevo. Parecía irritado porque Brennan no lo hubiera defendido más enérgicamente. Optó por pelear su propia batalla, se levantó y dirigió su atención a Tanya. Quedó en una desventaja considerable: ella era al menos diez centímetros más alta que él.

—Dejemos algo claro, señorita. Le voy a pedir formalmente que retire su acusación de que mi gobierno podría ser de algún modo responsable si al doctor Gaddis le pasara algo. Por lo que al FSB respecta, los periodistas e intelectuales británicos pueden escribir lo que les dé la gana sobre Rusia y sus políticos. No vamos a considerar al doctor Gaddis un enemigo del Estado solo porque haya escrito un libro...

Incluso Brennan pareció incómodo ante aquella mentira descarada. Tanya agradeció la oportunidad de hacerle tragar su hipocresía.

—Así que no importa en el caso de los intelectuales británicos, ¿es así? Pero cuando se trata de un intelectual ruso, o una periodista ucraniana como, digamos, Katarina Tikhonov, es otra historia. Asesinan a la gente así, ¿verdad, señor Kepitsa? Los envenenan. Mandan a matones para que los cosan a tiros en sus casas. Permiten que se pudran en la cárcel y les niegan la asistencia médica básica. ¿Es así?

El ruso ya había echado mano a su maletín. Tanya esperaba que dijera algo como «ya he oído bastante», pero Kepitsa optó por una vieja y eficaz réplica.

—Nunca me he sentido tan insultado en mi vida.

—Oh, sospecho que sí. Una cosa antes de que se vaya, Max, explíqueme a sir John por qué tiene dos agentes de vigilancia en un Mercedes registrado en la embajada rusa que no quitan ojo al piso de Holly Levette, ahora mismo, mientras hablamos. Explíqueselo, me encantaría oír las razones. Al fin y al cabo, creía que el doctor Gaddis era solo un intelectual británico inofensivo. Si es así, ¿por qué le interesa tanto su vida privada? ¿Es por la cinta? ¿Están intentando conseguirla antes que él?

—¿Es verdad eso, Maxim? —preguntó Brennan.

Kepitsa se volvió hacia la puerta.

—Esta reunión ha terminado —dijo, dirigiéndole a Brennan la mirada de un hombre engañado que ya ha empezado a planear su venganza—. La próxima vez que venga a verte, John, espero ser tratado con mucho más respeto.

Cuando Gaddis salió de casa de Holly ya había empezado a oscurecer. Se detuvo un instante en Tite Street y contempló el cielo de color ocre. Llevaba dos discos ocultos bajo el abrigo, y en la mano izquierda, un sobre dirigido a un colega estadounidense conteniendo un tercer disco.

Necesitaba un cigarrillo. Sacó el paquete, encendió una cerilla y acercó la llama a los labios. Fue su único error. El rostro del doctor Samuel Gaddis quedó iluminado por un instante, a la vista de todo el mundo.

—Conozco a ese hombre —dijo Karl Stieleke.

—¿Quién? —dijo Grek—. ¿El tipo que acaba de salir?

—El sábado. En Viena. Estaba en la boda. Lo vi después de la ceremonia en el Stadtpark.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Se tropezó conmigo.

Grek vio que Gaddis echaba a andar en dirección sur, directamente hacia ellos. Por un momento creyó que se dirigía al coche, pero cruzó Royal Hospital Road y caminó hasta un buzón rojo que estaba a pocos metros del Mercedes. Tras echar el sobre por la ranura siguió andando hacia el sur, en dirección al río. Grek, que había estado tan cerca que podría haberle tocado cuando pasaba junto al Mercedes, se dio cuenta de que él también había visto antes a aquel hombre. Varias semanas antes. Era el individuo no identificado que había salido de la casa de Charlotte Berg la noche que él se coló en su despacho. De aproximadamente un metro ochenta, unos ochenta kilos, con una chaqueta de pana y una bolsa de viaje colgada del hombro.

—Ese es Sam —dijo Grek—. Ha echado la cinta al correo. Llama a Kepitsa y dile que mande a alguien para que abra el buzón. Yo iré tras él.

Stieleke asintió.

—Quédate aquí, Karl. Permanece en el coche y vigila a la chica. Cuando te llame y te diga que Sam está bajo control, ve a casa de Holly y termina el trabajo. ¿Entendido?

—Entendido.

Des los estaba observando. Él también había visto salir del edificio a OSO POLAR y le había reprendido para sus adentros por encender un cigarrillo con «una puta cerilla» para que «Dolph pueda verte bien la cara». Después se preguntó por qué habría echado una carta al buzón rojo de la acera sur de Royal Hospital Road.

—Espero que no sea lo que creo que es —murmuró para sí, y sacó el móvil—. Se lo llevarán sin más, imbécil. Se lo llevarán sin más.

Marcó el número de Tanya, pero no obtuvo respuesta. Dejó un mensaje:

—OSO POLAR ha abandonado el edificio. Ha echado algo al buzón de Royal

Hospital Road. Creo que puede ser tu cinta. Llámame, ¿vale? Creo que las cosas se van a poner movidas.

Y así fue. Un momento después de colgar, vio que Alexander Grek salía del Mercedes y se abrochaba el abrigo. Des volvió a llamar a Tanya, pero seguía sin responder. Dejó otro mensaje:

—Como te decía, las cosas se están moviendo. Uno de los chicos del FSB se dirige al sur detrás de nuestro hombre. A pie. OSO POLAR va hacia el río.

Gaddis estaba apoyado en la barandilla de piedra, mirando al otro lado del Támesis, a la lejana silueta de la Pagoda de la Paz de Battersea Park, cuando oyó una voz a su espalda.

—Discúlpeme, señor.

Era un voz profunda y suave, con cierta musicalidad, con cierto encanto.

—¿Sí?

Se giró y se encontró ante un hombre bien vestido de unos treinta y cinco años que acababa de cruzar la calle desde el lado sur de Tite Street. Llevaba un abrigo marrón claro y un par de caros zapatos de piel. Charlotte lo habría denominado «estilo oligarca elegante», pero Gaddis no tenía el ánimo para bromas.

—Se llama Sam, ¿verdad?

—¿Nos conocemos?

Gaddis había estado esperando aquello. Sabía que vendrían.

—Así es, así es —dijo Grek, ofreciéndole la mano. Gaddis se la estrechó con reticencia—. Me llamo Alexander Grek. Nos conocimos en julio en la embajada rusa, ¿no? Usted acudió a nuestra recaudación de fondos para iniciar pequeños negocios.

Aquella mentira tuvo el efecto de envalentonar a Gaddis. Se había sentido casi insultado.

—¿No se le ocurre nada mejor?

—¿Perdone?

—¿Una recaudación de fondos? ¿Una fiesta en la embajada rusa? Con todo lo que sabe, después de todo lo que ha visto, ¿cree que voy a picar con eso?

Los ojos de color castaño claro de Grek, de mirada tan amable y conciliadora, perdieron la inocencia de pronto. Fue simplemente cuestión de entrecerrarlos, como alguien que apunta a un blanco en un campo de tiro. Unos momentos antes, Gaddis había tirado la colilla a las aguas revueltas del Támesis. Grek sacó uno de sus cigarrillos de una impoluta pitillera de plata y lo encendió con un Zippo.

—Ya veo que es usted directo, Sam. Va al grano. —Cerró el Zippo. Clic—. De acuerdo. Si es así como le gusta hacer negocios, seamos sinceros uno con el otro. Hagamos negocios. Tiene algo que yo deseo. Algo por lo que mi gobierno está dispuesto a pagar mucho dinero. ¿Sería tan amable de entregármelo?

Des había visto cómo Grek desaparecía en dirección al Embankment. Se preguntó si debería seguirle, pero aquello iba en contra de las órdenes de Tanya. Le había dicho que no perdiera de vista el piso de Holly.

Sonó su móvil. El número de Tanya parpadeó en la pantalla.

—¿Des? ¿Dónde estás?

—Sigo en el coche.

—¿Que sigues dónde? —Des la oyó maldecir con el sonido del tráfico como fondo. No estaba muy claro si iba caminando por una calle ajetreada o le hablaba desde el interior de un vehículo—. Ve tras ellos. Sigue al ruso. Puede pasarle algo a Sam. ¿Viste hacia dónde han ido?

Des le explicó que OSO POLAR se dirigía hacia el río.

—Estoy en un taxi —dijo Tanya—. A menos de un kilómetro. Estaré ahí en cinco minutos.

Grek inhaló profundamente de su cigarrillo y observó el tráfico que pasaba por delante del Embankment como si el ruido que provocaba fuese un incordio, en lo que, por lo demás, era una agradable tarde londinense.

—¿Lo lleva con usted? —dijo—. ¿Tiene la cinta?

Gaddis mantuvo el tipo. Tenía dos discos en el bolsillo del abrigo. Sabía que los otros dos estaban a salvo.

—¿Dice que su gobierno está dispuesto a pagar por la cinta? —No se atrevió a encender otro cigarrillo por si le temblaba la mano al encenderlo—. Entonces ¿acepta que ha estado operando por orden de Sergei Platov? ¿Admite que Charlotte Berg, Calvin Somers, Benedict Meisner y Robert Wilkinson han sido asesinados con la aprobación tácita o formal del Kremlin?

Una atractiva muchacha con una camiseta de Comic Relief, pantalones de chándal y unos calentadores de color rosa chillón pasó corriendo junto a ellos. No prestaba atención a la ciudad, aislada por la música que le llegaba del iPod. Grek la miró y asintió apreciativamente.

—Lo siento —dijo volviendo a mirar a Gaddis, como si la dirección que tomaba la conversación hubiera empezado a aburrirle—. No tengo la menor idea de lo que habla. Si esas personas han muerto, como usted dice, le doy mi pésame. Pero no tiene nada que ver con mi organización.

—¿Cómo lo hace? —Gaddis se sorprendió a sí mismo al acercarse a Grek.

—¿Cómo hago qué, por favor?

—¿Cómo se justifica todo esto ante sí mismo? —Grek seguía mostrando una expresión aburrida, aunque Gaddis se le había acercado hasta unos dedos de su cara—. ¿Sabía algo sobre Charlotte? Yo la conocía bien. Era mi mejor amiga. Era la hermana de Amy y la esposa de Paul. En las últimas semanas, su marido no ha sido capaz de trabajar, de dormir o de hacer cualquier cosa, aparte de llorar a la única

persona que significaba algo para él. Y usted lo hizo. Usted le robó la única felicidad que conocía.

En los ojos de color castaño claro de Grek apareció un minúsculo destello, pero era de irritación, no de remordimiento.

—¿Sabía algo de Benedict Meisner? —Gaddis ya estaba lanzado. En su interior hervía una animadversión reconcentrada. Vio la brasa del cigarro de Grek volar como un cometa cuando este arrojó la colilla al Támesis—. ¿Sabía que tenía dos hijas adolescentes, y una de ellas es anoréxica? ¿Lo sabía? ¿Sabía que era hijo único? Su madre se mudó a Berlín para estar cerca de él. Era una viuda. Su marido murió en un accidente de tráfico. Salió en los periódicos alemanes. No fue capaz de identificar el cadáver de su hijo a causa de las heridas de bala. Usted le robó la cara. Y le hizo eso a una madre, una mujer de setenta y cinco años. La obligó a enfrentarse a eso y destruyó esa familia. ¿Valió la pena?

Grek alzó la cara hacia el cielo y aspiró el aire fresco de la noche, como si no tuviera intención de responder.

—¿Y para qué? —Gaddis ansiaba sujetar a Grek por los brazos y sacudirle hasta arrancarle una respuesta—. No sé cómo puede justificarlo, cómo se las arregla con su conciencia. —Retrocedió un paso y se dio cuenta de que casi sonreía—. No creo que la gente no tenga conciencia. Sencillamente, no puedo creerlo. Si existieran personas así serían como animales, no mejores que un buitre o una serpiente, ¿no? Dicen que todo el mundo tiene sus motivos, pero la forma en que usted destruye vidas con tanta ligereza es un misterio para mí. Tiene tantas otras opciones... ¿Es por la emoción al hacerlo, por la sensación de poder? ¿O es tan leal a su país, tan patriota, que eso le cortocircuita el sentido de la decencia? Quizás es una cuestión de estatus... Ilústreme. De verdad que me gustaría saberlo.

—Es usted un hombre interesante —replicó Grek. Tenía demasiada confianza en sí mismo para dejarse arrastrar a aquel juego—. Hábleme de usted. ¿Cómo se ha visto implicado en todo esto?

Solo en aquel instante se dio cuenta Gaddis de que Tanya había tenido razón todo el tiempo: los rusos sabían muy poco sobre él.

—Sabe exactamente quién soy —respondió, pero solo porque estaba demasiado sorprendido por lo que acababa de oír.

—No lo sé, de verdad. Es un enigma para nosotros.

—Y aun así quiere comprarme una cinta. Un cinta que vale muchísimo dinero. —Gaddis cedió finalmente a la necesidad de fumar y sacó un cigarrillo del bolsillo del abrigo. Grek encendió el Zippo de inmediato golpeándolo contra la cadera y le acercó la llama. Gaddis lo desdeñó y encendió una cerilla, protegiendo del viento la llama con una mano muy firme.

—Quisiéramos comprar la cinta —insistió Grek.

—¿Sí? ¿Cuánto cree que vale? —Gaddis había renunciado a cualquier intento de apelar a la conciencia del ruso. Era inútil. Lo mejor sería cerrar el «negocio» lo antes

posible y regresar con Holly.

—Cien mil libras.

Gaddis parpadeó, recordando la nota y las fotografías de Min y Natasha, y se dio cuenta de que Tanya también había estado en lo cierto en cuanto a Brennan: el FSB y el MI6 habían unido sus fuerzas contra él. Durante un instante extraño y terrorífico, como si estuviera soñando despierto, imaginó que Grek iba a enseñarle más fotos de su hija, pero que en aquella ocasión iban a mostrarla en una especie de terrible cautividad. Sabía en lo más profundo de su ser que los rusos podían rebajarse a algo semejante con tanta facilidad como él podría llamar a un taxi.

—¿Cómo han llegado a esa cantidad? —preguntó.

—Podemos llegar a la cantidad que usted quiera.

—¿A cualquiera? ¿En serio?

Pasó otro corredor, un hombre ya maduro de rostro rubicundo y barriga cervecera. Grek no le prestó atención.

—¿No le dice su conciencia británica que no puede aceptar dinero sucio del gobierno ruso?

Gaddis agradeció la oportunidad de devolver el golpe.

—¿Por qué me iba a decir algo así mi conciencia? Estaré encantado de sacarle al gobierno ruso todo el dinero que pueda.

Grek no detectó la ironía.

—¿La cantidad que se le ha ofrecido por la protección de su hija no es suficiente?

Si Gaddis tenía alguna duda sobre lo inteligente de su plan, se desvaneció de inmediato ante aquella velada amenaza a Min.

—No, no es suficiente. —Habló en ruso para que no se perdiera en la traducción ningún matiz de su respuesta—. Quiero medio millón de libras. Cien mil para las familias de Benedict Meisner, Robert Wilkinson y Calvin Somers. Otras cien mil para Paul Berg. Y otras cien mil para mí. También quiero su garantía de que mi hija no sufrirá ningún daño, ni Holly Levette, ni Tanya Acocella ni mi ex. ¿Me he explicado con claridad?

—Puedo garantizarle todo eso fácilmente.

—No nos olvidemos de mi boda.

La voz de Tanya pilló a los dos hombres por sorpresa. Había surgido de entre las sombras bajo un árbol, y el ruido del tráfico había cubierto el de sus pasos.

—¿Perdone? —Grek parecía tener problemas para concentrarse en la presencia de Tanya.

—Es una broma privada entre el doctor Gaddis y yo —dijo ella, acercándose a ambos. También hablaba ruso fluidamente, y durante un instante desquiciado Gaddis pensó que ella y Grek trabajaban en equipo—. Me voy a casar, y si está repartiendo dinero, un extra me vendría muy bien. ¿Nos presentas, Sam?

—Este es Alexander Grek... —empezó a decir Gaddis, sobresaltado. Pero Tanya lo interrumpió.

—Sé quién es. —Volvió a hablar en inglés—. Y también conozco a su amigo, el que está en el Mercedes aparcado ahí al lado. —Hizo un gesto en dirección a Tite Street—. De hecho, un amigo mío le está pidiendo la documentación ahora mismo. —Aquello era mentira, pero consiguió alterar el aire impasible de Grek.

—¿Qué pasa aquí?

—Lo que pasa aquí es que va a hacer exactamente lo que le ha pedido el doctor Gaddis. Le dará quinientas mil libras. A cambio, el doctor Gaddis le garantiza que la copia que posee de la cinta nunca será publicada ni distribuida durante su vida. ¿Era así?

Gaddis se sintió como si le hubieran quitado de encima una losa de plomo.

—Así es.

Grek cambió de postura. Adelantó las caderas de una forma que le dio un aspecto extraño. Se esforzaba por mantener la calma. Era como un alpinista que resbalase por la pared de una montaña.

—Necesitamos la cinta —dijo.

—Bueno. —Gaddis encontró fuerzas para replicar casi con desdén—. Pero no le servirá de nada. He hecho varias copias, y cada una está en un lugar seguro. Si me ocurre algo, las personas que las guardan enviarán la grabación de Platov a los medios.

Grek miró fijamente a los ojos a Gaddis. Tenía la impresión de que mentía.

—¿Ha tenido tiempo de hacer varias copias? —Aquella era una oportunidad de recuperar algo de su orgullo perdido—. Lo dudo mucho. Creo que la única copia es la que está ahora mismo en el fondo de un buzón a quinientos metros de aquí. Creo que va de farol.

—Póngame a prueba —replicó Gaddis.

Una adolescente que parecía tener una calentura en el labio pasó a un lado, cogida del brazo de su novio. Gaddis se dio cuenta de que lo que tenía era un *piercing* y sonrió para sí.

—¿Dónde está la gracia? —dijo Grek.

En aquel momento, el móvil que llevaba en el bolsillo interior del abrigo empezó a vibrar. El ruso se llevó la mano al abrigo, y Gaddis y Tanya se sobresaltaron al pensar que pretendía sacar un arma. Pero Grek la tranquilizó, desabrochó el abrigo lentamente y sacó el teléfono con la punta de los dedos.

—Cálmense. ¿Creen que los voy a pegar un tiro? ¿Qué se creen que soy?

Miró la pantalla. Era un mensaje de Kepitsa. Gaddis aprovechó el momento para mirar rápidamente a Tanya, que lo tranquilizó con un asentimiento. Grek alzó la vista.

—Parece que está en lo cierto, doctor Gaddis. —Y añadió en ruso—: He recibido instrucciones de dejar la cinta en sus manos. ¿Tengo su palabra de que aquí se acaba todo?

—Tiene mi palabra.

Grek guardó el teléfono y se giró hacia Chelsea Bridge, dándoles la espalda.

Pareció considerar la posibilidad de dirigirles un comentario de despedida, pero se lo pensó mejor y se alejó en silencio. Poco después había desaparecido en el resplandor de la noche londinense. Casi de inmediato, Des se materializó junto a Tanya y saludó a Gaddis con la misma naturalidad que si todavía estuvieran en Berlín.

—Vigila el Mercedes —le dijo Tanya—. Vuelve y vigila también a Katya. Y haz que alguien eche un vistazo a ese buzón.

—No hace falta —dijo Gaddis—. Era un señuelo. Es un disco con pruebas de actuación de Holly. Le di una de las copias auténticas a la mujer de la limpieza antes de salir del portal. Me dijo que la echará al buzón en Princeton, de camino a su casa.

Des asintió con la cabeza admirativamente, y después cruzó el Embankment y se dirigió al norte, hacia Tite Street. Gaddis volvió a apoyarse en la barandilla de piedra. Se fijó en un viejo juguete de madera abandonado en la orilla del río, como si hubiera quedado atrapado en el tiempo.

—¿Qué ha pasado con Brennan? —preguntó—. ¿Conoce el trato que hemos hecho?

—Sí. —Tanya estaba a su lado. Sus brazos casi se tocaban—. La cinta original está en Vauxhall Cross. Yo no lo sabía. Era el último de los muchos secretos que me ocultaba. Digamos simplemente que Brennan la usa como elemento de presión cada vez que a Platov se le suben los humos.

—*Realpolitik* —dijo Gaddis. Observó un autobús de dos pisos que cruzaba el Albert Bridge—. ¿Y Grek?

Tanya le cogió una mano, con una expresión de triunfo apenas disimulada.

—Esta será su última noche en nuestra hermosa capital. Los han ordenado volver a Moscú, a él y a Doronin, su compañero del Mercedes. Brennan pedirá también que sustituyan a Kepitsa.

Gaddis quiso darle la enhorabuena, pero algo lo incomodaba.

—No funciona, ¿sabes? —dijo lentamente.

—¿Qué es lo que no funciona?

Un barco de recreo lleno de gente en plena fiesta pasó ante ellos dejándose llevar por la corriente.

—El trato con Platov. ¿Qué pasará cuando acaben echándole del Kremlin? ¿Cuándo pierda el poder? Entonces vendrán a por mí.

—Lo dudo. —Lo dijo con un tono de convicción que alegró a Gaddis—. Platov es un zar, tú deberías saberlo. Reinará tanto tiempo como su salud se lo permita. ¿Por qué crees que cambió la Constitución? Estará veinte años, o treinta, y no habrá cambios en Moscú en todo ese tiempo. Y después tendrá que pensar en su reputación. Sabrá que la cinta conservará el potencial de arrasar su legado político. No será tan estúpido como para ir a por ti.

Era una teoría reconfortante, y Gaddis estaba demasiado cansado para discutirla. Metió una mano en el abrigo y sacó uno de los discos. Era la demostración definitiva de la fe que tenía en Tanya Acocella

—Quiero que guardes una de estas —dijo—. Ponla en un lugar seguro.

—Claro. —Se guardó el disco en el bolsillo pero no le dio las gracias por la muestra de confianza. En vez de eso, sacó un documento de su propia cosecha: un recorte de periódico doblado dos veces y con una esquina ligeramente rota.

—¿Has visto el *Times*?

Gaddis sacudió la cabeza.

—Anduve un poco ocupado entre unas cosas y otras. Primero el arresto domiciliario hasta las tres, y luego tuve que hacer unos recados.

Tanya sonrió.

—Echa un vistazo.

Gaddis cogió el recorte y lo desplegó. Era una página del *Times* del sábado. En la mitad inferior había un círculo dibujado con bolígrafo rojo.

NACIMIENTOS, MATRIMONIOS Y NECROLÓGICAS

NEAME, Thomas Brian, falleció pacíficamente el 26 de octubre a la edad de 91 años, tras una breve enfermedad. Tendrá lugar un funeral privado en el cementerio de Magdalen Hill, Alresford Road. Solo flores de parte de la familia. Cualquier donativo debe dirigirse al servicio de enfermeras Marie Curie.

Gaddis le devolvió el recorte.

—¿Dónde he visto esto antes?

—¿No te lo crees?

—No me lo creo.

No había más que decir. Era hora de volver con Holly. Quería telefonar a Natasha en España. Se moría de ganas de hablar con Min.

—Dentro de un par de días te llamaremos para que vayas al Office —dijo Tanya—. Hay que arreglar el asunto del dinero.

—Ah, sí, el dinero.

Se volvió hacia ella y se abrazaron. Tanya se apretó contra su pecho, como si no quisiera dejarle ir.

—Gracias —le dijo Gaddis. Le dio un beso en la mejilla. Su piel era suave y fresca—. Por todo. De no haber sido por ti...

—No hay de qué —dijo ella, girándose ya para irse—. Te veo en unos días.

Trasladaron a Thomas Neame de la residencia Meredith, en las afueras de Winchester, a un complejo para jubilados en las afueras de Stoke-on-Trent, por orden de sir John Brennan. Habían cambiado su nombre a Douglas Garside. Se le denegó el uso de teléfono móvil y el acceso a Internet. Pasaba la mayor parte del tiempo confinado en una casa de dos habitaciones que tenía que compartir con una solterona escocesa de cincuenta y ocho años llamada Kirsty, que le hacía la comida, le lavaba la ropa y de tarde en tarde lo llevaba al multicine local a ver cualquier drama de época o película independiente que hubiera logrado abrirse paso hacia el norte desde Londres.

Kirsty era una antigua agente del MI5. Le habían hablado de Peter y de los problemas que habían tenido en Winchester, y mantenía sujeto a Edward Crane con una correa tan corta que, en al menos dos ocasiones, él había acabado arrojando su «asquerosa comida» al otro lado de la cocina en medio de una tormenta de trozos de vajilla, y la había amenazado con «quemarla en la cama» si no dejaba de «vigilarle como un halcón veinticinco horas al día». Había llamado directamente a Brennan en tres ocasiones (desde una cabina cercana al *fish-and-chips* local) para quejarse de que lo trataban «peor que a un zulú en una prisión sudafricana». Crane solía fantasear con coger un taxi y escapar a Hull, y allí embarcarse en un transbordador nocturno a Rotterdam. Habría sido un homenaje glorioso a su antiguo compañero Guy Burgess, pero el MI6 lo había dejado sin pasaporte, sin dinero y sin información de contacto con otros agentes (la mayoría de los cuales habían muerto ya) que ATILA conoció durante la Guerra Fría.

—Es simplemente que das muchos problemas, Eddie —le había dicho Brennan—. No podemos correr el riesgo.

Un documental de la BBC sobre los talibanes atrajo la atención de Crane. En él descubrió que los fanáticos modernos recurrían a las Reglas de Moscú. El luchador por la libertad islamista medio no usaba teléfonos móviles ni correo electrónico: eran demasiado fáciles de rastrear. En vez de eso había adoptado métodos más antiguos: la carta, el paquete abandonado, el intermediario. Aquello le dio una idea.

Había leído algunos artículos en el periódico escritos por un periodista de la programación vespertina de Radio 4, cuyos puntos de vista sobre cualquier cosa, desde Sergei Platov a Salman Rushdie, eran aceptados como si fuera la palabra divina por un público británico fascinado y agradecido. El presentador en cuestión había escrito libros, había aparecido en programas de entrevistas e incluso había dado conferencias en el Smithsonian.

Edward Crane decidió escribirle una carta.

Señor:

Fui alumno durante los años treinta en el Trinity College, en Cambridge, y estudié con un hombre llamado Edward Crane que fue un buen amigo de Guy Burgess y que posteriormente trabajó con John Cairncross en Bletchley Park.

Por motivos que quizá le resultarán evidentes, no puedo decirle mucho más en este momento.

Solo que Edward Crane y yo llegamos a ser muy buenos amigos durante toda su vida, hasta el punto de que me entregó una copia de sus memorias poco antes de morir. En estas memorias se revela que Crane fue un agente soviético de tanto calibre como sus compañeros más famosos del llamado Círculo de los Cinco.

Quisiera encontrar un editor para las memorias de Crane. Un presentador e historiador de su nivel, dispuesto tanto a dar validez a la autenticidad del libro como a darlo a conocer al gran público, representaría una ayuda incalculable. Tengo la esperanza de que pueda plantearse hacerme una visita en Stoke, donde lamentablemente me encuentro confinado en un complejo para jubilados, aún luchando a mis noventa y dos años.

Si desea ponerse en contacto conmigo, por favor envíe un mensaje al apartado de correos que le indico al principio. Dado que esta carta es personal y dirigida a usted, le agradecería que respetase la confidencialidad.

Atentamente,

Douglas Garside

Crane cerró el sobre, encontró un sello en la cocina, caminó en la húmeda mañana de Staffordshire y echó la carta a un buzón a menos de cien metros de la puerta de su casa.

Kirsty no se dio cuenta.

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a Melissa, a mi madre y a mi padre, y a Stanley y a Iris. A Julia Wisdom, Rachel Rayner, Amy Neilson, Emad Akhtar, Anne O'Brien y a todo el equipo de HarperCollins. A Keith Kahla, Dori Weintraub y a todos en St. Martin's Press. A Tif Loehnis, Luke Janklow, Will Francis, Rebecca Folland, Kirsty Gordon, Claire Dippel y sus compañeros en Janklow and Nesbit. A Emily Hayward y Tanya Tillett de la agencia Rod Hall. Y a todo el equipo de *The Week*.

Le estoy también muy agradecido a Melinda Hughes, Sam Loewenberg, Craig Arthur, Matthew Beaumont. Maxim Chernavin, Rory Carleton Paget, Annabel Byng, Tom Miller, James Owen, Guy Walters, Rupert Allason, James Holland, Alanna O'Connell, Giles Waterfield, Jonathan, Anna y Carolyn Hanbury, William y Mary Seymour, Grant Murray, Cal Flynn, Josie Jackson, Tom Cain, Sue y Stephen Lennane, Christian Spurrier, Annette Nielebock, Boris Starling, Rowland White, Ali Karim, Michael Stotter, Nick, Bard, Chev y Viki Wilkinson.

Los siguientes libros me fueron de gran utilidad: *Their Trade is Treachery*, de Chapman Pincher (New English Library, 1982); *The Defence of the Realm: The Authorized History of MI5*, del profesor Christopher Andrew (Allen Lane, 2009); *My Five Cambridge Friends*, de Yuri Modin (Headline, 1995); *The Crown Jewels: The British Secrets at the Heart of the KGB's Archives*, de Nigel West y Oleg Tsarev (HarperCollins, 1999); y *Anthony Blunt: His Lives*, de Miranda Carter (Pan, 2002). Y durante su presentación en Daunt Books, Sam Gaddis debería haber reconocido su deuda para con la erudición de Peter Truscott.

C. C.
Londres, 2010



CHARLES CUMMING (Ayr, Escocia, 1971). Estudió en Eton y se graduó en la universidad de Edimburgo en 1994 en Literatura Inglesa con matrícula de honor. En verano de 1995, el Servicio Secreto de Inteligencia Británico (el MI6) se puso en contacto con él para contratarlo. Un año después se mudó a Montreal, donde comenzó a trabajar en una novela de espías basada en sus experiencias con el MI6.